SAN FRANCISCO DE ASÍS

(SIGLO XIII)

TOMO II

DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

SAN FRANCISCO

DE ASÍS

(SIGLO XIII)

CON UN PRÓLOGO POR

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA

NUEVA EDICIÓN

TOMO SECUNDO

PARÍS

CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

CAPÍTULO X.

LA INDULGENCIA DE LAS ROSAS.

San Francisco pide á Dios la indulgencia.—La obtiene de Honorio III. — El zarzal florido. — Visión gloriosa. — Promulgación.—Qué cosas son indulgencias y jubileos.— Su importancia social en la Edad media. — El jubileo magno del siglo XIV. — El de la Porciúncula. — Alegoría de la penitencia en el purgatorio de Dante.

. . . . . .

Da Pier le tenge, e dissemi ch' io errì
anzi ad aprir, che a tenerla serrata,
pur che la gente a' piedi mi s'atterri.

. . . . . .

(Dante, *Purgat.*, C. IX.)

. . . . . .

De Pedro las he recibido; y me dijo que antes me excediese en abrir que en cerrar, con tal que la gente se postrase á mis pies.

. . . . . .

(Dante, *Purgat.*, C. IX.)

Una noche, en el monte cercano á la Porciúncula, se deshacia mucho Francisco de Asís en ansias ardientes de la salud y provecho de las almas, rogando con eficacia por los pecadores. Apareciósele de improviso un celeste mensajero, y le ordenó bajar del monte á su predilecta iglesia Santa María de los Ángeles. Al llegar á ella, entre claridades vivísimas y resplandecientes, vió á Jesucristo, á su Madre y á muchedumbre de beatos espíritus que los asistían.

Confuso y como fuera de si, oyó la voz de Jesús, que le decia: — « Pues tantas son tus lágrimas y afanes por la salvación de las almas, pide, Francisco, pide. » — Francisco pidió una indulgencia latísima y plenaria, que se ganase con sólo entrar confesado y contrito en aquella milagrosa capilla de los Ángeles. — « Mucho pides, Francisco, respondió la voz divina; pero aun así accedo contento. Acude á mi Vicario para que te confirme mi gracia. »

Á la puerta esperaban los compañeros de Francisco, sin pasar adelante por temer los extraños resplandores y nunca escuchadas voces. Al salir Francisco rodeáronlo, y les refirió la visión; al rayar apenas el alba, tomó el camino de Perusa, llevando consigo al cortés y afable Maseo de Marignano. Á la sazón estaba en Perusa Honorio III, el gran propagador del cristianismo por las regiones septentrionales, que debía unir su nombre á la aprobación de la regla de la insigne Orden dominicana.

— « Padre santo, dijo el de Asís al antes cardenal Cencio: en honor de María Virgen he reparado hace poco una iglesia; hoy vengo á solicitar para ella indulgencia, sin gravamen de limosnas. » — « No es costumbre obrar así, contestó sorprendido Honorio; pero dime cuántos años é indulgencias pides. » — « Padre santo, replicó Francisco; lo que pido no son años, sino almas; almas que se laven y regeneren en las claras ondas de la indulgencia, como en otro Jordán. » — « No puede *conceder esto la Iglesia romana*, » objetó el Papa. — « Señor, replicó Francisco; no soy yo, sino Jesucristo, quien os lo ruega. » — En esta frase hubo tal calor y eficacia, que ablandó el ánimo de Honorio, moviéndole á decir tres veces: — « Me plaec, me place, me place otorgar lo que deseas. » —

Intervinieron los cardenales allí presentes, exclamando: — « Considerad, señor, que al conceder tal indulgencia anuláis las de Ultramar y menoscabáis la de los apóstoles Pedro y Pablo. ¿Quién querrá tomar la cruz para conseguir en Palestina, á costa de trabajos y peligros, lo que pueda en Asís obtener descansadamente? » — « Concedida está la indulgencia, contestó el Papa, y no puedo volverme atrás; pero regularé su goce. » — Y llamó á Francisco. — « Otorgo, pues, le dijo, que cuantos entren contritos y confesados en Santa María de los Ángeles sean absueltos de culpa y pena: esto todos los años perpetuamente, mas sólo en el espacio de un día natural, desde las primeras vísperas, inclusa la noche, hasta el toque de vísperas de la siguiente jornada. » — Oídas las últimas palabras de Honorio, bajó Francisco la cabeza en señal de aprobación, y sin despegar los labios salió de la cámara. — « ¿Adónde vas, hombre sencillo? gritó el Papa. ¿Qué garantía ó documento te llevas de la indulgencia? » — « Bástame, respondió el penitente, lo que oí; si la obra es divina, Dios se manifestará en ella. No he menester más instrumento; sirva de escritura la Virgen, sea Cristo el notario y testigos los ángeles » (1). — Con esto se volvió de Perusa á Asís. Llegando al ameno valle que llaman del *Collado*, sintió impulsos de afecto en sí, y desvióse de sus compañeros para desahogar su corazón en muchos ríos de lágrimas; al volver de aquel estado de plenitud, de gozo y de reconocimiento, llamó á Maseo á voces: — « ¡Maseo, hermano! exclamó. De parte de Dios te digo que la indulgencia que obtuve del Pontífice está confirmada en los cielos. »

No obstante, corría el tiempo sin que Honorio, ocupado en atender á las Cruzadas, á la lucha con los

maniqueos y á la pacificación de Italia, formalizase los despachos autorizando la proclamación de la otorgada indulgencia : tal retraso atribulaba grandemente á Francisco. Aconteciole que se halló en mitad de una fría noche de enero abismado en rezos y hondas contemplaciones. Impensadamente le salteó una idea ó sugestión violentisima : ocurrióle que obraba mal, que faltaba á su deber trasnochando, macerándose y extenuándose á fuerza de vigilias, siendo un hombre cuya vida era tan esencial para el sostenimiento y prosperidad de su Orden. Vínole al pensamiento que tanta penitencia pararia en enflaquecer y enajenar su razón, tocando en las lindes del suicidio; con tales imaginaciones se halló del todo acongojado. Para desechar esta tentación peligrosa, nacida quizá del propio cansancio y debilidad de su cuerpo, se levantó, desnudóse del hábito, corrió al oscuro monte desde su celda, y no pareciéndole tortura asaz el cruel frio, se arrojó sobre una zarza revolcándose por ella. Manaba sangre de su desgarrada piel, y se cubria el zarzal de blancas y purpúreas rosas, fragantes, balsámicas, frescas, como las del benigno mayo. Exhalaba suave aroma la mata recién florida, y las hojas verdes, salpicadas con la sangre del Santo, se tachonaban de pintas bermejas ó gotas de carmín. Una zona de blanca y fulgurosa luz radió disipando las tinieblas, y hallóse Francisco rodeado de innumerables ángeles. — « Ven á la iglesia; te aguardan Cristo y su Madre, cantaban á coro sus inefables voces. » — Francisco se levantó transportado, marchándose de allí por entre una atmósfera luminosa y ardiente.

En torno suyo revoloteaban como mariposas de fuego los serafines, y esplendian, cual luciérnagas magnificas, las aladas cabezas de los querubines; el monte

se abrasaba todo sin consumirse en aquel sobrenatural foco de luz; oíanse acordes de melodía deliciosa; el suelo estaba cubierto de refulgentes alfombras y tapices de flores, sedas y oro; sobre su propio cuerpo veía Francisco veste cándida, diáfana como el cristal, relumbradora como los astros. Cogió Francisco de la zarza florida doce rosas blancas y doce rojas, entrando en la capilla. También deslumbraba el humilde recinto. Bañábanle ríos de claridad semejantes á oro líquido derretido; envueltos en aureolas más inflamadas aún y en brillantes nubes de gloria, estaban Cristo y su Madre hermosísima, con innúmeras milicias celestiales, que semejaban constelaciones de espíritus y archipiélagos de llama. Francisco cayó de rodillas, y fijo el pensamiento en sus constantes ansias, impetró la realización de la suspirada indulgencia, cual si la vista de las hermosuras del cielo le impulsase á desear con más ardor que se abriesen sus puertas para el hombre. María inclinóse á su Hijo, que habló así: — « Por mi Madre te otorgo lo que solicitas; y sea el día aquel en que mi apóstol Pedro, encarcelado por Herodes, vió milagrosamente caer sus cadenas. » — « ¿Cómo, Señor, preguntó Francisco, será notoria á los hombres tu voluntad? » — « Ve á Roma, repuso, cual la vez primera; notifica mi mandamiento á mi Vicario; llévale por vía de testimonio rosas de las que has visto brotar en la zarza; yo moveré su corazón y cumpliráse tu anhelo. »

Francisco se levantó y entonaron los coros de ángeles el *Te Deum*; con el último acorde de vaga y deleitosa armonía extinguióse la música, desvaneciéndose la celeste aparición.

Fué Francisco á Roma con Bernardo de Quintavai, Ángel de Rieti, Pedro Catáneo y fray León, *la ovejuela*

de Dios. Se presentó al Papa llevando en sus manos tres rosas encarnadas y tres blancas de las del prodigio; número designado en honra de la Trinidad. Intimó á Honorio de parte de Cristo que la indulgencia habia de ser en la fiesta de San Pedro *Advíncula*. Presentóle también las rosas, frescas, lozanas y fragantes, burlándose de la crudeza del erizado invierno. Se reunió el consistorio, y ante las flores que representaban en enero la material resurrección de la primavera confirmóse la indulgencia, resurrección del espíritu regenerado por la gracia. Escribió el Papa á los obispos circunvecinos de la Porciúncula (2), citándoles para que se reunieran en Asís el primer dia de agosto, á fin de promulgar solemnemente la indulgencia. — « En el dia convenido, — escribe uno de los cronistas del suceso (3), — concurrieron allí puntualmente; con ellos gran multitud de las regiones comarcanas acudió también á la solemnidad. Apareció Francisco en un palco prevenido al efecto, con los siete obispos á su lado, y después de ferviente plática sobre la obtenida indulgencia, terminó diciendo que en el mismo día y todos los años perpetuamente, quien confesado y contrito entrase en aquella iglesia, lograría plena remisión de sus pecados. Oyendo los obispos á Francisco anunciar indulgencia semejante, se indignaron, exclamando que si bien tenian orden de hacer la voluntad de Francisco, no lograban creer que fuera la intención del Papa promulgar el indulto perpetuamente; en consecuencia se adelantó el obispo de Asís resuelto á proclamarlo por diez años solos; pero en vez de esto repitió involuntariamente las palabras mismas que Francisco habia pronunciado; unos después de otros, pensando cada cual corregir al anterior, reprodujeron los obispos el primer anuncio. De esto fueron testigos

muchos, tanto de Perusa cuanto de las inmediatas villas. »

Así quedó solemnemente publicada y promulgada la gran indulgencia de la Porciúncula, rival por el concurso y la importancia de los más célebres jubileos de la Edad media. Á su misma extraordinaria amplitud se atribuye que ninguno de los primeros biógrafos del Santo de Asís haga mención explícita de ella, ni de las circunstancias que la precedieron. Cuando se cifraba en las Cruzadas la esperanza de la Europa y del cristianismo, fuera imprudente é impolítico del todo, según observaban los Cardenales, esparcir el rumor de que los peregrinos de Asís lograban iguales gracias que los palmeros de Jerusalén. Hasta disposiciones de los Concilios vedaban cuanto pudiera en algún modo impedir ó dilatar las Cruzadas. Por muchos años, pues, fué sólo conocida oralmente la indulgencia de la Porciúncula, y sólo medio siglo después del tránsito de Francisco hallamos el primer documento auténtico de Benito de Arezzo (4). Muertos ya entonces también los testigos oculares del suceso, echóse de ver la conveniencia de registrarlo en forma legal y solemne. Al testimonio del compañero de san Francisco, Benito, se agregan otros muchos de obispos, canonistas, cronistas é historiógrafos (5).

No todos saben lo que significa una indulgencia: acaso lo ignora en parte la mayoría de los católicos. Es la parcial ó total remisión de las penas temporales que expían los pecados en esta ó la otra vida, aun después de la reconciliación entre Cristo y el alma. Anexa va de ordinario á la indulgencia una obra pía; una limosna para construir iglesias, fundar instituciones benéficas, cubrir, en suma, el presupuesto de la fe, de la caridad ó del culto. Mas el requisito de la

limosna constituye sólo lo exterior y formal de la práctica : lo esencial é interno estriba en la firme voluntad y propósito de renunciar al pecado, en la renovación del espíritu; así lo enseña la Iglesia, declarando el fruto de la indulgencia plenaria proporcionado á las disposiciones del alma que á lograrlo aspira, y de cuyo albedrío depende obtenerlo. Distinguíase la indulgencia del jubileo (6) en que cabía en éste la absolución hasta de censuras, ó casos reservados enormísimos, exceptuándose la herejía y conmutación de votos, privilegio guardado sólo para los jubileos magnos.

Esto eran espiritualmente las indulgencias : socialmente podemos considerarlas como una manifestación internacional de mayor influencia para el adelanto de los pueblos que nuestras modernas exposiciones, Difícil es que hoy nos formemos cabal idea de lo que significaba en la Edad media un jubileo. Abría la Iglesia la fuente de sus gracias á las naciones sedientas, y especialmente á las milicias de la Cruz, aun más pródigas de su sangre que Roma de sus espirituales tesoros. Fueron acaso las indulgencias uno de los medios más potentes de civilización que empleó la gran civilizadora del orbe. Por ellas se comunicaban gentes de remotas comarcas, se establecía comercio activo, se roturaban vías de comunicación y se colgaban puentes sobre los abismos de los senderos de atajo. Por ellas tomaba la cruz el magnate, dejando los goces de su castillo; al paso que con su espada combatía en Oriente, abarcaba su inteligencia nuevos horizontes, y traía en su pupila, al regresar, la luz de aquellas misteriosas comarcas. Con el producto de las indulgencias se edificaban hospitales y hospicios, comprándose además el cáliz y el humilde ornato del templo rural; el dinero bendecido multiplicábase, bastando para mil

urgencias é innumerables buenas obras, que sólo Dios puede contar. Del entusiasmo que en el alma del pueblo despertaban las indulgencias podemos juzgar por las crónicas que refieren el gran acontecimiento que, estremeciendo hasta las últimas fibras de la conciencia de Dante, dió por resultado la *Divina Comedia*. « El 22 de febrero de 1300, dice una pluma elocuente (7), publicó el papa Bonifacio VIII las indulgencias del jubileo para todos los romeros que verdaderamente arrepentidos visitasen por espacio de quince días las basílicas de los Santos Apóstoles. » Conmovió el anuncio del perdón á toda la cristiandad. Cruzaron las puertas de Roma hasta treinta mil personas cada día; llegaban así de las salvajes estepas de Ukrania y Tartaria, ó de las frías montañas de Iliria, como de las floridas vegas valencianas y cordobesas, llevando los hijos en parihuelas á sus ancianos padres, las mujeres á sus hijos colgados del seno, y siendo las vírgenes sostenidas por sus hermanos mozos; acampaban en las calles, dormían en los pórticos, comían en el regazo, bebían de las públicas fuentes : el número de romeros se calculó en dos millones. De tal suerte eran deseadas las indulgencias, que aquel gran jubileo se impuso en algún modo á la Iglesia un por plebiscito : el pueblo recordaba por tradición el jubileo de cien años antes, y exigia otro para comenzar el nuevo siglo. Puede inferirse de aquí cuánto sería el concurso á la indulgencia del valle de Asís, gratuita y como ninguna popular. Allí afluían cientos de miles de peregrinos, caravana patriarcal como la de las tribus de Israel en los primeros días de su éxodo : niños, mujeres, familias, aldeas enteras, cobijadas en un seto, bajo de un risco, por todos los rincones del venturoso valle (8). El jubileo determinaba una suspensión de

discordias y luchas (9) : la *tregua de Dios*. Sitiado Asís en cierta ocasión por las tropas de Perusa, el segundo día de agosto se interrumpió el ataque, y los Menores perusinos pudieron entrar en la villa para obtener la indulgencia. Á despecho de la providencia de Gregorio XV, que hizo extensivo el jubileo de la Porciúncula á todas las iglesias franciscanas del mundo, no menguó la concurrencia á la pequeña población de Asís.

La víspera del solemne día llamaba á los fieles la Campana de la Predicación (10); se cubría el campo de toldos y enramadas, que hacían fresca sombra, guareciendo de los calores de agosto, y, convidando á ello la mucha hermosura de las noches, acampaban al raso los peregrinos. Al lucir el nuevo sol verificábase la ceremonia de la absolución, descrita por el divino poeta, bajo el velo de misteriosa y bella alegoría, en el canto IX del *Purgatorio*. Llega el pecador á una puerta recóndita, á la cual conducen tres escalones, de blanco y pulimentado mármol el primero, de una piedra sombría, ruda y calcinada el segundo; el tercero de un pórfido de sangriento color. Son las tres condiciones de la penitencia : confesión sincera, contrición, satisfacción. El ángel, imagen del sacerdote, está sentado en lo alto : tiene en la mano la espada, con la cual toca la frente de los pecadores, al modo que el penitenciario hiere con su varita la cabeza de los peregrinos, que ve de hinojos delante. Empuña el ángel dos llaves, una de oro, otra de plata, símbolos de la autoridad y ciencia sacerdotales; ha recibido ambas de san Pedro; significan el ejercicio de una prerogativa pontifical. Arrójase á sus pies el pecador, golpéandose tres veces el pecho, y pidiendo misericordia; el rito mismo de la confesión sacramental. Al

abrirse así con las sacras llaves las puertas del cielo, oleadas de bienaventuranza descendian sobre la Porciúncula, una especie de resplandor bañaba sus humildes muros, y en la serena noche del primer día de agosto los frailes en éxtasis veian revolotear por las naves blanca paloma; sobre el altar se aparecia la Madre Virgen, teniendo en su regazo al Niño, cuyas manecitas extendidas bendecían el recinto de paz (11). Más tarde, para cubrir aquellas murallas toscas, y resguardarlas como estuche precioso á joya inestimable, veremos alzarse, por el majestuoso plano de Vignola, las tres soberbias naves y gran rotonda de la Porciúncula actual. Acaso flota aún en su clara atmósfera el aroma de las rosas que abrieron sus cálices puros al contacto de un cuerpo más puro todavia.

NOTAS.

(1) Algún autor asevera que en tal ocasión contestó san Francisco: — « Mis llagas son los sellos que autorizan la Bula de esta indulgencia. » El cardenal Belarmino da por apócrifa la frase, y lo prueba con el sencillo argumento de que, cuando fué concedida la indulgencia de la Porciúncula, aun no tenía san Francisco llaga alguna.

(2) Eran, según la relación del obispo Conrado, los de Asís, Perusa, Todi, Foligno, Espoleto, Nocera y Gubio.

(3) El obispo Conrado.

(4) Dice así: « En el nombre de Dios, Amén. Yo fray Benito de Arezzo, que estuve con el beato Francisco mientras aun vivía, y que por auxilio de la divina gracia fui recibido en su orden por el mismo Padre santísimo; yo que fuí compañero de sus compañeros, y con ellos estuve frecuentemente, ya mientras vivía el santo Padre nuestro, ya después que se partió de este mundo, y con los mismos conferencié frecuentemente de los secretos de la Orden, declaro haber oído repetidas veces á uno de los susodichos compañeros del beato Francisco, llamado fray Maseo de Marignano, el cual fué hombre de verdad y clarísimo en su vida, que estuvo con el hermano Francisco en Perusa, en presencia del señor papa Honorio, cuando el Santo pidió la indulgencia de todos los pecados para los que, contritos y confesados, viniesen al lugar de Santa María de los Ángeles (que por otro nombre se llama Porciúncula) el primer día de las calendas de agosto, desde las vísperas de dicho día hasta las vísperas del día siguiente. La cual indulgencia, habiendo sido tan humilde como eficazmente pedida por el beato Francisco, fué al cabo muy liberalmente otorgada por el Sumo Pontífice, aunque él

mismo dijo no ser costumbre en la Sede Apostólica conceder tales indulgencias.

» Las mismas cosas y del propio modo declaro yo, fray Raniero de Mariano de Arezzo, compañero del venerable fray Benito, y estas cosas las he oído frecuentemente al ya citado fray Maseo, compañero del beato Francisco, del cual Maseo fuí yo, fray Raniero, amigo especialísimo.

» Las declaraciones susodichas han sido todas publicadas en la celda de fray Benito de Arezzo, en presencia de fray Compañero de Borgo, Reinaldo de Castignone, Caro de Arezzo y Macario de Arezzo, llamados y congregados con gran premura. Año del Señor MCCLXXVII, hallándose vacante la Sede romana, Indicción V, día de dominica, último de octubre. »

(5) Entre éstos se cuentan y reverencian por verídicos y antiguos el cardenal Belarmino, Rutilio, Benzonio, Suárez, Jacobelli, las Tablas eclesiásticas, los martirologios de Maurólico y Molano. La relación hecha en 1310 por el obispo de Asís, Teobaldo Offreducci, que tiene carácter apologético, es muy larga y detallada, conteniendo todas las particularidades que la tradición guarda sobre la indulgencia de la Porciúncula. Empieza así: « Á todos los fieles cristianos á cuyas manos llegasen las presentes letras, Teobaldo, por la gracia de Dios obispo de Asís, salud en el Salvador de todos. — Á causa de las lenguas de algunos detractores, que por exceso de envidia, ó quizás de ignorancia, impugnan descaradamente la Indulgencia de Santa María de los Ángeles, que está cerca de Asís, nos vemos obligados á explicar con las presentes el modo y forma de la misma. » — Las tres declaraciones de fray Benito de Arezzo y de los obispos Teobaldo y Conrado se completan; refiere la primera el hecho de la Indulgencia, la segunda el modo de obtenerla, y la tercera su publicación.

(6) En esta categoría se halla la Porciúncula, por indultos apostólicos de Alejandro IV, Paulo III, Gregorio XIII y Urbano VIII.

(7) Ozanam.

(8) Con respecto á la fecha de la concesión de esta gran Indulgencia hay algunas dudas. Ateniéndonos á las indaga

ciones de fray Pánfilo de Magliano, autor reciente y escrupuloso en materias cronológicas, la concesión de la Indulgencia corresponde al año 1216, á enero de 1217 la determinación de la misma, y á las siguientes calendas de agosto la solemne publicación y congregación de la Porciúncula por siete obispos. Algunos autores, entre ellos Wadingo y fray Damián Cornejo, que sigue á Wadingo generalmente, fijan la primera fecha en 1221, y la segunda en 1223, incurriendo Wadingo en la contradicción de declarar que á Roma acompañaba en 1223 á Francisco fray Pedro Catáneo, cuya muerte había sido registrada dos años antes. Historiadores modernos de san Francisco, entre ellos Chavin de Malán y el padre Palomes, siguen también esta errónea cronología; siendo el yerro mayor hacer ir á Roma en 1223 á fray Pedro Catáneo, personaje conocidísimo en los anales franciscanos, y cuya muerte, ocurrida en 1221, consta de documentos tan irrecusables como su lápida mortuoria, que se conserva en el muro de la Porciúncula, y de una anotación en el propio breviario que san Francisco usaba. (Véase á fray Pánfilo de Magliano, *Storia compendiosa di San Francesco e de' Francescani;* Roma, 1814.) La Indulgencia de la Porciúncula fué aprobada por Honorio III, confirmándola *vivæ vocis oraculo* sus sucesores Gregorio IX é Inocente IV. Á Alejandro IV se atribuye una Bula de confirmación. Clemente V, que suprimió no pocas indulgencias porque con ellas se traficaba, manifestó no querer ni aun tocar á la de la Porciúncula. Benedicto XII dió á este efecto una Bula especial, que empieza *Fundata in montibus*. Sixto IV extendió la indulgencia á todos los conventos de Primera y Tercera Orden de san Francisco. Paulo III la hizo valedera para todos los días del año en la Porciúncula. Confirmaron esto mismo Paulo V y Gregorio XV. En 1624 Urbano VIII, al suspender las indulgencias por ser año de jubileo, exceptuó de esta medida la Porciúncula sola.

(9) *V.* Röhrbacher, *Histoire de l'Église.*

(10) En el campanario del *Sacro Convento* hallábanse, entre otras, dos campanas muy antiguas: llamábase la una *Campana de la Predicación*, y era la que tocaba á la indulgencia; tenía esta inscripción:

A. D. M. CC. XXXIX. F. HELIAS FECIT FIERI.
BARTHOLOMÆUS PISANUS ME FECIT CUM LOTERINGO,
FILIO EJUS.
ORA PRO NOBIS, B. FRANCISCE.
AVE MARIA, GRATIA PLENA, ALLELUIA.

La otra se nombraba *Campana de Prima*. Hace algunos años que los religiosos han hecho fundir todas sus campanas. El repique es magnífico é imponente, mas echo de menos la vieja campana de fray Elías. ¿Quién nos dará una historia de la campana católica y de sus armonías misteriosas? (C ha vin de Malán, *Histoire de Saint François d'Assise.*)

(11) Á fray Conrado de Ofida atribuye la leyenda esta visión.

CAPÍTULO XI.

SAN FRANCISCO Y LA MUJER.

La mujer en la Edad media. — Influencia de la idea religiosa en el sexo femenino. — La hermana espiritual de san Francisco. — Inés. — Las Clarisas. — La arrepentida de Rímini. — Filósofas y escritoras. — Las Terciarias. — La enemiga del César. — La arrepentida de Cortona. — Isabel de Hungría. — Libertad de la mujer en la fe. — Las mujeres y san Francisco.

Das unbeschreibliche
Hier ist gethan;
Das Ewig-Weibliche
Zieht uns hinan.

(Gœthe, *Faust.*)

Aquí se realiza lo indescriptible: lo eternamente femenino nos atrae aquí.

(Gœthe, *Fausto.*)

Si las creaciones del entendimiento influyen poco en la mujer, las del corazón la mueven y dominan pronta y enteramente. No estaba en la Edad media vedada á las mujeres la instrucción, ni causaba extrañeza el que se dedicasen á elevados estudios: entre los hielos del Norte, Salomea de Cracovia interpretaba la Sagrada Escritura, mientras que en el centro mismo de la vida intelectual, París, no tuvo á menos el orgulloso Abelardo, que se consideraba á sí

propio el mayor filósofo del mundo, convertirse en pedagogo de una doncella de la clase media, y ponerla al corriente de las profundidades escolásticas y primores de las lenguas doctas. Pero alejada la mujer del aula, candente yunque en que el martillo de la disputa afinaba las inteligencias; sujeta á su hogar y al preciso desempeño de aquellas haciendas y labores que, en épocas de tan escasa actividad industrial, no se eximían de desempeñar reinas y princesas; escaseando los libros, que á duras penas y con indecible trabajo se proporcionaban los sabios, carecia la mujer de estímulos que la excitasen á seguir con la mente las grandes controversias filosóficas de las universidades, las discusiones de los Concilios y el renacimiento de las ciencias morales y políticas que tuvo principio á la sombra de los claustros.

Mas si las escuelas y las cátedras, los cronicones y los códices, las fuentes de la ciencia griega y los trabajos de los Padres de la Iglesia eran, en general, indiferentes y casi ignorados, lo mismo de la castellana que entretenía sus veladas solitarias recamando rico tapiz, ó hilando suave copo de lino, que de la plebeya que amasaba y cocia el negro pan ó cardaba la vedija de lana burda, en cambio el acrecentamiento del fervor devoto, la aparición de las nuevas órdenes, el esplendor del culto, interesaron grandemente al sexo femenino. Merced á la íntima relación que unía en la Edad media los asuntos espirituales á los temporales, la fe á la política, la mujer tomó parte en las turbulencias civiles, vivió la vida nacional y religiosa de su época; y si no empuñó las armas en defensa de los Güelfos ó Gibelinos, del Papa ó del Emperador, si no altercó públicamente en Oxford, en la Sorbona ó en Colonia, nō por eso dejaron de ocupar su voluntad y

pensamiento las luchas que presenciaba. La mujer de la Edad media se distingue de la romana, cuanto se diferencian el cristianismo y el paganismo. En la Edad media no se cree ya la mujer ligada á pensar como el Estado en materia de religión, ni á adorar los dioses de la patria. La convicción de sus derechos espirituales, de su alma redimida, formó las mujeres valerosas, pacientes y libres, cuyo recuerdo vamos á evocar para rendirles homenaje, al cual son harto más acreedoras que las Clelias y Lucrecias.

Curioso es ver cómo en una edad tenida por bárbara en concepto de la mayoría, por semibárbara en el de los más indulgentes, no se halla rastro de hostilidad al desarrollo y cultivo de la inteligencia de la mujer. La Iglesia, maestra de doctrina, cuyos fallos eran acatados entonces, alentó con su aprobación el vuelo del entendimiento de mujeres ilustres, que en la soledad monástica especulaban sobre altos dogmas y misterios, recorriendo el camino que con tanta gloria pisó nuestra doctora de Ávila. Hildegarda, venerada por san Bernardo y por numerosos pontífices, recibe consultas de arzobispos, de reyes, de comunidades religiosas, de doctores, sobre difíciles lugares teológicos; admira Europa sus escritos henchidos de ciencia y sabiduría y sus explicaciones de la Encarnación y de la Trinidad (1). Margarita Colona obtiene renombre por gran latina y versada en las Escrituras; Ángela de Foligno se entrega á hondas especulaciones metafísicas acerca de la unión hipostática de las dos naturalezas en Cristo; la beata Elena de Padua tiene revelaciones, arcanas y altísimas; y penetra tanto en los abismos de la Trinidad Clara de Montefalco, que al abrir su cadáver piensa la devoción hallar depositada en sus vísceras portentosa prueba del misterio.

Así ardió la lúz de la teología en almas femeninas tan puras como vasos de alabastro.

Es verdad que á principios del siglo XIV, el concilio ecuménico de Viena hubo de anatematizar á ciertas devotas, llamadas Beguinas (2) por sus continuas disputas é investigaciones teológicas: mas no se fundaba la condena en el sexo de las disputadoras, sino en las erróneas conclusiones que sustentaban. Fueron condenadas como otros muchos sectarios, no por pensar, sino por errar pensando. Dada la intensidad del sentimiento religioso en la mujer, y la viveza de su fantasía y mente, no era natural que el sexo menos docto se librase del contagio de doctrinas que subyugaban á inteligencias fortificadas por la dialéctica y el método en los estudios: antes al contrario, la mujer hubo de abrazarlas con mayor ardor, si cabe, que el hombre. Los novadores y visionarios que de tiempo en tiempo aparecían, Tanquelino (3), Eon de la Estrella, Segarello, no hallaron prosélitos más entusiastas ni más ciegos secuaces que las hembras. Particularmente ejercieron fascinación en la mujer las herejías que presentaban carácter á la vez misterioso, práctico y sentimental. Un doctor, arguyendo con sutileza y minando el dogma, puede influir en el entendimiento de los sabios; pero un iluminado que predica en las esquinas ó enseña en conciliábulos secretos, con ritos peregrinos y extraordinarios, señorea el corazón y la fantasía, lados vulnerables del pueblo y de la mujer. Por eso se advirtió que en la mujer y en las clases populares se arraigaba y cundía con mayor prontitud la orgullosa mendicidad valdense y el panteísmo místico de los begardos, que los errores albigenses, más metafísicos, y entre cuyos defensores se contaban tantos hombres doctos, tantos grandes y poderosos de la tierra. Sedu-

cían á la mujer, más que los razonamientos, las acciones; y el demacrado rostro de un fanático, las ceremonias de la iniciación celebradas en alguna cueva tenebrosa, las extravagantes penitencias, las vagas teorías, más creídas cuanto menos razonadas, eran cebo de la curiosidad y señuelo de la imaginación de las sectarias. Algunas perecieron en la hoguera sin retractarse, con extraña tenacidad y feroz valentía.

Si en tanto grado agitó á las mujeres el tempestuoso oleaje de la devoción independiente, ¿qué mucho que la arrastrara la corriente mansa, pero fortísima, de Asís? ¿Quién reunió más dotes que san Francisco para prendar y cautivar á seres dotados de gran sensibilidad y ternura, si puede decirse que en él encarnó ese elemento inefable que eleva las almas á las esferas celestes, y que Gœthe llama *lo eterno femenino?* La vida maravillosa de Francisco, su caridad abrasada, que comprendía á todos los seres, su afectuosa comunicación con la naturaleza, los prodigios que por él y en él obraba el amor, la poesía inexplicable de sus menores actos, eran llamadas y atractivos para los corazones puros y las encendidas mentes, que en el sexo femenino abundan, por más que no sean patrimonio exclusivo de él.

La primer tórtola que acudió al dulce reclamo, fué Clara Sciffi, hija de los condes de Sassorosso. Seguramente antes que la noble virgen se arrojase á los pies de Francisco, había éste hecho correr con su voz lágrimas de contrición por hartas hermosas mejillas, y no pocas damas, orando en soledad, con la frente sepultada en los cojines de terciopelo del reclinatorio, sintieran ímpetus de cubrir su cuerpo gallardo con el sayal, y ceñir su talle con la cuerda del milagroso penitente. Pero Clara obedeciendo al divino impulso,

ganó el puesto de hermana espiritual de Francisco (4) y, según bellamente la nombran los cronistas de la Orden, de estrella matutina del firmamento franciscano.

Llevaba Clara, como Francisco, un nombre nuevo y nunca hasta entonces usado, á causa de haber sido la condesa de Sassorosso confortada en las angustias de la preñez por una voz que le dijo : « Mujer, no temas, que parirás luz que ilumine el mundo. » Por lo cual la condesa llamó *Clara* al fruto de sus entrañas y lo educó piadosamente. La niñez y adolescencia de Clara corrieron contemplativas, perfectas, libres de los combates y tentaciones que asaltaron á santa Teresa en su edad juvenil. Elegida para modelo, para ser saludada por la Iglesia con el título de *Matris Dei vestigium* (imagen de la Madre de Dios), nunca un soplo de concupiscencia agitó la límpida superficie de su alma. Volaba la fama de Francisco desde Umbria á toda Italia, cuando los padres de Clara pensaron en que la florida doncellez de su hija pedía bodas, y le propusieron para esposo un mozo hidalgo de la ciudad misma de Asís. Entonces meditó Clara en su destino y vocación. No se sentía dispuesta á nupcias terrestres : procuró celebrar algunas entrevistas con Francisco y descubrirle su horror al matrimonio, sus aspiraciones á otro estado más alto y perfecto. Francisco acogió con júbilo á la paloma guía que anunciaba la llegada del bando. La amaestró muy bien en lo que había de hacer, y Clara se despidió gozosa y resuelta.

El Domingo de Ramos acudían los moradores de Asís á la misa y bendición de las palmas, y causaba pasmo el brío y bizarría de Clara, que entre las demás jóvenes de la nobleza caminaba al templo. Habituadas las gentes á verla con modesto continente y sencillo

arreo, se sorprendían mirándola tan engalanada y hermosa, con rico traje y joyas magníficas. En el momento de la distribución de las palmas, las otras damas se agolparon al presbiterio, y Clara con timidez se quedó atras: visto lo cual por el Obispo, descendió las gradas, yendo á colocar la palma en manos de la doncella, y el murmullo ahogado que en la iglesia promovió este incidente, subió de punto notando que el ramo amarillo y seco se vistió de lozano verdor al asirlo Clara.

Cuando vino la noche de aquel día, abandonó Clara recatadamente la casa paterna, acompañada sólo de Bona Guelfucci, parienta entrada en años que ya la había escoltado en sus visitas á Francisco. Salieron al campo por una poterna del palacio, obstruída tiempo hacía por escombros, vigas y trozos de sillar que Clara, mostrando vigor sorprendente, apartó con sus débiles manos. Á paso ligero se encaminaron ambas mujeres á la iglesia de la Porciúncula. Hallábase ésta iluminada como para fiesta solemne; entonaba Francisco y sus hermanos el rezo de laudes. Al entrar Clara, quitóse el manto negro que la rebozaba, y se dejó ver con el propio atavío que ostentara por la mañana en la bendición de las palmas. Resplandecían á las múltiples luces de los cirios el oro y brocado de su rozagante brial, las pedrerías pendientes de sus orejas y garganta. Postrada ante el altar, comenzó á arrancarse y á arrojar en los escalones los brincos y joyeles, á destrenzar las perlas, á desprender las flores que engalanaban su cabeza gentil. La mata de pelo blondo y rizo se tendió libre por sus hombros, como la mies dorada por el llano, y un momento después rechinaron las tijeras entre aquellas suaves ondas, y Francisco colgó la perfumada crencha á los pies de la

Virgen. En seguida desapareció el traje galano, y vistieron á Clara la túnica grosera y lisa, la cuerda de ásperos nudos, los velos, blanco el uno como la pureza perenne, negro el otro como la soledad perpetua. Y mientras la joven desposada de Cristo pronunciaba los votos eternos, los franciscanos cantaban regocijadamente el epitalamio de las divinas bodas.

Tan pronto como se advirtió la desaparición de Clara, y lograron sus parientes investigar su paradero, dirigiéronse al convento de Benedictinas en que provisionalmente la había albergado Francisco, propuestos á disuadirla de su resolución y sacarla del claustro de grado ó por fuerza, y, rehusando Clara acompañarlos de nuevo al siglo, dieron muestras de querer emplear medios violentos. Entonces la mocita de diez y ocho años se alzó el velo, mostrándoles en su cabeza la tonsura, y cogiéndose al altar con sobrehumana fuerza, reclamó la espiritual independencia del cristiano, que no puede ser de nadie coartada. El respeto al ara y á los santos votos detuvo á los airados parientes, que dejaron á Clara; pero á pocos días hubo de renovarse la batalla, con causa reciente y diversa. Tenía Clara una hermana menor, Inés, que sabedora de la resolución de la mayor, á vuelta de poco más de dos semanas se fué á acoger al regazo de Clara, con propósito de adoptar la misma vida. La familia de Sciffi, que á duras penas sobrellevaba la pérdida de la prudente y discreta Clara, montó en cólera desmedida al ver desaparecer del soberbio palacio señorial á la cándida Inés, cuya presencia, á modo de sonrisa de la aurora, alegraba los severos aposentos. Uniéronse los deudos de los nobles linajes de Fiume y Sciffi, y capitaneados por Monaldo, tío de las jóvenes novicias, se dirigieron al monasterio de Santo Ángel, no ya con ánimos de

rogar y amonestar, sino con furioso denuedo, propuestos á atropellar por todo y traerse á Inés si el mundo entero lo estorbase. No osaron las Benedictinas de Santo Ángel cerrar las puertas á la armada tropa, la cual, habiendo penetrado hasta la celda de las dos hermanas, arrancó á Inés trémula y llorosa del seno de Clara, y se la llevó en volandas como robada, no sin mesarle los cabellos y ofenderle á puñadas el rostro, con toda la característica rudeza de aquellos tiempos. Clara entre tanto se habia puesto en oración. Al llegar á la mitad del camino se aflojaron un tanto las manos de los raptores, é Inés con no vista presteza se arrojó al suelo, determinada á dejarse hacer pedazos más bien que seguir adelante. Probaron á alzarla entre todos, pero hallaron que su esbelto cuerpo era de un peso tan grave y extraordinario, que los esfuerzos unidos de doce caballeros no bastaban á moverla una pulgada. Llamaron en su ayuda á algunos viñadores que allí cerca trabajaban, y los robustos gañanes, sudorosos y rendidos, desistieron de la empresa, no sin exclamar entre risueños y atónitos : — « Á fe que para que pese tanto la niña, debe haber comido plomo toda la noche » (5). — Irritados de su impotencia, los parientes desahogaron la rabia golpeando de nuevo cara y cabeza de Inés : y Monaldo, más que ninguno déspota, alzaba ya el puño cerrado para descargar un golpe, acaso funesto, sobre las sienes de la niña, cuando se paró exhalando un aullido : horrible dolor acababa de paralizar su mano Huyeron todos despavoridos á tiempo que Clara llegaba para intervenir en la bárbara escena. Antecogió á la cordera casi exánime y mordida de los lobos, sosteniéndola hasta el monasterio, donde á poco pronunció Inés los votos deseados.

Eran ya dos las mujeres consagradas á la penitencia bajo la regla de Francisco, y éste resolvió alojarlas en San Damián, la ermita por él reconstruida, nido cuyas pajas había juntado, por decirlo así, una á una. Allí tuvo su cuna pobre la Segunda Orden franciscana, cuyo rápido incremento sabremos en breve (6). Francisco nombró á Clara primera abadesa. Antes de hablar de la Orden, terminemos la historia de su fundadora. Es la de un alma á trechos sumergida en celestes delicias, á trechos abrumada por cargos y responsabilidades que desempeña y arrostra con tino y firmeza varonil. Para entender cómo seguía Clara las huellas de Francisco, baste decir que era su cilicio áspera piel de cerdoso jabalí, ó recia estera de crin de caballo; que salaba las legumbres con ceniza, y con llanto ablandaba el pan; que tres días por semana se abstenía de probar bocado, hasta ser preciso que el obispo de Asís le ordenara tomar, cuando menos, onza y media de sustento á cada sol; que dormía en las frías losas, con un leño por cabecera; que iba descalza en invierno, y que lavaba humilde los pies á sus monjas, besándolos al enjugarlos. Divulgada la fama y nota de su santidad, los paisanos del valle de Espoleto invocaban á la virgen Clara para curar á epilépticos y energúmenos, y su nombre libraba á la pastora ó al viajero extraviado de las manadas de feroces lobos, merodeadores de las montañas. Mientras la simplicidad de los campesinos honraba así á la hermana espiritual de Francisco, el Vicario de Cristo á su vez se inclinaba ante ella reverente. Venerábala ya Honorio III; Gregorio IX le escribía largas epístolas, narrando las amarguras que le ocasionaba el cisma, las inquietudes y zozobras que combatían su espíritu; Inocencio IV no sólo mantuvo con Clara seguida co-

rrespondencia, sino que visitó en dos ocasiones el convento de San Damián. La primera ordenó á Clara bendijese los panes de la humilde colación dispuesta en el refectorio, y en cada hogaza se vió grabada una cruz; la segunda, estando Clara á punto de muerte, llegó á tiempo de consolar su agonía, y aun quiso canonizar á la bienaventurada antes de que hubiese sido sepultado su cadáver (7).

Clara era de esforzado corazón y ánimo resuelto: cualidades de fundadora. Rigió con mansedumbre y energía la grey numerosa que tuvo á su cargo. En el sosegado aprisco de San Damián suspiraba secretamente, atormentándola el anhelo de ir á buscar martirio entre los infieles: aspiración de tantos nobles espíritus de los siglos medios. Á punto estuvo de ver colmados sus deseos, sin moverse de Umbria. Tenía á sueldo Federico II veinte mil feroces alárabes, que á modo de traílla de sangrientos lebreles soltaba por el país adicto á la causa pontificia. Un día los arrojó sobre Asís. Oíanse sus gritos de exterminio en los arrabales de la ciudad, cuando Clara tomando en las manos la custodia y abiertas las puertas del convento, salió con paso tranquilo al encuentro de los invasores. El ropaje de la Santa, el semblante, y el arca sagrada que oprimía contra su pecho, lanzaban resplandor misterioso. Los habitantes de Asís cobraron fuerzas viendo aquella monja confiada y apacible que andaba derecha al enemigo. Los bárbaros fueron rechazados. No tardaron nuevas fuerzas imperialistas en embestir la villa. Entonces Clara y sus monjas cubrieron de ceniza las cabezas clamando á Dios, que pues bien sabía que Asís daba á sus siervas pobres el sustento, conjurase la plaga espantosa que al pueblo amenazaba. Un torbellino que levantó espesas nubes de polvo,

ayudó á hacer retroceder segunda vez á los cismáticos, perseguidos de cerca por los ciudadanos de Asís.

Dedicóse Clara con afán incansable á conseguir que imperase en su Orden aquel espíritu de total pobreza, que es como esencia y sustancia de la regla franciscana. Perseverante en su empeño, combatió cuantos obstáculos le ofrecían la benevolencia y compasión, más peligrosas en este caso que el odio. Movido de lástima al ver á unas flacas mujeres imponerse tales austeridades y privaciones y fiar á la caridad pública el cuidado de su subsistencia despojándose de todo emolumento, Gregorio IX quiso mitigar la regla, ofreciendo á Clara absolverla del voto de pobreza. — « Padre Santo — respondió con entereza Clara — la única absolución que pido y necesito es la de mis pecados ». — Más adelante impetró de Inocencio IV, con humildes y tiernas súplicas, el privilegio de pobreza evangélica perpetua para su Orden. Inocencio IV escribió de su puño y letra la Bula, añadiendo á tan singular concesión la de su llanto, que corrió abundoso sobre el privilegio (8).

Parecía como si Francisco hubiese cedido á la hermana predilecta parte de su alma al asociarla á su obra. Lo mismo que Francisco, tenía Clara un género de devoción encendido y vehemente, y en sus arrebatos y transportes percibieron sus compañeras y discípulas más caras, que ya le rodeaba la cabeza un nimbo luminoso, ya le nacían en los hombros rojas alas de fuego, con que volar á las esferas del amor. Otras veces contemplaban á Jesús, que en figura de lindo rapazuelo se sentaba en el regazo de Clara, con la misma familiaridad con que los pintores lo representan traveseando en el de la Virgen. *Las Florecillas* narran cómo hallándose Clara enferma y encamada el día de

la Natividad de Cristo, y sintiendo gran dolor por no poder asistir á los oficios en el templo, el Esposo, condolido de su pena, la trasladó á la iglesia de Francisco, donde presenciase el rezo matutino, la Misa del Gallo, y recibiese la Eucaristía, volviéndola después á su lecho. Asimismo hablan del banquete memorable en que Francisco y Clara, comiendo juntos el pan y la sal, consagraron la fraternidad de las almas, sin distinción de sexo ante la fe. Dejemos al relato su candor y su frescura seductora. « Al primer manjar — dice — comenzó san Francisco á hablar de Dios tan suave, alta y maravillosamente, que descendiendo sobre todos la abundancia de la divina gracia, fueron en Dios arrebatados. Y estando arrebatados así, con ojos y manos alzadas al cielo, los hombres de Asis y de Betona, y del país comarcano, veían que Santa María de los Ángeles, y todo el lugar, y la selva próxima, ardían fuertemente, y parecía como si fuese un gran fuego que ocupara iglesia, lugar y selva; por lo cual con mucha priesa corrieron allá para extinguir el fuego, creyendo realmente que todo ardía. Mas llegados al lugar y encontrando que no ardía nada, entraron adentro y hallaron á san Francisco y á santa Clara, arrebatados en Dios por la contemplación, y sentados en torno de la humilde mesa. Por donde entendieron que aquél había sido fuego divino, y no material, que Dios hiciera aparecer milagrosamente, para demostrar y significar el fuego del divino amor en que ardían las almas de estos santos frailes y santas religiosas (9).

Al expirar Clara, vieron las monjas que rodeaban el mezquino catre en que á puras instancias del médico tendiera su cuerpo macerado la *Madre de humildad*, abrirse á deshora la puerta de la celda, y penetrar

silenciosa procesión de vírgenes con albas túnicas, ceñida la frente de nítidas azucenas, y en pos de ellas la Emperatriz del cielo, que entre cantos y festivas aclamaciones de ángeles tomaba á Clara en sus brazos para conducirla al tálamo del Esposo. El pueblo de Asís, lejos de entonar tristes salmodias por Clara, prorrumpió en himnos de gozo cuando supo su muerte: repicaron á gloria las campanas, y suave fragancia inundó la cámara mortuoria. Dos años después de su fallecimiento, día por día, se expidió la bula de canonización de Clara. Es Clara el único santo cuya imagen anduvo estampada en moldes ó formas de hostias: de ordinario tales moldes representan una cruz, un cáliz, un cordero ó cualquiera otro signo eucarístico.

Llamáronse las monjas de la Orden segunda *Damianitas*, *Señoras pobres*, *Claustrales*, *Minoritas*, y finalmente *Clarisas*: propagáronse, en pocos años por todo el mediodía y el norte de Europa. Más fácil fuera contar las estrellas que titilan en el ancho firmamento durante una noche apacible, ó las margaritas que se abren en el prado al tibio soplo de la primavera, que decir cuántas trenzas de hermosos cabellos fueron segadas al pie de los altares después de la de Clara, ó cuántas frentes juveniles sombreó el velo púdico de las Clarisas. Son las virtudes del estado monástico en la mujer de suyo tan mudas y discretas, que las compendia una reja y una sepultura: sólo Jesucristo cuenta las lágrimas, las penitencias, los abatimientos y los consuelos del alma solitaria: expiran los sollozos, y se ahogan los himnos en las espesas murallas, y los lirios nacen, embalsaman y fenecen dentro de cerrado vaso que archiva hasta el polvo de sus hojas. No obstante, á veces un suceso inesperado viene á descubrir la sellada fuente del heroísmo, que

atesoran pobres y débiles mujeres en la paz y silencio de la clausura. Díganlo las Clarisas de Tolemaida. A fines del siglo XIII, cuando la cristiandad atribulada veía á los árabes recuperar el Oriente y posesionarse otra vez del Sepulcro santo, ayudados por la apatía de algunos príncipes y la torpe complicidad de otros, Malek-al-Aseraf, soldán de Egipto, asaltó la rica ciudad de Tolemaida, baluarte del poder occidental, y la tomó, á pesar de la briosa defensa que hicieron los caballeros Hospitalarios. En el momento de horror en que sesenta mil infantes y otros tantos jinetes musulmanes entraban á sangre y fuego por calles y plazas, la abadesa del convento de Clarisas reunió á sus monjas, y dándoles ejemplo y enseñanza de cómo habían de burlar la brutalidad de los infieles, se cortó la nariz. Imitaron todas el sacrificio, y mutilaron y desfiguraron sus rostros con tal empeño, que al entrar los mahometanos y hallar en vez de bellas vírgenes, sangrientos y espantosos monstruos, no pensaron sino en pasarlos á cuchillo. Con harta razón dice un historiador de la Iglesia, que á haber mostrado los hombres el valor de estas monjas, no se perdiera la Tierra Santa.

Abordaron á las costas de España las dos primeras Clarisas enviadas por Clara, á fin de que extendiesen su Orden, atravesando el Mediterráneo en frágil barquichuelo, sin velas ni remos, sacudido al capricho de las olas. En España fundaron numerosos conventos. Los Reyes Católicos, compadecidos de la precaria situación de las Clarisas de Madrid, conocidas por *Descalzas Reales*, les obtuvieron, sin consultarlas, dispensa pontificia del voto de pobreza. Dudaron ellas un punto si deberían guardar el privilegio, sin hacer uso de él, en sus archivos: mas al cabo, no queriendo ni aun conservarle, ocurrióles una idea ingeniosa.

Cortaron el pergamino en menudos trozos, y de ellos fueron armando el fondo ó cáliz de las flores de trapo y papel con que todos los años, en poética profusión, engalanaban la custodia.

Clara vió agruparse en torno suyo al resto de las mujeres de su familia. No sólo su primera compañera Inés, á quien tan tiernamente amó, y que habiendo fundado el convento de Florencia, siguió á Clara al sepulcro á pocos meses de distancia, —como si apagándose en este mundo el gran espíritu de la maestra en Cristo, faltase luz y calor al de la discípula (10), — sino que también Beatriz, hermana menor de Clara é Inés; Amata, su sobrina; Hortulana, madre de Clara; y Bona Guelfucci, la tía que la acompañaba cuando pronunció los votos en la Porciúncula, se acogieron á San Damián bajo el báculo de Clara, que vino así á mandar sobre sus mayores, ejerciendo el derecho de primogenitura ante el Señor. Amata era una hermosa mocita, dada á galas, niñerías y afeites, que á las fervorosas exhortaciones de Clara trocó lisonjas y halagos del mundo por tosco hábito y desasimiento de toda vanidad. Bona llegó, bajo el nombre de *Pacífica*, á superiora y reformadora de una comunidad de Clarisas: y faltando á ésta en el interior de sus muros agua potable, á las oraciones de Pacífica acudió blanca y gallarda cierva, que hiriendo el suelo con la ligera pezuña, hizo brotar dentro de la clausura un caño de agua cristalina y fresquísima, conocido después por *fuente de los milagros*. Entre las primeras hermanas de Clara interesa, por su candorosa discreción, Inés de Opórtulo, la monja de viva fantasía, que no pudo oir un sermón en que hipotéticamente era puesta en tela de juicio la venida de Jesucristo al mundo, sin hallarse asaltada de congojosas dudas que la trajeron

á mal traer, hasta que durante el silencio de la noche oyó resonar en su corazón la voz de Jesucristo mismo, que con acento de tierna queja le decía: — « Inés, ¿no andas buscándome? pues en ti estoy. » — En el vergel de San Damián florecieron Francisca de Asís, la extática, que al mirar la hostia consagrada no veía sino un lindo niño; y Benvenuta, la que junto al lecho de muerte de Clara divisó á la Emperatriz del paraíso con su comitiva de cándidas doncellas resplandecientes de gloria.

Poseídas de amor por la pobreza santa, dejaban las reinas y princesas la púrpura y los roedores cuidados que la acompañan, para cumplir, con pies descalzos y alegre espíritu, la peregrinación por este valle. En vida de Clara acudieron ya á su Orden hartas palomas de nido real. Margarita, esposa, é Isabel, hermana de san Luis (11), que rompió los desposorios tratados con Conrado de Alemania, por abrazar la cruz de Cristo; Inés, hija de los reyes de Bohemia, criatura singular que en los primeros meses de su vida se extendía en cruz en la cuna; cuya adolescencia transcurrió en una amena mansión campestre, en que rodeada de sus compañeras, saciaba en la melancólica poesía de la naturaleza las ansias tempranas de un alma contemplativa; que llegada al estío lozano de su maravillosa belleza, desechó los opulentos presentes nupciales que le brindaban á porfía Enrique de Inglaterra y el emperador Federico II, para aceptar con júbilo inexplicable un velo tosco, una escudilla y un vaso groseros, que desde Italia le enviaba Clara como en arras de las bodas con la Pobreza (12); Elena, hija de Alfonso, rey de Portugal, cuya fe viva hizo en mitad del invierno cubrirse un cerezo con frutos de escarlata; las dos infantas de Castilla, que fundaron

el convento de Clarisas de Toledo, cuyas abadesas se transmitían el privilegio caballeresco de guardar de noche las llaves de la ciudad; y, finalmente, aquellas dos cuñadas, flores de nieve abiertas al hálito de los cierzos del Norte: Salomea y Cunegunda, esposas amantes ambas, y ambas enterradas con la palma de su inmarchita virginidad. Salomea, estudiosa y docta, casó con el hijo del rey de Hungría, y tuvo el dolor de ver perecer, quizá á impulsos de traidora ponzoña, á un esposo digno y perfecto. Cunegunda, que nació rezando la salutación angélica, halló un alma gemela de la suya en su marido Boleslao, llamado el *Púdico*. Enseñábanse en Polonia con devoción y ternura las huellas que al huir de los tártaros dejó en la peña el pie de esta beata, que fué á la vez una gran reina; las minas de sal que descubrió y puso en explotación para prosperidad de su pueblo; y su estatua, de madera tallada, que se conserva en su convento, y tiene en una mano un pomo de cristal, emblema de pureza; estatua misteriosa y animada como la de Memnón, que al tocarla los labios de los devotos, parecía caliente y flexible como la carne viva, y mostraba encendidas las mejillas y brillantes los ojos al anunciarse un suceso dichoso para Polonia, y palidecía y se demacraba en vísperas de calamidades nacionales; bien, como si el espíritu del malaventurado pueblo polaco residiese en aquella imagen.

Donde quiera que se propagaron las Clarisas, nacieron mujeres extraordinarias. Al lado de Inés, en el convento de Monte-Cœli, que fundó en Florencia, vivió Clara de Ubaldino, que para atender á la voz que la llamaba á aquel asilo, hubo de contrariar el instinto más ciego y enérgico en la mujer, el amor maternal. Sucedió á Inés en la prelacía, y cuando

años después de su muerte fué su cuerpo trasladado á otro convento más capaz, construido á expensas del cardenal Octaviano, se vió al venerable cadáver alzarse del ataúd, y sentándose en el alto sillón abacial, bendecir el concurso. Extraña vida también la del Job femenino, Elena de Padua. Tomó el hábito á los doce años de edad, y en lo más verde de su primavera fué visitada por raro y cruel achaque: quedóse muda, ciega, casi paralítica, sin tener más medio de comunicación con sus semejantes que un alfabeto de signos hechos con los dedos. En la oclusión de sus sentidos, en la quietud de su cuerpo, la baldada jovencilla veía interiormente, en mística perspectiva, el purgatorio, el cielo, los luminosos abismos de la Trinidad y las profundidades consoladoras de la gracia. Á los veintiocho años pasó de este mundo, dejando á Padua henchida de la fama de sus visiones y ardores.

Si no abundase más la mies que el espacio para contarla, no habria tarea preferible á la de ir ensartando, como perlas por un hilo tosco, tan preciosas vidas por estas páginas. No quedaran entonces sin extensa biografía Felipa Mareri, sabia monja dada á estudios bíblicos; ni Margarita Colona, docta en latinidad, á quien Jesús coronó de azucenas y puso en el dedo nupcial anillo, haciéndole tocar la llaga de la mano izquierda, y causándole tan violenta sacudida, que, dilatándose el corazón, se rompió el pecho de la beata virgen y brotó un reguero de sangre; ni Clara de Montefalco, en cuyo cuerpo se grabaron las meditaciones de su mente con signos visibles. Quisiera asimismo poder referir las dramáticas leyendas, impregnadas de religioso terror, de Constancia Florentina y de la *Borgoñona*. Mas el asunto es vasto,

y nombres insignes quedarán sin mención, que, siquiera de paso, la mereciesen.

No sólo en el siglo XIII, sino en los siguientes, dió fruto el árbol plantado por Clara. Si bien Urbano IV introdujo modificaciones en la primitiva regla de las Clarisas, y posteriormente Eugenio IV á su vez la mitigó, en el siglo XV fueron renovadas las austeridades y rigores primitivos, por una joven animosa, francesa de nación. Coleta sentía impulsos reveladores de que su vida tenía algún objeto importante. Comenzó por desear hallarse libre de su hermosura como de un estorbo, y en efecto, vió ajarse las rosas de su tez. Anduvo como desorientada, pasando de una congregación de Beguinas á la Orden Tercera, y de ésta fué á anclar en las Clarisas. Orando en su celda vió brotar á sus pies gentil arbusto, cargado de perfumados capullos y pomas. Cuantas veces lo arrancaba, otras tantas renacía, embalsamando el ambiente. Interpretando esta visión, sintióse llamada á enlazar al través de dos siglos su pensamiento con el de Clara, emprendiendo la restauración de la Orden. Aprobada la idea por el Papa, no conoció ya Coleta descanso, viajó noche y día, á pie, descalza, fundando, reformando, edificando con las limosnas recogidas hasta trescientas ochenta iglesias, perseguida por aviesos contradictores que la acusaban de hereje (13), confortada por la visita de san Vicente Ferrer, que desde España llegaba exprofeso para ver á la mujer insigne, dotada de las facultades organizadoras de un Ignacio de Loyola, y de la fuerza de voluntad que forma los héroes.

También en el siglo XV decoró el Orden de las Clarisas, con su pluma y con sus obras, una dama de honor de Margarita de Este, que á los catorce años

dejó voluntariamente el elegante fausto de la corte de Ferrara por la monástica austeridad. Catalina de Bolonia manejó con igual soltura el italiano y el latín, y compuso tratados ascéticos en la forma correcta y galana, que domina en los prosistas á mediados del *cinquecento*. Ya las brisas naturalistas del Renacimiento impulsaban el bajel de la literatura, cuando Catalina terminó su libro *De las siete armas espirituales* (14).

En las crónicas de la Orden Franciscana se refiere la vida de una mujer de carácter tan extraordinario, que si en el sexo femenino caben Tenorios, Clara de Agolancia realiza cumplidamente el tipo clásico del desaforado calvatrueno en quien un dia se despierta la conciencia elevándole á santo. Clara es un carácter agigantado en los extravíos como en la penitencia; sin freno en el placer, en el arrepentimiento sin medida. Hija de unos nobles de Rimini, altiva y resuelta desde la niñez, casada á los doce años con un hijo de su madrastra, viuda á los quince, privada de su padre y de su hermano, que fueron muertos en las civiles discordias, quedó Clara dueña de sí, hermosa, con hacienda sobrante, con esfuerzo más que varonil, libre, osada, fiera, insaciable. Como potro á quien arrancan brida y freno, y dejan que suelto devore el espacio, así se halló la joven patricia, que fué bien presto asombro de Rimini, con sus aventuras. No dominaban y arrastraban tanto á Clara los galanteos, cuanto los ejercicios masculinos, á que se entregó con ímpetu. Cubierto su cuerpo airoso con el talabarte y las calzas de seda que usaban los mancebos nobles, ya amaestraba corceles indómitos haciéndolos caracolear con no vista destreza, ya en las selvas perseguía al ágil gamo ó alanceaba el colmilludo jabalí, ya

esgrimía las armas con puño de acero y músculos de atleta. No prodigaba complacencias al primer galán que acudiese en demanda de ellas: semejante siempre á los Mañaras y Tenorios, amaba con desmedido ardor, y cuando la hostigaban los celos, tomábase satisfacción cumplida á punta de daga, no en sus rivales, sino en el infiel mismo. Oíanse á veces gemidos lúgubres en la revuelta de alguna callejuela iluminada por moribundo farolillo de retablo, y se veía á un hombre revolcarse en charco rojo, y á los primeros rayos del alba huían espantadas las gentes timoratas de Rimini, murmurando quedo de Clara y de sus desatinados tratos. Hubo un hombre bastante resuelto y prendado para dar mano de esposo á Clara conociendo su historia, que Clara misma le refirió menudamente; y si bien guardó incólume la fe conyugal, Clara prosiguió arrogante en su vida suelta y caballeresca, y tan desasida de todo pensamiento religioso, que al pasar ante la iglesia, en vez de signarse con la cruz al uso de la época, solía torcer la faz. Pero Cristo amaba mucho á aquella alma poderosa. Un día, á tiempo que Clara entraba casualmente en el templo, oyó que un crucifijo le decía: — «Clara, Clara, ¿no rezarás siquiera un Padrenuestro por mí?» — Quedóse ella, á pesar de su intrepidez, como Saulo cuando fué precipitado de la montura por la claridad repentina. Hondo escalofrío corrió por sus venas, chocaron sus rodillas; sobrecogida de estupor, salió sin darse cuenta de lo que experimentaba, y la fuente de las lágrimas, seca tanto tiempo hacía, manó por su rostro en refrigerantes ondas. Á poco la vió el pueblo recorrer calles y plazuelas, descalza, con un dogal al cuello, haciendo confesión á gritos de sus pecados. Los días de Jueves y Viernes Santo anduvo por Ri-

mini un penitente velado, atadas las manos á la espalda, coronado de espinas, empujado por tres hombres, que lo iban azotando con recias cuerdas, y que al llegar á la puerta de la basílica lo ataron á un pilar y prosiguieron con la flagelación hasta que se viesen pegados á la carne viva los guiñapos sanguinolentos del velo. El penitente era Clara. Muerto su marido, profesó en un convento de la Orden Segunda. Allí vivió llevando al cuello una argolla de hierro, guarnecida interiormente con puntas, y otras semejantes en brazos y muslos, de peso de treinta libras; trayendo á raíz del cuerpo una malla de acero; durmiendo de pie, comiendo sapos y sabandijas asquerosas para castigar la gula, hiriéndose el pecho con un quijárro, mortificándose con una mordaza de hierro la lengua, hasta que enconada y tumefacta, se le saliese de la boca. Cuanto más se considera á la arrepentida de Rímini, más parece ver en ella representación cabal de los siglos medios: tiempos apasionados, guerreros, tempestuosos, pero prontos siempre á escuchar la voz de Cristo, á penar y morir por él; nunca medianos ni mezquinos, sino vivaces, ricos y potentes, que rescataban culpas grandes con expiaciones tremendas y con actos sublimes.

España, que glorifica en sus anales literarios y científicos á la perla del Carmelo, debe á la Orden Franciscana eximias escritoras, cuyas obras honrarían á vigorosas inteligencias masculinas. En el primer puesto colocaré á la venerable sor María de Jesús de Agreda. Vivió tan insigne mujer en el siglo XVII, en la villita de Agreda, enclavada en la frontera de Castilla la Vieja, que linda con Aragón. Niña enfermiza, criada á la sombra de un hogar pobre, piadoso é hidalgo, redujéronse sus estudios á encender luces en un altar-

cillo chico, rezando allí fervorosamente. Doce años tendría, cuando su familia adoptó resolución singular. El padre con los dos hijos varones se entró en un convento de Franciscanos; la madre con las dos hijas transformó en claustro su propia casa, adoptando el instituto de las Concepcionistas. Así María de Jesús pudo colocar su celda en el propio aposento en que quizás se meciera su cuna. El escaso plantel del monasterio de Agreda se multiplicó, y María de Jesús vino á ser, andando el tiempo, su abadesa. La fama de su vida pura y angélica llenaba aquellos contornos, trascendiendo hasta la Corte. Felipe IV, yendo de jornada para Zaragoza, quiso ver á la portentosa reclusa, de quien se contaban extraños prodigios. Habló dentro de su retiro, y desde aquel día trabó con ella no interrumpida correspondencia acerca de los asuntos del Estado. Convirtióse la humilde monja en consejero: escribíale el Rey en un pliego doblado á lo largo ocupando un lado solo y dejando el otro en blanco para que lo llenase María: veintidós años (1643-1665) duró este epistolar comercio. Existen los originales autógrafos en la Biblioteca Nacional, según nos dice el P. Fidel Fita, quien los ha visto allí y está en hacer de ellos una edición correctísima. Ojalá no pasen muchos años sin que lo logre.

Veinticinco de edad, á lo sumo, contaría María de Jesús cuando comenzó á concebir la idea de la obra capital de su vida, el libro intitulado *Mística Ciudad de Dios* (15). Dos veces la obligó un confesor indiscreto á quemar las páginas que llevaba trazadas, y otras dos un varón docto y de levantadas miras volvió á poner en manos de la escritora la gallarda pluma. María de Agreda merece figurar entre nuestros clásicos por la limpieza, fuerza y elegancia de la dicción; entre

nuestros teólogos por la copia y alteza de la doctrina; entre nuestros filósofos por la lógica profunda y el vigor mental. En su tiempo anduvieron confusos y maravillados sabios obispos y graves doctores, sin atinar cómo una hembra falta de estudios, á quien sirviera de escuela la contemplación tan sólo, podía seguir con firme paso las huellas de santo Tomás y de Escoto, especular sutil y hondamente acerca de elevadísimos misterios, interpretar con feliz novedad las Escrituras, y todo ello ignorándose de dónde brotasen las fuentes de su ciencia, por lo que hubieron de creerla infusa y sobrenatural, considerando á María iluminada por luz divina y extraordinaria (16).

De bien diversa índole es el talento de sor María de la Antigua, clarisa lega del convento de Marchena. Si en la Venerable de Agreda admiramos un entendimiento y razón varoniles, en María de la Antigua, espíritu formado en moldes teresianos, domina el amor. De origen portugués, tiene esta escritora lozanísima imaginación meridional, alma tierna y sensible, estilo fácil, candoroso, dulce y encendido Por asemejarse en un todo á la gran carmelita, confiesa que en sus primeros años se volvió distraída y fría en la devoción, á despecho de los arrebatos místicos experimentados en su peregrina niñez. Cuando María de la Antigua se siente oprimida y ahogada por las ansias del afecto, de prosista se trueca en poetisa, y derrama su corazón en romances sencillos y fluídos, sembrados á veces de rasgos patéticos y felices. El sentimiento estético es tan natural en María de la Antigua, que para dirigirse á Jesucristo, acuden á sus labios las frases más bellas de la Esposa de los Cantares: su oración favorita es el *Magnificat*; sus visiones mismas presentan un colorido dantesco. Enamorada de

Cristo, pasa con él deleitosos y suavísimos coloquios y para explicar la terneza femenil de su cariño, dice con delicado concepto: — « Si naciera yo antes que Dios se hiciera hombre, yo le temiera como á Señor, mas no me regalara con él: porque todo lo que en él amo, es lo que de mi naturaleza conozco. »—Un rígido teólogo podrá encontrar en esta frase algo que tildar, y aun mucho; pero el amor tiene un timbre especial y su lenguaje propio, que rectifica la inexactitud de la palabra, y pone en claro el verdadero vuelo del pensamiento. — Ninguna de las dulzuras de la Mística falta en los escritos de María de la Antigua: calor, vida y sentimiento circulan por su libro, análisis autobiográfico del rico corazón de la autora (17).

Por nacidas en nuestra patria no debemos echar en olvido á Ana de Cristo (18), que dejó inéditas sus *Meditaciones* sobre lugares de la Escritura; á Jerónima de la Asunción (19), celosa propugnadora de la Inmaculada, que escribió en prosa y verso con igual soltura y afluencia; á Magdalena de la Cruz (20), autora de un largo y erudito tratado de la *Oración mental.* Todas estas mujeres doctas é inspiradas, cuyas obras por ventura duermen desconocidas entre el polvo de rancias bibliotecas, ó murieron antes de ver la luz, aniquiladas por el descuido ó enterradas por la modestia, son no obstante gloria del régimen monástico, que despertaba en la mujer aficiones tan elevadas, y monumento de la historia literaria de España, que atesora riquezas incalculables ocultas aún, por culpa de la apatia de nuestro carácter y de la perdularia negligencia con que manejamos nuestra hacienda intelectual.

Podemos agregar á estas escritoras hispano-franciscanas otra cuya personalidad es discutidísima en

nuestros días, cuyo nombre anda mezclado con la historia contemporánea española. Mencionaremos á la concepcionista María de los Dolores Quiroga, conocida por sor Patrocinio, á causa del *Ejercicio* que en honra de la Virgen del Olvido escribió: libro piadoso, no despreciable por su forma fácil y elocuente. Cuanto al carácter y vida de la célebre monja, indiscreción sería tocar algo que á tal asunto se refiriese, ni pararse en sitio donde amontonó cenizas el fuego de las políticas pasiones, careciendo de los datos y exactas noticias indispensables para discernir la verdad. De nuestros días es también la notable historiadora irlandesa María Francisca, del convento de Kenmere.

En el siglo de la Venerable de Agreda contó la Orden franciscana con una mujer española, del ilustre linaje de los Hurtados de Mendoza, sor Jerónima, abadesa de las Concepcionistas de Priego, que vivió fuera de sí, transportada de amor y espirituales deliquios (21). Jerónima de Priego, al narrar su vida interior, es persuasiva y tiene la gracia del estilo que se origina de la espontaneidad. Nació, como Francisco, en un pesebre; y en los primeros ejercicios de su dura penitencia, veía con los ojos del alma á Francisco que la exhortaba sonriendo á poner el hombro á la Cruz. Algún tiempo fué confesor de Jerónima el sabio cronista de la Orden franciscana, Cornejo.

Pero á más andar nos hemos desviado del siglo XIII, entretenidos espigando por el campo fecundo que regaron con llanto y sangre Clara é Inés. Tornemos ya á los principios de la Orden. Si bien nacieron las Clarisas como retoño gemelo de la religión franciscana, procuró Francisco cerrar la puerta á la malicia del mundo, estableciendo el debido aislamiento y aun desaprobando el nombre de *Minoritas*, que solían tomar

las comunidades de mujeres sujetas á la regla de Clara. Las monjas, pobres é incapacitadas por su sexo para implorar la caridad tan eficazmente como los frailes, esperaban de éstos la provisión del sustento necesario; mas Francisco, cuando salió de Italia con ánimo de ganar en Siria la palma de mártir, dejó expreso encargo al cardenal protector de la Orden de que sus frailes no se familiarizasen ni mostrasen pródigos de ayuda y visitas con los monasterios de mujeres. Ya fuese que entendiera Francisco que el Dios que mantiene los pajarillos no deja morir de hambre á las reclusas; ya que temiese, más que todo, los graves peligros que el trato entre los dos sexos origina, ello es que le congojaba mucho el cargo de mirar por las monjas. — « Temo — solía decir — que habiéndonos Dios quitado esposas, nos dió el diablo hermanas (22). » — Hizo chapuzarse en río casi helado, en el rigor de la estacion invernal, á un fraile que habia visitado en San Damián á una parienta reclusa. Por efecto de este afán que mostró Francisco en evitar riesgos á sus hijos, encargóse el cardenal Hugolino de la dirección de la Orden. Nombráronse visitadores, eligiendo varones de pura fama y limpias costumbres. Fray Felipe Longo fué el segundo. Á los doce años de la fundación de las Clarisas, redactó Francisco la regla austera y admirable que observaron: y después concedió á los deseos de Clara la carta que sella la unión de la Orden Primera con la Segunda (23).

En la Tercera, cuyo inmenso influjo y utilidad social conocemos ya, tenían cabida los dos sexos: y no es mucho que las mujeres acogiesen con amor una institución que sin apartarlas del hogar ni de los deberes que impone la naturaleza, antes ayudándolas á cumplirlos con mayor puntualidad y zelo, les abria á

la vez caminos de perfección y penitencia. Distinguiéronse siempre las reformas de Francisco — á diferencia de la que predicaban los supersticiosos sectarios del Mediodía — por un carácter de profundo respeto hacia cuanto cimenta y robustece el Estado y la asociación humana. El matrimonio, la familia, los lares domésticos, fueron sagrados para él, que voluntariamente renunciaba á sus goces. Lejos de condenar el lazo conyugal y los que de él se derivan, Francisco quiso santificarlo más aún; lejos de arrastrar á los casados al claustro, puso el claustro y sus méritos en el siglo mismo. Como quiera que el fervor religioso impulsase á bastantes consortes á separarse, tomando el marido el hábito franciscano y la mujer el de las Clarisas, y quedando á veces con esto desamparados los hijuelos y frío el hogar, la Orden Tercera remedió tales inconvenientes, pudiendo desde luego cada casa convertirse en templo, cada alcoba ser casta celda y evangélica morada. Sabemos las condiciones de esta Orden : para nadie ofrecía más atractivos que para la mujer, hecha desde el nacimiento á tener por teatro de sus hazañas y palenque de sus luchas las paredes silenciosas del domicilio. La esposa del primer terciario, Bonadona, se opuso, no obstante, en un principio á la liberalidad de su esposo, impulsada por el espíritu práctico que domina en las matronas y suele degenerar en mezquina economía; pero ablandóse después su corazón, y emuló á Luquesio en buenas obras. Mas nadie representó mejor el fin humanitario y fecundo de la Orden Tercera que las dos nobles criaturas Viridiana y Humiliana. Nacidas ambas en el suelo florentino, combatieron la avaricia, la codicia, el ansia de riquezas, vicios capitales de los pueblos donde el comercio desarrolla la prosperidad material

y empedernece las entrañas de los hombres. Humiliana, perteneciente á la aristocracia mercantil de la rica república, fué símbolo de la equidad, de la probidad inflexible, en medio de una familia entregada al agio y á la especulación sin tregua. Mientras su marido agenciaba caudales por todos cuantos medios la ley permite y veda la misericordia, Humiliana en el retiro de su gabinete se consagraba á interior pobreza. Como si la conducta de aquella mujer modesta é íntegra fuera vivo reproche y afeamiento de la ajena, deudos, padres y marido la satirizaban por su generosidad, y la perseguían con odio y burla. Viuda ya, su propio padre, que la veía sembrar dinero entre los necesitados, usó de un infame ardid para desposeerla de todos sus bienes y reducirla á la dependencia. Así vivió Humiliana el resto de sus días, relegada á una torre de su propia casa, sola con la oración, los éxtasis, las visiones, y perturbada aun en aquel asilo por la malevolencia de su parentela. Murió á los veintisiete años legando á Florencia ejemplo de desinterés. La virgen Viridiana no fué menos activa y entusiasta en la caridad. Durante el hambre de Florencia se la vió repartiendo á los pobres los cereales acaparados por su usurero tío; y al reclamar éste furioso los granos, hallólos reduplicados en la troj. Viridiana pidió más tarde al pueblo, de ella tan socorrido y amado, que le pagase el beneficio, sustentándola de limosna los largos años que pasó en una ermita, tapiada la puerta y abierto sólo un ventanillo para recibir la pitanza que arrojaban los campesinos, no sin encomendarse á las oraciones de la penitente solitaria. El ánimo más entero desmayara en aquella reclusión en que el menor descuido de las gentes de los contornos, ó del cura, podía condenar al recluso á

los horrores del hambre. Allí no obstante se mantuvo Viridiana, lidiando en su lúgubre soledad con espectros y apariciones horribles; allí la vió Francisco catorce años después de emparedada, y ciñó á sus escuálidos lomos el cordón de la Orden Tercera. Allí expiró finalmente, de rodillas y con el cuerpo derecho, á guisa de atleta que adopta para morir la postura del combate.

La vida de cada heroína de la Orden Tercera contiene una enseñanza social, maravillosamente adecuada al tiempo y á las circunstancias. Si las virtudes de las Clarisas se dirigen al cielo, como la suave luz de los cirios asciende á lo alto, en cambio las de las Terceras, solicitadas cual el fuego al aire libre por el viento de la lucha, esparcen calor en todos sentidos. Humiliana y Viridiana dieron á una sociedad afanosa de lucro lecciones de desprendimiento: Rosa de Viterbo enseñará á su sexo cómo ninguna modificación política debe ser á la mujer indiferente, por cuanto se enlaza siempre con altos intereses religiosos y morales. No es dable idear, ni con ayuda de brillante fantasía, historia más dramática que la de la graciosísima niña, temprana rosa entreabierta y salpicada aún del rocío de la aurora, á quien los huracanes de la guerra y del cisma sacudieron iracundos, sin poder partir ni doblegar su frágil y erguido tallo. Increíble parece que haya existido la extraordinaria Rosa de Viterbo, y que en los diez y siete años de su brevísima vida se encierre tal suma de actividad y heroísmo. El virginal despojo, el cuerpo tierno y adolescente, que tan prèsto bajó á la tierra, pudiera pretender el lauro que rodeó las frentes altivas de los grandes patriotas griegos y romanos, si los ángeles no hubiesen tejido ya para las sienes bellas é inmaculadas de Rosa

de Viterbo, guirnaldas de las flores de luz que se crían en las celestes praderas.

Federico II, que llena todo el siglo XIII con sus ambiciosas tentativas de usurpación de la corona universal, con sus combates contra el Papado, con los estragos y depredaciones cometidas por sus feroces tropas, con la tiránica inmensidad de su carácter en suma; Federico, en quien se cifró la colosal opresión de los Césares, y se anunció la tendencia absorbente del Estado moderno, contaba en la ciudad de Viterbo acérrimos partidarios, granjeados quizá más por el terror que por el afecto: y asimismo no le faltaban adversarios decididos que recordasen con orgullo la desesperada resistencia opuesta en 1243 á las tropas imperialistas; defensa digna de otra Numancia, y en que las mujeres tomaron parte arrojando peñascos á los sitiadores, extinguiendo con vinagre el fuego griego, arrancándose con los dientes, por no dar lugar á que estuviesen ociosas las manos, las flechas que se clavaban en su carne. Cuando ocurrió este episodio de las contiendas que desgarraron á Italia, sumaba tres años de edad la criatura Rosa. ¿Qué efecto producirían en su mente precocísima las escenas del asalto? Ello es que Rosa era ya entonces un ser singular. Hija de padres pobres, nacida cuando la madurez de su madre no prometía fecundidad, dícese que al salir del claustro materno se dibujaba en sus labios una sonrisa, y que en todo el período de la lactancia no se la oyó llorar una vez sola. Á gatas, por no saber aún sostenerla sus piececillos, íbase á la iglesia; y los pájaros del cielo, y particularmente las palomas que anidaban en los viejos aleros de los tejados, venían á rodearla y á posarse en sus hombros presurosas. Todo Viterbo andaba embelesado con las

gracias infantiles de la rapazuela, cuyas muñecas y juguetes eran cilicios y recias disciplinas. Vióse el extraño espectáculo de una niña de seis á ocho años, vestida con un sayal, descalza, suelto el rizoso cabello por los hombros, apretado en las manos un crucifijo, predicando penitencia por calles y plazas. Y á cada prodigio de la parvulilla admirable, la opinión pública de Viterbo, suspensa entre el Papa y el Emperador, se inclinaba á la causa del pontífice. Rosa, á quien las monjas Damianitas no habían querido admitir, por su poca edad, en el convento, vivía en su casa en un retiro ó celda; y en medio de las lágrimas que regaban sus mejillas puras, de los disciplinazos que abrían sus carnes inocentes, de los ayunos que demacraban su organismo no desarrollado aún, su pensamiento no se apartaba un punto de las tribulaciones de la Iglesia: oraba por ella y contra Federico. A los diez años fué á despojarse públicamente de las galas femeniles: cortó la selva de rubios bucles, que encerraban como en nimbo de oro su rostro; se vistió el tosco hábito de terciaria; se ató al talle el cabestro de un jumento, y desde aquel día empezó á exhortar á la multitud á obedecer á la Santa Sede, á resistir á los cismáticos, que á la sazón dominaban en la ciudad. La gente se agolpaba para oir las arengas en que un aura tribunicia y patriótica, un generoso soplo de independencia espiritual, competían con la dulzura cristiana. Encendíanse los pechos, y perdía terreno el César. El padre de Rosa temió la venganza de las autoridades, y airado contra la tierna agitadora, mostrando la fría crueldad de los cobardes, la asió de los cabellos y la abofeteó y arrastró denostándola. Rosa sufrió en silencio y mansamente el mal trato, y continuó con sus predicaciones, subiéndose á los poyos

para ser mejor oída, entrando en los templos y concitando, bajo sus sacras bóvedas, la indignación popular contra el enemigo de la fe. El gobernador de la plaza, no atreviéndose á cercenar en el tajo aquella gentil y amada cabeza, quiso no obstante hacer de suerte que pereciese la candorosa y terrible adversaria del Emperador, y tratándola de embaucadora, visionaria y fanática, le ordenó salir instantáneamente de la villa, sin dejarle tomar abrigo, en crudísima noche de invierno; esperando que la nieve que caía fuese su sudario, y los lobos hambrientos sus enterradores. Mil veces, hasta que rayó la aurora, estuvo Rosa á punto de rodar á un precipicio, ó de sumirse en un pantano: helada y exánime vió lucir la mañana, y su primera idea, al arribar á un pueblecillo, fué encaramarse á un tablado en la plaza pública, y pedir á los habitantes auxilio para el Vicario de Cristo, perseguido por el cisma. Así anduvo recorriendo ciudades y caseríos, sin que descansase en su tarea de despertar á Italia contra el opresor alemán, arrancando lágrimas con la terneza de sus años y la ascética hermosura de su semblante, gritos de entusiasmo con su inflamada elocuencia. Hallando en un pueblo que una vieja predicadora, adicta á Federico, traía soliviantada á la muchedumbre en favor del César, ofrecióse á discutir con ella y convencerla; y cierto, que fué peregrina vista la de una fresquísima primavera arguyendo á un invierno árido y marchito. Al fin, como no se desaferrase de sus ideas la vieja, Rosa apeló al fuego, entrando intrépida por una hoguera encendida, sin que las llamas ofendiesen ni el pelo de su ropa. Muerto Federico, pudo el Papa volver á Italia, y Rosa á su villa natal; y Viterbo la recibió en triunfo, al repique de las gozosas campanas, y al eco de músicas y vito-

res. Mas Rosa sentía que, no existiendo ya el perseguidor de la Iglesia, la defensora del pontificado había terminado también su labor y objeto en el mundo. Escondiéndose del amor popular, que la festejaba y aclamaba, buscó el retiro de un claustro. En ningún convento la quisieron recibir, porque asustaba á las hijas de paz lo extraordinario de la vocación y de la persona de Rosa. Profetizó entonces que si las monjas no la acogían viva, no se eximirían de albergarla difunta. Dispúsose á morir serenamente, y á poco rindió su alma. Tenía diez y siete años. Vióse sobre su sepulcro una fragante rosa, y su cadáver reposó en efecto en el monasterio de Clarisas, que en señal de veneración impusieron al monasterio el nombre de la joven Santa (24).

Al lado de la figura de Rosa, semejante á vengador ángel que encarnase en el delicado cuerpo de una virgen, se destaca la de la rehabilitada cortesana, la Magdalena de la Edad media, Margarita de Cortona. Toda la poesía dolorosa de la expiación que embellece á la arrepentida del Evangelio, se encuentra en la historia de Margarita. Libre y cortejada en su mocedad, vivió escandalizando á Albiano con devaneos, galas y amoríos, no velados por la prudencia, con un mozo noble, espadachín y libertino. Una noche esperó en vano al amante, que no acudía á la cita; turbada por la ausencia, guiada por los ladridos plañideros de una perrilla fiel, muy favorita del galán, rastreó las huellas de éste, y hallóle en un lugar desierto, bajo un haz de paja, cosido á cuchilladas, y ya fétido é hirviendo en gusanos. Cuando Margarita hubo dado rienda suelta á los sollozos, cortádose el cabello, pisoteado sus atavíos, pedido perdón á sus padres y á Albiano todo de su conducta, herido el rostro con las

manos, arrastrándose á los pies de los hombres en demanda de piedad y redención, se encontró con que éstos, que liviana la festejaran, la rechazaban penitente; tuvo que sufrir injurias, repulsas del padre, fierezas de la madrastra, y al fin fué arrojada ignominiosamente de la casa paterna, con su hijuelo, para que mendigase el pan por los caminos. Entonces la desamparada mujer, estrechando en sus brazos al fruto de sus entrañas, se sentó bajo de un árbol, y miró al mundo, hallándose tan sola, que su alma se despedazaba de dolor. Y en aquel absoluto abandono, vió de pronto ante sí al mismo Jesucristo, que le prometía ayuda, consuelo, misericordia. Al eco de la voz del Redentor, Margarita se alzó, y fué en busca de un asilo: lo halló en Cortona. Los franciscanos, desconfiando al pronto de la conversión de la pecadora, concluyeron por ceñirle el cordón de la Tercera Orden y admitir á su hijo en el convento. Margarita lloraba día y noche; estremecían sus horribles penitencias; intentó cortarse los labios para perder su peligrosa hermosura; públicamente se acusaba de sus extravíos, y cuando la gente la miraba con desprecio, exultaba, sintiendo el brazo de Jesús que la sostenía amorosamente. En los días solemnes de la Pasión, Margarita iba tras de Jesús por la vía del Calvario; experimentaba las angustias de las santas mujeres ante los tormentos del pretorio y de la Cruz; y, como Magdalena, preguntaba á cuantos hallaba por el paradero de su Amado(25).

Bajo la regia púrpura se ocultó no pocas veces el humilde cordón de penitencia. Isabel de Portugal (26), casada en tierna edad con Dionisio, era víctima de las celosas sospechas de éste. Desconfiaba, sobre todo, el monarca de un pajecillo devoto y humilde, á quien

distinguía la Reina. Dionisio envió al mancebo á un mensaje, haciéndolo portador de una carta fatal como la de Urias, que sentenciaba al que la entregase á perecer tostado en un horno. Por extrañas peripecias no fué el pajecillo favorito de Isabel el que llevó la misiva, y pereció en la abrasada boca, sino otro paje que, envidioso y maldiciente, despertara el recelo en el ánimo del Rey; con cuyo suceso, Dionisio imploró el perdón de Dios y de su esposa, y se trocaron en respeto sus dudas. Cuando Isabel hubo enviudado, descubrió el hábito de terciaria, usándolo en público durante el resto de sus ejemplares días. ¿Y qué diré de la tía de esta Isabel, que llevó el mismo nombre, la dulce landgravesa de Turingia, que elocuente y gallardamente no haya expresado su ilustre biógrafo Montalembert? En la catedral gótica de Marburgo, entre los esplendores de la airosa fábrica, perteneciente á lo más selecto del arte ojival, acertó el conde de Montalembert, viajero que iba allí en busca de recuerdos é impresiones, á divisar una estatua de mujer, de líneas puras y delicadas, ceñida á un pilar por el angosto plegado del traje que caracteriza las esculturas hasta el siglo XIV; vió allí también cuadros en tabla, ya denegridos y confusos, relieves desperfilados é inciertos, y su soñadora fantasía, su alma de artista, evocó la memoria de santa Isabel, y de la visita á la catedral de Marburgo nació un libro hoy célebre (27). Declara Montalembert, en frases conmovedoras, la melancolía que le inspiró ver el templo de la Santa de Turingia, sellado con el abandono, desnudez y soledad propias del culto protestante; los altares desiertos y desguarnecidos en el día de la festividad de Isabel; vacío el cofre de plata de donde un descendiente de la Santa, adicto á la Reforma, extrajo las cenizas venerables

para aventarlas con furia; y, finalmente, el pueblo, tan caro á la buena duquesa, y ya olvidado de su nombre y devoción. En verdad que no es maravilla que una mente de artista y poeta se enamore del encanto de la vida y carácter de Isabel de Hungría. La mujer joven y de angélica hermosura, á quien Murillo representó en el acto sublime de lavar con sus blanquísimas y suaves manos las costras repulsivas que cubren la cabeza de un muchachuelo mendigo, es uno de los tipos más interesantes que ofrece la Edad media. Hija de reyes, desposada mientras duraba su lactancia, enviada á los cuatro años de edad á la corte del padre de su esposo, como arbusto exótico que tempranamente es trasplantado porque vaya haciéndose á nuevo y más riguroso clima; colocada tan ternezuela entre la seca y despótica autoridad de su suegra y la envidiosa malevolencia de su cuñada, ya desde el albor de la niñez atrae y conmueve el destino de Isabel. Á los cinco años la vemos pedir misericordia para los verdugos de su madre, alevosamente asesinada; y cuando por muerte de su buen padre político el duque Hernán, queda á merced de cuñada y suegra, comienzan á ser objeto de tedio y mofa sus precoces devociones, de burla se humilde modestia. Pero el hermano, el elegido de su corazón, el joven duque Luis, no perdía de vista á su tierna novia, y enviándole un dia un precioso joyel, le prometió el cariño conyugal, que sólo hubo de interrumpir la muerte. Luis é Isabel dieron á Turingia el espectáculo de la unión de dos almas puras: Luis se inclinaba á la virtud viril de la justicia, en Isabel rebosaba la virtud divina de la misericordia; y aun por eso, siendo Luis tan ilustre príncipe, Isabel le aventaja muchos quilates en santidad. Mientras Luis reprimía á los blasfemos, á los usureros; mien-

tras limpiaba á Turingia de malhechores y gente perdida, Isabel curaba las llagas de los leprosos, asistía á los niños enfermos con regalos y mimos de madre, se privaba de lo más necesario por acudir á remediar las estrecheces del pueblo. Su alma fué sujeta á pruebas que la acendraron más aún. A los veintiún años perdió al esposo ejemplar y único, á quien perniciosas calenturas concluyeron en las Cruzadas; y los hermanos del duque Luis, usurpando el poder, arrojaron á Isabel y sus tiernos hijos del palacio. Hallóse la duquesa de Turingia sola, en la calle, rodeada de criaturas transidas de frio y sueño; y cual si todos los corazones del pueblo ingrato fuesen de pedernal, no hubo quien le abriera su puerta y le diese un rincón junto al fuego; aquella noche los herederos de la corona de Turingia y la viuda del duque reposaron sus miembros cansados en una pocilga de puercos. Cuando al amanecer oyó Isabel la campana de un convento de Franciscanos, corrió á él, llevando de la mano á los inocentes niños hambrientos, é imploró una limosna; y los pobres de profesión socorrieron aquella mendicidad regia, á riesgo de concitar las iras de los usurpadores (28). Era tal el desamparo de Isabel, que hasta una aviesa vieja, á quien por señas había mantenido en los hospitales de su fundación, osó arrojarla en el lodo de la calle, cubriéndola de dicterios: y era tan grande su ánimo, que se alzó de la inmunda charca con la sonrisa del perdón en los labios. Más tarde, cuando tras dolorosas tribulaciones tornó Isabel á poseer su rango en la corte, y su mismo cuñado Enrique se arrepintió de la maldad cometida, se la vió renunciar al poder, reirse de las vanidades, resistirse á nuevas nupcias, y morir á los cinco lustros no cumplidos, después de una existencia que envidian los sera-

fines. Isabel fué la que primero vistió en Alemania el hábito de la Tercera Orden; y en verdad que realiza el ideal de la institución de Francisco: esposa amante cual ninguna, madre embelesada con sus hijos; gobernadora dulcísima para sus reinos, todas las amables virtudes del mundo se unieron con las altas perfecciones del claustro para coronar su hermosa frente (29).

La Orden Tercera contó en el siglo XIV con Ángela de Foligno, escritora mística, cuyos libros, aprobados por la Iglesia, corren en varias lenguas traducidos; cuya razón investigadora se paró á considerar gravemente los problemas de la naturaleza y de la gracia, de la eternidad y del tiempo.

En la misma centuria dieron olor de suavidad Cristina Maccaboi, cabeza de una congregación de Terceras, y Micaelina Metelli, que repartió sus bienes á los menesterosos, quedándose con sólo la ropa que llevaba puesta; Juana María de Maillé, que usando públicamente el hábito de penitencia, edificó á Tours; Isabel *la Buena*, admiración de la villa de Constanza; Delfina, la perfecta consorte de Elceario, que fué sepultada cabe la tumba de su marido con el sayal franciscano.

Adelantado el siglo XV, aparecen: Angelina, condesa de Civitella, cuyo sarcófago sudó gotas de sangre al entrar los turcos en Constantinopla; Isabel Amerina y la pía Paula Gambara.

Ángela Merici, fundadora de las Ursulinas, corresponde al XVI; así como Jacinta Mariscotti, la doncella orgullosa y mundana, que despertándose, á los veinte abriles, de sus sueños de vanidad, vivió cuidando á los enfermos con total abnegación, y la noble viuda Luisa Alberoni, cuyo monumento funerario ideó Bernino.

Aun en los siglos XVII y XVIII no se interrumpe la gloriosa tradición de la Orden. En 1667 muere en España Juana de la Cruz, notable autobiógrafa; á la misma era pertenecen: Beatriz de Langa, que produjo varios libros de piedad; Isabel de la Paz, enterrada en el convento de San Diego de Murcia, poetisa y escritora insigne; é Isabel de Medina, autora de epístolas ascéticas.

El siglo XVII fué también testigo del martirio de tres valerosas hermanas terciarias japonesas: la raza asiática no desmintió en las mujeres su firmeza para el testimonio de la fe; expiraron todas tres en las llamas, entonando con jocunda y alta voz las letanías.

Finalmente, en 1715 nace en Nápoles Francisca de las Cinco Llagas, cuyo cuerpo sufrió los dolores, desgarramientos y torturas de la redentora Pasión.

Contemplando la áurea cadena que forman al través de las edades las almas de estas mujeres unidas por el pensamiento de Francisco, aprenderemos á tener confianza en el inmortal espíritu que sopla donde quiere y desciende sobre toda carne, ya sea la delicada de la mujer ó del párvulo. Aun cuando el escalpelo agudo y las finas pinzas del anatómico y del fisiólogo diseque uno por uno los nervios, los tejidos, las fibras del cuerpo femenino, penetrando hasta los últimos grupos de células y los centros nerviosos más complicados; aunque pesando el cerebro y analizando el organismo de la mujer, intenten demostrar que en vaso tan frágil y quebradizo no se acomoda un alma igual á la del varón, cualquiera de los nombres que han llenado estas páginas, — Clara, Rosa de Viterbo, Isabel de Hungría, — es réplica elocuente á tales afirmaciones. La mujer, que conquistó su personalidad al venir al mundo la ley de amor, mantendrá, gracias

á esta ley, el derecho contra el concepto materialista que en nuestros días la amenaza con nueva esclavitud.

Antes de perder de vista las gentiles ó heroicas figuras que en este capítulo nos acompañaron, recordemos que Francisco, como Jesucristo, halló en las mujeres corazones prontos á la simpatía, ecos de las ansias del suyo. Ya en los antiguos libros de las Sibilas parece que están consignados vagos presagios del papel que Francisco había de representar en la historia: diez años antes de que naciese el Santo de Umbria, vióle en espíritu Hildegarda, sosteniendo y consolando á la Iglesia de Dios (31); Clara suspiraba por Francisco sin haberle conocido aún; Jacoba de Sietesolios ungió y enjugó sus llagados pies, como Magdalena los del Nazareno, y fué su amparadora, sierva y amiga hasta después de la muerte; y por último, cuando al empezar Francisco su transformación, padre, hermanos, consocios, el mundo entero, lo befaba y escarnecía, sólo hubo un alma que vibrase al compás de la suya, un ser que le comprendiese: su madre.

NOTAS.

(1) Quedan de santa Hildegarda varios libros de *Revelaciones*, ricos en doctrina. Falleció en el último tercio del siglo XII, y la Iglesia celebra su fiesta el 17 de setiembre.

(2) No hay que confundir á estas beguinas condenadas por el concilio de Viena, y que profesaban el iluminismo, el quietismo y otras supersticiones, con las beguinas que fundó Lamberto el Tartamudo en Lieja en el siglo XII, y que subsistieron y subsisten aun hoy aprobadas por la Iglesia.

(3) Sabida es la sumisión y el entusiasmo que Tanquelino halló en sus prosélitas. Á una señal suya todas le ofrecieron las joyas que llevaban puestas, como regalo de boda, en sus sacrílegos desposorios.

(4) Santa Clara y san Francisco recibieron las aguas del bautismo en una misma pila.

(5) *Ha mangiato tutta la notte piombo, non fa quindi maraviglia se pesa tanto.*

(6) En San Damián se guardan los restos de santa Clara, y con ellos un anillo dado por Inocencio IV cuando comió en el monasterio. Vese también tapiada la puérta por donde salió Clara con el Sacramento á alejar á los sarracenos.

(7) «Habiendo comenzado los frailes Menores (en el entierro de Clara) el oficio de difuntos, el Papa quería que se cantase el de las Vírgenes, como para canonizar de antemano á la Santa: pero el cardenal de Ostia le representó que no convenia apresurarse tanto.» (Rohrbacher, *Histoire de l'Église catholique*, T. XVIII, pág. 583.)

(8) Este privilegio, escrito todo de la mano apostólica, parece ser único en los anales de la Iglesia.

(9) *Fioretti di S. Francesco*, cap. XV.

(10) Celébrase la fiesta de Santa Inés el 16 de noviembre.

(11) Fundó la abadía de Longchamps. Declaróla bienaventurada León X.

(12) Á Inés de Bohemia escribió santa Clara epistolas elocuentes y bellas. Trasladamos para muestra de su estilo el encabezado de una: — « A la mitad de mi alma, al santuario particular del cordial amor, á la serenísima reina Inés, mi carísima madre é hija especialmente querida sobre todas: Clara, indigna sierva de Cristo, y sierva inútil de sus siervas, que habitan el monasterio de San Damián, manda salud, y gracia de cantar con las otras vírgenes santas el nuevo cántico delante del trono de Dios y del Cordero, y de seguirle adonde quiera que vaya ».

(13) « Algunos sacerdotes alzaron contra ella acusaciones de herejía: predicaba el radicalismo de la pobreza, del desprendimiento, de la abnegación absoluta: debía, pues, estar tocada de la herejía de los Husitas. » (Chavin de Malán, *Histoire de saint Franç. d'Assise*, cap. IV.)

(14) Escribió santa Catalina de Bolonia los tratados siguientes: *Las siete armas para la batalla espiritual*, *De algunas particulares revelaciones*, *Opúsculos varios en prosa y verso*, *Rosario métrico de la vida de la Virgen María y de los misterios de la Pasión de Cristo*. (Consta este último de 5610 exámetros latinos, que todos terminan en la sílaba *is*, es decir, *Jesus*.)

(15) *Mística Ciudad de Dios, milagro de su omnipotencia y abismo de la gracia: historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios, Reina y Señora nuestra, María Santísima, restauradora de la culpa de Eva y medianera de la gracia: manifestada en estos últimos siglos por la misma Señora á su esclava sor María de Jesús, abadesa del convento de la Inma-*

culada Concepción de la villa de Agreda, de la provincia de Burgos, de la regular observancia de nuestro seráfico Padre San Francisco: para nueva luz del mundo, alegría de la Iglesia católica, y confianza de los mortales.

(16) Después de muerta la Venerable, el general de la Orden Franciscana trató de examinar minuciosamente sus escritos: á cuyo efecto se juntaron ocho teólogos franciscanos, de lo más granado y respetable. Varios meses invirtieron en el examen, resultando aprobados los libros y encargados de comentarlos y anotarlos los doctos Jiménez Samaniego y Sendin Calderón. Ya en vida de la Venerable sujetara Felipe IV sus libros á la censura de varios teólogos y obispos que los aprobaron y admiraron. Hízose la primera edición de la *Mística Ciudad de Dios* el año de 1670 en Madrid, en la imprenta de Bernardo de Villadiego. Cuarenta años después había sido reimpresa en Barcelona, en Valencia, en Amberes, en Marsella, en Panormo, en Milán, en Trento, en Bruselas, en Aversa y en Augsburgo, y traducida á cuatro idiomas vivos y al latín, sin que en ello interviniesen los Franciscanos, sino el gran renombre de la obra. Al hacerse la edición de Madrid, fué denunciada á la Inquisición, denuncia que dió origen al larguísimo y célebre juicio que vamos á referir La Inquisición examinó la obra siete años: después presentó á los Franciscanos las objeciones que se le ofrecían: ésta dió sus respuestas: formóse junta de inquisidores calificadores: cinco años duró el examen nuevo: y al cabo paró en aprobar la obra en 1686. Los émulos de la Venerable la denunciaron entonces á la Inquisición de Roma: prohibió ésta la *Mística Ciudad;* pero á los cinco meses alzó la censura el Papa. Entonces los adversarios acudieron á la Sorbona, que después de leve examen y apasionada contienda, en que llegaron á formarse dos bandos, llamados de *Agredistas* y *Antiagredistas*, tachó varias proposiciones y condenó la *Mística Ciudad*. Comenzaron á llover apologías é impugnaciones. Carlos II ordenó á las universidades primadas del reino examinasen la obra, y Salamanca y Alcalá la aprobaron unánimes; Inocencio XII, en vista de ello, reservó esta causa para su particular decisión. Clemente XI ordenó borrar la *Mística Ciudad* del Índice de los libros prohibidos, en que por descuido aun andaba La Universidad de Lovaina la estudió y aprobó á su vez. Por todo el siglo XVIII continuó, no obstante, la discusión acerca de los escritos de la Venerable: hubo ataques sañudos y vigorosas réplicas: la fama, el rumor del extraordinario libro llenaba á Europa. Tradújose no sólo á las lenguas más generalmente conocidas, sino á algunas tan

extrañas como la griega, flamenca y arábiga. Fuera interminable el catálogo de los insignes defensores de esta obra. En cuanto al espíritu de ella, consta del examen que la autora siguió en muchos puntos á santo Tomás; en algunos, pero contados, á Escoto. Nos hemos extendido en referir las vicisitudes de la *Mística Ciudad de Dios*, porque aparte del valor intrínseco de la obra, ellas solas bastan para darle interés extraordinario.

(17) La obra de la venerable madre sor María de la Angustia se titula: *Desengaño de religiosos y de almas que tratan de virtud*. Forma un voluminoso infolio, y á pesar de su título, no tiene carácter didáctico.

(18) Natural de Getafe, religiosa de las Descalzas de Manila.

(20) Abadesa del mismo convento de Manila.

(21) Escribió su vida el padre Rodríguez de Cisneros.

(22) *Timeo ne dum Deus nobis abstulit uxores, diabolus nobis procuraverit sorores.*

(23) Dice así: —«Á la carísima hermana Clara y á las demás hermanas de San Damián: Francisco, salud en Jesucristo. Ya que por divina disposición os habéis hecho hijas y siervas del Altísimo, del Rey supremo, del celeste Padre, y habéis elegido al Espíritu Santo por Esposo vuestro, á fin de vivir según la perfección del Evangelio, os prometo tener siempre cuidado de vosotras, bien en persona, bien por medio de mis frailes, con la misma solicitud y vigilancia que por ellos debo tener. Os saludo en el Señor.»

(24) Santa Rosa de Viterbo fué canonizada por Calisto III. Aunque Rohrbacher no le da sino doce ó trece años de vida, la opinión más común de los autores es que murió á los diez y siete años.

(25) Santa Margarita de Cortona fué canonizada por Benedicto XIII.

(26) Santa Isabel de Portugal fué canonizada por Urbano VIII. Era hija de Pedro III de Aragón y biznieta de Federico II de Alemania. La admirable prudencia de su reinado hace de ella un cumplido modelo de *mujer fuerte*.

(27) *Historia de santa Isabel de Hungría, duquesa de Turingia*, por el conde de Montalembert, par de Francia.

(28) La primera idea de Isabel al entrar en el convento, fué rogar á los frailes cantasen el *Te Deum*, en acción de gracias por la tribulación sufrida.

(29) Santa Isabel de Hungría pasó de este mundo el 19 de noviembre de 1231. Al ser trasladado su cuerpo, un año después, el emperador Federico II, que viuda la pretendiera en casamiento, se acercó descalzo y vestido de sayal á depositar una corona sobre la frente del cadáver, diciendo que pues no pudo coronarla emperatriz de sus estados en vida, la coronaría reina del cielo en muerte. Uno de los pormenores más poéticos y legendarios de la historia de Isabel es el célebre certamen de la *Wuartburga*, que precedió á su nacimiento y que refiere Rohrbacher en los mismos términos que Montalembert.

(30) En este siglo se cuenta entre las Terciarias á la célebre estigmatizada de Bois de Haine, Luisa Lateau, y á otra estigmatizada en Oria (Italia) cuyo nombre es Palma.

(31) He aquí cómo se refiere la profecía de santa Hildegarda: *Vidit Sancta Hildegardis in spiritum Ecclesiæ Dei facie quidem pulcherrimam, sed pulvere plenam, dicentem sibi: Vulpes foveas habent, volucres cœli nidos; ego autem adjutorem non habeo, nec baculum, super quem incumbam, et a quo sustenter: statimque suscitabit sibi brachium Domini Pauperem, et sustentaculum Ecclesiæ Sanctum Franciscum.*

CAPÍTULO XII.

SAN FRANCISCO Y LA NATURALEZA.

Sentimiento de la naturaleza en el Paganismo y en el Cristianismo. — Los monjes. — La Edad media y el Renacimiento. Los solitarios del yermo. — Plenitud de amor en san Francisco. — Los corderos y las aves. — El hermano lobo. — El misterio del pesebre. — El himno. — Las alondras.

. . . . . .

O pietas simplex, o simplicitas pia!

. . . . . .

(Thomas a Celano.)

¡Oh sencilla piedad, oh pía simplicidad!

(Tomás de Celano.)

ACUSAN hoy á la Edad media de haber mortificado, desdeñado, maldecido la naturaleza; de haber cubierto con crespón fúnebre sus ricas galas; de no haber sentido sus atractivas, ni amado su hermosura, ni deleitádose con su variedad incesante, ni gozado de su armonía y sublimidad. Aserto que á fuerza de repetido, pasa ya por dogma de crítica; siendo frecuente dividir la Historia en tres grandes períodos: la antigüedad clásica, que amó la naturaleza; la Edad media, que la aborreció, y la Edad moderna, que la hizo renacer. Fácil crite-

rio en verdad, que presto se aprende y sirve de clave elemental para descifrar todos los enigmas; de hilo conductor, al través de todos los laberintos de la Historia: explicación sumaria, que se completa con la añadidura de que el Cristianismo fué causa y origen del desprecio de la naturaleza, vengada más tarde por la resurrección del ideal pagano en el Renacimiento. Considerando, dicen, el Cristianismo á la tierra como valle de lágrimas, á la carne como enemiga del alma, á la belleza como cebo de Satanás, mortificó el cuerpo, cerró los ojos por no mirar los esplendores de la creación, cubrió al mundo físico con el sudario de la penitencia y de la muerte. Así — añaden — se explican los Cristos ensangrentados, lívidos, presos en angosta enagüilla; las Vírgenes ojerosas, flacas, cautivas en los rígidos pliegues de su ropaje; los mártires que tienden en el duro potro sus demacrados y exiguos miembros; los confesores pálidos por las vigilias, los ángeles de cuerpo etéreo, emblema de la abstracción; así se explica la grosería y barbarie en el diseño, la falta de vida y realidad en el arte. Así se entiende también por qué la agricultura y el pastoreo fueron descuidados en aquellos siglos de hierro; por qué los animales, amigos del hombre y copartícipes de sus fatigas, cesaron de inspirar á los poetas con sus costumbres y sus amores, y se redujeron en las artes á valor puramente ideográfico (1): el cordero simbolizó á Jesucristo inmolado por los hombres; la paloma, al espíritu divino; el pelícano, á la caridad heroica; el ciervo, al alma abrasada en sed de amor. Hasta perdieron su figura propia, y al león le salieron alas en el lomo, y el águila vió duplicarse su cabeza, y de un sueño calenturiento nacieron los grifos, los buhos con rostro humano, los monstruos espantables

que sostienen los pilares y repisas de la arquitectura ojival. Y la naturaleza, desterrada por el espíritu, fué durante largo tiempo objeto de execración, porque el cristianismo lo reprueba en ella todo, inclusa la beldad.

Esto dicen, no sin muchas lamentaciones sobre la triste y férrea Edad media, acusada de haber extinguido el amor á la belleza en el corazón humano; como si semejante extinción fuese posible, y como si no fuesen del todo arbitrarias tales barreras y límites y separaciones entre dos edades de la Historia. Dejáronnos los griegos en su plástica modelos insuperables, que felizmente imitaron los latinos: mas no domina en las estatuas helénicas el sentimiento de la naturaleza, por lo menos entendido al modo que lo entiende nuestra Edad. Su perfección misma lo veda: apenas hay cuerpo humano que junte cumplida apostura, noble regularidad, majestuoso vigor y sublime armonía de formas en el mismo grado que los Apolos y Venus nacidos del cincel de los antiguos escultores. El arte griego aspiró á presentar el tipo de una raza superiormente hermosa, en la flor de la juventud, de la salud y de la fuerza; pretensión que con su propio exclusivismo se opone á lo complejo y universal del sentimiento de la naturaleza. Entre tantas esculturas de hombres y mujeres en el verdor de la edad como nos ha legado Grecia, son muy raras las que presentan al anciano; á duras penas se hallará la de un niño menor de diez años; y cuanto á las de animales, además de escasas, son defectuosas: hay magnífica Diana de mármol, á cuyo lado resalta más la incorrección de la corza que la acompaña; grupo incomparable hay, como el *Toro farnesio*, deslucido por la inferioridad de las figuras de animales. Y si el simbo-

lismo aleja del estudio de lo real, ¿dónde, sino en la fantasía griega, nacieron y pulularon seres monstruosos y emblemáticos, desde los doctos Centauros, hasta los Silvanos groseros; desde las dulces Sirenas hasta las malignas y funestas Harpías? Los mismos poetas griegos se inclinan á buscar en la naturaleza emblemas, alegorías y signos, ideas más bien que realidades: si Alceo recuerda las violetas oscuras, es para compararlas con los bucles de Safo; si oye el ronco mugido de la tormenta, piensa en arrimarse al hogar apurando el cráter formado de rojo vino; si Sirio brilla esplendoroso en el firmamento, ocúrreles remojar la garganta, desecada por la canícula. Oye Anacreonte rugir el torrente engrosado con las lluvias del invierno, y su violencia le recuerda la de la pasión que domina las almas; ve Safo abrirse la temprana rosa, y piensa en Afrodita, cuya sangre dió carmín á la gallarda flor. El jacinto nacido en la espesura, la manzana solitaria en la rama, significan la intacta virginidad de la joven doncella; el árbol frondoso es el galán mancebo desposado. Sirvió así la naturaleza al pueblo clásico de texto de comparación, de repertorio de imágenes, que no de manantial de emociones profundas originadas de su contemplación directa. Los romanos, hijos y sucesores de la cultura helénica, aun en esto la copiaron; Ovidio, con su mágico cosmorama de metamorfosis, Lucrecio con su estrecha filosofía materialista, carecieron del sereno sentimiento de la naturaleza. Tuvo sí la civilización latina un poeta sincero, un contemplador, y fué (digámoslo así) el más cristiano de los vates del paganismo: Virgilio.

Al cantar Virgilio, el Cristianismo nacía. No tardaron en celebrarse sus ritos santos bajo el pavimento de Roma, en misteriosas galerías socavadas en las entra-

ñas de la tierra. Cientos de neófitos mojaban diariamente con el humor de sus venas las fasces de los lictores, el ecúleo ó la arena del Coliseo : sus cuerpos, recogidos con devoción después del suplicio, dormían en las negras encrucijadas de las Catacumbas, cuyos moradores, al regar con llanto el nicho custodio de las preciosas reliquias del mártir, entallaban sobre la lápida algún tierno emblema tomado de la naturaleza; ya la hoja, símbolo de lo deleznable y caduco de la vida; ya el pez, figura del agua regeneradora del bautismo; ya la paloma, con el ramo de oliva en el pico, nuncio de dias mejores. En la clave de las subterráneas bóvedas, veíase el Buen Pastor llevando á sus hombros la perdida oveja ó el descarriado cabrito; y como regocijando aquellas mansiones sombrías, entrelazábase por la pared el follaje de las vides eucarísticas, picoteadas de golosos pájaros, y gentiles zuritas se inclinaban para beber en un cáliz, y los corderillos, erguido el cuello, se nutrían de los frutos de la palmera (2). De esta suerte, en los húmedos corredores, jamás visitados de la alegre luz solar, conmemoraba el arte la frescura y lozanía, la poética vida de la naturaleza. Llegaron tiempos bonancibles para el Cristianismo, y tras ellos vino la irrupción de los bárbaros á comprimir las risueñas ficciones del genio latino. Con todo, en el pensamiento de las rudas hordas del Norte germinaba, nebulosa y oscura, pero grande, la conciencia de la naturaleza, sentida más profundamente acaso, con mayor energía expresada en sus informes poemas, que en la clásica literatura meridional, sobrado atildada y elegante para ser sincera (3). Que la decadencia pagana, más desviada cada vez de la libre y franca inspiración de la naturaleza, tenía que carecer de los elementos de vigor, intensidad y riqueza de fan-

tasía, patrimonio de las razas nuevas venidas del fondo de los bosques. En las literaturas de los nacientes idiomas vulgares, así como en las bellas liturgias latinas de la Iglesia, se patentizó más tarde el generoso y vital hervor de la sangre juvenil transfundida de las razas bárbaras á la sociedad culta. Y á guisa de expresión práctica del renovado amor á la naturaleza, vemos aparecer, al principiar el período medioévico, una clase de hombres que juntamente fueron cultivadores, jardineros, poetas y artistas: los monjes. Ellos, rebuscando y salvando los dispersos fragmentos de la ciencia rústica de los latinos, desbrozarán las impenetrables selvas de Galia y Germania; abrirán con el arado la corteza del terreno, repartirán por las vegas el agua en canales; engrosarán praderías, poblarán los estanques de peces, de ganado los establos; ellos abrigarán en el helado invierno la zumbadora colmena, y darán asilo á las yertas aves bajo los aleros y cornisas de los claustros. Ellos observarán pacientes y amorosos las innumerables maravillas de la tierra y de los cielos; conocerán las virtudes medicinales de las plantas, el curso de los astros, las nociones rudimentarias, de donde más tarde nazcan las ciencias naturales. Ellos, con perspicacia y sagacidad, notarán los mínimos pormenores de la flora y de la fauna occidental, mientras no les llega el día de ser cronistas sapientísimos de la de más remotos confines; y cuando la contemplación, exaltando su mente é inflamando su espíritu, los vuelva artistas, tomarán el pincel, y sembrarán por los suaves folios de vitela de los misales, códices y libros de rezo, elegantes y sueltas orlas de hojas y flores, ricas viñetas de frutos y animales; y en torno de las gallardas mayúsculas de complicada crisografía, enredará sus tallos la fresa silvestre, alzará

la azucena su blanca copa cuajada de granos de oro, y se arrastrará lento el caracol, dejando plateado surco de baba; la pintada mariposa abrirá sus alas polícromas, el tordo picará gozoso los maduros melocotones; y á fuer de discípulo de la naturaleza, el monje iluminador la interpretará con fiel acierto, con profundo realismo, imprimiendo al diseño, al colorido, verdad y vida.

No es razón negar á la Edad media el sentimiento de la naturaleza, porque su arte religioso, emancipándose de la servidumbre de la forma, principalmente atendía á la expresión significativa, al alma. En las mismas catedrales, así durante el período latino-bizantino, como después, que reinó la ojiva, los ojos pudieron regalarse viendo florecer en las cimbras y capiteles el trébol, el acanto, la hiedra, y enroscarse en caprichosas volutas el sarmiento ciñendo los pilares y diseñando la tracería de las balconadas, y ostentar los tragaluces la forma de la más bella flor, de la rosa. Y en aquellas edades de combate y vigoroso empuje, no faltaban por cierto poetas que se deleitasen considerando la hermosura del prado florido, como nuestro Gonzalo de Berceo; cantando á la enamorada avecilla de las selvas, como Guido Guinicelli; describiendo, como Chaucer, las trémulas argentinas gotas de lluvia colgadas de las hojas de los matorrales, y que se evaporan al hálito del brumoso amanecer. ¿Faltaríale sentimiento de la naturaleza al seráfico doctor san Buenaventura cuando tan bellamente pinta la alondra, amiga de la luz? ¿Faltaríale al coloso de la epopeya, al divino Dante, al gran realista, al que vistió, por decirlo así, de carne y hueso las cosas sobrenaturales, para que más patentes y claras las viese la humana inteligencia?

Más bien que resucitar la naturaleza, cubrióla el Renacimiento con artificioso disfraz; tomóla por teatro donde representase farsas la suelta imaginación; distribuyó por valles y montes las sombras de las muertas divinidades paganas, entreverando con ellas pulidas zagalas y pastores discretos, músicos y quejumbrosos. No supo el Renacimiento apreciar mejor que la Edad media la hermosura grande de lo creado: que con restaurar el reino de la forma clásica, más homenaje rendía al arte, que á la naturaleza varia y libre. Por lo cual, en el periodo renaciente, las artes de imitación rayaron de puro exactas en anatómicas; y á fuerza de primor y galanura vinieron las de imaginacion á decaer y á esterilizarse. Pertenece al Renacimiento el estudio entusiasta de la belleza en el cuerpo humano; culto libre de los sentidos, adoración del hombre á sí propio. Fuera de esto, en ninguna época quizá fué menos amada la naturaleza y su sencillez sublime que bajo el Renacimiento. La vida se reconcentra en las opulentas ciudades, y para que agrade una residencia campestre, es fuerza que sea cómodo y lujoso palacio, con enlosadas azoteas, estatuas de mármol y vasos de pórfido distribuidos en los bosquecillos, bien peinados jardines y avenidas simétricas de árboles. Arte y siempre arte, forma y siempre forma. Con más razón que el Renacimiento, puede nuestro siglo jactarse de amar la naturaleza. Todo tiende hoy á conocerla, describirla, gozarla, ensalzarla: arte, ciencia, prosa, poesía. ¡Lástima grande que tal corriente vaya derecha á parar al golfo, sin orillas ni puerto, del panteísmo!

Ello es así: himnos y ditirambos, meditaciones y ensueños, tienen al presente, en su mayoría, vago sabor panteístico; dícenlo bien á las claras la exaltación

del estilo actual, próxima al lirismo; el éxtasis religioso que ante la naturaleza domina á tantos insignes escritores modernos; las metáforas misteriosas y las sibilíticas frases que le consagran; el lenguaje arcano y solemne, bajo el cual se advierten místicos acentos de adoración. El concepto panteísta infiltrado en la literatura, diseminado en átomos sutiles por la atmósfera moral, inspira á los poetas, se impone á los artistas, da origen á nuevas leyes é instituciones (4). Afecto desordenado, que vuelve á la naturaleza, de madre próvida y fecunda, en ídolo tirano, á la postre aborrecido: que tales son las conclusiones del moderno panteísmo; después de deificar el Universo, con terrible lógica y por una serie de bien coordinados raciocinios, se llega á solicitar aniquilarlo y volverlo á la nada: última lubrificación de la novísima filosofía á quien el panteísmo informa (5). Tamaños extravíos autorizan la aserción de que no puede nuestro siglo gloriarse de entender y amar mejor la naturaleza de lo que lo hizo la Edad media. Supersticiosas ideas, exhumadas del panteón de las soñolientas religiones indo egipcias, y vestidas de sentimentalismo declamatorio, es lo que se divisa en el fondo del tan preconizado amor de la naturaleza, por ventura más aparatoso que fuerte. Acreciéntanse los conocimientos, progresan las ciencias naturales, estúdianse con prolijo interés las costumbres del mundo animal y su innúmera riqueza de formas y *metamorfosis*; *pero ni el sabio ni el zoófilo* contemporáneos pueden captarse de poseer más cabal y perfecto sentimiento contemplativo de la naturaleza que los anacoretas del yermo, los monjes cristianos, y, en plena Edad media, san Francisco de Asís.

Llenas están las crónicas de los primeros siglos del Cristianismo de leyendas patéticas que dan indicios de

cómo la nueva religión vino á estrechar los vínculos de amor entre la naturaleza y el hombre. Las fieras traídas por los emperadores paganos para sucumbir entre los monstruosos combates del circo y en las naumaquias, brindando con su agonía cruel regalo á los ojos, aplacadas y mansas se tienden ante los mártires, lamiendo con su áspera lengua la sangre que les manaban las heridas; y las alimañas de los desiertos se amigaban con los solitarios, que allí se refugiaban huyendo de la cárcel de las ciudades y del enfermo y decadente mundo antiguo. Lejos de las multitudes, albergados en grutas sombrías y en hondas cavernas, ante las montañas erizadas de rocas y pobladas de árboles, ante las vastas y silenciosas llanuras y los hondos valles, familiarizábase el hombre con el bruto, y renovábase la edad de oro soñada por los primitivos poetas. Un solitario acaricia á un búfalo bravo, que se deja halagar como perro doméstico (6); otro ordena á los onagros silvestres no dañen á su huerto, y es obedecido (7); aquél se apodera de la caverna de un oso, y la fiera se la cede (8); éste se interpone entre la cierva acosada y los lobos que le van á los alcances (9). Señaladamente el león, depuesta su fiereza natural, ya sirve al cenobita de mansa cabalgadura, ya abre fosa para su cadáver que quedó insepulto, ya agradecido de la extracción de aguda espina que se le hincaba en el pulpejo, acompaña y sigue á su bienhechor por todas partes, y viéndole sin vida, se acuesta para dejarse morir sobre su tumba. Por la cueva de Macario, en ocasión de estar muy absorto en sus rezos, se entra una hiena, y le presenta á su cachorro, ciego desde el nacer, y el santo asceta devuelve la vista al pequeñuelo, y la fiera, en muestra de gratitud, trae á Macario una piel de oveja que éste acepta á

condición de que la hiena no reincida en matar ninguna otra inocente criatura de Dios. Tales y tan poéticas tradiciones quedan de la morada de los eremitas de Oriente en aquellas vastas soledades, de las cuales dice un gran doctor de la Iglesia: « ¡Oh dichoso desierto, donde siempre es primavera por las flores de Cristo! » (10).

Mas ni la leyenda cristiana ni la pagana fábula mentan á nadie que de tal suerte amase la naturaleza y la atrajese á sí como Francisco de Asís. Llamado es unánimemente el Orfeo de la Edad media: y cierto que de él pudo decirse lo que de Orfeo cantó Simónides: — « Innumerables pájaros revoloteaban sobre su cabeza, y, enderezándose, saltaban los peces fuera de las sombrías olas por oir su dulce cántico. Enmudeciera el bosque, y ni un soplo de viento agitaba el follaje. » — Los seres inferiores corrían á Francisco ofreciendo el mágico aspecto de los primeros días de la creación, cuando en torno del hombre, puro é inocente todavía, triscaba el corderillo cabe el lobo y la paloma no cautelaba del milano rapaz (11).

Tanto amor rebosaba y se derramaba del corazón del Santo de Umbria, que después de amar á Jesucristo con el deliquio y encendimiento mayores que quepan en el alma; después de amar á los hombres con caridad que le consumía y derretía todo, quedábale aún caudal inmenso de afectos que emplear en todos los seres, desde el sol que espléndido alumbra los cielos, hasta el gusano que rastrea entre el limo. Su alma de poeta distinguía en las más viles criaturas, en los objetos inanimados, el carácter por donde reflejan la hermosura soberana del Criador. Loaba en el agua la casta nitidez de sus hondas, y al lavarse rostro ó manos, buscaba lugar en que la sobrante no fuese

enturbiada y pisoteada; al sol estimaba por su brillo, y á la noble criatura del fuego por su energía y poder. Enajenado con los ímpetus del amor, saliase Francisco corriendo por el valle, y abrazaba los árboles, y arrojábase al suelo y pegaba su boca al polvo de la tierra, y la vista de las menudas florecillas del campo le causaba transportes y raptos muy vivos y profundos. Aconteciale á veces pasarse horas largas arrobado mirando un paisaje á la claridad de la aurora ó á los arreboles del ocaso, ó contemplando en serena noche el firmamento azul tachonado de estrellas. En su pía simplicidad caminaba bajos los ojos, atento á no aplastar el humilde insectillo oculto entre la hierba (12), á no hollar la violeta silvestre, á no tronchar el cáliz encendido de la amapola, ó el delgado tallo de la espiga. No le sufría el corazón ver padecer lo más mínimo á los irracionales; la compasión que tuvo de ellos es proverbial y legendaria. Yendo hacia Roma, dió con un pastor que llevaba un cordero sujeto con sogas recias. Se estremecieron de lástima las entrañas de Francisco, y llegándose al pastor, preguntó con lágrimas en los ojos: — «¿Por qué llevas maniatado á ese inocente? ¿Qué vas á hacer de él? — Venderlo, respondió el rústico. — Y ¿qué hará de él el que lo compre? — Matarlo, y asarlo para comérselo.» Aquí Francisco se angustió todo, y con turbación y grandes muestras de sentimiento ofreció su capa á cambio del corderillo: y soltándole las ligaduras y halagándolo, llevóle en sus brazos, y desde aquel día fué el cándido animal amigo del Santo, hasta que al partir de Roma lo dejó encomendado á Jacoba de Sietesolios, y según narración de san Buenaventura, el cordero, hecho á acompañar á Francisco en las horas de rezo y en los espirituales ejercicios, era maestro de devoción para

aquella piadosa matrona, recordándole con insistentes balidos la hora de ir al templo. Ni fué éste el único cordero por Francisco salvado, antes á muchos libró del cuchillo. Como en cierta ocasión acertase á ver que una oveja pacía en un ribazo, rodeada de muchas cabras y machos cabríos, con gran ternura dijo á sus frailes: — «Así andaba entre los judíos y fariseos nuestro dulce Salvador»; — y estando él en tales exclamaciones, pasó un mercader, que por darle gusto compró la oveja; y Francisco la condujo hasta la villa más cercana con mucho cariño, de lo cual no se maravilló poco el obispo, que estaba esperándole. Esquilando el vellón de aquella oveja, tejieron después unas pobres monjas sayal para el Santo, que se lo vestía siempre con gran regocijo, besándolo primero.

Á los labradores rogaba que aligerasen la carga del buey; y habiéndose refugiado entre su túnica una liebre corrida, no paró hasta recabar con ruegos de los cazadores la dejasen volver libre á su encamo. La aventura del Santo y de unas tórtolas cuentan las *Florecillas* con gracia y candor tales, que al pie de la letra merece la traslación. Habiendo cogido un mancebo muchas tórtolas, llevábalas á vender, cuando se encontró con san Francisco. El cual experimentaba siempre piedad singular hacia los animales mansos; mirando á las tórtolas con ojos compasivos, dijo al mozo: — «Mozo honrado, pídote que me las des, y que avecillas tan mansas, á quienes en la Escritura son comparadas las almas castas y humildes y fieles, no caigan en manos impías que las maten.» — Y entonces el mozo, de pronto, con inspiración de Dios, dió todas las aves á san Francisco: y él tomándolas en su regazo comenzó amorosamente á decirles: — «Oh hermanillas mías, tórtolas simples, inocentes y

castas, ¿por qué os dejasteis coger? ahora yo quiero salvaros de la muerte y labraros nidos, donde crezcáis y os multipliquéis, según el mandato de nuestro Criador. » — Y fué san Francisco, y labró nidos á todas; y ellas los habitaron, y comenzaron á poner sus huevos y empollarlos á la vista de los frailes; y tan domésticas se mostraban con san Francisco y con los demás frailes, como si fuesen gallinas criadas á mano; y no volaron hasta que san Francisco con su bendición les dió venia para partirse. Y dijo san Francisco al mancebo que se las había dado: — « Hijito mío, todavía serás tú fraile de esta Orden, y servirás preciosamente á Jesucristo. » — Y así fué, porque el mozo entró fraile, y vivió muy santamente en la Orden (13).

Hermanos llamaba Francisco amorosamente á los seres todos del universo; á los irracionales hablaba y enseñaba cual si fuesen capaces de razonado juicio; y á su voz atraídos, obedecían y se postraban. Saludábanle todos los conciertos de la naturaleza, como pretende la fábula que saludaron á Apolo los ruiseñores y las cigarras de Delfos; y corrían los seres inferiores á él, como en los primeros virginales días del mundo corrían al hombre, ignorante aún de los crueles ardides de la caza. Cuando de Clusio subió Francisco al retiro del monte Albernia, de cada rama de los fresnos y hayas enormes, de cada seto de chaparros y espinos, de cada mata de retama ó tomillo oloroso, salieron piando regocijadas y cañoras aves, que juntas en bandas le hicieron festivo recibimiento con blanda música, y se atropellaron á posársele en los hombros, á rodearle muy mansas; por lo cual dijo á su compañero:

« Fuerza será parar aquí, ya que los hermanos pajarillos se alegran tanto de vernos. »

Especial era su simpatía hacia todas las aves, acaso porque semejantes al alma sedienta de lo ideal y de lo infinito, abandonan la tierra y se remontan á esferas de claridad y esplendor, acercándose al sol, fuente de luz para el orbe, cual Dios lo es para el espíritu. Volviendo una tarde de Bevagna, vió con admiración el arbolado del camino cubierto de aves diversas que allí se aglomerarán; y entonces dijo á sus compañeros: — «Esperadme, que yo voy á predicar á las hermanas aves.» — Bajándose éstas de las ramas, formaron en semicírculo, y Francisco les habló del Criador que les había prestado alas veloces para ser libres, y abrigo de suaves plumas para desafiar la intemperie; de la providencia amorosa, que les da sustento y grano, á ellas que ni siembran ni siegan nunca; que les señaló por morada las regiones de la serena atmósfera, por refugio los recónditos valles y montañas, y por nido gigantescos árboles. — «Mucho os ama vuestro Criador, les repetía, cuando tantos bienes le debéis: guardaos, pues, hermanillas, del pecado de la ingratitud y alaben siempre vuestras gargantas á Dios.» — Abrieron las aves sus picos, tendieron el cuello, sacudieron las alas, é inclinándose, con apacibles gorjeos mostraron su júbilo, y Francisco las miraba y embelesábale su muchedumbre, belleza y variedad de pintados plumajes, y su familiaridad y atención en oir. Al cabo, bendiciéndolas, les dió licencia para que volasen. Y mientras Francisco se reprendía á sí propio por no haber pensado antes en predicar á las avecillas, que tan reverentes escuchaban la divina palabra, ellas dispersábanse por el cielo en cuatro bandadas, siguiendo la forma de la cruz trazada por el Santo. Así la predicación de la cruz de Cristo, renovada por Francisco, había de recorrer el mundo, llevándola los frailes, que

cual los pájaros no poseen cosa propia en esta vida y fían su sustento á la Providencia (14).

Á orillas del lago de Rieti dió á Francisco un pescador exótica y arisca ave fría que allí mismo apresara : y el pájaro, que en manos del pescador se agitaba, deshaciéndose por cobrar la perdida libertad, quedóse sosegado al asirlo Francisco. Soltólo el Santo para que volase, y el pájaro se estuvo quieto hasta que Francisco, bendiciéndolo, le ordenó partir. Asimismo un halcón, habitante de los precipicios y tajos del monte Albernia, de tal modo se aficionó á Francisco, que con sus roncos graznidos le marcaba la hora del rezo, cuidando de atrasarla cuando estaba enfermo el penitente.

En el propio monte, al promediar sosegada noche de verano, departían Francisco y el amado compañero fray León, contemplando el firmamento adornado de innumerables luces, el gran concierto de los eternales resplandores, y el girar de la plateada rueda de la luna, cotejando quizá la maravillosa y concorde proporción de los astros y los cielos con la bajeza de la tierra, menudo átomo perdido en el espacio, á tiempo que un ruiseñor comenzó á verter desde un árbol próximo melodioso raudal de notas, con tal dulzura moduladas, que el ánimo suspendían. — «Oh hermano León, exclamó Francisco, ¿no escuchas á ese ruiseñor cómo nos convida á que le ayudemos en loar á Dios? Cantemos, León, cantemos.» — «Yo no sé cantar, dijo León; canta tú, padre, que tienes voz sonora.» — Sintióse Francisco trovador otra vez, y entre el silencio y poética melancolía de la serena noche, cantó improvisadas estrofas porfiando con el pájaro. Enmudecía éste cuando Francisco alzaba su voz, y al callar el Santo, tornaba el ave á sus perlados arpegios. Largo rato

duró el torneo, creciendo á cada paso la destreza de los combatientes; pero á Francisco iba ya faltando estro y voz, mientras la filomela, con garganta cada vez más ágil, con brío mayor, entonaba sus cadenciosos acordes: la naturaleza triunfaba del arte humano. — «Venciste, hermano mío ruiseñor», —dijo Francisco; y llamando al ave, acarició la con extraña alegría.

Gustaba á Francisco sobre manera la parda pluma de la alondra, semejante al franciscano sayal en su matiz humilde de ceniza y polvo; asimismo le agradaba la campesina solfa de la cigarra, que parece alzar estridente y continuada loa al sol, al calor fecundo, á la cosecha. Un mediodía oyó á la rústica cantora, que entre las mieses entonaba su agreste música. Llamó al insecto, y colocándolo en la palma de la mano, convidóle á proseguir el comenzado canto (15). El insecto, sin asustarse, continuó haciendo funcionar su aparato musical por largo tiempo, hasta que Francisco le ordenó que volase. Así estuvo ocho días viniendo á la hora de la siesta á alegrar con su tonada á Francisco, hasta que éste acariciándola le dijo: — «Bien lo has hecho, hermana cigarra; ahora te dejo libre, ve adonde te plazca más.» — Y abrió sus alas el insecto, sin que volviese á vérsele nunca.

Á veces Francisco en su inocencia reprendía á los irracionales como si en ellos cupiese discurso, y daba preceptos á la obediente naturaleza. Á los grajos y gorriones que infestaban el huerto de un convento, turbando con parlera algarabía las meditaciones de los solitarios, mandóles que callasen ó partiesen, y así lo hicieron dóciles. — Disponiéndose á predicar al pie de copuda encina, vió que subían por el arrugado tronco caravanas de hormigas; y como Francisco estaba muy mal con las hormigas, por ser de condición tan aho-

rrona y codiciosa, y tan desconfiadas de la Providencia, les ordenó abandonar el árbol; y el hormiguero desfiló en busca de otra guarida. San Buenaventura, el gran filósofo en quien la profundidad y alteza del raciocinio no limitan la fantasía poética ni la delicadeza del sentir, refiere cómo san Francisco, predicando en Alviano á tiempo que muchas golondrinas con píos y gorjeos cubrían su voz, les dijo: —«Golondrinas mis hermanas, harto habéis hablado; ahora me toca á mí. Escuchad la palabra de Dios, y callaos mientras el sermón dure»; —y ellas enmudecieron, quedándose inmóviles. Años después, un estudiante parisiense, al cual no dejaba estudiar la charla de una golondrina, dijo á sus condiscípulos: «Ésta es una de las que estorbaban en su plática al bienaventurado Francisco»; — y al ave: —«En nombre del siervo de Dios Francisco, te ordeno calles y vengas á mí.» — Y al punto la sintió que volando acudía á posarse en su hombro: pasmado le dió suelta, y volóse el ave sin cantar ya nunca más. Francisco era juez á veces de sus hermanillos inferiores, como solía él llamar á los animales; trájole en la primavera una alondra moñuda su pollada, y al notar que el mayor polluelo picoteaba á los menores hurtándoles el grano, le maldijo por cruel y ambicioso: vió á una lechona feroz devorar á un corderillo recental, y recordando por los palpitantes miembros de la inocente víctima á Jesucristo y sus tormentos y muerte, maldijo también á la culpable.

Si los animales glotones é inmundos que los imagineros de la Edad media esculpían en las gárgolas y canes, simbolizando pecados groseros y pasiones viles, eran para el delicado temperamento de Francisco objeto de repulsión y horror, las bestias salvajes y bravas, pero nobles, le atraían, y afanábase por aman-

sarlas y suavizar su natural fiereza, así como se desvivía por reblandecer con mansedumbre y amor el corazón empedernido de asesinos y salteadores. Gubio conserva aún memoria del famoso pacto celebrado entre Francisco y el lobo. Era éste uno de gran corpulencia y voracidad insaciable, que no atacaba sólo á los ganados, sino que aun en los viandantes y niños saciaba su rabia; y ya los habitantes de Gubio se habían reunido para batir el monte, resultando siempre infructuoso el ojeo y libre la fiera. Súpolo Francisco, y solo y desarmado, se encaminó al lugar donde se suponía guarecerse el lobo. Salió éste con los ojos hechos brasas y abiertas las temerosas fauces; y el Santo le dijo: — « En el nombre de Dios te ordeno que no vuelvas á causar daños »; y la fiera, súbitamente domesticada, vino á acostarse á sus pies. Y entonces Francisco la exhortó: — « Hermano lobo — le decía — muchos daños causas acá: no sólo acogotas y devoras los ganados, sino que te atreves á matar á los hombres, imágenes de Dios: mereces, pues, la horca como ladrón y homicida, y toda esta tierra está contra ti. Pero yo, hermano lobo, quiero poner paces: si tú no vuelves á hacer mal, ellos te perdonarán las pasadas ofensas. » — Bajó el lobo la cabeza como aprobando: — « Hermano lobo — prosiguió el Santo — esta tierra se compromete á alimentarte mientras vivas, porque el hambre no te obligue á ser malvado; pero es fuerza que tú me ofrezcas no atacar nunca á hombres ni animales: ¿me lo ofreces? » — Y el lobo inclinaba la cabeza. — « Dame señal del contrato » — añadió Francisco; — y el lobo levantó la pata y la colocó en la diestra del Santo. Ordenó éste á la bestia que le siguiese, é hízolo ella así, entrando ambos juntos en la plaza de Gubio; y allí, á la faz de

todo el pueblo, renovóse solemnemente el pacto. Y desde aquel día vivió en Gubio la fiera, entrando en cada casa, y siendo en todas regalada y acariciada como inofensivo faldero; y, añade el poeta incógnito de las *Florecillas*, de allí á dos años el hermano lobo murió de vejez, y muy llorado de los ciudadanos; porque el verle andar tan pacífico por la ciudad, les recordaba al santo Francisco (16).

Cuando el invierno amortaja con blanco sudario á la naturaleza; cuando la escarcha quema el botón de las plantas y mata los gérmenes y sepulta en frío sueño á la semilla, Francisco pensaba en las abejas yertas y desfallecidas, que carecían de un rayo de sol que las reanimase y de un cáliz de flor en que libar el sustento; y mandaba á las colmenas miel y vino generoso, con que se calentasen y mantuviesen los insectos trabajadores, los diligentes obreros del panal balsámico, que se derrite y consume ante el sagrario como el alma del extático en la contemplación y consideración divina (17). El día de Navidad, en que vence á la tristeza de la estación el júbilo del inefable misterio de Belén, acordábase Francisco de los pajarillos ateridos y hambrientos, y á estar en su mano, ordenara á los alcaides de las villas desparramar grano en campos y calles, á fin de que las aves se regocijasen también por el santo gozo de la Madre Virgen, y mandara á los dueños de mulas y bueyes les diesen doble ración de paja, heno y avena, en memoria de haber asistido al humilde nacimiento del Salvador del mundo. En las tiernas representaciones de Grecio; en aquella misa celebrada á media noche, sirviendo de altar un pesebre, de presbiterio una gruta, de nave del templo la vasta montaña, de cúpula la bóveda azul del firmamento, á cuyas titiladoras estrellas eclipsaba la luz de

los hachones llevados por innumerable pueblo que acudía de las campiñas próximas, como los pastores de Judea acudieron al portal á adorar á Jesucristo niño y desnudo; en aquel solemne drama, quiso Francisco que no faltase actor alguno, y colocó á los lados del altar el manso buey y la fuerte mula, y una vez más, al alzarse la sacrosanta hostia, reposó el divino Infante sobre la paja del pienso, entre los dos animales que velaron su primer sueño en la tierra.

Así era de Francisco convidada la naturaleza á la fiesta de nuestra redención. La naturaleza, que él amaba con tal ternura, que con tanta inteligencia comprendía, que atraía con tal poder; la naturaleza inspiró al trovador de Asís el magnífico himno al sol, la poesía más bella y conocida de todas las suyas; el cántico en que la lengua italiana comienza á romper su tosco capullo y á querer lanzarse, provista ya de alas y colores, á la sublime región del arte; cántico que, á despecho de la rudeza de la forma, emula por la fuerza de la inspiración al himno que brotó de entre las llamas del horno de Babilonia. La naturaleza, que, junto con el amor, hizo poeta á Francisco, celebró con demostraciones de alegría su feliz tránsito; y á la hora nocturna en que el alma del milagroso penitente arribaba á las playas luminosas del cielo, las alondras vestidas de sayal gris, á quienes Francisco llamara sus hermanas pobres, á pesar de su horror por las tinieblas, acudieron á miles, revoloteando sobre la celda mortuoria; y cual los ruiseñores de Tracia en los funerales de Orfeo, celebraron la apoteosis de Francisco con las notas más alegres de sus melodiosas gargantas.

NOTAS.

(1) « En el pensamiento cristiano, el animal es sospechoso, la bestia parece una máscara. » (Michelet, *Biblia de la Humanidad.*)

(2) V. Ozanam, *Les poètes franciscains.*

(3) *V.* Menzel, *Geschichte der Deutschen Dichtung;* y Taine, *Histoire de la littérature anglaise.*

(4) Entre éstas pueden contarse las medidas adoptadas en Inglaterra y otros países para asegurar el bienestar de los animales, la prohibición de las vivisecciones, la sanción penal establecida en el Código de aquellas naciones para los atentados y violencias contra los animales domésticos, el aumento de las sociedades protectoras de animales y plantas, etc. No todo ello se debe por cierto á las corrientes panteísticas; en gran parte pueden atribuirse tales instituciones al deseo de fomentar la agricultura y la ganadería, y al de suavizar las costumbres: propósitos ambos muy loables y justos. Pero á poco que estudiemos el curso y desarrollo de las ideas filosóficas contemporáneas, percibiremos su influencia, directa ó indirecta, en el nuevo criterio que regula la conducta para con el mundo animal. El transformismo y la teoría de la evolución que hacen al hombre descendiente de la bestia; el panteísmo idealista que confunde á todos los seres en la misma unidad sustancial y total, para evaporarlos luego en una abstracción; el naturalismo materialista que aplica al pensamiento humano la propia ley fatal que regula la caída de la piedra, han trascendido ¿y cómo no? al espíritu de las naciones de Europa. Á esto se debe el que acoja la Iglesia con recelo y desconfianza instituciones como las *Sociedades protectoras*, que si no fueran originadas más que de natural piedad y conmiseración hacia los irracionales, estarían muy de acuerdo con la dulzura y amor peculiares de la Religión Católica.

(5) No parecerá exagerada tal afirmación al lector que conozca algo de los recientes sistemas pesimistas y deterministas.

(6) Lo narra la *Vida de san Karileff.*

(7) Refiérolo la *Vida de san Antonio.*

(8) San Columbano.

(9) San Laumónovo.

(10) San Jerónimo, *Epístola á Heliodoro.*

(11) *Illustre exemplum, imo speculum, hujus humilitatis fuit Sanctus Franciscus, qui proinde per eam gratiam, et gloriam Dei, angelorum, et hominum est adeptus; nam primo per eam adeo possedit terram cordis et corporis sui, ut illa mansuetudine hac animi plane imbuta subjaceret se spiritui ad omnes labores, et pœnitentias... Secundo per eam accesit ad primævam innocentiam quam habuit Adam in Paradiso, ut animalia etiam fera eum quasi herum agnoscerent, uno ab eo mansuefieri sinerent; aves, et agni eum quasi fratrem ambiebant, nec recedebant nisi accepta benedictione.* (Cornelio a Lapide, cit. por Chavin de Malán.)

(12) *Circa vermiculos etiam nimio flagrabat amore.* (Tomás de Celano, *Vida de san Francisco.*)

(13) *Fioretti di san Francesco,* c. XXII.

(14) *Fioretti di san Francesco,* c. XVI.

(15) La cigarra canta por medio de un complicado aparato, semejante á un tambor, que ocupa su cavidad torácico-abdominal, y por la analogía de tal instrumento con la humana laringe, no se considera impropio aplicar al reclamo de la cigarra el nombre de canto. (*V. Le Chant de la Cigale, Revue Scientifique.* — Diciembre 7 de 1877.)

(16) *Fioretti,* c. XX.

(17) *Et apibus in hyeme, ne frigoris algore deficerent, mel, sive optimum vinum faceret exhiberi.* (Tomás de Celano obra citada.)

CAPÍTULO XIII.

LA POBREZA FRANCISCANA Y LAS HEREJÍAS COMUNISTAS.

Actividad intelectual del siglo XIII. — Monjes y frailes. — Tendencia comunista.—Relación histórica de la Orden Franciscana y las herejías del siglo XIII. — División de las sectas. — Valdenses. — Maniqueos: su origen. — Saber gnóstico del maniqueísmo. — Su difusión y creencias. — Pedro Parente. — Cruzada contra el mediodía de Francia. — Papel de la Orden Franciscana en el territorio albigense.— Fray Elías. — Su historia y carácter. — Indicios de zelantismo. — Joaquín de Cosenza. — Amalrico de Chartres. — El Evangelio eterno. — La Universidad de París. — Libelo de Guillermo de San Amor. — Juan de Parma. — Zelantes y fratricelos.— Juan de Oliva — Celestino V. — Bonifacio VIII. — Espirituales y mitigados. — Relajación. — Hubertino de Casal. — Segarello. — Las turbas de apostólicos. — Dulcino y Margarita. — Begardos y beguinas. — Distinción de zelantes, fratricelos y dulcinistas. — Orígenes del panteísmo místico. — El budismo, religión pesimista, ascética y mendicante. — Enlace del budismo con las herejías comunistas — Carácter pesimista del moderno nihilismo. — La controversia sobre la pobreza de Cristo: espíritu social de la Iglesia. — Puntos de contacto de las herejías del siglo XIII y

el socialismo y comunismo actuales.—Esperanza en la palingenesia final.—Hasta dónde llega la condición democrática de la Orden Franciscana.

. . . . . .
Ma perch' io non proceda troppo chiuso,
Francesco e Povertà per questi amanti
prendi oramai. . . . . .

(Dante, *Paradiso*, C. XI)

. . . . . .
Mas para no parecer por demás oscuro, diré
Francisco y la pobreza son los amantes de
de que hablo. . . . . .

(Dante, *Paraiso*, C. XI.)

En pocas épocas desplegó tanta actividad el pensamiento humano como en el admirable siglo XIII. Iniciada desde el XII la decadencia del feudalismo; triunfante en principio, ya que no en todas sus consecuencias, la unidad monárquica y régimen municipal, sale á la escena un actor nuevo: el pueblo(1), que así como de esclavo se convirtió en siervo, de siervo pasa á colono ó ciudadano, y en suma, á ser libre. Primer señal de emancipación es el ejercicio de su inteligencia, el interés que le inspiran las hondas cuestiones propuestas por la escolástica y en las aulas debatidas, y su anhelo de tomar parte en la vida religiosa, no sólo con la devoción, sino con la acción. Satisfacen aquél las Universidades, y éste las Órdenes mendicantes, singularmente la franciscana, cuyo carácter comunicativo y popular reconocen los historiadores. Aislados los padres del yermo y los monjes en sus retiros; consagrados á la contemplación ó al estudio solitario, no pudieron ejercer la influencia social que desde luego alcanzaron los frailes. Un hecho atestigua elocuentemente esta verdad. Mientras los eremitas buscan desiertos, *yermos*, para sepultarse en ellos, y Benedictinos y Bernardos fundan sus majes-

tuosas abadías y vastos monasterios en algún apartado valle ó montaña, Predicadores y Menores prefieren establecerse en el riñón de las villas, en los más populosos barrios de las ciudades; por cada convento establecido en lugar salvaje, lejos de toda habitación humana, se hallarán cien en poblaciones y campiñas fértiles. Otra causa hay : el monje vive labrando sus tierras, ó haciendo que se las labren sus siervos; el fraile, de limosna. Si no ha de morir de hambre, le es forzoso acercarse á sus semejantes y morar entre ellos; y así viene á constituir la pobreza vínculo estrecho que enlaza al fraile con el resto de la humanidad. De los subsidios que recibe, toma el fraile lo estrictamente necesario para la vida, y el resto lo devuelve al pueblo en una ú otra forma : capillas, iglesias, públicas distribuciones de víveres, caridades que á su vez reparte á los necesitados, hospitales y leproserías. Como su regla le veda poseer, no se estanca jamás en sus manos el caudal; como su regla le prohibe regalos sensuales, no dilapida : admirable fruto de la pobreza voluntaria, tal cual la concibió el genio de san Francisco.

Mas al invadir la marea intelectual y el movimiento político á la plebe, despertaron en ella la aspiración comunista. No ha de entenderse en este caso la palabra *comunismo* en el sentido restringido que hoy tiene, sino en el general y filosófico. El comunismo existe latente en todos tiempos; pero en unos arrecia más que en otros, y se manifiesta en distintos terrenos, según las épocas. Siempre que la multitud solicita que se distribuya entre la mayoría un bien que posee la minoría, hay petición comunista; pero el bien apetecido puede ser de muy diverso linaje. En Grecia quisieron los más regir el Estado que gobernaban los

menos, de donde las luchas entre oligarquías y democracias. En el siglo XIII pretenden las muchedumbres, no los beneficios espirituales del Cristianismo, que esos de hecho los gozaban, sino interpretar la Escritura, definir el dogma y establecer independientemente reglas éticas: pretensión que fué germen de múltiples y variadas herejías. Más práctico el moderno comunismo, sin prescindir de la omnímoda libertad política y religiosa, reclama principalmente la partición de la riqueza: por eso nos hemos habituado á considerar en el comunismo el problema económico, olvidando que encierra otro político é intelectual. Si se limitase el comunismo á afirmar el derecho natural de todo hombre, á realizar los fines todos de la vida por medios lícitos, no haría sino atenerse á un principio practicado por la Iglesia, que dió á las clases ínfimas acceso á la más alta magistratura de la tierra, el Pontificado; pero el comunismo no pide derechos para el individuo, sino para la colectividad: éste es el golfo en que naufraga. Cada individuo contiene la especie, y por ello ésta se afirma ó se predica de él: lo que del individuo decimos en general, de la especie también; y sin embargo, lleva el individuo tal sello de personalidad, que así como en dos cantidades irreductibles la serie más larga de aproximaciones no puede evitar la fracción que las separa, de un individuo á otro habrá siempre diferencias que les impidan representar valor exactamente igual. Por eso de todos los comunismos, es el intelectual el más absurdo; los demás pueden realizarse materialmente mucho ó poco tiempo: éste, aunque en rigor absoluto sea posible, todavía si atendemos á los hechos y al indescriptible vigor y agilidad del espíritu, claro está que no se verifica ni el espacio de un instante.

Está la historia de la Orden Franciscana muy ligada á la de las herejías del siglo XIII, de algunas especialmente; en tal manera, que hasta para distinguirlas conviene no separarlas. Obsérvase no obstante en los modernos cronistas del Santo de Asís tendencia á pasar de largo, á rehuir ese punto, ó á tocarlo con cierto recelo y temor, muy de rechazo, como episódicamente. Respetando los motivos de prudencia que dictan esta conducta, séanos lícito adoptar otra. Abre el misterio la puerta á la sospecha, y la verdad no ha de temer la luz. Yerro notable es creer que el aproximar los sucesos históricos, y compararlos, valga tanto como identificarlos; y equivocación no menor figurarse que los hechos se dan aislados en la historia, que no los enlaza íntima solidaridad, no los regula ley ineludible. Las épocas de mayor vida religioso-intelectual son propensas á dar á luz más abortos de herejías; cuando se medita sobre la naturaleza de Dios, es cuando se puede errar acerca de ella. Del teólogo ortodoxo al heresiarca media siempre un error intelectual; pero este error, parecido á sombra de un cuerpo opaco, no existiría sin presuponer el foco de luz que baña el otro hemisferio.

Conócense las herejías de los siglos XIII y XIV con diversísimos nombres, y se dividen en innumerables sectas,; pero en rigor pueden reducirse á tres principales: *valdenses* ó *pobres de Lyón*, *albigenses*, *cátaros*, ó *patarinos* (que son en conjunto *maniqueos*) y *fratricelos* ó *begardos*. Su distribución geográfica es como sigue: los maniqueos, venidos de Oriente, se extienden por Tracia y Bulgaria, Alemania, Lombardia y Francia; los valdenses y fratricelos invaden el Delfinado, Suiza, Provenza, Italia y parte de España; los

begardos, las orillas del Rin. Carecerá siempre de exactitud nimia esta corografía de las sectas; pues aunque el foco de los albigenses — por ejemplo — sea Provenza, y el de los cátaros Lombardía, cundieron por todas partes, y no cabe limitarlos á un territorio, como tampoco clasificarlos exactamente según sus dogmas; tanta es su variedad, y tal la dificultad de hallar datos seguros en que fundarse. Sectas por lo regular esotéricas, y doblemente obligadas á encubrir sus creencias por huir de las persecuciones; quemados ó destruídos casi en su totalidad los pocos libros que escribieron (2), faltan importantes documentos para juzgarlas en detalle. Por lo cual es conveniente no considerar en ellas los menudos arroyuelos, sino los anchos ríos, las corrientes mayores; conocerlas en sus direcciones capitales y en su papel social. Dan luz para entender lo que fueron las principales herejías los procesos instruidos á sus fautores, los libros en que los apologistas católicos las atacan, las doctrinas que consta predicaron públicamente sus jefes, y la conducta que siguieron sus afiliados.

Son los valdenses ó pobres de Lyón la secta de origen más moderno, de patria más conocida y de genealogía más clara de las tres en que se dividen los herejes del siglo XIII. Tuvo por precursores á Enrique de Lausana y Pedro de Bruis, que á vueltas de negar la eficacia de los sacramentos, clamaban reforma en las costumbres del clero y supresión de las pompas del culto. Á ambos combatieron san Bernardo y Pedro el Venerable : Enrique de Lausana murió en perpetuo encierro; Pedro de Bruis fué arrojado por el pueblo á la hoguera en que se disponían á quemar las cruces arrancadas de los altares. Á fines del siglo XII, un comerciante de Lyón, Pedro Valdo,

ve caer herido de muerte repentina á un conciudadano suyo: su imaginación se exalta; vende sus bienes, los distribuye á los necesitados, y reuniendo gente humilde, comienza á explicarle el Evangelio; en breve junta buena porción de discípulos, que toman el nombre de *pobres de Lyón*. Visten ropas modestas, usan los zapatos cortados por arriba, en signo de pobreza, de donde viene llamarles *insabattatos* (3); leen frecuentemente las Escrituras, y muestran condición pacífica. De tal modo es inconsciente, ó encubierta al principio, la heterodoxia de Valdo, que en 1198 Inocencio III otorga á los valdenses permiso para leer las santas Escrituras y orar en asamblea, esperando pararían en comunidad religiosa (4); ellos, por su parte, le piden autorización para predicar, y, en 1212, la aprobación de lo que llamaban su Orden. La vida de los pobres de Lyón, en aquellos primeros tiempos, era en sumo grado mortificada y edificante (5); pero del examen detenido de sus doctrinas, resultó que querían secularizar el culto, suprimir la confesión, poner la liturgia en lengua vulgar; que consideraban aptos para predicar y administrar sacramentos á los legos y hasta á las mujeres; que negaban la eficacia de la oración por los difuntos. Del extracto de un proceso formado á algunos valdenses en 1387, aparece que en sus conciliábulos se enseñaba que sólo podían salvarse ellos, condenándose el resto de los cristianos; que desde san Silverio la Iglesia era congregación de pecadores; que sólo hay Paraíso é Infierno, y el Purgatorio es la vida humana; que Cristo no fué verdadero Dios, porque Dios no pudo morir; que no deben celebrarse las fiestas de los santos, con otras muchas doctrinas igualmente heterodoxas (6). Desde 1215 habían sido condenados los valdenses en el Con-

cilio de Letrán, cuyos cánones encargaban encarecidamente á los obispos de las diócesis infestadas de herejía la mayor vigilancia y celo para su extirpación. Cualesquiera que fuesen los errores dogmáticos profesados por los valdenses después, la raiz de su heterodoxia es laicista y comunista. Censuraban el boato y peores vicios del clero, lo cual no es ciertamente herejía; pero con las censuras mezclaban errores, declarando no ser válida la absolución dada por el sacerdote pecador, y serlo la del lego justo; reprobando el poder temporal de los pontífices; arrogándose el derecho de predicar, porque eran pobres, y negándolo á los prelados y abades, porque poseían bienes. De este comunismo religioso se engendró otro práctico: vivían en forma que hoy llamaríamos falansteriana; no conocían mío ni tuyo, y celebraban fraternales ágapes. Reconocen los protestantes por antecesores á los valdenses, y no sin razón, pues de ellos pudieron heredar la interpretación *ad libitum* de la Escritura y el odio á la jerarquía eclesiástica y á la autoridad pontificia; por eso dice el protestante Mosheim que — « no pretendían los valdenses introducir nuevos dogmas, sino reformar el gobierno eclesiástico, y que clero y pueblo tornasen á la evangélica pobreza » (7). — Anticipándose al protestantismo, dedicáronse los valdenses á difundir la Biblia traducida á dialectos vulgares y tratados religiosos en verso romance, por el centro y mediodía de Europa (8); trabajo encomendado á sus predicadores ambulantes, á quienes llamaban *barbas* ó *tíos* en señal de respeto. Según opinión de un ilustre autor contemporáneo (9), la secta moderna con que más afinidad tienen los valdenses es la cuáquera; y, en efecto, se les asemejan hasta en el horror á tomar las armas; en tener por

ilícito el juramento y la pena de muerte, en la exterior austeridad y pureza de las costumbres, afirmada por un testigo de mayor excepción, san Bernardo (10). No cundieron tanto los valdenses como los maniqueos: hízoles la persecución replegarse en el siglo XV á los Alpes; vino la Reforma, y se incorporaron á la comunión protestante, pero conservando sus creencias. Fueron tan tenaces en guardarlas, que aun las guardan hoy en apartados rincones de Suiza y Francia, donde existen numerosas familias valdenses. Los secuaces de Valdo recibieron, entre sus varios nombres, el de *humillados*: importa no confundirlos con otros humillados de Lombardía, congregación aprobada por la Iglesia, y curiosa en extremo, puesto que se componía de caballeros y damas nobles que por devoción y humildad, vistiéndose un hábito vil, se dedicaron ellos á tejedores y ellas á hilanderas, estableciendo fábricas de telas de lana, y viviendo en continuo trabajo: notable caso de asociación monástico-industrial en plena Edad media.

Origen y filiación harto más remota es la de albigenses, cátaros ó patarinos. Del Oriente vienen las creencias todas de la especie humana, y en Oriente, entre las más antiguas religiones conocidas, encontramos el mazdeísmo ó culto de la luz, profesado por un pueblo ario que saliendo del norte de Asia, fundó en la Bactriana inmenso imperio (11). Reconocía el mazdeísmo dos principios: Ormúz, el bueno, y Arimanes, el malo, que luchan sin tregua, estando reservada al bien la victoria final. Iba el culto mazdeo decayendo de su primitivo fervor, cuando lo restauró Zoroastro, á quien se atribuye el libro sagrado del *Avesta*, y en cuya leyenda la verdad anda tan mezclada con la fábula (12). Zoroastro admitía los dos

principios: los buenos son hijos de Ormuz, los malos de Arimanes; pero buenos y malos serán purificados y salvados á la conclusión de los tiempos. Prohibe la moral de Zoroastro el ayuno, encargando que esté fuerte el cuerpo para que no se enflaquezca el espíritu; permite y aun aconseja el incesto en su grado más nefando: matrimonio del hermano con la hermana, de la madre con el hijo. Aun vive hoy en la India este culto, á despecho de la encarnizada persecución de los mahometanos; llámanse sus secuaces parsis ó güebros, y adoran el fuego con supersticiosa reverencia: á Europa fué traída la simiente mazdea por la inmigración de celtas, germanos y escandinavos. La semejanza de algunos dogmas del culto de Ormuz con otros del Cristianismo contenidos en el antiguo Testamento, pudo ser parte á que del mazdeísmo se engendrase la herejía más insidiosa y tenaz con que hubo de luchar la Iglesia: la iniciada por Manes. El fondo de la religión de Ormuz es panteísmo emanantista: así el bien como el mal emanan de un *solo principio*, de modo que *bien y mal, idénticos en* su origen, son igualmente divinos. Casi toda la heterodoxia de los cuatro primeros siglos se enlaza con la teología mazdea, fundándose en la doble emanación, admitiendo ángeles y demonios, dando al mundo por obra de un genio maléfico, con el cual es preciso luchar sin descanso, y esperando en la salvación ó *palingenesia* final, idea que encierra el germen de la *redención por el progreso* anunciada por las escuelas humanitario-socialistas de nuestro siglo. Era Manes discípulo de los magos, y al par gnóstico; y el mazdeísmo y gnosticismo se dieron la mano para constituir la doctrina maniquea. Para Manes, la materia era Satanás; la luz, Dios; el cuerpo, obra del demonio; á

diferencia de Zoroastro, consideraba ilícito el matrimonio y la comida de carnes. Del sabor gnóstico (13) que tomó el maniqueísmo, nacieron sus misterios y el secreto de sus prácticas; del dogma del mal coeterno con el bien, la sentencia pesimista que reprueba la conservación de un mundo imperfecto, ni más ni menos que pudiera hacerlo hoy un crudo discípulo de Schopenhauer.

Alentaba oculto, pero poderoso, el maniqueísmo en Tracia y Bulgaria, traído de Armenia por los paulicianos (14), y de allí salían de vez en cuando misioneros encargados de difundirlo por los Alpes en las naciones latinas (15). No tardó en dar sus frutos la misión. Ya en el año 1022 fórmase en Tolosa una secta maniquea, siendo los dogmatizantes dos clérigos sabios y de vida ejemplar, Esteban y Lisedo (16). Otro clérigo normando, Herberto, los secundó; pero Arefasto, caballero católico, se introduce entre ellos, sorprende sus ritos, y los denuncia; del interrogatorio resulta que afirman la eternidad del Cosmos increado, consecuencia rigurosa del panteísmo, la moral desinteresada y escrita en la conciencia, y la inutilidad de las buenas obras para la vida ulterior; negando al par la autoridad de la Escritura, y dando á los dogmas valor puramente esquemático (17). En la trabazón y liga racionalista de estos errores se echa de ver que los enseñaban *clérigos*, gente de letras; y aunque puede caber exageración en las horribles prácticas que se imputan á los maniqueos tolosanos (18), cierto que la indiferencia moral que declaran no es buena garantía de virtud. Murieron en las llamas estos herejes sin retractarse ni temer: hacia la misma época aparece en Bélgica Tanquelino, que no es hereje docto, como Esteban ó Lisedo, sino entusiasta

visionario y embaucador, que se dice hijo de Dios y penetrado el Espíritu Santo, y se hace adorar, y arrastra principalmente á las mujeres. De la misma laya es Eudo de la Estrella, hidalgüelo ignorante que revuelve á Gascuña con sus predicaciones.

Con estos chispazos comenzó el gran incendio maniqueo, que por poco abraza á Europa. De su rápida propagación se reconocen muchas causas: la claridad del dogma dualista que fácilmente se insinúa, y el misterio de prácticas y doctrinas secretas, que enciende la imaginación y detiene á los iniciados por vanidad, y por curiosidad á los que no lo son todavía; la corrupción del clero y falta de recta enseñanza católica en muchas comarcas; en Italia, los rencores gibelinos, y en el Languedoc y países limitados por el Ródano y Garona y el Mediterráneo, el refinamiento y relajación de las costumbres, la licenciosa y escéptica poesía de los trovadores, la inmoralidad general (19). Desde luego se notan diferencias entre el maniqueísmo de Lombardía y el de Provenza; los cátaros y patarinos afectan piedad y pureza de conducta, mientras los albigenses son indiferentistas prácticos y se entregan al desenfreno. El nombre de *patarinos* viene de *pati* (sufrir) porque alardeaban de mártires (20); el de cátaros, del griego καθαρός que significa *puro, limpio*. Si concordaban todos en ser dualistas, difieren bastante las noticias que nos quedan de los artículos de su credo, y algunas hasta son contradictorias: ya aparece que adoraban á Cristo, ya al espíritu del mal, á quien llamaban *dragón*; ya profesaban doctrinas antropomorfistas, y sostenían la materialidad de Dios; ya consideraban á Cristo mera sombra ó fantasma, y aparentes sólo su pasión, muerte y resurrección; ya se les achacan torpes excesos, ya

vedar hasta las legítimas nupcias. Decíase que, al terminar sus asambleas, apagaban las luces, pronunciando una fórmula clásica, y entregábanse después á todo linaje de abominaciones; y por otro lado afirman que se maceraban, que ayunaban tres cuaresmas al año, y que su oración era continua; el dominico Sandrini, que registró los archivos del Santo Oficio de Toscana, declara que en ningún proceso halló que los patarinos cometiesen semejantes atrocidades. Ello es que tales acusaciones han caído siempre sobre todo cónclave secreto, sobre toda institución que, evitando la claridad, se envuelve en sombra; así fueron juzgados los Templarios, sin ser herejes. Lo probable es que en esto, como en lo tocante á la variedad de dogmas, encierran fondo de verdad las más contradictorias aserciones: entregados los cátaros á su propia inspiración, no observarían en todas partes igual conducta, y más cuando carecían de regla fija de fe y moral, como lo prueba el hecho de reunirse en una catedral de Lombardía siete obispos cátaros para ponerse de acuerdo en los artículos de su creencia, y lejos de haberse entendido, separarse excomulgándose recíprocamente. Un lazo común une á cátaros, patarinos y albigenses: negar la autoridad de la Iglesia y de la magistratura laica; profesar un dualismo más ó menos mitigado, más ó menos pesimista, fatalista casi siempre; y — punto en que andan muy acordes los testimonios — reprobar, fuese en teoría ó fuese en práctica, las nupcias y la propagación. Hay asimismo conformidad en lo que se refiere de su jerarquía y ceremonias religiosas. Negando los sacramentos todos, habían establecido uno para sí, el consuelo (*consolamentum*) ó bautismo del Espíritu Santo, que consistía en imponer sobre la cabeza del neófito el Evangelio de

san Juan. Parece que al consuelo dado *in extremis* se enlazaba una práctica terrible : mientras los asistentes recitaban ciertas oraciones, cubrían de almohadas la faz del moribundo; si al terminar el rezo no aparecía asfixiado, ascendía á *perfecto*, grado superior, equivalente al sacerdocio, dirigía la enseñanza de los catecúmenos, y renunciaba al matrimonio, propiedad y uso de carnes : había también *perfectas*, encargadas de instruir á las de su sexo.

Á despecho de sus pretensiones de pureza y mansedumbre, los cátaros de Italia derramaron la sangre de uno de los pocos hombres que en aquellas duras edades pueden alabarse de no haberla vertido en el ejercicio del poder civil y religioso : Pedro Parente. Fué Pedro Parente enviado por Inocencio III á gobernar á Orvieto, cuyos habitantes católicos se quejaban de las continuas violencias de los cátaros, numerosísimos en aquella ciudad. Entró en ella el nuevo gobernador pisando flores y laurel, que le arrojaba el pueblo en muestra de alegría; y en breve tiempo, con medidas enérgicas, pero sin emplear tormentos ni cadalsos, redujo á los sediciosos y pacificó la comarca. Llegaba la Pascua, y pasó á Roma para celebrarla con su familia; preguntóle el Papa por el desempeño de su cometido, y respondió : — « De tal modo lo hice, que los herejes amenazan matarme. — Vuélvete allá, » — repuso Inocencio. Entonces Pedro pide absolución de todos sus pecados hasta la hora de la muerte; se despide de su madre y esposa, deshechas en lágrimas, y torna á Orvieto, donde ya tenían concertado en su ausencia el modo de asesinarle. Cierta noche el infiel secretario del Gobernador abre las puertas del palacio á los herejes, que maniatan á Pedro Parente, le sacan descalzo y arrastrando, y por

último lo acribillan de heridas, hasta rematarle. Al recibir el primer golpe, Pedro traza en el suelo, con un dedo mojado en sangre, la palabra *Credo* (21). Entre tanto arrecia en Francia el maniqueísmo; en Albi, de donde toma nombre, todo es suyo, hasta el señor de la comarca, Roger de Beders; en Tolosa y en Arrás domina. Un obispo, el de Carcasona, dimite, no pudiendo contrarrestar el torrente albigense; y toda la risueña comarca del Mediodía, en suma, arde en fuego de heterodoxia (22). Entonces el conde de Tolosa, Raimundo, escribe al abad y capítulo del Cister la angustiosa carta, donde, entre otras cosas, dice: — « Ha invadido esta herejía hasta á los sacerdotes; abandonadas y en ruinas yacen las iglesias, niégase el bautismo, se desprecia la penitencia... Pronto estoy á esgrimir contra los malvados la espada que Dios puso en mis manos; pero mis fuerzas no alcanzan; el error inficiona á mis principales vasallos... No bastan lar armas espirituales, hay que emplear las materiales; venga el rey de Francia; le abriré villas, plazas y castillos, le señalaré los herejes, le ayudaré hasta derramar mi sangre para aplastar á los enemigos de Cristo. » — No eran sólo daños espirituales los que temía el conde de Tolosa : grave era el peligro social, triste y anárquico el estado de aquellas comarcas. Proscribiendo el matrimonio, abrían los maniqueos la puerta al libertinaje; los principios panteístas y fatalistas, grosera y literalmente aplicados por las masas, atacaban al derecho de propiedad y destruían la noción de responsabilidad moral; de suerte que, en vez del apacible falansterianismo valdense, reinaba entre los herejes del Mediodía la depredación, el robo y la violencia. Cada castillejo señorial era madriguera de donde salían las bandas llamadas de *brabanzones* é

despojar y quemar las iglesias, talar y arrasar la campiña; más tarde se les agregaron los *ruteros mercenarios*, antecesores de nuestros contrabandistas, caros á los magnates albigenses, precisamente — escribe una gallarda pluma (23) — á causa de su impiedad, que les hacia insensibles á las censuras eclesiásticas. No tenía el Catolicismo en aquellas provincias ni el antemural del clero : su relajación le había despojado de todo prestigio (24); ni ofrecían espectáculo más edificante los nobles (25); ni la división en pequeños Estados, gobernados cada cual al capricho de su señor, era propia para contener la anarquía religiosa y civil. No sólo se vió la Francia monárquica libre de estas tormentas, sino que aun redundaron en provecho suyo.

Quiso el grande Inocencio III atajar el daño, cuya magnitud comprendía; y prefiriendo emplear medios suaves, antes de desenvainar la espada como deseaban los reyes de Francia é Inglaterra, envió legados á las comarcas meridionales; el fruto de la legación fué escaso; más lograron dos españoles que casualmente se hallaban allí, y por todas partes iban clamando contra los maniqueos : el anciano Diego de Acebedo, obispo de Osma, y un mancebo su acompañante, Domingo de Guzmán, después fundador de la Orden Dominicana. Pedro de Castelnau, el legado pontificio que había anunciado que la religión no reflorecería en el país Occitano hasta que lo regase la sangre de un mártir, bañó con la suya las orillas del Ródano: un escudero del fautor de los albigenses, el conde de Tolosa, le hundió en el pecho su daga. Pero no fué aquella sangre más que primer gota de los anchos arroyos que había de costar al Languedoc la herejía.

Al llegar á este punto observa un historiador (26) : — « Este gran cisma, en que tomaron parte todas las clases y categorías sociales, parece que no podía extinguirse sino por medio de un golpe formidable descargado sobre la población en masa, una guerra de invasión que arruinase el orden social. » — Vino la guerra, y vino tremenda, sin cuartel ni misericordia. Á la voz de Inocencio III, que decía al rey de Francia : — « Levántate, soldado de Cristo; levántate, príncipe cristianísimo », — se reunió como por ensalmo un ejército, una cruzada de guerreros de todo linaje y nación, pero en especial franceses y flamencos, que ostentaban en el pecho la cruz roja : un poeta contemporáneo (27) hace ascender el número á doscientos mil, sin contar — añade — ciudadanos ni clérigos. — Marchan sobre Beziers, cuyo señor no quiso imitar el ejemplo del de Tolosa, sumiso ya á los jefes de la cruzada. Inútilmente entra el obispo de Beziers en la villa para exhortar á los habitantes á la rendición : sólo logra que salgan con él algunos católicos. Mientras los jefes de la cruzada deliberan sobre la resolución que han de adoptar con Beziers, los sitiados hacen una salida, despedazan á un cruzado, lo precipitan de un puente, y traban ligera escaramuza con las avanzadas sitiadoras. Entonces los truhanes, los famosos *goujats*, criados del ejército, ejecutaron tremenda hazaña : oigamos cómo la narra el poeta : — « Cuando el rey de los truhanes hubo visto la escaramuza,... llamó á los truhanes todos, gritando : ¡al asalto! Al punto corren los truhanes y se arman con sendas porras, sin otra defensa alguna. Son más de quince mil; todos descalzos, todos vestidos de blusa y calzones : se ponen en marcha, rodean la villa para derribar los muros; se arrojan en los fosos; unos ma-

nejan el pico, otros rompen las puertas. Viendo lo cual, los ciudadanos comienzan á aterrarse; y, rechazados de la muralla por los cruzados que se arman á toda prisa, toman sus hijos y mujeres, y se refugian en la catedral. Sacerdotes y clérigos se revisten, tocan las campanas como para el oficio de difuntos; pero antes de celebrada la misa entran en la iglesia los truhanes; ya penetraron en las casas, matando, acuchillando cuanto encuentran. Degüellan hasta á los refugiados en la catedral; no les valen altares, cruces ni crucifijos. Los truhanes, los miserables, los bufones, mataron clérigos, niños, mujeres; pienso que ni uno escapó con vida. » — Á poco, no quedaba de Beziers sino enorme montón de escombros y cenizas, y algunas espirales de humo que subían hasta el cielo. Así terminó el primer acto de la tragedia, cuyo desenlace fué la batalla de Mureto, ganada por el heroico Simón de Monforte, donde quedaron deshechos los últimos restos de la nobleza albigense, y muerto el rey de Aragón que los auxiliaba. Completóse la nacionalidad francesa con el Languedoc, y según la poética frase de Cantú, — « sucedió el silencio á los serventesios de los trovadores ».

Había autorizado Inocencio la cruzada; pero no las crueldades, de que, por otra parte, no solía eximirse ninguna empresa guerrera en aquellos siglos, y aun mucho después. Lejos de aprobar la matanza, continuamente exhortaba á la clemencia; tendió su mano protectora sobre las inocentes cabezas de los hijos de los príncipes albigenses, y les restituyó sus dominios, que fácilmente hubiera podido agregar á los Estados de la Iglesia. Tanta era la moderación del Papa, que acaso, si los cruzados se atienen á sus instrucciones, nunca hubieran sometido el Languedoc : hermosa be-

nignidad en un vicario de Cristo, que reune tan altas dotes políticas como Inocencio III.

Con no menor constancia que Inocencio, reprobaba más adelante Gregorio IX las violencias ejercidas en los sediciosos herejes de Tolosa (28). Por lo demás, quien leyere estas páginas sangrientas de la Edad media con el propio criterio que leería la sección de noticias de un periódico contemporáneo, jamás las entenderá. Es preciso hacerse cargo de las costumbres y carácter de la época, y recordar que ni vencidos ni vencedores se paraban en cadáver más ó menos : ya conocemos la suerte de Pedro Parente y Pedro de Castelnau : en Provenza los albigenses no desperdiciaban ocasión de exterminar á todo fraile que cogian solo en ciudades ó campiñas : el conde de Tolosa manda ahorcar de un nogal á su propio hermano Baldovinos, por defender la causa católica, y el conde de Foix ayuda á colgarlo y alzarlo del suelo para que la estrangulación se efectúe. Únicamente la Iglesia protesta de tales horrores; la luz de la conciencia arde en ella inextinguible, como la lámpara del santuario. No realiza en breve tiempo la obra gigantesca de desarraigar la barbarie, porque todo progreso moral es lento, y porque el poder de los pontífices, aunque tan extenso, ni un instante deja de ser combatido de recias tempestades, y limitado por otros poderes subalternos, pero numerosos : emperadores, monarcas, señores feudales, tan pronto aliados como enemigos, y hasta obispos y clero, que también en la jerarquía eclesiástica halla á veces el Pontificado contradicción. Al reprobar la Iglesia las hecatombes de la guerra albigense, instituye la Inquisición, que en vez de aquellas carnicerías, estableció procedimientos judiciales, harto más perfectos y equitativos que cuantos empleaban

entonces los tribunales ordinarios (29). Algo significa el hecho de que los países donde más funcionó la Inquisición se hayan visto libres del azote de las guerras religiosas; algo también el que la Inquisición romana haya sido la más benigna de todas (30).

¿Qué papel desempeñó la Orden Franciscana en la historia del maniqueísmo occidental? De su seno salieron los inquisidores y calificadores de la herética pravedad, que en compañía de los dominicos recorren los países donde abundan los albigenses, y á veces pagan con la vida su celo, como ocurrió á Esteban de Narbona y Raimundo Carbonario, despedazados con otros siete inquisidores de la Orden de Santo Domingo, en el mismo palacio del conde de Tolosa (31), donde se hospedaban, y á Pedro de Arcagnano, degollado en Milán por orden de Manfredo de Sesto, jefe de los patarinos lombardos. No obstante, los dominicos figuran en mayoría, como inquisidores, cosa natural dada la índole de su Orden, instituída para perseguir el error. De cuatro maneras fué éste combatido : con las armas y la ley, género de persecución que ejercieron las potestades seculares, considerando á la herejía delito de lesa majestad y de atentado á la paz pública (32); con los castigos espirituales, excomuniones, entredichos, que fulminaba Roma; con la teología, la filosofía y el restablecimiento de la pureza del dogma, y con la persuasión y ejemplo : medios los dos últimos que pusieron en juego las órdenes mendicantes, distinguiéndose en el primero la de Predicadores, y la de Menores en el segundo. ¿Quién mejor que unos frailes pobres, de vida humilde y estrecha, podia contrapesar el escándalo causado en el pueblo por aquella sed de riquezas, aquella codicia que Inocencio III lamentaba? Al llegar aquí, antes de conocer la tercer

rama de herejías, conviene reseñar sucesos importantes en los anales de la Orden Franciscana. En otro lugar hemos visto cómo, hallándose en Siria san Francisco, surgieron ya algunas dificultades respecto de la observancia de la pobreza. Con esta primer disensión se enlaza el nombre de un hombre muy diversamente juzgado por los cronistas franciscanos: fray Elías, segundo vicario de san Francisco. Fray Elías nació en Asís; era hijo de un pobre colchonero, y después de haber cultivado su natural ingenio con brillantes estudios, ingresó en la orden de Menores. Nombrado ministro provincial de Toscana, á la muerte de Pedro Catáneo fué electo para reemplazarle en el vicariato y comenzó su amistad con san Francisco; amistad en tal manera estrecha y cariñosa, que, según el verídico cronista Tomás de Celano, — « San Francisco había elegido á fray Elías para que le sirviese de madre, y de padre á los demás frailes »; — añadiendo que, cuando en Siena se agravaron los achaques del Santo, — « fray Elías se apresuró á reunirse con él, y no bien hubo llegado, de tal suerte se mejoró el santo padre, que dejando aquella ciudad pudo irse con él al convento de Cortona ». — Pero queriendo morir en Asís, manifestó sus deseos á fray Elías, que le complació al punto; y hallándose cercano ya á la hora postrimera, hizo que rodeasen su lecho los discípulos predilectos y más allegados á él, á fin de bendecirlos; y como de puro derramar lágrimas se había quedado casi del todo ciego, cruzó las manos, á semejanza de Isaac, y su diestra vino á posarse sobre la cabeza de Elías, arrodillado al lado izquierdo de la tarima. — « ¿Sobre quién tengo puesta la mano derecha? » — preguntó; y cuando se lo dijeron, — « Hijo mío, exclamó, en todo sobre todo te bendigo; y puesto que en tus manos

acrecentó el Altísimo mis hermanos é hijos, en ti y por ti los bendigo á todos. Bendígate en la tierra y en el cielo el Rey de lo creado. Yo te bendigo como puedo y más que puedo; lo que yo no puedo, hágalo por ti el que lo puede todo. Recuerde Dios tus obras y trabajos, y resérvete la retribución de los justos. Séate otorgada cuanta bendición desees, y cúmplase lo que dignamente pidas. » — Si el texto de esta bendición es literalmente el que pronunciaron los labios de san Francisco — como debe esperarse de la buena fe de Celano, narrador de tan interesante escena — parece que en él se descubre previsión de los actos posteriores de fray Elías por el conocimiento de su carácter. No falta quien se maraville de que el Santo de Asís otorgue tan afectuosa y amplia bendición al futuro prevaricador fray Elías: si con atención la examinan, descubrirán en ella reticencias asaz para mudar de parecer. Aquel — « recuerde Dios tus obras y trabajos » — suena á invocación prematura de la misericordia divina; aquel — « cúmplase lo que dignamente pidas » — á restricción expresiva y amenazadora. San Francisco apreciaba en su justo valor las dotes de gobierno de fray Elías, en cuyas manos se acrecentaba la naciente Orden: conocía su solicitud, su esmero en prevenir cuantas dificultades prácticas se ofreciesen, y á eso alude sin duda el cronista cuando dice que servía á san Francisco de madre, y de padre á los demás: con tales cualidades de singular prudencia, agregadas á otras de preclara ciencia, no es mucho que san Francisco le dejase por sucesor en el gobierno de la Orden, tanto más cuanto que, según se desprende de las relaciones de los escritores coetáneos, no cometió Elías en vida de san Francisco culpa alguna, antes dió muestras de piedad (33). Hasta 1305 no escribe fray

Hubertino de Casal, cuya imparcialidad es más que sospechosa; y en él por primera vez se lee la anécdota referente á la conducta y palabras con que san Francisco reprendió la relajación de la pobreza, causada por fray Elías (34), y aquella otra, donde con razón dice un historiador moderno (35) que Hubertino puso en labios de san Francisco una blasfemia, á saber: que habiendo querido fray Elías dar una comida, hizo sentar á los frailes de más humilde condición al extremo de la mesa, visto lo cual, san Francisco dispuso otra al día siguiente, y colocó á su lado al cocinero y á todos los pospuestos de la víspera, diciendo á Elías y sus parciales: — « Sentaos vosotros por ahí como podáis. » — Y después de áspera reprimenda, añadió increpando á fray Elías: — « Lo que me asombra es que Dios, que sabe bien cómo tú eres, quiera entregar en tus manos la Orden » (36). — Ni parece más digna de crédito la historieta de esconder maliciosamente Elías el original de la segunda regla que le había confiado san Francisco, y del terremoto que estremeció el monte donde el Santo oraba, cuando Elías y los suyos fueron á pedirle que la *mitigase*. Con menudos detalles reproduce este cuento un distinguido cronista español (37), defensor acérrimo del zelantismo. Lo más verosímil es que, si san Francisco viviese, contenido Elías por el indudable respeto y amor que le profesaba, no cometería jamás los desafueros á que le arrastró más tarde su ambición, noble al principio, pero finalmente desapoderada y funesta. Elías en el siglo hubiera sido hábil hombre de Estado; nacido en las gradas del trono, glorioso príncipe: vasta inteligencia y energía le hacían apto para el mando. Bien demostró su iniciativa y actividad en la erección del gran monumento artístico-religioso levantado en Asís

á honra de san Francisco por orden de Gregorio IX. En tres años escasos la magnífica fábrica, que Elías quiso adornar con todos los primores del arte, se halló lo bastante adelantada para que pudiese trasladarse á ella el cuerpo del Santo. Conocemos el tumulto promovido por fray Elías en tal ocasión; no fué sino preludio de otros disturbios más graves.

En el mismo Capítulo del dia de Pentecostés de 1230, se promovió discusión acerca de si era ó no lícito á los Menores hacer uso simple del dinero; sostenían la afirmativa los del partido de fray Elías; y otros, entre ellos el taumaturgo de Padua, la opinión contraria: llegó la disputa á encenderse más, y los de Elías quisieron colocarlo por fuerza en el puesto del ministro general, que era entonces fray Juan Parente. Á despecho de este escándalo, tres años después fué Elías elegido ministro general, porque aun duraba é influía el recuerdo de su familiaridad con san Francisco. Es justo declarar, con el fiel cronista Salimbene, que cede en alabanza de Elías haber fomentado en la Orden los estudios teológicos; resolución á que se debió la gloria de los Escotos y Mayrones. Pero al mismo tiempo se vió al superior de una religión fundada en humildad y pobreza tener cocinero especial, que le aderezaba delicadas golosinas; rodearse de pajes con librea de colores, y cabalgar en briosos palafrenes, dando ocasión á que el venerable Bernardo de Quintaval, primer socio del Santo de Asís, hiriese el anca del caballo con la mano, y exclamase brotando indignación: — « No dice esto la regla »; — y otras veces, tomando el pan negro y la escudilla de palo, se entrase por la cámara donde el General se refocilaba solo, y se sentase con él á la mesa, diciendo: — « Vengo á comer contigo este bien de Dios ». — Vióse á

fray Elías poseer ameno sitio de recreo en Cortona, donde pasaba la estación calurosa; viósele, ejerciendo despóticamente su autoridad, poner espías al lado de los ministros provinciales y enviarles visitadores, que más bien parecían exactores, según los vejaban y oprimían. Anteponiendo los legos á los sacerdotes para todo cargo, sucedió que bajo su mando los legos obligasen á los sacerdotes á asistir en la cocina, dejando así de celebrarse el santo sacrificio. Consigo llevaba siempre Elías un familiar, Juan de Lodi, especie de verdugo encargado de corregir á disciplinazos á todo fraile que se rebelase. Mientras de tal suerte manejaba su rebaño, íbase convirtiendo el sucesor del Pobrecillo de Asís en una potestad secular; su extraordinario talento le había ganado la confianza de los dos mayores personajes que encerraba el orbe, Gregorio IX y Federico II, y cuando en 1238 el podestá de Parma visitó á fray Elías, que iba de camino, y le preguntó el objeto de su viaje, pudo el fraile responder orgullosamente que llevaba embajada del Papa para el Emperador; de un amigo á otro amigo. Mas el mensaje no dió resultado, y el Papa se dejó persuadir por las súplicas de los Menores á convocar Capítulo general: en esta asamblea, que presidió el mismo Pontífice, fué depuesto fray Elías, y elegido Alberto de Pisa, á la sazón provincial de Inglaterra. No se hizo la elección sin turbulencias de Elías y los suyos: aseguraba Elías que los frailes, al conferirle el gobierno de la Orden, le habían dicho: — « Ampara nuestra debilidad, aunque comas oro »; — y Aimón, santo viejo, alzando las manos trémulas, explicó al Papa: — « Señor, es cierto que le dijimos que comiese oro, mas no que poseyese tesoro. » — Al fin el Papa aprobó la elección de Alberto de Pisa; y fué tal el júbilo

de los frailes al saberlo, que los presentes dijeron no haber visto nunca igual regocijo. Retiróse Elías despechado á Asís, y de allí á Cortona, acompañándole doce ó quince adictos, entre ellos el hábil cocinero fray Bartolomé de Padua, que hasta la muerte no le abandonó; al poco tiempo, seguro de haber perdido ya la protección del Papa, unióse al enemigo de la Iglesia, Federico II; hecho que coronó los escándalos de su vida, y atrajo sobre su cabeza el rayo de la excomunión y el odio universal. No fué perdonado á fray Elías el haber contaminado con su fausto la bendita pobreza de san Francisco, tan cara al pueblo, ni menos el juntarse con el César alemán, el terrible perseguidor de los Pontífices, invasor de Italia, tenido por ateo, y en cuya corte el profanado hábito franciscano rozaba la hopalanda del astrólogo árabe y el brial de seda de la cortesana. La opinión pública personificó desde entonces en fray Elías el prevaricador y apóstata: acusáronle del misterioso delito de darse á la alquimia y nigromancia, y villanos y niños y mujeres, cuando por los caminos de Toscana encontraban algún fraile Menor, cantaban:

. . . . . .
Hor attorno fratt' Elya,
. . . . . .
Ke pres' ha la mala via:

— «Y á tal cantinela, dice fray Salimbene, que tantas veces escuché yo mismo, los frailes se entristecian y temblaban...» — En suma, Elías, excomulgado por Gregorio IX, y después por Inocencio IV, siguió las huellas de Federico, negociando sus asuntos diplomáticos en Oriente, no sin perjuicio de la Santa Sede y de los intereses de la cristiandad; pero antes de su

muerte, acaecida en 1253, quiso reconciliarse con la Iglesia, y morir en su seno; como lo hizo, recibiendo la absolución del arcipreste de Cortona: antes de expirar, recitó el Miserere repitiendo: — *Domine, adjuva me propter misericordiam tuam, et propter merita servi tui Francisci, quem indigne et ingrate contempsi.*

Como se ve, fray Elías no es un hereje, sino un relajado que atentó á la humildad y á la pobreza: otros hallaremos que yerren por querer extremar el rigor de su observancia. Merece tenerse en cuenta, al tratar de fray Elías, que entre toda la serie de disipaciones que cometió, y á pesar de residir en la corte de Federico, monarca disoluto, no se refiere de él (aunque prevaricó siendo todavía joven) el menor exceso en otras materias. Únicamente la ambición, el aseglaramiento, la sed de grandeza y mando, dieron causa á todos sus extravíos. Ni ha de desconocerse cuánto protegió ciencias, letras y artes, ni cuánto prosperó bajo su mando la Orden, á despecho del ejemplo pernicioso de su conducta. De todas suertes cabe creer que las cuestiones sobre el uso del dinero, iniciadas en tiempo de Elías, fueron simiente de las que más tarde habían de dividir y desgarrar la familia franciscana.

El mismo año de su elección murió el buen general Alberto de Pisa, para cuyos funerales compuso Gregorio IX el canto *Plange, turba pupercula.* Sucedióle el inglés Aimon de Favérsham — el que en el Capítulo general había alzado su voz contra Elías — gobernando sólo tres años; al faltar éste fué elegido el médico Crescencio de Iesi; y ya bajo su mando se advirtieron anuncios de zelantismo, y hubo frailes que invocando la primitiva sencillez, querían particularizarse, señaladamente en el corte del hábito: tendencia que el

General combatió. Á Crescencio vino á reemplazar el bienaventurado Juan de Parma, insigne en virtudes, á quien fué dada la gloria de preceder á san Buenaventura en el alto intento de reunir la Iglesia griega á la latina. Cuando varón tan ilustre tomó las riendas del gobierno de la Orden Franciscana, mediaba el siglo XIII, y corrían y eran leídas con pasión y entusiasmo las obras de otro hombre singular, el abad calabrés Joaquín de Cosenza. Joaquín nació hacia la mitad del siglo XII; pasó á Tierra Santa á visitar los lugares venerandos donde padeció Cristo; encendió su espíritu ayunando una cuaresma entera con los solitarios del monte Tabor; vuelto á su patria, vistió el hábito del Cister, y se dió á meditar la Biblia y á escribir obras teológicas. Buscando mayor retiro y soledad, dejó su convento, y fundó en Flora renombrada abadía con austera regla, que aprobó Celestino IV. Allí, entre mortificaciones, rezos y éxtasis, nacieron aquellas profecías, que, recogidas y compiladas por un compañero suyo, iban de gente en gente, ayudando á esparcirlas la fama de santidad de su autor, á quien los papas incitaban á escribir, y consultaban reverentemente los reyes, muy en particular Federiro II. Distinguense entre sus obras: el *Salterio de las diez cuerdas;* la *Concordia del Antiguo y del Nuevo Testamento; Sobre la sibila Eritrea y el profeta Merlín.* Místico de sospechosa ortodoxia en algunos puntos de sus escritos, no fué nunca heterodoxo de intención el abad de Flora, y siempre protestó sujetar su juicio al de la Iglesia: tienen sus libros color de apocalipsis; y por eso mismo quizás influyen tan poderosamente, no sólo en el pueblo, sino en alguna de las más grandes inteligencias del siglo XIII. Santo Tomás no ve en sus profecías luz sobrenatural alguna, pero Dante le colo-

ca en el Paraíso, cantando de él : — «Á mi lado resplandece el abad calabrés Joaquín, dotado de espíritu profético» (38).— En sus doctrinas se inspiran beatos como Juan de Parma, y herejes como Arnaldo de Vilanova, sin que pueda negarse que el número de los segundos excede al de los primeros (39), y que alguno de los mayores errores del siglo XIII se enlaza más ó menos íntimamente con las obras del célebre abad. Tres ideas arrancan de éstas, á saber : exaltación desmedida del estado monacal y de la pobreza; profecías á plazo fijo, con sabor milenarista, y por último la famosa división de las épocas del mundo, correspondientes á Padre, Hijo y Espíritu Santo. Veamos cuánto camino anduvieron en breve tales conceptos.

Al alborear el siglo XIII asoma la herejía universitaria con Amalrico de Chartres, clérigo que enseñaba lógica en la Facultad de París. Las tres personas de la Trinidad Santísima eran para Amalrico manifestaciones sucesivas de la divina esencia; y transcurridos ya los reinados del Padre y del Hijo, principiaba el del Espíritu Santo á la sazón. Todo cristiano, según Amalrico, se hacía miembro físico y natural de Cristo. Obligado á retractarse, murió el heresiarca lleno de enojo y pesadumbre; pero dejó discípulos que dedujesen consecuencias de su doctrina. Profesaron los amalricianos cerrado panteísmo : todas las cosas son una sola, porque todo es de esencia divina; los mayores crímenes, cometidos con miras caritativas, se justifican; ni infierno ni paraíso existen; el pecador lleva el infierno dentro de sí, y el justo el cielo. La filiación *joaquinista* de los sectarios de Amalrico se revela cuando dicen que el poder del Padre duró mientras regía la ley mosaica, y que habiéndola derogado Cristo, imperó el del Hijo, hasta que con ellos comienza el

del Espíritu Santo, por cuya interior infusión todos podían salvarse sin necesidad de ningún acto externo. Consecuentes con el principio de las evoluciones sucesivas y progresivas, separaban las obras de la Trinidad, afirmando que el Padre obra encarnando en Abrahán, por el judaísmo; el Hijo encarnando en María, por el Cristianismo, y el Espíritu Santo, encarnando á cada paso en nosotros, por la ciencia; con lo cual viene la Trinidad cristiana á transformarse en triada india. Resabio de joaquinismo parece también la manía profetizante del corifeo amalriciano Guillermo (40). Obispos y doctores reunidos en la Universidad de París condenaron á los jefes de estos sectarios, que en la hoguera perecieron: perdonóse á las mujeres y personas ignorantes que se habían adherido á la secta. Fueron desenterrados y esparcidos los huesos de Amalrico de Chartres, y se entregaron á las llamas los cuadernos de David de Dinanto, que encerraban proposiciones análogas á las de Amalrico.

Eran pasados más de cuarenta años, y corría el segundo tercio del siglo XIII, período de sereno esplendor intelectual, en que apenas cruza alguna leve centella de heterodoxia, tan presto inflamada como extinta, y en que la Orden de San Francisco ve alzarse en su horizonte, cual brillante constelación, á Alejandro de Hales, á Dunsio Escoto, á san Buenaventura, á Rogerio Bacón, cuando un oscuro mancebo franciscano escribe la Biblia del joaquinismo heterodoxo, el célebre *Evangelio eterno*. Pretendía el Evangelio eterno ser al Nuevo Testamento lo que éste al Antiguo; así como el Nuevo anunció la ley de gracia y la venida del Hijo, el Evangelio eterno pronosticaba la del Espíritu Santo, inminente ya; las Órdenes mendicantes eran las llamadas á realizar la universal trans-

formación religiosa, por medio de la vida contemplativa. Publicóse el libro en 1254, y promovió no pequeño escándalo. Cabalmente por entonces el general franciscano Juan de Parma hubo de pasar á París, donde los doctores seglares ponían graves obstáculos á los de las Órdenes mendicantes. Celosos de sus privilegios, ó más bien envidiosos de la superioridad científica que iban adquiriendo los frailes catedráticos, habían establecido en 1252 que ninguna Orden regular pudiese tener en la Universidad parisiense más de un profesor y un aula : el prior de los Predicadores y el guardián de los Menores de París, apelaron al Papa de tal disposición. Un año después, habiendo la ronda maltratado á algunos estudiantes, los doctores hicieron suyo el agravio, y juraron no explicar más hasta que se cumpliese el castigo : no quisieron los Dominicos conformarse con su acuerdo si no les otorgaba el claustro dos cátedras perpetuas; recrudecióse la furia de los seglares hasta expulsar totalmente á los Dominicos : y temeroso Juan de Parma de que los Franciscanos sufriesen igual suerte, corrió á defenderlos. Usando de conciliadora elocuencia, logró, no sólo conjurar la tormenta, sino ganarse las bendiciones de toda la Universidad (41). Á pesar de tal bonanza, uno de los doctores, Guillermo de San Amor, compuso el libelo *De periculis novissimorum temporum*, donde condensó cuanto puede decirse en desdoro de las Órdenes mendicantes y de la pobreza religiosa : dos refutaciones, obra de santo Tomás y de san Buenaventura, le contestaron al punto. Trabada así la contienda entre seglares y regulares, el *Evangelio eterno* vino á convertirse en arma poderosa que aquéllos esgrimieron contra éstos, atribuyéndolo, no al desconocido fraile que era su verdadero autor, sino

al mismo general de los Franciscanos, al insigne Juan de Parma (42). Verdad es que tampoco faltó quien lo creyese obra del propio Guillermo de San Amor, pérfidamente urdida en daño de las Órdenes. Alejandro IV condenó el libelo del doctor parisiense; igualmente que el Evangelio eterno; y mientras tanto, se hundía en el olvido el nombre del que lo escribiera, Gerardo de San Donino, llamado *Gerardino* á causa de su juventud (43), y á quien san Buenaventura había castigado con severo encierro. Fuese por la imputación del libro, ó por las voces que contra Juan de Parma hacían correr sus enemigos tiñendo de siniestros colores sus opiniones joaquinistas, resolvióse el General á la renuncia, y tuvo el acierto de designar á san Buenaventura para sucesor. Pocos años después se instruye proceso en averiguación de las opiniones de Juan de Parma, hallándose que no seguía á Joaquín contra Pedro Lombardo, ni en ningún punto erróneo, y limitábase á excusar su intención en lo que escribió de la Trinidad, no sin creer añadidos por extraña mano los errores que pudiesen contener las obras del famoso abad, y condenarlos en el mismo sentido que lo hacía la Iglesia (44). Es curioso que en aquel proceso intervengan dos cardenales que más tarde serán papas, Juan Cayetano de los Ursinos, después Nicolás III, y Otobón, el futuro Adriano V : el primero inclinado al rigor, el segundo en extremo favorable á Juan de Parma, hasta el punto de salir garante de su fe, tanto, que á ruegos suyos se permitió al procesado, absuelto ya de todos los cargos que le hacían sus émulos, elegir residencia. Optó la del conventillo de Grecio, poblado de recuerdos de san Francisco (45). Aun cuando parece que este procedimiento suena á castigo impuesto á Juan de Parma, la Iglesia le ha beatificado:

no cabe añadir más en abono de su ortodoxia (46).

Al ocupar la sede pontificia Cayetano de los Ursinos, dedicóse á estudiar la regla de los Menores, de lo cual resultó su famosa Decretal *Exiit qui seminat*, amplia y solemne declaración de los puntos que pudiesen ofrecer dudas (47). Sin embargo, la cuestión de la pobreza va á seguir perturbando la Orden. Hay historiadores que al referir estos sucesos confunden dos cosas no absolutamente independientes, pero distintas: la parcialidad de los zelantes y la secta de los fraticelos (48), así como la polémica de la pobreza franciscana y la de Cristo y sus apóstoles: no se necesita ahondar mucho la materia para huir de tamaña ligereza. La discusión sobre pobreza franciscana fué suscitada por Pedro Juan de Oliva, nacido en Languedoc, que había tomado el hábito apenas salido de la niñez; era docto escritor y letrado, y partidario de la rigurosa observancia de la regla. Hallábase en el Capítulo de Pentecostés del año 1292, y como se renovase la diversidad de pareceres sobre el uso pobre, no sólo del dinero, sino de todo bien, Pedro Juan de Oliva sentó que los frailes Menores no habían de regirse en ese particular sino por el criterio de la declaración *Exiit qui seminat* y por el universal de la Orden. Era correcto el dictamen: pero extremáronlo en sentido zelante los muchos secuaces que abrazaron las opiniones de Juan de Oliva. Ya antes de esto, en la provincia de la Marca, se habían opuesto enérgicamente algunos frailes á los abusos que iban relajando la pobreza; pero los mitigados los trataron como á facciosos, condenándolos á encierro: su sentencia se leía todas las semanas á los frailes congregados en Capítulo, para ejemplo de los que pensasen de igual modo; y al exclamar cierto fray Tomás de Castel de Milio, que

tales castigos desplacían á Dios, fué sepultado en una cárcel hasta su muerte. En 1289 eligieron ministro general á Gaufredo, en la pobreza riguroso : trasladóse á la Marca, reprendió el mal trato dado á los que sólo querían guardar los ápices de la regla, y comprendiendo que no podía dejarles otra vez expuestos á las iras de los mitigados, optó por enviarles á Armenia misioneros, donde ganaron tanto crédito de virtud, que hasta el Monarca solicitaba deponer su corona y acabar entre ellos su vida. Vueltos á Italia, se arrojaron á los pies de Pedro de Morón, papa ya con el nombre de Celestino V, exponiéndole sus quejas, y cómo deseaban vivir reunidos observando estrictamente cuanto dispuso san Francisco en su regla y testamento. Era Pedro de Morón un santo viejo, y su existencia larga serie de austeridades y mortificaciones : no sólo accedió á lo que le pedían, sino que desligó á los suplicantes de todo vínculo de obediencia á la Orden Franciscana, y los constituyó en comunidad aparte bajo el nombre de *Celestinos*, autorizándoles para recibir á aquellos compañeros suyos que pensasen de igual modo y quisiesen dejar sus conventos. Otorgó á la nueva congregación grandes privilegios : era lícito pasar de otra Orden á ella, pero no lo contrario; estaban exentos de la jurisdicción episcopal, y facultados para predicar. Fué efímero el contento de los zelantes : Celestino V renunció el papado, y le sucedió Bonifacio VIII, que al pronto no los molestó, y aun es fama que dijo á los enemigos de los zelantes : — « Dejadlos en paz, que obran mejor que vosotros »; — pero sugiriéronle que los Celestinos dudaban de la validez de su elección, y creían extorcada violentamente la renuncia del antecesor, y Bonifacio dió en perseguirlos : disolvió sus comunidades, las incorporó al resto

de la Orden, y depuso á Gaufredo, el ministro general adicto al zelantismo. — « Entonces — escribe uno de los zelantes, que murió en olor de santidad (49) — nos reunimos, y, deliberando, resolvimos atenernos hasta la muerte á los mandatos del Sumo Pontífice. » — Mas no todos mostraron la misma resignación, y al estudiar los poetas franciscanos, veremos cómo en Jacopone de Todi encontró el zelantismo su irritado Juvenal, al par que la pobreza su amante cantor. Realmente la Orden entera se hallaba dividida en dos parcialidades : *zelantes* ó *espirituales*, y *conventuales* ó mitigados : en algunas provincias, como Toscana, dominan los primeros, y arrojan á los segundos de sus conventos ; más tarde los de Narbona y Provenza imitan su ejemplo, echan á los superiores, eligen otros á su gusto, y cambian la forma del hábito : en Sicilia ocurren hechos análogos. Entre tanto, era *muerto* Pedro Juan de Oliva, y sus últimas palabras habian sido declaraciones á favor de la pobreza, que siempre defendió con tanto brío. — « Declaro — dijo — que es esencial á nuestra vida evangélica renunciar á todo derecho temporal, y contentarnos con el uso simple de las cosas ; pecado mortal sostener tercamente las transgresiones de la regla y las imperfecciones contrarias á la pobreza, y obligar á ellas á los frailes, y perseguir á los que observan la regla en su pureza toda. Más criminal aún introducir relajación en todo el cuerpo de la Orden ; y las más perniciosas, las relajaciones duraderas y públicas, causa de escándalo, como son los opulentos edificios, las iglesias grandes y costosas. Es apartarse de la regla pleitear por gastos de entierro ó mandas pías, aunque aparentemente se haga por medio de seglares. Otro tanto digo de procurar para nuestras casas entierros por el provecho que dan ; de

las fundaciones anuales de misas, y en general de cuanto suene á renta perpetua. Es burlar la regla querer que sea lícito á nuestros frailes vestir y calzar bien, andar á caballo, y vivir tan cómodamente como los canónigos regulares... » — Ya san Buenaventura había encargado mucho la parsimonia en todos los gastos de la Orden, por no ser gravosos á los bienhechores; y el mismo general Juan de Muro, el que ordenó quemar los escritos de Oliva, decía en el Capítulo de Génova : — « Sé que hay comunidades que poseen tierras, casas y viñas, y rentas perpetuas; sé que no sólo las tienen las comunidades, sino algunos frailes en particular, y que otros admiten fideicomisos y siguen pleitos : prohibo tales abusos bajo pena de excomunión *ipso facto.* » — El analista Wadingo nos ha legado el cuadro de la relajación de aquellos tiempos : los frailes tendiendo el cepillo para recibir dinero, fijando el salario que les correspondía por las misas de difuntos, traficando con cirios y oraciones en plazas y calles, llevando consigo niños amaestrados que recogiesen las monedas, erigiendo suntuosas viviendas, no queriendo morar sino en su país natal, entre sus parientes y amigos. Tales atentados contra la humilde pobreza, piedra angular de la Orden, explican la reacción zelantista y sus excesos. Pedro Juan de Oliva, al morir (50), dejó un discípulo que le iguala en fervor, si no en mérito, en la persona de Hubertino de Casal. Le encontramos defendiendo las doctrinas de Oliva en diversos consistorios, luchando con el maestro Alejandro de Alejandría, denunciando al Pontífice las transgresiones de la regla, hasta que Clemente V, en el Concilio de Viena, da la constitución *Exivi de paradiso*, encaminada á dirimir la contienda; donde después de declarar que la observancia del Evangelio no obliga más

á la Orden de Menores que á cualquier cristiano, reprueba en los frailes la solicitud de los bienes temporales, los fideicomisos, la posesión de huertos ó viñas para vender sus frutos, las iglesias ricas, los preciosos ornatos, las cuestaciones pecuniarias, el calzado sin necesidad; declara á los Menores incapaces de heredar, y obligados, amén de los ayunos de su religión, á cuantos prescribe la Iglesia; y resuelve el punto más controvertido, decidiendo que los frailes, por la profesión de su regla, están especialmente limitados al uso simple, sin posesión. Aquietó las disputas esta constitución recta y sabia; pero, como suele suceder, no dejó satisfechos á los radicales de ambos partidos.

Mientras tanto, las profecías joaquinistas y el Evangelio eterno habían retoñado en las multitudes, y la herejía, abandonando las aulas, tomaba forma comunista y popular. Un mancebo de la plebe parmesana, indocto y de cortos alcances, pero subidamente fanático, Gerardo Segarello (51), es el profeta y fundador de los *fratricelos*. En vano había solicitado el hábito de Menor: no pudiendo obtenerlo, pasábase el día entero en la iglesia de los frailes, — « meditando cuanto lo consentía su estolidez », — dice el cronista Salimbene. Acertó á fijarse en una pintura de los Apóstoles; y viendo que llevaban sandalia y clámide prendida en los hombros, se arreó en la misma guisa, por donde sus secuaces fueron llamados á veces *Apostólicos;* y para imitar también á Cristo, se acostó en un pesebre envuelto en pañales, y se hizo circuncidar, con otros risibles extremos (52). Predicando por caminos y aldeas, presto reunió muchedumbre de secuaces, gente zafia toda, que adoptó vida errante y vagabunda. Eran verdaderas tropas de mendigos, y el paso de aquel ejército comunista, harapiento y medio des-

nudo, dejaba en campiñas y caseríos las mismas huellas que una nube de langosta. La ignorante turba, bien hallada con el ocioso vivir, iba además conducida por la idea de realizar el reino del Espíritu Santo, era de amor, perfección y libertad que entonces comenzaba, y que dentro de mil años coronaría el advenimiento de Cristo. En las cercanías de Novara, Dulcino y Margarita su amante predicaban aconsejando el hurto cuando fuese negada la limosna; y apoyándose, como Arnaldo de Brescia, en los gibelinos, amotinaban al pueblo contra la autoridad de la Iglesia y el poder papal. En Alemania, begardos y beguinas profesaban desenfrenado quietismo, y decían que, llegado el hombre á las altas cimas de la perfección, es impecable, y ni está obligado á obedecer á las potestades civiles ni á la Iglesia; puede conceder á los sentidos lo que le pidan, y goza en esta vida de la beatitud perfecta, viendo á Dios con vista real. Tienen todos estos errores muchos puntos de contacto : en todos hay un fondo místico comunista y la proclamación del testimonio interior; todos tienen carácter popular, sólo que en los begardos y *hermanos del libre espíritu* prepondera el comunismo religioso y el panteísmo, y en los dulcinistas y fratricelos el comunismo social, con no escasa levadura racionalista. Ya veremos más adelante la causa de tal diferencia.

¿Qué relación existe entre los fratricelos y los zelantes franciscanos, con quienes suele confundírseles? Los zelantes, como tales, no aspiraban sino á la rigurosa observancia de la pobreza : alguno pudo añadir errores teológicos á este programa : muchos lo extremaron más de lo justo; pero que el zelantismo por sí solo no constituye herejía en ningún grado, basta á

probarlo el ejemplo de Jacopone de Todi, zelante como el que más, que no se retractó nunca de su zelantismo, y que fué beatificado por la Iglesia. Mas aquellos profetas vagabundos, aquellos inspirados que recorrian los caminos de Italia, fuese por captarse las simpatías del pueblo, fuese por prestar autoridad á sus doctrinas, tomaban el nombre de san Francisco, y unos se decían frailes y otros hermanos de la Orden Tercera. Bien es posible que siendo estos últimos tan numerosos, se contase alguno ó muchos entre los fratricelos; y también se concibe que los zelantes de tal convento, temerosos de castigo ó de libertad deseosos, se hubiesen incorporado á las turbas. En conjunto no hay nada más diferente que la existencia de los frailes y la de los fratricelos. El fraile vivía sujeto á un método claustral y autoritario : el fratricelo, errante, no reconocia más método que no tener ninguno. Verdad que todos se mantienen de limosna; pero el fraile la recibe, el fratricelo la pordiosea, y el dulcinista, si no se la dan, la toma. Álvaro Pelagio describe la abigarrada cohorte de albañiles, pastores, leñadores y porqueros de que se componen las legiones de fratricelos; y añade : — « Éstos no quieren sufrir el yugo de la obediencia, sino gozar de su miserable libertad: ni observar regla alguna, aunque se dan por religiosos aprobados de la Iglesia » (53). — Villani, escritor *contemporáneo* también, dice de Dulcino : — « En 1305, de Novara en Lombardía, fué un fraile Dulcino, que no era fraile de regla ordenada, sino *fratricelo* sin Orden, y se alzó en error con gran compañia de herejes, hombres y mujeres, campesinos y montañeses de baja ralea, proponiendo y predicando el dicho fray Dulcino que él era verdadero *apóstol* de Cristo, y que todas las cosas debían ser comunes en

caridad. » — De suerte que no hemos de fiarnos en el *fra'* antepuesto al nombre de algunos herejes de aquella época, que acaso fuesen tan frailes como Dulcino. Aunque Cantú no distingue bien á los zelantes de los fratricelos, refiriéndose á éstos, dice que — « *monjes no inscritos en ninguna Orden* vagaban por toda Italia predicando humildad y pobreza » : — y la Orden Tercera, á la cual pretendian los fratricelos pertenecer, dió querella contra ellos á la Sede Apostólica (54). En 1316, habiendo sido elegido general de la Orden Franciscana Miguel de Cesena, púsose de acuerdo con Juan XXII para reducir á los espirituales ózelantes díscolos, que se declaraban independientes en sus conventos; á este propósito emanó el Papa la constitución *Quorumdam exigit.* « Exhortamos — decía — y amonestamos y mandamos por obediencia y bajo pena de excomunión, que los predichos frailes de la Orden de Menores, que usaron ó usan hábitos cortos y distintos de los que lleva el ministro general y demás frailes de la comunidad, los depongan y vistan otros al arbitrio del mismo General, y le obedezcan humildemente, y le atiendan en ésta y las demás cosas, según la regla del bienaventurado Francisco y las declaraciones presentes. » — Al poco tiempo expidió Juan XXII la Decretal *Sancta Romana et universalis Ecclesia*, contra — « algunos hombres de una profana multitud, vulgarmente llamados Fratricelos, ó Hermanos de la vida pobre, ó Bizocos, ó Beguinos, así de Italia como de la isla de Sicilia, provincia Narbonense y Toscana, y otras partes cismarinas y ultramarinas »; — donde reprueba que no siendo de ninguna de las Religiones aprobadas por la Silla apostólica, se atrevieron á usar hábitos á su arbitrio, portándose como religiosos y pidiendo limosna, y fingiendo ob-

servar la regla de los Menores, sin vivir sujetos al General y Provinciales. Diez y ocho días después de esta Decretal, aparece la constitución *Gloriosam Ecclesiam* condenando á los espirituales cismáticos que se habían segregado de su comunidad, aislándose en Sicilia. Estos tres documentos de Juan XXII han dado ocasión, por su proximidad, á que se oscureciese el verdadero origen de los fraticelos; y no obstante, distinguen de tal modo á fraticelos y espirituales, que no es posible equivocarlos: hasta los epítetos son claros: á los fraticelos llaman *profana multitud*, mientras á los espirituales rebeldes da el título de *apóstatas*, que mal cupiera aplicar á quien, no habiendo profesado en Orden alguna, no podía apostatar de ella.

Son quizá un tanto prolijos los antecedentes que quedan expuestos, pero indispensables para la inteligencia del asunto, y para cerciorarse de que no ligaban estrechos vínculos de parentesco á los secuaces de Segarello y Dulcino con los de Juan de Parma y Pedro Juan Oliva. Si se trata de afinidad moral, de semejanza en la esfera de las ideas, tampoco la hallaremos. Cierto que la filosofía propia de la Orden Franciscana es mística; pero ¿quién osará comparar el claro misticismo de san Buenaventura, todo impregnado de aromas platónicos, con la brumosa teosofía de Amalrico y los Begardos? Cierto que la Orden Franciscana es popular, y, si es lícita la palabra, democrática en sus formas; pero desde el primer momento de su existencia la encontramos constituída y fundada en acatamiento á la jerarquía eclesiástica: la vemos consagrar el matrimonio y la familia por medio de la Orden Tercera, y realizar todos los fines humanos compatibles con su instituto, acogiendo en

su seno ciencias, letras y artes. De Orden en que ingresaron miles y miles de hombres, no fuera mucho que surgiese algún heresiarca. No sucedió así. Ni los mitigados, como Elías y Acquasparta, ni los zelantes, como Jacopone y Juan de Oliva, cayeron en errores graves en cuanto á la fe. La génesis, como hoy se dice, de las herejías místicas de los siglos XIII y XIV, está en las obras del abad de Flora, que no era franciscano; y si lo fué el autor del *Evangelio eterno*, halló tan pocos secuaces entre los de su Orden, que ni en los zelantes, tan atentos á vindicar á sus grandes jefes, se halló quien clamase contra la prisión de Gerardino, ó hiciese su apología, ó redimiese su nombre del olvido. Lo que realmente tomaron de los franciscanos fratricelos y begardos, fueron detalles exteriores del traje, la cuerda que se ceñían, la veneración que decían profesar á Celestino V; en el fondo, iban por caminos muy opuestos.

Ahondando más para hallar los orígenes de estas sectas místico-panteístas, llegamos, como con los maniqueos, hasta Oriente. La teología de una religión india, introducida en Egipto y en el mundo greco-romano, *influyó en las sectas místicas de la Edad media* no menos que influye en la filosofía novísima. El príncipe real Gotama, rico, cercado de cuantos goces brinda el mundo, se sume á la edad de veintiocho años en meditaciones, de las cuales deduce la religión desesperada conocida por *budismo*. — « Nada hay estable en la tierra — piensa Gotama: — la vida es como la chispa que produce el frote de dos palos... Enciéndese y se extingue, y ni sabemos de dónde viene, ni adónde va... » — Para explicarse este misterio de la vida, el joven príncipe aspira á la *gnosis*, á la ciencia suprema; pero á fin de revelarla y difundirla por la

humanidad toda. — « Debe haber alguna ciencia suprema en que hallemos el reposo... Si yo la alcanzase, podría dar á los hombres luz; si yo fuese libre, podría libertar al mundo. ¡Oh, si no hubiese vejez, enfermedades ni muerte! Vacío es todo fenómeno; vacía toda sustancia; no hay en torno sino vacío. El mal es la existencia; lo que produce la existencia es el deseo; el deseo nace de la percepción de las ilusorias formas del ser: efectos todos de la ignorancia. La ignorancia es pues causa primera de cuanto parece existir. Conocer esta ignorancia, es ya destruir sus efectos.» — Para entender la serie de ideas que van enlazándose en la mente de Gotama, es fuerza recordar que había sido educado en la religión de su país, el bramanismo, y que la concepción bramánica del mundo es transmigración perpetua. Para el cristiano la tierra es un lugar de paso: cualesquiera que sean sus méritos ó sus faltas, la muerte termina para siempre la vida de este mundo. Para el indio, la muerte es punto de partida de una nueva existencia; los males que le esperan son infinitos como sus renacimientos. Las meditaciones de los bramanes no tienen más objeto que uno: descubrir un medio de sustraerse á tales transmigraciones: esta idea es el fondo de la religión de la India, que según un filósofo francés, pudiera definirse — *arte de librarse de la necesaria metempsicosis* (55). De modo que Gotama, ó sea el *Buda*, el sabio (56), como fué llamado después, no traía ningún principio nuevo: su obra propia fué extender estas ideas entre las castas inferiores, y, digámoslo así, popularizar los principios fundamentales del bramanismo, que las castas privilegiadas de bramanes y chatrias se reservaban para sí, mientras el pueblo apenas conocía sino prácticas maquinales y supersticiosas, y una especie de grosero

fetiquismo. Para el Buda, como para los bramanes, la existencia es un mal; la obligación de renacer, suplicio eterno; y la emancipación es, no la muerte — porque al fin se renace — sino la extinción de la personalidad, de la voluntad, del deseo, con lo cual se llega á la nada, al paraíso budista. Preferible es el no ser á la cadena de existencias, al renacimiento continuo en un mundo de dolor : la beatitud del budista reside en el *nirvana*, estado en que cesa toda acción y toda manifestación, y, acabando la existencia, comienza el reposo. La teodicea que el bramanismo legó al budismo, es panteística : absorción de la individualidad humana en el ser universal : el budismo vulgarizó esta noción, y millones de hombres aprendieron, merced á la palabra del Buda, que el modo de salvarse era dejar de obrar y de ser. Apenas se concibe cómo religión que se basa en tales dogmas pudo ejercer civilizadora influencia sobre extensas regiones del mundo : parece que sus resultados debian ser apatía y embrutecimiento : afortunadamente hay en el hombre una feliz falta de lógica, que le impide sacar todas las consecuencias de muchas premisas que acepta.

Para conseguir la deseada emancipación, recomendó el Buda como medio eficacísimo el ascetismo, que reprime deseos y pasiones y convierte la mente á la contemplación pura. Sobrepujan los rigores del ascetismo indio á las mortificaciones de la regla más estrecha de ninguna Orden católica. Al asceta budista se prescribe vestirse de harapos recogidos en los cementerios; mora en las selvas, sin más abrigo que el follaje de los árboles; come los restos que encuentra por el suelo; ha de dormir sentado ó de pie, porque no debe acostarse; sus ayunos son tales, que la piel

se le pega á los huesos, y la lengua al paladar; así alcanza los cuatro grados de contemplación : en el primero conoce la naturaleza de las cosas; en el segundo, cesan el juicio y el raciocinio; en el tercero, se evapora el sentimiento de su perfección intelectual; en el cuarto, desaparece hasta la conciencia vaga de ser, y se abren las puertas del nirvana, donde recorre otras cuatro esferas : la infinidad del espacio, la infinidad de la inteligencia, la esfera donde nada existe, y la esfera donde no existe siquiera la idea de la nada (57). Nos hallamos en el centro del nirvana, en las profundidades más inefables y arcanas del cielo indio, á las cuales se llega por medio de doble y lento suicidio moral y físico; y estamos también encontrando el quietismo de los begardos y el enervante misticismo de los amalricianos. Europa pudo recibir los gérmenes budistas por Grecia, ó por Rusia, donde se propagaron desde Tartaria. Está concepción radical del mal de la existencia debió arraigarse de tal modo en aquellas tristes regiones eslavas, que aun tiene hoy no poca parte en el tremendo conflicto político-social que las consterna (58). Nadie desconoce el carácter pesimista del nihilismo; sus sombrios matices místicos han sido notados en distintas ocasiones; muchos de sus afiliados muestran el horror al matrimonio y conservación de la especie que distinguía á ciertos herejes de la Edad media (59), supremo arbitrio propuesto por Schopenhauer y Hartmann, filósofos del pesimismo contemporáneo, para extirpar el mal de la existencia. Caminaron estas tenebrosas ideas de las regiones ardientes del Indostán á las heladas estepas tártaras, por donde penetraron en Rusia y de allí á esa Bulgaria ó *Bugria*, foco de herejías, cuyo nombre es aun hoy una injuria en algunas lenguas. En las re-

giones del Norte toma el ascetismo indio matices violentos y extravagantes, y se pierde en especulaciones metafísicas : por eso begardos y hermanos del libre espíritu son principalmente, como hemos observado ya, comunistas religiosos, mientras los dulcinistas y fatricelos, nacidos en el Mediodía, tienen heterodoxia más clara, práctica y racionalista. Del credo budista pudieron tomar los herejes de la Edad media, antes que de los franciscanos, modelos para su mendicidad místico-socialista : especie de Orden mendicante es el budismo en sus comienzos, y la devota vagancia uno de sus estatutos (60).

Anárquicas y comunistas en su mayor parte, estas herejías vinieron á dar elocuente testimonio de la superioridad de las doctrinas sociales del Cristianismo, de quien es prez haber constituído los estados más progresivos, despertando en las razas europeas la actividad, mientras que al borde del Ganges el hombre se dormía soñando con el nirvana; haber fundado la grandeza y poderío de las naciones cerrando la puerta á toda tentativa anárquica que pudiera llevarlas de nuevo á la barbarie. Nadie como el Cristianismo ha contrapesado la vida práctica con la espiritual ; nadie ha rechazado más la invasión del despotismo y del socialismo, que cada cual derechamente conducirían á Europa al atraso, helando en flor su civilización renaciente. Buena prueba de ello es la decisión de la Iglesia en la controversia sobre la pobreza de Cristo y los Apóstoles. Á primera vista diríase que carece de interés social aquella riña de teólogos; y sin embargo, examinando su espíritu, vemos que estaba preñada de riesgos. Harta más importancia tiene que la discusión sobre la pobreza franciscana. Ésta se circunscribe á la Orden, y sólo para ella es grave y vital. Que los

franciscanos, sujetos á observar una regla que no obliga á los demás individuos de la sociedad, puedan ó no poseer algo particularmente ó en común, no es cosa que afecte á la sociedad toda; pero si se hubiese declarado que Cristo y los Apóstoles, modelos de la vida cristiana, no poseyeron jamás cosa alguna particular ni colectivamente, tendríamos casi reprobado por la Iglesia el derecho de propiedad y establecido el comunismo en nombre de Cristo; y las consecuencias de tal declaración serían las que se puede suponer.

El franciscano Hubertino de Casal abrió camino á la definición del punto discutido, declarando que Cristo y los Apóstoles tuvieron en el mundo dos estados: el de prelados de la Iglesia del Nuevo Testamento, según el cual poseyeron bienes, y dominio y autoridad para distribuirlos en limosnas y á los ministros de la Iglesia; y el de personas privadas, fundamento de la perfección evangélica y total desprecio del mundo, según el cual renunciaron á todo, como dice san Pedro, y por ende á reivindicar en juicio cosa alguna; pero conservando el derecho natural al uso necesario de las cosas de la vida. Juan XXII con firmeza y en repetidas ocasiones declaró que « era herejía el afirmar pertinazmente que nuestro Redentor y Señor Jesucristo y sus Apóstoles no hubiesen poseído nunca cosa alguna en particular ni en común ». Muchos teólogos franciscanos habían defendido la opinión contraria, fundándose en la Decretal *Exiit qui seminat* de Nicolás III; pero la Orden se sometió á la decisión de la Iglesia, y poco después tuvo ocasión de probar brillantemente su ortodoxia, anatematizando en masa al franciscano Pedro Corvario, de quien la ambición de Luis el Bávaro hizo un antipapa, y apartándose del

general Miguel de Cesena, cuando se obstinó en su cismática rebeldía contra Juan XXII (61).

Este espíritu de adhesión á la autoridad de la Iglesia, y la aceptación y santificación de todos los legítimos fines humanos, abre un abismo entre la idea de san Francisco y la de los sectarios fratricelos y begardos, y aun maniqueos y valdenses, que tienen la nota común de ser — si pueden aplicarse á conceptos antiguos palabras modernas — revolucionarios y anarquistas, á más de enemigos de la disciplina eclesiástica. Begardos y lolardos se distinguen por su tendencia anticlerical y socialista : quieren la ruptura de la regla claustral, la abolición de los votos perpetuos y de la jerarquía de la Iglesia, para que el creyente se entienda directamente con Dios. Los insabattatos pretenden que no se obedezca á las potestades eclesiásticas ni seculares, ni imponga pena alguna corporal á los reos. Dulcino intenta abolir el matrimonio y la propiedad, suprimir toda autoridad civil y religiosa : tempranos albores del *amorfismo social* de Bakunine y los radicales nihilistas. En esta aspiración á echar abajo lo existente, á fundar una sociedad nueva é igualitaria, así en lo espiritual como en lo material, se confunden todas aquellas sectas de origen tan vario, de nombres tan distintos; y hay más : esta propensión, no ya liberal, sino comunista en el grado más alto, es distintiva de las herejías del siglo XIII y XIV. Escritores católicos aseguraron con buena fe y mejor intención, que las heterodoxias de todo tiempo se reducen á formas diversas del espíritu revolucionario : para adherirse á tal juicio sería preciso olvidar que errores de carácter reaccionario, como el tradicionalismo, han sido condenados por la Iglesia. En el siglo XIII el comunismo se presenta en forma mística, porque, aunque

la plebe aspire á la anarquía social, no se da cuenta de ello : el período es de transición del feudalismo á las monarquías : los pueblos entrevén la emancipación y los derechos nuevos que van á conquistar, pero sienten el aguijón de la miseria, y de aquí su brutal comunismo : la Iglesia los contiene, y de aquí su laicismo; los inspiradores les prometen un paraíso, y mezclando los errores dogmáticos y las esperanzas políticas, lánzanse á esa lucha con toda la fuerza y virginidad de sus utopías no marchitas aún por ningún desengaño. La palingenesia final es el cielo del comunismo, que ahora se ha convertido en el indefinido progreso y el culto de la humanidad. Hoy como ayer — ¡extraña persistencia de los errores! — hay dialécticos que expongan, y pueblos que crean que la desventura anexa á la condición del hombre en este valle de lágrimas, puede vencerse con el advenimiento de instituciones enteramente democráticas, y venir la edad de oro con los adelantos de la ciencia : lo que los fratricelos del siglo XIII entendían por « reinado del Espíritu Santo ».

Ha sido preciso señalar el verdadero puesto de san Francisco y de la Orden Franciscana en la historia de estas ideas — más antiguas de lo que parece — porque no falta quien incluya al Santo de Asís en el número de los precursores de la moderna democracia. Así lo considera, por ejemplo, el célebre orador Emilio Castelar en sus estudios titulados *San Francisco y su convento en Asís*; páginas escritas con imaginación lozana, calor y poesía, pero donde san Francisco es un profeta social, y su Orden hermana de los fratricelos (62). Importaba pues indicar hasta dónde llega y en dónde se detiene el espíritu democrático de la obra de san Francisco de Asís, espíritu democrático pura-

mente *afectivo*, de amor y caridad infinita para los pequeños y los débiles y los ignorantes, pobreza voluntaria que no anatematiza la riqueza, celibato que bendice el matrimonio, humildad popular que venera las ciencias y las artes, igualdad espiritual regulada por la obediencia. Por lo demás, el mundo ha marchado, el poema de la historia cuenta cinco estrofas más, cinco largos siglos; en su transcurso las ideas cumplieron su evolución lógica; los valdenses son hoy protestantes; el fatalismo maniqueo, determinismo científico; el quietismo panteísta, filosofía de lo inconsciente y doctrina de *l'infelicità*; á Dulcino ha sucedido Bakunine; y la Orden Franciscana puede repetir con san Buenaventura por boca de Dante:

> .....
> *Ben dico, chi cercasse a foglio a foglio*
> *nostro volume, ancor troveria carta*
> *u' leggerebbe: I' mi son quel ch' io soglio* (63).
> .....

NOTAS.

(1) Balmes, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo.*

(2) De la gran secta de los husitas ó taboritas, que ocasionó en Bohemia, después de la muerte de Wenceslao IV, la más mortífera y atroz guerra religiosa que haya ensangrentado á Europa, sólo quedan hoy, como monumentos literarios, quince ó veinte volúmenes: el uno estuvo siglo y medio tapiado en el hueco de una muralla, y descubrióle un albañil; otro oculto en una cuadra; otro en el fondo de un pozo; otro lo sacó de la hoguera, casi devorado por las llamas, un lego de los jesuitas. Lo mismo acontece con los rituales cátaros y tratados valdenses.

(3) De la palabra latina bárbara *sabatum*, origen de las francesas *sabot* y *savate*, y la castellana *zapato*. (Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos*.) — Construyendo castizamente debiéramos decir, no *insabattatos*, sino *enzapatados*.

(4) Alzog, *Historia de la Iglesia*.

(5) Henrion, *Historia de la Iglesia*.

(6) Cantú, *Gli Eretici d'Italia*.

(7) Rohrbacher, *Histoire de l'Église*.

(8) En algunas provincias del mediodía de Francia llaman hoy á los agentes de las sociedades bíblicas, *barbets*, del nombre de *barbas* con que eran conocidos los propagandistas valdenses.

(9) Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos Españoles.*

(10) He aquí las palabras de san Bernardo acerca de los valdenses: — *Denique, si fidem interroges, nihil christianius: si conversationem, nihil irreprehensibilius... Et quæ loquuntur, factis probant... Panem non comedunt otiosi; operantur manibus, unde vitam sustentant.* — Lo difícil es concordar esta última noticia con la aseveración de algunos autores en que leo que los valdenses vivían en la holganza y de limosna.

(11) Lenormant, *Histoire ancienne de l'Orient*, T. II.

(12) Zoroastro nació — dice la leyenda — con la sonrisa en los labios; por donde los magos, conociendo que sería enemigo de Arimanes, quisieron matarle en la niñez; pero Ormuz milagrosamente lo salvó. A los treinta años se retiró Zoroastro á la montaña para meditar, bajando de ella con el libro sagrado del Avesta, y entrando por el techo en el palacio del rey Gustaspe. Como éste le pidiese un milagro en prueba de sus doctrinas, Zoroastro le dijo: — «El mayor milagro es el Avesta: léelo y no me pedirás otro»; á pesar de lo cual, acabó por realizar estupendo prodigio con el caballo favorito de Gustaspe, y éste creyó. Zoroastro entonces pudo imponerse á los magos sacerdotes de la antigua ley, y enviar misioneros de la nueva por toda Persia. (Dubeux, *La Perse.*)

(13) «Los gnósticos se llaman así — dice san Juan Crisóstomo — porque pretenden saber más que los otros.... Los gnósticos no discuten, afirman, y su ciencia *esotérica* ó vedada á los profanos, la han recibido, ó de la tradición apostólica, ó de influjos y comunicaciones sobrenaturales.» (Menéndez Pelayo, *Hist. Heter.*)

(14) Los paulicianos eran secta maniquea numerosísima en Oriente, donde desempeñaron importante papel social. Con el mismo nombre son conocidos hoy los Paulicianos, que aun subsisten en Bosnia, Servia y Bulgaria.

(15) Estos agentes de propaganda, para comunicarse con pueblos que hablaban distintas lenguas, se servían de una jerga greco-eslavo-latina, que desde las Cruzadas corría por Oriente y las costas del Mediterráneo, y se llamaba lengua

franca. Para no ser cogidos tenían un santo y seña con que se daban á conocer á sus afiliados. Iban á pie, y simulaban alguna industria ambulante, para cohonestar sus viajes.

(16) Henrion, *Historia de la Iglesia.*

(17) La palabra *esquema* viene del griego σχῆμα, figura, forma, vestidura.

(18) Se les acusa de conjuros y hechicerías, de quemar niños y de promiscuidad sexual.

(19) « Armañac, Cominges, Beziers, Tolosa, no estaban acordes jamás sino en atacar las iglesias. Dábaseles poco de las excumuniones. *Comes de Cominges simul tres uxores habebat; Tolosanus, Raymundus VI; plures etiam mulieres habebat, a pueritiaque sua præferebat ejus parentis concubinas.* Aquella Judea de Francia — que así llaman al Languedoc — no recuerda la otra tan sólo por su betún y sus olivos: también tiene su Sodoma y su Gomorra. » (Michelet, *Histoire de France.*)

(20) En una constitución de Federico II se lee lo que sigue: — *In exemplum martyrum, qui pro fide catholica martyrium subierunt, patarinos se nominant, veluti expositos passioni;* — y también en las Cortes de Carlos I, que citan igualmente los franceses : — *Li vice de ceans son coneu, par leur anciens nons, et ne veulent mie qu'il soient apelé par les propres nons, mais s'apellent Patalins par aucune excellence, et entendent que Patalins vaut autant comme chose abandonée à souffrir passion en l'ensemble des martyrs, qui souffrirent torment por la sainte foy.* (Cantù, *Eretici d'Italia.*)

(21) Cantú, *op. cit.*

(22) « Vanamente los correos pontificios llevaban á Albi, á Tolosa y á Narbona bulas de excomunión y anatema contra los enemigos de la fe romana. La heterodoxia había entrado hasta en los rectores de las iglesias en que debían fulminarse las bulas, y los mismos obispos, aunque más firmes en la disciplina católica, se hallaban sin poder, no sabían qué resolver, y experimentaban el influjo de la corriente general. » (Thierry, *Histoire de la Conquête d'Angleterre par les Normands.*)

(23) Michelet, *Histoire de France.* — « La guerra — dice el elegante historiador — era terrible, hecha por hombres tales, sin fe ni ley, contra los cuales no era asilo ni la iglesia: gente impía como los modernos, y feroz como los bárbaros.

(24) Según un autor contemporáneo, los clérigos ocultaban la tonsura, porque hasta era injuria el nombre de sacerdote. Inocencio III decía en sus Epistolas, refiriéndose al clero de Languedoc: —« Si el pastor degenerando en mercenario solo piensa en sí y se aprovecha de la lana y leche de las ovejas sin oponerse á los lobos que las atacan; si no se interpone como muralla ante el enemigo; si huye en el instante del riesgo, él mismo ayuda á perder su rebaño... El nombre de Dios es blasfemado á causa de los sacerdotes que se entregan á la avaricia, y buscan las dádivas, y justifican á los impíos dejándose corromper por ellos. » — Raimundo de Rabastens, obispo de Tolosa, había logrado su puesto por simonía; el arzobispo de Narbona, Berenguer II, no se ocupaba sino en allegar riquezas; ni visitaba su diócesis, ni acataba las órdenes del Papa, y vendía por dinero los beneficios eclesiásticos: en su tiempo se vió á monjes y canónigos colgar los hábitos, robar á los maridos sus esposas, ejercer la usura, darse á la caza y al juego. (Rohrbacher, *Histoire de l'Église catholique.*)—Ni se concretaba el mal al Languedoc, En 1067 el obispo de Rouen quiere poner coto á la licencia de su clero, y en pleno sínodo lo apedrean. El obispo de Lisieux (1249) no oficia en todo el año una vez sola: los párrocos se embriagan, prestan á rédito crecido, mantienen halcones y descuidan el servicio parroquial. (Rosières, *Les Curés de campagne au XIII siècle.*)

(25) « A juzgar por las injurias que se dicen en las poesías de los trovadores, la nobleza del Mediodía tuvo más ingenio que dignidad. Á sangre fría se dirigen unos á otros acusaciones que serían motivo para que los caballeros del Norte se acuchillasen veinte veces. Así Rambaldo de Vaqueiras y el marqués Alberto de Malespina se acusan mutuamente, en una tención, de felonía, robo y otras cosas peores. » (Michelet, *Histoire de France.*)

(26) Thierry, *Conq. d'Angl.*

(27) Guillermo de Tudela.

(28) « Es voluntad de Dios — decía Gregorio IX en su Epístola al obispo de Albano — que mantengamos la libertad de su Iglesia de tal modo, que la mansedumbre no impida la defensa, pero la defensa no traspase los linderos de la humanidad. Dios no quiere suplicios ni riquezas, sino la conversión de los que erraron. Es indigno del ejército de Cristo matar y mutilar hombres, desfigurando la imagen del Criador: basta guardarlos de tal modo, que la sujeción les sea más provechosa que la libertad. » Al final ordena al obispo impedir toda clase de persecución. (Cantú, *Historia Universal.*)

(29) « Este tribunal amonestaba dos veces antes de intentar procedimiento alguno, y sólo ordenaba el arresto de herejes obstinados y relapsos: aceptaba el arrepentimiento, y solía satisfacerse con castigos morales, lo cual le permitió salvar á bastantes personas que los tribunales ordinarios hubieran condenado. Así es que los Templarios, en la época de su célebre proceso, pedían á gritos que se les sometiese al juicio de la Inquisición... Sea como quiera, dudo que la Inquisición, en todos los siglos que duró, haya matado tanta gente como Inglaterra hizo perecer en el espacio de once años (desde 1641 á 1652) para convertir el país al protestantismo. » (*Ibidem.*)

(30) Paulo III fundó en Roma la congregación del Santo Oficio; pero nunca este tribunal derramó sangre, aunque por entonces quemaban á los hombres en Francia, en Portugal, en Inglaterra. » (*Ibidem.*)

(31) Cornejo, *Crónica de la Religión de N. Padre san Francisco.* Autorizó su culto Pío IX.

(32) Nadie estatuyó penas más severas contra cátaros y patarinos, que los príncipes de la casa de Suabia, Federico Barbarroja, Otón III, Federico II, que hoy gozan fama de protectores de la libertad de conciencia. De ellos puede decirse que arrancan los castigos judiciales impuestos á los herejes. Federico II promulgó la primer ley de *muerte contra* los heterodoxos, á quienes, entre otras blandicies, manda arrancar la lengua.

(33) Ni Tomás de Celano, ni los *Tres socios*, dan á entender sino que fray Elías fuese digno discípulo de san Francisco; santa Inés, hermana de santa Clara, atestigua su edificante

trato, y Lucas de Tuy, que conoció personalmente á fray Elías, hacia 1227, le llamaba «hombre santísimo». De su ingenio y ciencia hacen grandes elogios fray Bernardo de Besa, que lo considera de los más sabios de su tiempo en Italia; Mateo París, y Eccleston.

(34) Véase el capítulo VI.

(35) Fray Pánfilo de Magliano.

(36) *Sed stupendum est de isto Deo, qui talem te cognoscit: et vult quod in tuis manibus ordinem derelinquam.* (Ubert. de Cas., *Arbor vitæ crucifixæ.*)

(37) Cornejo.

(38)

. . . . . .
Raban è quivi, e lucemi da lato
il calavrese abate Giovacchino
di spirito profetico dotato
. . . . . .

(*Parad.*, C. XII.)

(39) «Tiene el autor del *Psalterium decachordon* lugar de los más señalados en la historia del misticismo medioeval; precede á Juan de Parma, al maestro Eckart, á Suso, á Tauler, y á otros contemplativos más ó menos sospechosos, alguno de ellos formalmente hereje.» (Menéndez Pelayo, *Hist. Heter.*)

(40) El orífice Guillermo, profeta de los Amalricianos, predecía que dentro de cinco años vendrían cuatro plagas: el hambre, que acabaría con el pueblo bajo; la espada, con que se destruirían entre sí los señores; los torremotos, que se tragarían á la clase media, y el fuego, que caería sobre los prelados, miembros del Anticristo. Refiriendo el monje César de Heisterbach esta profecía, añade: — «Trece años han pasado, y nada de esto sucedió.» (Rohrbacher, *Histoire de l'Église.*)

(41) El doctor encargado de responder á Juan de Parma empezó su discurso con estas frases: — «Bendito seas tú, y

bendito tu lenguaje. La buena simiente que se ha sembrado en el campo de la Iglesia es la religión del bienaventurado Francisco, ó sea de los Frailes Menores. »

(42) **Fray Pánfilo de Magliano, á quien seguimos en muchos** puntos por la precisión de su cronología y claridad de sus datos, quiere que hasta el siglo XVII no haya sido atribuido categóricamente á Juan de Parma el *Evangelio eterno*. A principios del siglo XIV — dice — escribió Guidone: — *Hujus confector et auctor fuisse asseritur Joannes de Prima cognomine et origine;* poco tiempo después Augerio llamó al autor del *Evangelio eterno: — Magister Joannes de Prima cognomine et origine illius civitatis;* — en 1503 la edición del *Directorio de los Inquisidores* hecha en Barcelona, trae á propósito del *Evangelio eterno* la adición: — *Cujus auctor fuit et fertur communiter quidem Joannes de Parma Italicus monachus;* y en el siglo XVII el padre Bzovio, con su acostumbrada y enojosa prevención, hizo al beato Juan de Parma autor del *Evangelio eterno*, suprimiendo la palabra *monachus*. Como quiera que sea, y aunque en el siglo XIII no fuese Juan de Parma uno de los muchos supuestos autores del tal libro, lo cierto es que el odio secular buscó en el *Evangelio eterno* medios de dañar á la Orden.

(43) En el siglo XVIII se descubrió la fidedigna crónica de Salimbene, donde se halla la noticia del verdadero autor del *Evangelio eterno*. Conocióle Salimbene familiarmente, y aun sostuvo recias disputas con él.

(44) Rohrbacher dice: — « El acusado no fué hallado culpable sino de adhesión excesiva á la doctrina y persona del abad Joaquín; » lo cual debe ser error material, porque la persona del abad Joaquín no existía hacía muchísimos años cuando se instruyó el proceso de Juan de Parma.

(45) Salimbene asegura que Juan de Parma moraba en Grecio de grado, y para consuelo suyo; lo cual es muy verosímil si se atiende al número de años que allí paso, y á la facilidad con que pudiera lograr salir si lo desease.

(46) El fin de Juan de Parma fué digno de su noble vida. Sabedor de que en Grecia se había vuelto á presentar el cisma, obtuvo de Nicolás IV permiso para tornar al campo donde tanto fruto logró en otro tiempo; pero no se lo consintió la muerte, sorprendiéndolo en el camino.

(47) Nicolás III se asesoró para el examen y explicación de la regla con un experto jurisconsulto, dos cardenales, el general de la Orden, etc.

(48) Incurre muy frecuentemente en esta confusión, v. gr., Cantú, en *Los Herejes de Italia.*

(49) Ángel Clareno.

(50) Pedro Juan de Oliva fué acusado de haber introducido algunos errores en sus obras. Mandóle el General de los Franciscanos quemar un tratado acerca de la Virgen, que contenia proposiciones excesivas y malsonantes, y al punto lo ejecutó sin replicar palabra. Juan XXII condenó su *apostilla* á la Biblia. Sixto IV permitió que se leyesen las obras de Oliva, « dejando las espinas y cogiendo las rosas ».

(51) Murió en 1300.

(52) Entre ellos se cuenta el de haber tomado una nodriza para que en el pesebre lo lactase. Asimismo narra Salimbene como le rodeaban doce mocitas, que se decían *Apostolesas.*

(53) *In Planctu Eccl.*

(54) No contentos con esto los Terciarios, despacharon bula á los Inquisidores solicitando procediesen con todo rigor contra fratricelos, begardos, etc. Cornejo, que refiere esta circunstancia, cita una larga serie de autores en demostración de que los fratricelos ni se originaron ni formaron parte jamás de la Orden Franciscana. (*Chron. de la Religión de N. P. S. Franc.*, T. III, pág. 486.)

(55) Laurent, *Étud. sur l'hist. de l'hum. L'Orient.*

(56) Llamósele también Saquiamuni, que quiere decir solitario de la raza de Saquia.

(57) E. Caro, *La maladie du pessimisme au dix-neuvième siècle.*

(58) *Circa matrimonium et relationes inter homines ac mulieres religio in Russia provocavit errores inter se maxime oppositos; nam ex una parte nasci facit amorem pravum pseudochristi eorum vulgo* Eskakunis, *ex altera autem parte absolutam continentiam et ennuchismum illorum qui vulgo vocantur* Eskopetos... *Juxta* Eskopetos *carnalis copulatio protoparentum causa primi fuit peccati, et ideo mutilatio debet redimere ab eo hominem...* — Semejantes sectas parecen reproducir en pequeño, en el más joven de los pueblos de Europa, las enseñanzas heterogéneas que señalaron, en los principios del Cristianismo, á las sectas gnósticas. (Anatole Leroy Beaulieu, *L'Empire des Tsars et les Russes.*)— Aun cuando este trabajo se publicó en francés en la *Revista de Ambos Mundos*, creemos oportuno traducir la cita al latín para estas páginas. Los afiliados al nihilismo suelen afeitarse las cejas, y usan gafas azules para no agradar, como la famosa Vera Zasulitch.

(59) *En attendant cette apocalypse de la fin du monde et en vue de la préparer, on dit que dans l'Allemagne, et particulièrement à Berlin, il existe à l'heure qu'il est une sorte de secte Schopenhaueriste qui travaille activement à la propagande de ces idées et qui se reconnait à certains rites, à certaines formules, quelque chose comme une franc-maçonnérie vouée par des serments et des pratiques secrètes à la destruction de l'amour, de ses illusions et de ses œuvres.* E. Caro, *La maladie du pessimisme.*)—No alargamos más la cita: pero si tales aberraciones se extienden y dominan en el siglo XIX, ¿por qué hemos de admirarnos de que en el XIII fuese práctica piadosa de algunas sectas el inmolar las madres á sus recién nacidos?

(60) El Buda, después que se hubo retirado del mundo, no vivió sino de limosnas. Sus discípulos llevaban el nombre de *chiau* (el que vive de limosnas).

(61) El 25 de agosto de 1330, Pedro Corvario, puesta una cuerda al cuello, y postrado á los pies del verdadero pontífice Juan XXII, abdicó sus derechos, si pudiera tenerlos, pidiendo humildemente absolución y penitencia. He aquí lo que á propósito del cisma provocado por Luis de Baviera — que no referimos detalladamente por ser menos importante á la cuestión tratada en este capítulo — decía el mismo Juan XXII, en una carta á la reina de Francia, que le había escrito recomendándole calurosamente la Orden de Menores: — «Para que quede satisfecha la regia solicitud respecto del cariño

que profesamos á esa Orden, queremos que la regia Excelencia sepa indudablemente esto: que desde entonces no ha variado nuestro cariño hacia esa Orden, antes aumentó, aun cuando aquel Pedro de Corvario, fraile de esa Orden, haya intentado ocupar presuntuosamente la cátedra del bienaventurado Pedro, y hacerse nombrar por sus secuaces Sumo Pontífice; y Miguel, su general, con algunos secuaces, haya creído sustraerse, como cismático y herético, á nuestra obediencia y la de la Sede Apostólica y ministros de dicha Orden... Sin embargo, la Orden susodicha, en todas partes (á excepción de pocas y viles personas, casi todas sentenciadas ya á cárcel ó sujetas á juicio), tan pronta y plenamente ha obedecido nuestros mandatos, como suele siempre esta Orden obedecer los del Sumo Pontífice y de sus verdaderos generales. Los dichos frailes han observado nuestros entredichos donde pudieron, y donde no, huyeron, yéndose á partes en que pudieran observarlos. Tanto los inquisidores de la herética pravedad, como los ministros y otros de la misma Orden, hicieron distintos procesos, y emanaron varias sentencias, y ahora todos los ministros y otros frailes, despreciando increíble peligro de muerte, apresuran su paso hacia París en busca del ministro general: por todas estas cosas, hija carísima, ¿no ha merecido tal Orden aumento de gracia y favor?» — La condición nada benigna de Juan XXII da más valor á este favorable testimonio.

(62) « Así es que la Orden Franciscana engendra inmediatamente una secta, la cual rompe toda la doctrina ortodoxa, y despierta la tendencia vivísima á creer en segura renovación dogmática después de la renovación moral, para el establecimiento de progresiva iglesia donde sean perpetuas las relaciones del cielo con la conciencia del hombre. » (Emilio Castelar, *San Francisco y su convento en Asís.*) —El Sr. Castelar sabe historia bastante para conocer los lados flacos de esta refulgente síntesis hegeliana; pero ¿quién renuncia á entroncar con san Francisco?

(63) « Bien digo, que quien registre hoja por hoja nuestro volumen, aun encontrara páginas donde leer: Yo soy aquel que siempre fuí. » (*Parad.*, C. XII.)

CAPÍTULO XIV.

LA INSPIRACIÓN FRANCISCANA EN LAS ARTES.

Constantino traslada el arte á Bizancio. — Estilo bizantino. — Los mosaístas. — San Marcos. — La ojiva. — Simbolismo. Renacimiento franciscano. — La basílica de Asís. — Falange de artistas congregados en torno del sepulcro de san Francisco. — Cimabúe. — Giotto. — Los giotistas. — El último bizantino. — Los artistas frailes. — Decadencia. — Iglesia de la Porciúncula. — Basílica de San Antonio. — Santa Croce. — Murillo y el Cristo abrazando á san Francisco.

.....

Por la gracia de Dios hemos sido llamados á manifestar á los hombres groseros que no saben leer, las cosas portentosas que obró la fe santa

.....

(Estatutos de la corporación de pintores de Siena.)

Bajo las ruinas hacinadas por visigodos, vándalos, godos y lombardos, el arte clásico yacía sepultado, sin que pudiese exhumarlo el Cristianismo, que, por una parte, hallaba en los monumentos paganos memorias amargas de sangrientas persecuciones, y harto hacia en no cooperar á la obra destructora de Alarico y Astolfo y conservar los tesoros origen más tarde del Renacimiento (1); y, por otra, al traer nuevos ideales á la sociedad, as-

piraba á innovar también un arte, informado en su criterio estético, nutrido en su seno, que reflejase sus ideas, bien como los lagos de la tierra reflejan los colores del cielo. Constantino, concentrando el movimiento y el poder en Bizancio, la gran rival de Roma, estampó el sello del genio oriental en la época primera de las artes cristianas. Á la metrópoli ostentosa del Bajo Imperio afluyeron cuantos artistas y artífices hábiles quedaban aún en los países latinos : allí fueron transportados, como cautivos que siguen el carro del vencedor, el famoso *Paladio* y el *Júpiter* de Fidias, la fortuna romana y la belleza griega ; mas no rompió ésta sus grillos para alzarse triunfante como un tiempo se alzara entre los conquistadores del Lacio : Constantinopla brotaba ya su flor, el estilo bizantino, severo é inmutable en sus hieráticas líneas, como el dogma (2), intenso y espléndido en colores, como el celaje y la luz de las comarcas de Oriente. Surgían los mosaístas, transformando la tradición pagana, creando un arte nuevo con procedimientos antiguos, y haciendo que el mosaico, que antes hablaba el lenguaje correcto y puro del diseño, entonase ahora el himno sonoro y brillante del colorido. Italia hubo de recibir segunda vez de ajenas manos la antorcha del arte, para nunca dejarla extinguirse. Una pléyade de artistas amalfitanos se consagra á estudiar con los maestros de Bizancio : cuando se construye la iglesia de Monte Cassino, á Bizancio piden los fundidores de bronce, los esmaltadores, los mosaístas, los orífices; y la escuela bizantina, cruzando el Adriático, alza en Venecia un edificio singular, una maravilla, San Marcos, cuyas arcadas se levantan sostenidas por quinientas columnas de mármol blanco, negro, veteado, de alabastro, serpentina y esmaragdina, redondas unas, po-

ligonales otras y cubiertas de inscripciones sirias y armenias, descansando todas en pavimentos de pórfido y jaspe incrustados de misteriosas y proféticas figuras(3); y sobre cuyas bóvedas y murallas, cubiertas con áureo manto, se destaca una legión de apóstoles, profetas, vírgenes y ángeles de mosaico, vestidos de azul, de púrpura, de verde y amaranto, como prodigiosas flores abiertas en el jardín del paraíso. Con sus cinco cúpulas, con su ábside semicircular, parece San Marcos joya peregrina, broche constelado de pedrería refulgente : ilusión no muy distante de la verdad, porque gemas y piedras preciosas son en efecto las glaucas serpentinas, las rubias ágatas, los negros bruñidos ónices, el translúcido alabastro, los jaspes rojos como sangre y salpicados de manchas blancas como gotas de leche, que parecen digno engarce del medallón de delicado esmalte que brilla sobre el altar mayor, la *palla d' oro*. Y sin embargo, al contemplar el extraño edificio, la asiática prodigalidad de su adorno, la riqueza de sus materiales, adviértase el carácter decadente del Bajo Imperio, retratado en aquel lujo sensual que fascina los ojos sin mover el corazón.

No en Oriente, sino en Occidente, ha de nacer y crecer la más alta y pura inspiración del arte cristiano ; así como en Occidente, y no en Oriente, ha de perpetuarse la fe ortodoxa. Tenga el origen que quiera la arquitectura que por *gótica* conocemos ; sea ó no impropio darle este nombre en vez de *ojival;* provenga su primer idea de las formas piramidales de las coníferas en las selvas germanas, ó de las estalactitas esbeltas de las grutas, ó del templo pelásgico de los Gigantes, ó de las pagodas indias, ó de las construcciones ciclópeas ; fuesen dueños de sus ocultos principios persas y árabes, ó transmitiésenlos de padres

á hijos, desde el tiempo de Salomón, los compañeros masones, es lo cierto que el gótico en todas sus variedades, — así la sencillez sajona como el florecimiento lombardo — expresa con incomparable profundidad y vigor la idea religiosa. Existe una escuela crítica que niega el simbolismo de las catedrales: empresa vana, porque este simbolismo se reveló á las generaciones creyentes de ayer como á las incrédulas de hoy; porque el arte y la poesía lo han consagrado, y porque las piedras viven aún, significando lo que significaron siempre. Otros simbolismos, otras alegorías parecen oscuras, y hay que esforzar el entendimiento para comprenderlos: en la catedral gótica, el poeta y el erudito, el católico y el racionalista unánimes sienten y ven la imagen de la ciudad mística, de la Jerusalén celeste, y en las flechas y agujas y en el dominio de la vertical, la aspiración hacia el mundo del espíritu, y en la cruz de la nave, el instrumento de de la regeneración humana; y en las vidrieras fulgurantes y el encendido rosetón, los esplendores de la gloria; y en los monstruos que se retuercen en las gárgolas vomitando el agua llovediza, ó se encogen abrumados por la pesadumbre de las cornisas, la deformidad é ignominia del pecado; y en la flora y en la fauna que adorna frisos y capiteles, otros tantos emblemas; y finalmente, hasta en los números; en recuerdo de la Trinidad, de los sellos del Apocalipsis, de los Apóstoles, suelen encontrarse tres ventanas ó puertas, siete bóvedas, doce pilares. Y no por ofrecer carácter tan expresivo merece el estilo ojival la calificación de sublime contrasentido arquitectónico, antes es causa de asombro para inteligentes lo exacto y racional de las reglas de construcción que aplicaban aquellos iniciados de las logias masónicas (4), cuya

ciencia esotérica se perdió. No hay artificio más osado ni *más feliz que el de las pilastras curvas que* sostienen los contrafuertes, ni claves de bóveda más atrevidas y seguras, ni más ligera y elegante trabazón de materiales que la de las torres, ni edificios que á menor peso reunan más solidez é indestructibilidad.

Lo que cautiva en el gótico es ver cuán armoniosa concordancia estableció entre su arte maestra, — la arquitectura, — y las demás auxiliares. El mosaico en vidrio enciende con irisados matices la frialdad del granito; la orfebrería reproduce en relicarios y vasos sagrados las formas aéreas de la ojiva; el escultor imaginero puebla las hornacinas de místicos personajes; el tallista escribe en cada sitial del coro una página del antiguo ó nuevo Testamento: el miniaturista paciente cubre de viñetas y letras floreadas el misal ó el salterio. Es un concierto de todas las voces del arte, unísonas al entonar la sinfonía de la fe.

Al decaer la escuela bizantina, se extiende la gótica, con mayores alientos y más fecunda y briosa inspiración; pero los artistas han menester nuevos asuntos que exalten la fantasía, horizontes distintos de los que divisaron sus predecesores. A fin de encubrir el dibujo seco y rígido, los angulosos ropajes, las cabezas yertas, las actitudes de momia, apelaron los maestros griegos á la magia del colorido, á los fondos de oro, á la opulencia de los materiales, y como su arte bárbaro no les permitía representar las ideas con la expresión y movimiento de las figuras, acudieron á medios pueriles, y significaron la grandeza del Eterno, dándole proporciones gigantescas, y colocando los personajes en órden hierático, manifestaron el lugar que espiritualmente les correspondía. El arte naciente pide

más; solicita un elemento dramático, un sentimiento real que anime sus creaciones. Nadie pudiera brindárselo mejor que san Francisco de Asís. Su historia, sus prodigios, su amor por la naturaleza, su activa caridad, ofrecen puro y fresco manantial de inspiraciones, viva fuente en que se renueve la exhausta vena bizantina. El platonismo, tan influyente en la filosofía franciscana, que considera las formas sensibles espejo de la divina hermosura, y para quien verdad y belleza son dos atributos de una esencia misma, y la belleza visible verdad exaltada y caldeada por el entusiasmo y la fe, va á animar con su soplo el arte. La escuela que nazca en torno del sepulcro del penitente de Asís, reconocerá los fueros de la naturaleza y los derechos de la vida; traducirá en los semblantes el sentimiento y la inteligencia, y hará de los petrificados modelos bizantinos figuras reales y humanas.

En la tumba de san Francisco de Asís vemos por vez primera campear el estilo ojival que anteriormente sólo se presenta como tentativa y ensayo (5): ya la iglesuela de la Porciúncula, cuna de la Orden de Menores, ofrece en su puerta un arco agudo; pero la corona otro de cintra plena. Cuando fray Elías recibió de *Gregorio IX* orden de construir un monumento digno de encerrar el cuerpo de san Francisco, eligió para la fundación un lugar del cual huían las gentes, una meseta siniestra donde eran ajusticiados los reos, el *Collado del Infierno*, nombre que el Papa mudó llamándole *Collado del Paraíso*. Á petición de fray Elías, Federico II envió á Asís al arquitecto Jacobo Lapo (6), y éste trajo consigo un niño, un aprendiz, que más tarde había de tomar el hábito franciscano, sucederle y dar cima á la obra colosal: fray Felipe de Campello. Comenzáronse los trabajos con la actividad

que despertaban entonces tales empresas; llovieron de todas partes dádivas; acudió un enjambre de obreros, gratuitos y voluntarios unos, soldados otros; abrió Asís sus ricas canteras de mármol; se niveló la roca; allanaron un área inmensa donde asentar el edificio; y el dia de la canonización del Santo, Gregorio IX colocó solemnemente la primera piedra; en el espacio de veintidós meses estuvo terminado el templo subterráneo ó cripta, y se verificó la traslación del cuerpo y su enterramiento misterioso; después se alzaron con no menos rapidez la iglesia central y la alta. Así se completó el monumento con sus tres cuerpos sobrepuestos, hundido el primero en las entrañas de la tierra, firmemente apoyado en ella el segundo, y el tercero bañándose en el azul de los cielos. Coronan el cuerpo central arcos agudos apoyados en anchos pilares, de donde brotan los finos haces de columnas de la iglesia alta. Á la fría lobreguez de la cripta sucede en la iglesia central tibia claridad cernida por los vidrios de las ojivales ventanas; mientras en la iglesia superior penetra á torrentes la luz del sol, ayudando á patentizar la traza admirable de su bóveda, que midiendo de largo trescientos treinta y tres palmos romanos, no tiene vigas ó trabes que las sostengan, y sus piedras, apoyadas unas en otras con singular valentía, descansan en los arcos. Severo é imponente es el aspecto exterior de la basílica; la altura del collado que domina le da, desde lejos, apariencia de fortaleza. Dentro, quiso Elías que derramase el arte todos sus tesoros, y que las desnudas murallas vistiesen galas regias, adornándose como la Esposa de los cantares para recibir al esposo. En derredor del sepulcro de Asís — considerado, después del de Jerusalén, el más glorioso del orbe — se congrega una falange

de artistas inspirados por ideales nuevos, y alborea el Renacimiento. Fueron los primeros atraídos Giunta Pisano y Guido de Siena, maestros arcaicos de la pintura italiana, que ya empiezan á soltarse de las ligaduras bizantinas. Giunta, primer propagador del arte toscano, trazó sobre la puerta de la segunda sacristía de la basílica el curioso y fiel retrato de san Francisco, y en el altar mayor el gran crucifijo al pie del cual se prosterna fray Elías (7), llegado entonces al apogeo de su tiránico poder. — Cimabúe sigue á Guido y á Giunta: discípulo también de los griegos, no osa sacudir del todo su yugo, ni hacer que el aire circule y la perspectiva se ensanche; pero una tarde, paseándose por la campiña, encuentra un pastorcillo que, sentado en una piedra, sobre delgada lámina de pizarra esbozaba el contorno de una oveja de su rebaño. Cimabúe convirtió al zagal en pintor, y aquel niño, amamantado por los ubérrimos pechos de la madre naturaleza, acostumbrado á ver la soledad del campo animada por la presencia de Dios, alcanza lo que no pudo alcanzar su maestro, sujeto por estrechas tradiciones: fundar la pintura italiana, y merecer el lauro que le adjudica un conocido terceto de Dante:

.....
Credette Cimabue nella pittura
tener lo campo, ed ora ha Giotto il grido
si che la fama di colui oscura (8).
.....

Giotto es por excelencia el artista del cristiano Renacimiento. No hay sino compararlo con los bizantinos. En vez de tradición, observación; en lugar de ídolos, hombres; ya no son sus personajes abstracciones, sino criaturas vivientes, cuyas actitudes y semblantes estudió. Todo el arte pictórico de Italia está en ger-

men en Giotto, como en Dante florece toda su poesía. Á semejanza de Miguel Ángel, señoreaba Giotto tres bellas artes hermanas, arquitectura, escultura y pintura; y cual nuestro Murillo, las tendencias naturalistas de su pincel, lejos de dañar á la idealidad de sus creaciones, la realzan y avaloran. Pues bien; en la leyenda de san Francisco encuentra Giotto inagotable serie de inspiraciones. Puede decirse que pasa su vida artística en oración ante el Santo de Umbria. Peregrino de la belleza y de la piedad, recorre á Italia, y va dejando por donde quiera estrofas del poema franciscano: en Ravena, en Rímini, en Verona y Florencia. Una pintura suya, san Francisco recibiendo los estigmas, gana en Pisa tal aplauso, que al punto le llaman para contribuir á la decoración del famoso cementerio. Pero donde se espacia la vena fecunda de Giotto es en la basílica central y superior de Asis. Veinte años, lo mejor de su carrera, dedicó á vestir las paredes que guardan el sagrado cuerpo. Allí representó á san Francisco en las principales situaciones de su vida: niño aún, pisando el manto que le arroja un profeta de sus altos destinos; mozo ya, cuando se desnuda el traje puesto para dárselo á un pobre; luchando con los primeros impulsos de la vocación, y viendo en sueños banderas y armas que ostentan el signo de la cruz; oyendo la voz del milagroso crucifijo de San Damián que le manda reparar la Iglesia; renunciando en manos de su padre, ante el obispo, los bienes todos que la tierra ofrece; sosteniendo con sus hombros la basílica de Letrán, que oscila; cruzando los aires, arrebatado en un carro de fuego menos ardiente que el amor que le abrasa; proponiendo al Sultán arrojarse en una hoguera para probar su fe; predicando á las aves que le rodean y escuchan; resucitando al

mancebo aplastado bajo los escombros de una pared: — pintura donde el artista se retrató á sí propio, en actitud de contemplar pensativo el suceso. — Y después del tránsito terrenal, la apoteosis: Giotto se remonta á esferas de luz, y con pincel más que nunca egregio traza el triunfo del penitente: san Francisco revestido de preciosa dalmática diaconal recamada de flores, reclinado en silla gestatoria, que conduce regocijada legión de ángeles, ascendiendo al empíreo. Ni olvida el pintor las tres vírgenes compañeras de Francisco, que le abren la puerta del cielo: la *Obediencia*, imponiendo á un fraile arrodillado el yugo, haciéndole con el índice señal de silencio, mientras la Humildad arroja al monstruo de la Soberbia, mitad can y mitad hombre; la *Castidad*, doncella hermosísima, protegida por fuerte torreón, empinada sobre alta roca, á la cual intentan trepar, incitados por Francisco, un fraile Menor, una Clarisa, un Terciario: el fraile es Juan de Muro, general de la Orden; el Terciario, Dante Alighieri, grande amigo del artista, y que es fama le sugirió la idea de estos frescos; y, por último, la divina amante, la *Pobreza*, bella, pero demacrada y pálida, tendiendo la diestra á Francisco, joven aún; mientras Cristo los une y el Padre bendice los desposorios, un perro persigue á la Pobreza con furiosos ladridos, un hombre vestido de púrpura tira piedras á la desposada, otro intenta coronarla de espinas, y allá lejos los avaros aprietan al corazón la repleta bolsa. Al contemplar esta obra de arte, acuden á la memoria las estrofas de Jacopone:

.....
Povertade poverina
ma del cielo cittadina...
.....

Á la sombra de la basílica de Asís, en torno del maestro, se agrupó una bandada de discípulos, que después habían de esparcirse y volar por Italia difundiendo la buena nueva del renacimiento de la pintura. Cavallini, el que ayudó á Giotto á crear el delicioso mosaico de la *Navecilla*, dejó en Asís una obra admirada por Miguel Ángel, la inmensa *Crucifixión*, en cuyo cielo lloran los ángeles, traspasados de elegiaca tristeza. Puccio Cappana, que había de bajar tan joven al sepulcro, reprodujo la escena de la estigmatización, el Sepulcro de Cristo y el Descendimiento. Obras de Simón Memmi — el amigo de Petrarca, el pintor de Laura, — y Juan Tadeo, cubren también los muros de la basílica. No; el renacimiento del arte italiano por excelencia, de la pintura, no data de los siglos XV y XVI, ni se origina de la restauración clásica. El siglo XVI es la flor completa, la tarde de la pintura; pero en el templo de Asís, en el XIV, esparce ya su aroma el capullo y luce la aurora. Desde el XIII, la mayoría de los artistas italianos salen de Toscana, y se señala la escuela de Umbria, tan sobria y noble en sus procedimientos. Bien comprendió la evolución que se realizaba en el arte aquel Margaritón de Arezzo, pintor, escultor, arquitecto, autor de la tumba de Gregorio X; el que enseñó á restaurar los cuadros, á bruñir el oro, á aplicarlo en láminas; último discípulo de la escuela bizantina, que viéndola vencida al terminar el siglo XIII, emprendió la obra titánica de detener la marcha del tiempo, y de imponer otra vez á la pintura la tradición griega, muriendo de pesadumbre y enojo cuando se convenció de la esterilidad de sus esfuerzos. Al borde del sepulcro de san Francisco empieza, pues, el renacimiento pictórico; pero concurren también las demás artes: Fuccio esculpe el mau-

soleo de Hécuba de Luciñán; Bonino, natural de Asís, forma una sociedad de artistas vidrieros que decoren las ojivas.

La escuela de artistas frailes da gallarda muestra de si con el arquitecto Felipe de Campello, el que terminó la basílica de San Francisco y erigió la de Santa Clara; con Mino de Turrita, príncipe de los mosaístas, á quien se atribuyen las pinturas de las paredes laterales de la basílica inferior; con su discípulo Jacobo de Camerino; con fray Martín y fray Francisco de Terranova. Ni en los siglos llamados *renacientes* se apaga la inspiración franciscana : Andrea de Asís, discípulo del Perugino y rival de Rafael, el que fué llamado *Ingegno* por su destreza prodigiosa, y se consumió de melancolía, habiendo quedado ciego en la flor de sus años, trazó en la basílica sus *Sibilas* y *Profetas*; Dominiquino de San Severino talló la silleria del coro; y en plena marea naturalista, el contemplativo Cigola consagró vida y pinceles á tratar un asunto único : la estigmatización de san Francisco. Considerando los límpidos destellos que en la tumba del penitente despide el arte, no parece infundada afirmación la de que en la centuria décimosexta, entre incomparables esplendores artísticos, se trasluce ya la decadencia cercana é inevitable : desde luego, el arte ha perdido en tal período el rumbo religioso y desconoce los senderos del ideal. Basta á persuadir de ello la comparación de los dos monumentos consagrados á san Francisco en Asís : la basílica ya descrita y la que cubre la Porciúncula, del siglo XIII la primera, la segunda del XVI, ejecutada conforme á los diseños del renombrado arquitecto Vignola. Álzase ésta en risueño llano; son sus proporciones grandiosas y puras; ostenta tres majestuosas naves, diez capillas y una elegante

rotonda; pero su estilo dórico enfría el alma : fáltale la sombra, el misterio, la poesía del gótico, el vago sentimiento del infinito que despierta el arco agudo al lanzarse al cielo; y si bajo sus bóvedas no se cobijase la amada Porciúncula, la capillita primitiva, pobre y tosca, humilde nido de la Orden de Menores, apenas tendría el edificio otro interés sino el de revelar la impotencia de un arte esclavo de la materia y de la forma.

Dos monumentos más encierra Italia en que la inspiración franciscana creó maravillas : San Antonio, en Padua, y Santa Croce, en Florencia. Para enriquecer la tumba del taumaturgo toda magnificencia pareció escasa á las generaciones devotas de aquel popularísimo apóstol, defensor de los débiles, de las mujeres y de los niños, el *Santo* por antonomasia de la Edad media. Envanecida Padua de poseer los restos de san Antonio, encargó á Nicolás de Pisa la erección de suntuoso templo, que, con sus siete cúpulas, las agujas de sus tres minaretes, se parece á San Marcos, á las mezquitas muslímicas, á los palacios orientales; pero el ábside poligonal, los prolongados arcos, recuerdan la preferencia de los franciscanos por el estilo gótico, que en Italia propagaron. Interiormente, la opulencia del templo sobrepuja cuanto puede concebir la fantasía : la capilla principal, donde reposan las cenizas del Santo, deslumbra como un relámpago de oro y plata y preciosos mármoles : día y noche la iluminan candelabros de argentería sostenidos por figuras de ángeles, y tres lámparas de oro macizo, presente una de ellas del Gran Turco (9) : los adornos son de lo más rico y complicado del Renacimiento : puéblanla magníficas estatuas, que, al reflejo de las luces, parecen animarse y vivir; la obra de Andrea Riccio, el

soberbio candelero de bronce, tenido por el más bello del orbe, completa la esplendidez del conjunto. Está poblado el templo de obras maestras: Donatello esculpió el gran Crucifijo; Líberi pintó una vez más á san Francisco recibiendo los estigmas; Belano de Padua adornó el coro con bajos relieves de bronce. En la *Scuola del Santo* — contigua á la iglesia — se conservan frescos de Ticiano, escenas que conmemoran la piedad dispensada por el taumaturgo á las mujeres, víctimas de la barbarie conyugal en la Edad media: una esposa muerta á puñaladas por su esposo y resucitada por el Santo: otra acusada, cuyo honor vindica concediendo el habla al párvulo que está en la cuna: con otros muchos episodios de la vida del glorioso predicador. Custódiase en el tesoro del templo su incorrupta lengua, menos facunda y elegante, pero más influyente en las multitudes, que la que atravesó Fulvia con las agujas de su cabello (10).

Con el esplendor de San Antonio de Padua, contrasta la severidad de Santa Croce de Florencia. Arnolfo alzó para los franciscanos sus tres naves: el vasto edificio de estilo gótico florentino, es sombrío, austero, de figura de cruz, alumbrado por altas é imponentes ventanas ojivales, poblado de mausoleos donde reposan grandes hombres, guarnecido á derecha é izquierda de capillas que de padres á hijos ornaron pintores excelsos, Giotto, Estefano y Tadeo Gaddi, Giottino hijo de Estefano, y Ángel, hijo de Tadeo, que trazaron la historia de la pecadora Magdalena, el martirio de los apóstoles, la vida de san Francisco, la de la Virgen; el apocalíptico pincel de Urcagna produjo un cuadro del Juicio final; Cimabúe, un retrato auténtico de san Francisco, tan estimado que sólo una vez al año se enseña; Lucas de la Robia, el rey de la

cerámica, los barros que incrustan el pórtico, las estatuas de santo Domingo y san Bernardino, el gran grupo de porcelana de la Virgen con el Niño, los platos de mayólica; Benito de Majano, el admirable púlpito de mármol y bronce; Donatello, la efigie de san Luis de Tolosa, y un Crucifijo, del cual se refiere curiosa anécdota (11). Cruzando las hileras de sepulcros que encierra el recinto de Santa Croce, extraña y profunda impresión sobrecoge el ánimo hallando tan próximas tres tumbas, tres nombres: Miguel Ángel, Maquiavelo, Galileo. Parece que las desoladas figuras que lloran sobre el mausoleo de Miguel Ángel, las Artes hermanas, ven ya en lontananza descender á su ocaso el sol del Renacimiento, y venir la corrupción y el mal gusto y nacer con Galileo — el mismo dia y á la misma hora en que Miguel Ángel expira — una era en que la ciencia venza y eclipse á las artes.

Entre los artistas españoles á quienes se comunicó la inspiración franciscana, citemos sólo uno, Murillo; y de ese una obra no más, el *Cristo crucificado abrazando á san Francisco*, que guarda el museo de Sevilla. Es lienzo de los que vistos una vez, no se olvidan jamás. Sobre un cielo cubierto de brumas se alza la cruz. Cristo, descolorido, agonizante y trágicamente hermoso, desprende del madero el brazo derecho, que ciñe al cuello de Francisco de Asís: el rostro de éste, levantado, expresa compasión penetrantísima, amor encendido y sublime: sus manos palpan trémulas de respeto el cuerpo divino; en sus ojos brilla luz de éxtasis; con un pie rechaza desdeñosamente el globo del mundo. Respira el cuadro la sencillez y la unción que distinguen á nuestro soberano pintor místico; las actitudes son naturales, sobrio y conciso el desempeño, dramáticos y potentes los efectos de la luz y colorido;

en el grupo hay realismo y sinceridad tal, que nos hace olvidar la historia y creer un instante que así como José y Nicodemus amortajaron el sacrosanto cuerpo, pudo Francisco de Asís consolar la agonía del Mártir, y embriagarse en su sangre divina, bebiendo en ella la locura de la cruz. Entre los muchos prodigios, regalos y favores celestiales que se cuentan en las crónicas de san Francisco, no figura el que da asunto al cuadro de Murillo : doblado mérito del pintor, ya que su genio solo concibió la alegoría profunda del abrazo amoroso que al través de las generaciones unió á Francisco de Asís y á Jesucristo : abrazo que dejó al penitente de Umbria eterna sed de martirio, y le hizo viva imagen del Redentor, hasta en sus llagas. Nuestro incomparable Bartolomé Esteban Murillo, nuestro gran artista cristiano, hubiera podido adoptar los estatutos de la corporación de pintores de Siena, que empezaban con estas palabras : « Por la gracia de Dios hemos sido llamados á manifestar á los hombres groseros, que no saben leer, las cosas portentosas que obró la fe santa; nuestra fe consiste principalmente en adorar y creer en un Dios eterno, un Dios de poder infinito, de inmensa sabiduría, de clemencia y amor sin límites; y estamos persuadidos de que ninguna cosa, por pequeña que sea, puede empezarse ni concluirse sin poder, sin saber, y sin amorosa voluntad».

NOTAS.

(1) Cierto que los principales santuarios fueron cerrados desde el tiempo de los hijos de Constantino y Teodosio, y abolidos los sacrificios, y las tierras y rentas pertenecientes á sacerdotes paganos confiscadas; pero las estatuas de divinidades ó héroes, distribuídas por los prefectos de la villa en los sitios públicos, continuaron — perdida ya la significación religiosa que las antiguas creencias les atribuían — sirviendo de adorno admirable á la Roma que no renegaba de su ayer... El Cristianismo comprendió al punto que los monumentos de Roma pagana formaban parte de glorias que no le convenía repudiar, ya que según los secretos designios de la Providencia habían servido para agrupar las naciones y prepararlas á recibir el Evangelio... De esta suerte comenzó la singular metamorfosis en que la Edad media cristiana pudo, es cierto, ahogar algún recuerdo persistente de la antigüedad gentílica; pero en conjunto conservó y salvó muchos. (A. Geoffroy, *L'Histoire monumentale de Rome et la première renaissance.*)

(2) En el pavimento de San Marcos hay grupos y figuras que se atribuyen á la presciencia del célebre abad de Flora, el cual, según la tradición, representó en aquellos jeroglíficos muchos acontecimientos venideros.

(3) Uno de los trabajos en que con más curiosos argumentos se ha defendido esta tesis sin lograr demostrarla, es el breve estudio de R. Rosières: *Les cathédrales gothiques.*

(4) Quizá parezca ocioso decir que las logias masónicas en la Edad media eran cosa muy distinta de lo que son hoy las sociedades secretas conocidas con el mismo nombre. Eran gremios de obreros constructores, constituídos bajo una jurisdicción especial: se dividían en maestros, compañeros y aprendices, y ocultaban al vulgo sus conocimientos técnicos: tenían señales para conocerse, y una iniciación simbólica. Más tarde su carácter pasó de artístico á político, y fueron instrumentos de la revolución social.

(5) «El convento de Asís, construído poco después del año 1226, pasa en Italia por el ejemplar más antiguo del estilo gótico; mas no por esto se ha de decir que sea en Italia donde se empleó la ojiva por vez primera.» (Cantú, *Historia Universal.*)

(6) Algunos, y entre ellos el P. Palomes, atribuyen á Nicolás Pisano el plan de la basílica de Asís.

(7) La figura de Elías tenía el letrero siguiente: *Jesu Christe pie, miserere precantis Eliæ;* y debajo la inscripción: *Frater Elias fieri fecit : Juncta Pisanus me pinxit anno 1236, Indicatione nona.* Ya no se halla esta pintura en el lugar que ocupaba.

(8) «Creíase que Cimabúe señoreaba la pintura; pero ahora oscureció su fama la celebridad de Giotto.»

(9) Ya no existe : la fundieron, para ayuda del pago del impuesto de guerra, en 1797.

(10) Es digno de mención el hecho de que la guardia del templo de San Antonio estuviese encomendada á perros de Dalmacia, de la especie conocida por *perro de pastor.* Cierta noche que un criado de la familia Sografi acertó á quedarse entretenido en rezos hasta después de cerrada la puerta, se colocaron dos perros á su izquierda y derecha, prontos á devorarlo si hacia el menor movimiento, y así lo tuvieron de rodillas hasta el amanecer.

(11) Cuando Donatello hubo terminado su Crucifijo, lo enseñó, lleno de orgullo, á Brunelleschi, que le dijo : —«Ése parece algún aldeano á quien tú crucificaste»; después de lo cual, emprendió á su vez pintar un Crucifijo. Cuando Donatello llegó á ver la obra de su rival, cayósele de las manos el cesto en que llevaba el desayuno, y exclamó —«Yo hago aldeanos; pero tú haces Cristos.» — Y en efecto, el Cristo de Brunelleschi tiene la nobleza que falta al de su generoso competidor.

CAPÍTULO XV.

LA INSPIRACIÓN FRANCISCANA EN LA CIENCIA.

Carácter práctico de la obra de san Francisco. — Importancia científica de las misiones. — Escoto. — Rogerio Bacón. — Hombres de ciencia del siglo XIII: Alberto el Grande. — Vicente de Beauvais. — Superioridad de Bacón. — Su historia. — Sus obras. — El ayudante de laboratorio de Bacón. — Consejas. — Si fué perseguido Rogerio Bacón. — Sus descubrimientos é invenciones admirables. — Funda el método experimental. — Su idea del progreso. — Fuentes de la ciencia de Bacón. — Comparación con Bacón de Verulamio. — Condición de ambos. — Escritos de Rogerio Bacón. — La filosofía inglesa. — Rogerio Bacón y el moderno positivismo. — Escuela baconiana: los frailes hombres de ciencia. — Grandeza de Bacón.

. . . . . .

Sine experientia nihil sufficienter sciri potest.

. . . . . .

(Rogerius Bacon, *Opus majus.*)

. . . . . .

Nada se sabe bien sino por medio de la experiencia.

. . . . . .

(Rogerio Bacón, *Obra mayor.*)

AUNQUE á primera vista se tome por paradoja, es cierto que la obra de san Francisco de Asís reune al carácter contemplativo otro muy positivo y práctico. Cuando san Francisco fundó su Orden, no se propuso únicamente la salud espiritual de Europa y del orbe: los males del cuerpo, la lepra repugnante, los lamentos del Job de la Edad media tendido en fétido muladar, resonaban sin tregua en su

corazón; y al dictar enseñanzas ascéticas, señaló también reglas de higiene, é impuso á sus frailes deberes de enfermeros; mientras los dominicos se reservan curar las conciencias, extirpar el error, los franciscanos principal y señaladamente cultivan la medicina física, conocen las plantas oficinales, y penetrando á impulsos de la caridad en los reinos de la naturaleza, cogen las primicias de su estudio y filosófica investigación. El predominio del misticismo ayuda también á despertar entre los franciscanos el amor de la indagación científica, eximiéndolos de los dogmatismos de la escuela; y no contribuyen poco al mismo fin las misiones á tierras remotas, en que los *viajantes por Cristo* preludian las glorias geográficas de Colón y y eclipsan las de Marco Polo.

Á principios del siglo XIII el victorioso kan Gengis sojuzgaba desde Corea y China hasta Moscovia y Tauris; envalentonados con el éxito, sus hijos aspiraron á conquistar las regiones europeas, y espantosa irrupción de mogoles se precipitó sobre Sajonia, Bohemia, Hungría y Germania, en una mano la tea, en la otra la lanza, y en la moharra de la lanza la cabeza de un guerrero enemigo: el pánico que difundían las bárbaras hordas era tal, que al oir su nombre abortaban las mujeres, y Blanca de Castilla decía á su hijo: — « ¿Ves qué siniestros rumores corren por la frontera? la invasión de los tártaros amaga nuestra total ruina, y la de la Iglesia santa »: — á lo cual contestaba san Luis, jugando del vocablo y con la serena energía de su fe: — « Pues, madre, ó los tártaros nos mandarán al cielo, ó nosotros los mandaremos al tártaro. » — Cuando la inminencia del peligro forzaba á los reyes á pensar en nuevas guerras, los Papas ideaban expedientes conciliadores, y acaricia-

ban el gigantesco plan de obtener sin efusión de sangre la unión de Asia con Europa, de ligar al Occidente el Oriente con el lazo de las creencias, de uncir al yugo evangélico las fieras tribus devastadoras que amenazaban renovar los días de Atila. Voces misteriosas, narraciones que llegaban, no se sabe cómo, de los desconocidos países del Mogol, inducían á creer que allí se profesaba ya un cristianismo más ó menos puro y ortodoxo. Para certificar de tan importante noticia; para conjurar en lo posible el riesgo de la irrupción, fueron enviadas al Asia las legaciones y misiones en que se señaló la Orden de San Francisco. Por los trabajos de los modernos exploradores del África y del polo boreal podemos concebir los grados de resolución y fortaleza que necesitaba un misionero del siglo XIII para internarse en los páramos que se extienden más allá de los montes Urales, cuando además de la ceñuda hostilidad de la naturaleza se les oponía el furor de los nómadas, cebados en el saqueo y la matanza. Emprendían los frailes su caminata á pie, sin llevar más que el hábito puesto, y á veces un libro de oraciones y las vestiduras necesarias para el oficio divino; atravesaban las frías estepas, comían maíz hervido sin sal, bebían leche de yegua ó nieve derretida al calor de sus manos; agregábanse á las caravanas, dormían en el helado desierto, á la tártara, sobre el vientre de los caballos ó bajo el techo de piel de la tienda; encontraban á veces kanes tolerantes y benignos, que los protegían y escuchaban sus predicaciones, otros daban con crueles jefes y sufrían malos trátamientos y martirio; y así, sin dinero, ni más armas que su constancia, logran llegar hasta el corazón de aquellos ignotos países y penetrar en el mismo sagrado pabellón amarillo del gran Mogol, y

oir de boca de los tártaros que ellos habian recibido de Dios, desde remotos tiempos, misión de castigar con el azote de la guerra á las naciones culpables, y que hasta las aves del cielo sabian y contaban el poder del sucesor de Gengis. Fray Juan Plano de Carpi, el apóstol de Bohemia y Noruega, es el primero en informar á Europa de las costumbres y particularidades de la raza mongola; fray Guillermo de Rubriquis, enviado de san Luis, le imita y escribe la curiosa relación de sus aventuras; fray Juan de Montecorvino se adelanta más aún por el Indostán, no se detiene hasta el imperio chino, y auxiliado por el soberano de la dinastía mogola, funda iglesias, convierte miles de personas, y traduce al tártaro el Oficio divino y el Evangelio; el beato Odorico de Pordenone vence en osadía é infatigable decisión á los más arriesgados exploradores contemporáneos. Verdad que en aquellos lejanos campos no recoge la fé la pingüe cosecha que esperaban los Papas: los misioneros hallaron á los tártaros poco supersticiosos, enemigos de Mahoma, pero budistas del rito lamaico; su supuesto cristianismo no pasó de conseja geográfica; los contados cristianos de Mogolia y China, eran restos de la herejía nestoriana, enemigos natos de los católicos; mas si el fruto espiritual no fué tan copioso como se creía ¿quién podrá calcular los resultados científicos y civilizadores de los viajes, misiones y embajadas, que pusieron en contacto partes del mundo aisladas hasta entonces, revelaron á Europa la posibilidad de recorrerlas, y despertaron la industria y actividad comercial y la sed de empresas á que tantos triunfos debió el siglo XVI?

Distínguese la Orden Franciscana por el temprano impulso que comunicó al progreso científico. De su

seno van saliendo consecutivamente, durante un siglo, los sabios que aplican el análisis al conocimiento de los fenómenos naturales. El filósofo insigne á quien los franciscanos declararon príncipe de su escuela, y cuyas doctrinas abrazaron y sostuvieron con ardor, Dunsio Escoto, consagró al estudio del universo físico hartas horas de su corta vida. Según Wadingo, era Escoto notabilísimo por la profundidad con que poseía las matemáticas : los adelantos modernos vinieron á demostrar cuánto superaba á santo Tomás en las ciencias físicas y exactas. Hállanse en sus obras rápidas vislumbres, é indicaciones clarísimas á veces, que revelan lo mucho que se adelantaba á su edad en la inteligencia de la naturaleza al tratar de los primeros principios componentes de los cuerpos; anticipóse Escoto á Leibnicio, Wolfio y Newton; sus opiniones acerca de la extensión y el espacio, la divisibilidad de la materia, la atracción, la gravedad, la electricidad, el flujo y reflujo, la propagación de la luz, su reflexión y refracción, el calórico, los colores, los cometas pueden considerarse hoy previsiones admirables. Á semejanza de algunos espíritus elevados y claros de su época, Escoto no creyó que la tierra inmóvil fuese centro de la creación, antes la supuso, como Copérnico, en movimiento al través de los espacios.

Pero la más alta gloria científica de la Orden Franciscana es haber producido el hombre cuya extraordinaria personalidad vemos agigantarse hoy, al contemplarla á la luz de la ciencia moderna : el que podemos saludar padre de la actual filosofía de la naturaleza, y de las grandes conquistas de los siglos XVIII y XIX. De otros excelsos pensadores caducaron quizás las doctrinas, y queda sólo el recuerdo y la fama : Rogerio Bacón vive aún en cada victoria de la inteligencia

sobre la materia, en cada paso que adelantan las ciencias exactas, físicas y naturales, predilectas hijas de nuestra edad : para el siglo XIII Rogerio Bacón era un sabio ; para nosotros es precursor, heraldo, profeta inspiradísimo, y saludamos su aparición como se saluda á la aurora que disipa la nocturna tiniebla. No demos lugar á que se interprete erradamente el símil; Rogerio Bacón vivió en el siglo XIII, y el siglo XIII no es era de sombra, sino de claridad intelectual : mas así como el sol no alumbra á un tiempo los dos hemisferios, el entendimiento humano no recorre á la vez ambas esferas de la verdad : la ciencia especulativa y la positiva, el espíritu y la naturaleza. El siglo XIII derramó luz brillante sobre la primer esfera : para nuestros días estaba guardado el conocimiento de la segunda, y, ¡quién sabe si á edad más venturosa tocará concertar una y otra en síntesis admirable! Quimera acaso esta esperanza, lícito es acariciarla cuando evocamos la sombra augusta del fraile filósofo que sostuvo el progreso continuo de la inteligencia humana.

Ni faltan en el siglo XIII vislumbres de algunas ideas en que estriba el concepto científico actual, ni es Rogerio Bacón el único que se adelanta á su época. En el vulgo como en la mayoría de los letrados reina grosera ignorancia respecto del universo físico ; Aristóteles domina en las escuelas, y las teorías se anteponen al espíritu práctico; la metafísica vencedora se absorbe en su propia contemplación (1); pero el mismo apogeo de la ciencia especulativa augura su decadencia próxima, y tal investigador aislado se consagra á descubrir fuentes nuevas de verdad. El bienaventurado Alberto el Grande (2), aquel á quien la fantasía de la Edad media atribuyó poder mágico, suponiendo que hacía

cubrirse de flor y fruto los árboles en pleno invierno, con otros prodigios no menos asombrosos, no ejerció más hechicerías que sus observaciones y estudios, en los cuales se fundó para enunciar con notable profundidad y lucidez un sistema dinámico de filosofía de la naturaleza. — « Siempre, en la serie de las cosas, — dice el maestro de santo Tomás — la siguiente se explica por la precedente, la primera informa á la segunda, y todas se enlazan entre sí y se remontan necesariamente á la causa soberana, en quien existencia y esencia se unen, y que obrando sin cesar, forma, perfecciona y rige todas las partes del universo. Obra la causa primera porque *es*, no en virtud de fuerza prestada; no se divide, pues, en dos partes, una activa y otra inerte; no pierde con la acción la inalterable unidad que le es natural... (3) » — El Padre Secchi podria invocar estas palabras de Alberto el Grande, para confirmar la teoría moderna de la unidad de las fuerzas físicas, de la energía inseparable compañera de la materia. Merece el dominico Vicente de Beauvais figurar al lado de Alberto, por haber presentido en su *Espejo* la atracción universal y la esfericidad de la tierra, añadiendo que á ser plana, el agua no correría, el sol apareceria á la vez en todas partes, y no veríamos al navío que se aleja descender en el horizonte; el benedictino Abelardo sostiene la misma opinión; el franciscano Guillermo de Conches trata de insensatos á los que no la admiten; Arnaldo de Vilanova emprende los primeros ensayos de destilación; el divino poeta Dante adivina la transformación de las fuerzas y la expone en hermosos versos. Sin embargo, ni Alberto el Grande, ni Vicente de Beauvais, ni Dante, significan ante la ciencia moderna lo que Rogerio Bacón. Ellos pudieron interpretar uno ó varios enigmas

de la naturaleza; Rogerio Bacón lo hizo también, y en grado sumo, pero hizo más : dió el instrumento que sirve para conocer toda verdad, para aclarar todo misterio fenomenal del universo. Rogerio Bacón es el revelador del método experimental.

Nació Rogerio Bacón en 1214, cerca de Ilchester, en el condado de Sommerset; su opulenta familia lo envió jovencillo á estudiar á Oxford, donde atendió las lecciones de san Edmundo. No contaba veinticinco años cuando ingresó en la Orden de Menores, profesando el mismo día de su entrada. Discípulo de Dunsio Escoto, bebió en los escritos y doctrina de su maestro la predilección por la física, la óptica, la astronomía, las ciencias naturales todas. Más de un cuarto de siglo vivió entregado á arduos estudios en la soledad del claustro, hasta que la fama de los maravillosos descubrimientos realizados por fray Rogerio llegó á oídos del cardenal obispo de Sabina, y éste ordenó á su capellán Raimundo de Laón, que inquiriese la verdad. Negóse Rogerio á revelar nada : era franciscano y no podía hacerlo sin permiso del superior ó dispensa pontificia. En breve fué el cardenal de Sabina electo papa, y se llamó Clemente IV; y dueño ya de vencer los escrúpulos de Rogerio, le dirigió una epístola pidiéndole comunicación del fruto de sus tareas (4). Realizó entonces Rogerio, escribiendo el *Opus majus*, el *Opus minus* y el *Opus tertium*, el prodigio que refiere así el editor inglés (5) de sus obras — « Por ser ejemplo de inmenso trabajo y sobrehumana aplicación, estas tres respuestas á la pregunta del Papa deben — aparte de su mérito intrínseco — contarse entre las mayores curiosidades literarias. Increíbles parecerían los hechos que vamos á referir, á no evidenciarlos los mismos tratados. La epístola pontificia á Bacón

está fechada en Viterbo á 22 de junio de 1266. Si como se infiere del capítulo III del *Opus tertium*, se hallaba entonces Bacón en París ú otro punto de Francia, algunos días debieron transcurrir antes de que le llegase la orden del Papa. Semanas, ya que no meses corrieron antes de que los copistas necesarios se juntasen y se procurasen los fondos precisos para tal empresa. ¡Y sin embargo, todo se hizo, y terminóse la obra antes de que pasase el año 1267! » — Es de notar que cuando recibió las letras pontificias, no había escrito Bacón ni una página de las tres obras; y el que considere, más aún que las dimensiones, la variedad y novedad de las materias que comprenden, los difíciles cálculos que demandan, ha de maravillarse de la magnitud *del esfuerzo llevado á cabo por un fraile del siglo* XIII, desprovisto de recursos, de auxilio, de cooperación científica, de investigaciones anteriores que fundasen y corroborasen las suyas. Para que el Pontífice, ajeno á estudios físicos, entendiese lo que las obras contenían, Rogerio envió con los manuscritos y con instrumentos á un discípulo suyo, un fraile de veintiún años, curioso tipo de ayudante de laboratorio en la Edad media, del cual su propio maestro, después de referir cómo le enseñó lenguas, matemáticas y física, dice — « que no se sabe haya cometido desde su nacimiento pecado mortal, y que lleva un cilicio en custodia de su pureza (6). » — Sea prez inmarcesible del íntegro y virtuoso Clemente IV, que en su breve pontificado de tres años y medio dió tan claros ejemplos de desinterés y piedad, el haber defendido los calumniados trabajos de Bacón, y conocido su singular valía; *porque Bacón no* se libró de la sospecha que pesaba en aquellos tiempos sobre las ciencias naturales; como Alberto el Grande, como su compañero

el franciscano Bongey, Rogerio fué tenido por el vulgo en concepto de hechicero y nigromante, y se refirió de él la leyenda de que, habiendo prometido al demonio entregarle su alma, ya muriese dentro de la Iglesia, ya fuera de ella, á última hora lo burló astutamente muriendo ni dentro ni fuera, en un agujero abierto en el muro de un templo: rara conseja, y extraña acusación recayendo en el escritor del siglo décimotercio que con más copia de razones combatió los embustes y vanidad de la magia (7). Lo que dista mucho de estar probado es que el papa Nicolás III se uniese á la profana multitud en considerar inspiración satánica los trabajos de Bacón. Una obra escrita á mediados del siglo XIV refiere que el general de la Orden de Menores, Jerónimo de Áscoli, aconsejado de muchos frailes, condenó y reprobó la doctrina de fray Rogerio Bacón, maestro en sagrada teología, por algunas novedades que halló en ella: y fray Rogerio fué sentenciado á cárcel, y mandado á los frailes no siguiesen su doctrina, antes la rechazasen como reprobada por la Orden: asimismo escribió el General á Nicolás III, rogándole interpusiese su autoridad para lograr el abandono de doctrina tan peligrosa (8). Sobre que ningún autor contemporáneo á Bacón habla de esta condena, ni Bacón en sus obras hace la más mínima alusión á las persecusiones que dicen padeció, el texto mismo del cronista indica que no eran sospechas de nigromancia las que influyeron en el ánimo del General, ni reprobó los experimentos científicos de Bacón, sino las novedades teológicas de su doctrina. Tampoco se sabe que la condena de la Santa Sede viniese á confirmar los recelos de Jerónimo de Áscoli, ni que cuando éste ciñó la tiara con nombre de Nicolás IV hiciese algo en contra de fray Rogerio ó de sus escritos. La

única queja que se encuentra en Bacón — anterior por cierto á la supuesta condena de Nicolás III — es la que exala en el *Opus tertium*, indicando á Clemente IV que hacía diez años estaba privado de enseñar, y que al recibir su mandato sintió un regocijo — « como el de Cicerón cuando fué llamado del destierro ». — Que el espíritu de su época ocasionase contrariedades á Bacón, es cosa natural : inevitable que su franca cruzada contra los métodos de enseñanza en favor entonces le atrajese emulación y odios de los demás doctores, y si se toma en cuenta el carácter y estado de Rogerio Bacón, la índole de sus ocupaciones y el tiempo en que vivió, todavía sorprende cómo pudo escribir sosegadamente numerosísimos libros, tener ayudantes, discípulos, copistas, aparatos, y acabar en paz sus días.

Al considerar la obra científica de Rogerio Bacón, pasma su variedad y magnitud. Hombres hay que ganaron fama inmortal con una invención ó solamente con aplicar ó perfeccionar un descubrimiento ajeno. Bacón derramó descubrimientos é invenciones, como su compatriota Buckingham las perlas que recamaban su ropaje, con regia largueza. En otros escritores tenemos por presentimiento é intuición asombrosa haber pronosticado algún adelanto de la Edad moderna: Bacón anunció casi todos los que la enorgullecen y honran. Al hablar de instrumentos para navegar en mares ó ríos con grandes naves, rigiéndolas un solo hombre y con mayor velocidad que si fuesen llenas de remeros; de carros que caminasen con inconcebible rapidez sin que tirase de ellos animal alguno (9), sienta el principio racional del empleo de las fuerzas naturales latentes por el arte, á que obedece el descubrimiento del vapor; al decir que existía un artefacto

chico y utilísimo para levantar pesos enormes, otro para recorrer el fondo de los mares sin peligro de ahogarse, un artificio por medio del cual un hombre sentado, moviendo con un resorte ciertas alas, viaja por el aire como un pájaro, un medio de arrojar puentes sobre el río más ancho sin necesidad de pilastras ni estribos, señala bien claramente la palanca, la escafandra del buzo, los globos aerostáticos, el puente colgante (10). Y es lo más singular que de todas estas novedades peregrinas, dice hablar por experiencia, excepto del artificio para volar, que declara no haber visto, aunque conoce al sabio que lo inventó (11): probablemente éste sería él mismo. Ni demuestra con menos precisión poseer el secreto de la linterna mágica y del planisferio semoviente; pero sobre todo en óptica, es prodigiosa la riqueza de nuevos puntos de vista y conocimientos que revela. No sólo explica con exactitud las leyes de la visión, la anatomía del ojo, y ahonda los efectos de la reflexión y refracción, la catóptrica y la dióptrica, sino que describe la naturaleza y propiedades de los vidrios cóncavos y convexos, su aplicación á la lectura y observaciones de objetos lejanos; el aumento de tamaño producido por la lente, con la cual dijo que podían construirse anteojos que diesen á un niño dimensiones gigantescas, y aproximasen á nosotros los astros, y leer á gran distancia menudísimos caracteres; anunciando así el telescopio y el microscopio (12), como anunció las dos grandes aplicaciones del vapor. Estudia los fenómenos del arco iris, los halos, los anillos ó zonas coloreadas del sol, los matices diversos de que se tiñen las nubes, la polarización de la luz por el prisma, el orden de los colores en las superficies estriadas; observa los fenómenos tan misteriosos hoy como entonces del magnetismo

netismo, la atracción del imán para el hierro, la afinidad química del ácido y la base, el foco de calor solar que concentra la lente, la teoría de los espejos ustorios, las reglas de la perspectiva, la causa de la titilación de las estrellas fijas; y en términos precisos da la receta del más célebre quizá de sus inventos, la pólvora, que, lejos de considerar mero pasatiempo químico, apreció en toda su importancia y resultados, describiendo con gran energía los truenos y rayos artificiales más terribles que los naturales, la explosión y detonación poderosa causada por pequeñísima cantidad, y el estrago que á más altas dosis podria causar en ciudades y ejércitos (13): he aquí la fórmula cabalística, encaminada á recatarla del vulgo: — *Sal petræ Luru Vopo Can Utriet sulphuris, et sic facies tonitruum et coruscationem si scias artificium* (14). ¿No es cierto que tantos inventos, tantas maravillas realizadas por un solo hombre á pesar de circunstancias y tiempos, son la más interesante y extraña leyenda que encierra el siglo XIII? ¿Es mucho que los sencillos contemporáneos de Bacón le tuviesen por mago y le llamasen *doctor admirabilis* (doctor admirable), si nosotros hoy apenas concebimos cómo alcanzó vida ni inteligencia humana para tales investigaciones, y nos damos á pensar si la naturaleza, enamorada del prodigioso fraile, alzó para él el velo que cubre sus acciones, fuerzas y leyes? Cuando vemos á Harveo, á Realdo Colombo y á Miguel Servet disputarse al través de los siglos el descubrimiento del curso de la sangre, á Claudio Bernard colocado entre los escogidos de la ciencia por sólo haber estudiado con todos los recursos de la investigación moderna las funciones de una víscera, no podemos menos de calcular cuántos pudieran hartarse con las

migajas de la mesa de Rogerio Bacón. Aun nos falta referir los más atrevidos y gloriosos vuelos de su pensamiento científico.

Juegos y ensayos de éste fueron el idear un método abreviado de enseñar los idiomas, y un sistema completo de higiene y *macrobiótica* ó prolongación de la existencia humana; el demostrar los errores del calendario Juliano, hacer un nuevo cómputo rectificado y proponer el primero la corrección que después se llamó Gregoriana por haberse cumplido en 1582 bajo Gregorio XIII; el anticiparse á Copérnico en señalar los lados flacos del sistema de Tolomeo, el escribir el primer tratado de paleografía griega que el Occidente produjo. Mas si Bacón vale tanto como omnisciente, como pensador todavía más. Dos clases de genios científicos hay: el de la invención y el del método: el que descubre hechos, leyes y causas, y el que señala camino para descubrirlas; en Bacón se reunieron ambos, y si fué inventor egregio, fué metodólogo incomparable; fué el Colón de los países nuevos que habían de explorar las venideras generaciones. Cuando la ciencia positiva se construía *á priori* y por el patrón ideal de las categorías lógicas se cortaba ó, mejor diré, se mutilaba y reducía á la impotencia, Bacón le dió método propio, definitivo y único: la observación, la inducción y la experiencia; pero la experiencia filosófica, que no se contenta con observar los fenómenos sino que los provoca y reproduce para conocer sus leyes. — « Los argumentos — decía Bacón cansado de las estériles disputas que germinaban como malas hierbas en el campo de la escolástica — no resuelven las dudas, ni hacen que repose el espíritu en la intuición de la verdad (15). » — Á fin de dar dirección provechosa á los estudios, ideó Bacón vasto plan de re-

forma científica : tal es el objeto que se propone en el *Opus majus*. Señala cuatro obstáculos al conocimiento : la demasiada sumisión á las opiniones humanas; el conceder autoridad á la costumbre; el temor de irritar ó escandalizar al vulgo; el empeño de ocultar la ignorancia bajo engañosas apariencias de sabiduría : para removerlos, recomienda el maduro examen de cuantas afirmaciones científicas se pronuncien, el no ruborizarse de ignorar, el huir del orgullo ilustrado de los doctos, y, para abrir más fecundo campo á la actividad intelectual, preconiza la utilidad del estudio de las lenguas orientales, hebreo, griego, caldeo, siriaco, árabe, que él poseía tan á fondo, y sin las cuales — aseguraba sentando un principio que ha confirmado la exégesis moderna — no pueden los estudiosos adquirir ciencia divina ni humana, porque las obras de los archifilósofos y las Escrituras están vertidas del griego, del hebreo, del árabe, pero imperfectamente; los traductores latinos desconocen el genio y las arcanidades de las lenguas que manejan, y no es fácil transportar á un idioma la energía y nervio que poseen ciertas expresiones de otros. Encarece la necesidad de las matemáticas aplicadas no solamente á la medicina, á las investigaciones astronómicas y geográficas, sino á las ciencias mentales y hasta á la teología, en concepto de disciplina intelectual que vigoriza y prepara el entendimiento; y piensa que el descuido de las matemáticas trae la decadencia científica de los latinos, causando ignorancia, tanto más funesta, cuanto que quien la padece no la nota, ni quiere remediarla. Asimismo demuestra la necesidad de la cronología y astronomía para la interpretación de la Biblia, censurando amargamente la ligereza con que se arrojan las gentes á estudiar teología

ciencia la más alta de todos, sin conocer ni los elementos de las restantes. Por desarraigar este espíritu de superficial rutina, combate Bacón al ídolo de las aulas, á Aristóteles, cuyo mérito no negaba, pero al cual no quería ver tenido por autoridad infalible hasta en las ciencias físicas, donde al par de aciertos loables, atendida su época, incurre en tan groseros errores causando su nefasta influencia los extravíos de sus partidarios respecto del mundo sensible, haciendo que dedujesen lo particular de lo general, y sustituyesen á la realidad de las cosas el hueco sonido de los nombres.

Si fray Rogerio se adelanta en todo á su edad, es natural que como nadie en ella formule la idea del progreso, y distinga más claramente que otro filósofo alguno lo que faltaba á la civilización antigua y lo que había de dar de sí la venidera. No se extinguió ciertamente en la Edad media la idea del progreso, puesto que Hugo de San Víctor, y el divo Tomás, la proclaman ley universal de las cosas : según el águila de Aquino, el Evangelio es lo sumo de toda la revelación divina, pero en su inteligencia hay un progreso indefinido y continuo. Mas el genio de Bacón comprende el poder del método experimental : demuéstralo con sus experiencias y descubrimientos : y en el conjunto de sus resultados ve la condición de un progreso científico que no nos es dado limitar (16). Comparemos la idea del progreso, tal cual la conciben las firmes inteligencias de Rogerio Bacón y santo Tomás, con la palingenesia mística de Amalrico de Chartres y los fanáticos del Evangelio eterno, y observaremos que las separa la misma distancia que divide hoy, por ejemplo, las investigaciones serias y positivas de los Mayer, Faraday y Secchi, de algunas hipó-

tesis transformistas de Hæckel ó de ciertos sueños humanitarios y altruistas de Comte.

Preténdese que Bacón bebió su ciencia en fuentes semítico-hispanas, y que así como Gerberto huyó de su monasterio y se vino á aprender de los sarracenos cordobeses, fray Rogerio viajó por España antes de profesar, empapándose en la prodigiosa cultura físico-matemática de los árabes, y en su lengua, así como en la hebrea y caldea. No cabe dudar que Bacón conoció á los árabes; á Avicena y Averroes estudió á fondo; una cita de sus obras demuestra que había leído también la óptica de Alhazén, aquel físico cuyo genio descubrió la refracción atmosférica, la rarefacción del aire á medida que se eleva, la proporción entre la rapidez de la caída de un cuerpo y el espacio recorrido, las densidades relativas, la teoría del centro de gravedad, la atracción capilar. Asimismo pudo tomar su receta de la pólvora de los moros españoles, que hacía un siglo la poseían; pero en suma, Bacón precisó su valer y efectos científicos; y en cuanto á los sorprendentes resultados que logró en óptica, la autoridad de Humboldt nos valga para creer que no los debe á Alhazén, ni á Tolomeo, sino á sus propias observaciones. Por otra parte, ningún genio, aun el inventivo, nace sin semilla ni antecesores: pero al apropiarse la médula y sustancia de la sabiduría antigua, le imprime su propio sello. Bacón no desdeñó ninguna fuente de conocimiento, ni la árabe ni la pagana: sabemos cuán versado era en la lengua griega; harto debió dominar á Aristóteles, puesto que señaló los defectos y omisiones de sus traductores; profundizó la retórica, las letras humanas, la poesía; se graduó en ambos derechos, aprendió de medicina cuanto se sabía en su época. No se necesitaba menos para

atesorar aquella copia casi universal de noticias y luces, vasto conjunto que organiza y fecunda el gran principio de la experiencia.

Tienen su hado los hombres extraordinarios: quiere á veces el destino negarles el puesto que legítimamente les corresponde, ó dejar que otros se lo usurpen. Con Rogerio Bacón cometió este linaje de injusticias la posteridad; su homónimo, el canciller Bacón de Verulamio, le arrebata tiempo ha la gloria de haber fundado el método experimental; contribuyen á ello varias causas: Bacón de Verulamio es del Renacimiento, fray Rogerio de la Edad media; Bacón de Verulamio es laico, fray Rogerio viste sayal, y hay mucha gente que niega al sayal y á la Edad media el agua y el fuego y fulmina sobre ambos anatema científico. Á no ser por éstas que podemos llamar preocupaciones congénitas del espíritu moderno ¿cabría que un compatriota de los dos Bacón, hombre que tiene también lugar señalado en la historia científica (17) asegurase no ha mucho que la Edad media, doblegada ante la autoridad eclesiástica, no vislumbró siquiera la idea de una ciencia independiente y racional, y que son los árabes, los moros sobre todo, quienes encienden en aquellas tinieblas la antorcha de la investigación metódica y libre? Si esto afirma un inglés, que por los estudios á que se dedicó debiera profesar el culto de Rogerio Bacón, ¿qué dirán los moros mismos? Mas dejando á un lado injusticias que dicta el empeño de exclaustrar y laicizar á toda costa la historia de la ciencia, observemos cómo aun en su tentativa de revolución intelectual, no se halló solo Bacón en la noche de la Edad media, sino que le acompañó el divino poeta, protestando del vano formulismo de las escuelas, atacando los abusos del silogismo,

recomendando la observación de los hechos : coincidencia que no cede en mengua de la perspicacia de fray Rogerio, porque este acuerdo del arte y de la ciencia que por tan diversos caminos llegan á encontrarse en un mismo punto es prenda segura del acierto de ambos, y signo de los tiempos. En la cadena de pensadores que se suceden proponiendo con más ó menos tino la reforma intelectual — Gerson, Erasmo, Ramus, Luis Vives, Bacón de Verulamio, Leibnicio, Cartesio, Feijoo, Spéncer — Rogerio es el primer eslabón : y ¡notable caso! el fraile del siglo XIII es también quizá el que más se mantiene en los límites de la ciencia pura, de la ciencia positiva tal cual hoy la entendemos, sin ladearse hacia el dogmatismo ni hacia el criticismo, tomando el método experimental por lo que realmente es : un instrumento, un camino, no un sistema afirmativo ó negativo; un medio y no un fin. Acaso con más razón que Bacón de Verulamio pudiera Vives aspirar al título de fundador del método experimental, por la sagacidad con que definió la inducción y la experiencia; pero á uno y otro precede en la historia, y en el pensamiento fray Rogerio. ¿Cómo hubiera podido Bacón de Verulamio idear aquella sabia teoría de las tres tablas de presencia, ausencia y grado, verdadera norma de la moderna experimentación, si no le hubiese abierto camino fray Rogerio con sus aplicaciones de la matemática á toda ciencia? ¿Quién no reconoce en los *ídolos* del canciller la clasificación de los obstáculos al conocimiento, hecha por su antecesor? En fertilidad de ingenio no pueden compararse ambos científicos, porque mientras fray Rogerio posee el don de la invención, á Verulamio no se debe ningún invento capital; y por lo que hace al carácter, si Bacón de Verulamio ofrece

triste — y por dicha poco frecuente — ejemplo de la unión de un gran entendimiento á un alma mezquina, y á una existencia manchada por bajezas y prevaricaciones políticas, Rogerio Bacón presenta el hermoso espectáculo del hombre no menos esclavo de sus votos y de su fe que del ideal científico que persigue. Porque en Rogerio Bacón se reunen en noble y simpático consorcio la piedad del religioso y el perenne infatigable ardor del científico. Un escritor protestante (18) rindió homenaje á la ejemplaridad de fray Rogerio, consignando que — « en la Iglesia vivió y murió, y que todo el trabajo de su vida, en ciencia y filosofia, así como su cotidiano ministerio de asistir á los pobres, fué para él sagrado deber ». — En sus propias obras encontramos rasgos que manifiestan la abnegación con que se consagró á la ciencia, abrazándola desinteresada y puramente y viviendo en ese aprendizaje perpetuo que es condición y estado natural del investigador. Cuando envió á Clemente IV sus tres primeros libros, había pasado cuarenta años estudiando sin descanso, desde los días infantiles en que aprendió el alfabeto; y añade que, antes de que entrase en la Orden, maravillábase la gente de su superflua labor; y sin embargo, después de profesar, sepultado en la celda, siguió, con la misma asiduidad que antes en el mundo. — « Pero desde hace veinte años — prosigue — que más especialmente me he dedicado á adquirir sabiduría, abandonando el método vulgar, gasté más de dos mil libras esterlinas con tal objeto, en libros secretos y experimentos varios, y para las lenguas, instrumentos, tablas y cosas del mismo jaez; así como en procurar la amistad de los sabios, y para instruir á mis ayudantes en las lenguas, figuras, números, tablas, instrumentos y otras varias cosas. » —

La procedencia de tanto dinero era lícita : un hermano de Bacón y su rica familia se lo enviaban. En éstos y otros pormenores se advierte la irresistible vocación científica que distingue al sabio verdadero, que no estudia y se desvela por deseo de gloria, de riquezas ó de mando, sino de verdad, de ciencia pura y libre.

Tantos fueron los escritos de Rogerio Bacón, que afirma un autor ser más difícil recoger los títulos de sus obras que los folios de la Sibila. Créese que de muchas de ellas se haya perdido hasta el nombre (19). Poco tiempo hace se descubrió en el Museo Británico el manuscrito de la primera parte de una de las más importantes, la que emprendió para explanar todo lo indicado en el *Opus Majus*, *Opus Minus* y *Opus Tertium*, y desenvolver plena y metódicamente sus ideas acerca de la reforma de la enseñanza y la filosofía en general. ¿Y quién sabe, exclamaremos con Cantú (20), lo que pudiera desentrañarse en sus escritos, si en la época de la reforma religiosa no hubiesen creído los novadores que al progreso de la libertad interesaba quemarlos por ser su autor un fraile? No es exageración decir que en la mente poderosa de Bacón estaban reunidas la Enciclopedia y el *Novum Organum* del siglo XIII (21).

Merece notarse cómo la filosofía, lo mismo que la arquitectura; las filigranas de la piedra, como las construcciones de la razón, tienen fisonomía nacional. Inglaterra es de los países que más confirman esta regla; el carácter práctico de la ciencia inglesa se indica ya en aquel rey Alfredo, que entre metafísica y poesía inventaba las linternas y el reloj de cirios para medir el tiempo (22). En el siglo XIII, y en la Universidad de Oxford, dieron los franciscanos á Inglaterra tres de sus filósofos más profundos y originales, Ockam,

Dunsio Escoto y Rogerio Bacón; y aunque en todos ellos — hasta en el idealista y refinado Escoto — se advierte la marca de nacionalidad, ninguno como Bacón da la nota verdadera del genio inglés, esa sólida filosofía experimental y terrestre, informada por un templado empirismo, inclinada á la observación de los hechos, cual la de Alemania á la especulación y á los sistemas *a priori*, que brinda al entendimiento (según el consejo de Bacón de Verulamio) más plomo que alas; filosofía religiosa en su modestia, porque aspira, como aspiró el pío Newton, á conocer á Dios por su sabiduría y por la admirable estructura de las cosas, *per optimas rerum structuras*. Hoy este matiz serio de la filosofía inglesa vino á convertirse, al prescindir del concepto religioso y caer bajo el dominio del positivismo, en marcado color dogmático (23). Escuela de la experiencia pura, el positivismo se declara procedente de Bacón de Verulamio, cuyos aforismos le sirven de principios: admitidas ciertas restricciones, no negaremos que arranca también de Rogerio Bacón. Si el positivismo es consecuente con su genealogía, podrá tener por inaccesible á los medios de comprobación científica de que disponemos hoy la existencia de lo absoluto y de lo infinito; pero se guardará de declararlo nulo ó no existente, antes verá tan clara su realidad como su inaccesibilidad. Supuesto que el positivismo se concretase al terreno experimental; que no pronunciase negaciones tan dogmáticas como cualquiera afirmación; que no confundiese lo *desconocido* con lo *incognoscible*; que no hubiese intentado una clasificación estrecha y superficial de los estados del entendimiento, una división arbitraria de las edades de la humanidad, que recuerda los desvaríos del *Evangelio eterno*, una unidad enciclopédica que en vez de

organizar la ciencia la mutila, y desmocha algunas ramas de las más lozanas del gran árbol del conocimiento; que fuese, en suma, escuela modesta de observación y prudencia científica, no tendría Rogerio Bacón derecho para renegar de su progenitura.

Es de creer que Bacón formó dentro de su patria y de su Orden escuela de ciencia experimental, y que no fué estéril su ejemplo. Ingleses son todos los franciscanos que encontramos dedicados en aquella época al estudio de la naturaleza: Tomás Bongey, á quien el pueblo creyó asociado con el diablo, y del cual nos queda la fama tradicional, pero no las obras; el jovencillo Juan, que no ignoró ninguno de los grandes descubrimientos de su maestro; Pécam, que tan detenidas investigaciones consagró á la naturaleza; Bartolomé Ánglico, el autor de la obra *De proprietatibus rerum*. Todos se encendieron y calentaron á la luz de aquel sol de ciencia, de aquel fraile á quien Humboldt llama la aparición más grande de la Edad media, Voltaire, oro incrustado en la escoria de su siglo, Pico de la Mirándola, fénix de los ingenios, y á quien, con mayor razón que á Verulamio, pudieran la ciencia de hoy y la ciencia positiva de siempre llamar *dux et auctor*. Á nadie sorprenda el impulso científico que recibió la Orden Franciscana, porque no riñen los estudios experimentales y la mística, antes concuerdan: en fray Rogerio, por ejemplo, no es difícil encontrar los elementos místicos que indicó un reciente y afamado historiador de la Filosofía (24): Bacón puso por moderadora de la experiencia externa y de las concepciones racionales la experiencia interna, que se funda y descansa en el comercio del alma con Dios.

Al despedirnos de la admirable figura científica del siglo XIII, en cuya frente esplende la estrella matutina,

no podemos menos de repetir las palabras de Saisset (25) : — « Sin duda que es bello ser un santo Tomás, representar un gran siglo, darle voz majestuosa largo tiempo escuchada; pero es privilegio más grande todavía, y ciertamente más peligroso, el de combatir las preocupaciones de su época, á costa de la propia libertad y del propio descanso, y hacerse, por un milagro de inteligencia, contemporáneo de los genios futuros ».

NOTAS.

(1) Ozanam, *Dante et la philosophie catholique au XIII^e siècle.*

(2) Alberto de Bollstædt fué llamado el Grande á causa de su ciencia: nació en Suabia, y lo beatificó Gregorio XV en 1622.

(3) Alberto el Grande, *De causis et processu universi.*

(4) « Queremos y mandamos — decía la Epístola — que á despecho del mandato de cualquier Prelado ó de cualquier constitución de tu Orden, no omitas enviarnos, cuanto antes puedas, escrita en letra clara, aquella obra que, constituídos en menor oficio, te pedimos comunicases á nuestro caro hijo Raimundo de León. »

(5) I. S. Brewer publicó *Monumenta Franciscana* y *Fr. Rogerii Bacón opera quædam hactenus inedita.*

(6) *Opus tertium.*

(7) El *Old Hodge Bacon* de Hudibras y el héroe de la *honorable History of friar Bacon and friar Bongay*, es el personaje que logró la sabiduría con ofrecer entregarse al demonio cuando muriese dentro de la iglesia ó fuera de ella, y le engañó yéndose á morir en un agujero del muro de la iglesia... (Morley, *English Writers.*)— He aquí un pasaje de Rogerio Bacón sobre la nulidad de la magia: *De alio vere genere sunt multa miranda, quæ licet in mundo sensibilem utilitatem non habeant, habent tamen spectaculum ineffable sapientia, et possunt applicari ad probationem omnium occultorum, quibus vulgus inexpertum contradicit; et sunt similia attractioni per magnetem. Nam quis crederet hujusmodi attrac-*

tioni nisi videret? Et multa miracula naturæ sunt in hac ferri attractione quæ non sciuntur a vulgo sicut experientia docet sollicitum. Sed plura sunt hæc et majora. Nam similiter per lapidem fit auri attractio, et argenti, et omnium metallorum. Idem lapis curret ad acetum, et plantæ ad invicem et partes animalium, divisæ localiter, naturaliter concurrunt. Et postea quam hujusmodi perspexi, nihil mihi difficile est ad credendum, quando bene considero, nec in divinis, sicut nec in humanis.

(8) *Crónica de los XXIV Generales.*

(9) *Nam instrumenta navigandi possunt fieri sine hominibus remigantibus ut naves maximæ fluviales et marinæ ferantur unico homine regente, maiori velocitate quam si plenæ essent hominibus. Item currus possunt fieri ut sine animali moveantur cum impetu incæstimabili.* (*Epistola Fratris Rogerii Baconis, de Operibus artis et naturæ et de nullitate magiæ.*)

(10) *Item instrumentum, parvum in quantitate, ad elevandum et deprimendum pondera quasi infinita, quo nihil utilius est in casu. Possunt etiam instrumenta fieri ambulandi in mari, vel fluminibus, usque ad fundum absque periculo corporali. Et infinita quasi talia fieri possunt, ut pontes ultra flumina sine columna vel aliquo sustentaculo, et machinationes, et ingenia maudita.* (Ibid.)

(11) *Hæc autem facta sunt antiquitus et nostris temporibus facta sunt, ut certum est; nisi sit instrumentum volandi quod non vidi, nec hominem qui vidisset cognovi, sed sapientem qui hoc artificium excogitavit explere cogno[illegible]o.* (Ibid.)

(12) *De visione fracta majora sunt. Nam de facili patet per canones supradictos, quod maxima possunt apparere minima, et e contra; et longe distantia videbuntur propinquissime, et e converso. Nam possumus sic figurare perspicua, et taliter ea ordinare respectu nostri visus et rerum, quod frangentur radii et flectentur quorsuscumque volverimus, et ut, sub quocumque angulo voluerimus, videbimus rem prope vel longe. Et sic ex incredibili distantia legeremus litteras minutissimas, et pulveres ac arenas numerare remus.* (Opus Majus.)

(13) *Sont velut tonitrua possunt fieri, et coruscationes in aere, immo maiori horrore quam illa quæ fiunt per naturam, nam modica materia adaptada, scilicet ad quantitatem unius pollicis, sonum facit horribilem et coruscationem ostendit vehementem; et hoc fit multis modis, quibus omnis civitas, et exercitus destruatur.*

(14) Parece que las enigmáticas palabras escritas con mayúscula significan *carbonum pulvere.*

(15) *Scientia experimentalis, a vulgo studentium penitus neglecta; duo tamen sunt modi cognoscendi, scilicet per argumentum et experientiam. Sine experientia nihil sufficienter sciri potest. Argumentum concludit, sed non certificat neque semovet dubitationem, ut quiescat animus in intuitu veritatis, nisi eam invenit vi experientiæ.* (Opus Majus.)

(16) Ludovic Carrau, *La philosophie de l'histoire et la loi du progrès.* De este modo expresa Bacón su creencia en el progreso científico: — « Aristóteles y sus compañeros debieron ignorar multitud de verdades físicas y propiedades naturales; hoy mismo ignoran los sabios muchas cosas que mañana sabrá el más ínfimo estudiante. Siempre los últimos que llegan añaden algo á las obras de sus predecesores y rectifican muchos errores: no hay que atenerse, pues, á lo que oímos ó leemos, sino examinar las obras de los antiguos para añadirles lo que les falte, corregirlos donde yerren, y esto siempre con modestia é indulgencia. » (*Opus Majus.*)

(17) Tyndal, *Address delivered before the British Association assembled at Belfast.*

(18) Morley, *op. cit.*

(19) He aquí los nombres de algunas: *Compendium doctrinæ Theologicæ*, 4 t. — *De utilitate scientiarum et de causis ignorantiæ humanæ*, 11 libros dedicados á Clemente IV. — *Gramática griega, hebrea y caldea*, 2 t. — *De communibus naturalis Philosophiæ*, 4 t. — *De retardatione senectutis et regimine senum*, 2 t. — *De Philosophia naturali*, 8 t. — *De concionibus*, un tomo. — *De locis sacris*, un tomo. — *Sobre los sentenciarios del Maestro*, 4 t. — Hasta 86 mas de *medicina, matemáticas, astrología*, etc. — *Un calendario co-*

rtegido. — *De studio Theologiæ*. — El *Opus majus* abarcaba todo el conjunto de las ciencias físicas tal cual se comprendían entonces : del *Opus minus*, que era como comentario y reseña del *Opus majus*, no se conserva hoy desgraciadamente sino un fragmento de manuscrito medio quemado y sin principio ni fin. El *Opus tertium* servía de preámbulo á ambos.

(20) *Historia Universal*.

(21) Whewell.

(22) Gallibert et Pellé, *L'Angleterre*.

(23) P. Janet, *Un historien de la philosophie anglaise*.

(24) El Ilmo. obispo de Córdoba, fray Cefetino González.

(25) *Précurseurs et disciples de Descartes*.

CAPÍTULO XVI.

LOS FILÓSOFOS FRANCISCANOS.

Origen de la filosofía cristiana. — Fusión con la pagana. — Tentativas enciclopédicas : las Sumas. — Período de la escolástica. — Siglo de oro. — Papel que desempeñó la Iglesia en el renacimiento filosófico. — Vindicación de la escolástica : su riqueza, variedad, originalidad y amplitud. — Principales direcciones de la escolástica. — Fórmase la filosofía mística en la Orden Franciscana. — Condición práctica de la mística. — San Antonio de Padua. — Aristóteles y Platón en la Edad media. — Los universales. — Decadencia escolástica. — Alejandro de Hales. — Adán de Marisco. — Filósofos franciscanos secundarios de Oxford y París. — El acto sorbónico. — El Seráfico Doctor san Buenaventura. — Su historia. — Sus teorías místicas y estéticas. — Duns Escoto. — Comparación con santo Tomás. — Doctrinas de Escoto. — De cómo Escoto completa á san Buenaventura. — La Inmaculada Concepción. — Ockam y el nominalismo. — El mártir Raimundo Lulio. — Sus aventuras, escritos y trabajos. — Estado presente de la escolástica. — Breves reflexiones.

. . . . . .

Me place que enseñes á los frailes la santa Teología, pero de tal manera que el espíritu de la santa oración no se extinga en vosotros.

. . . . . .

(San Francisco de Asís, al conferir á san Antonio de Padua la facultad de enseñar.)

Entre el gran Doctor de la Iglesia de África y los no menos insignes del siglo XIII; entre la filosofía patrística y la escolástica, se extiende el largo ocaso intelectual causado por las inva-

siónes de germanos y sarracenos y la difícil y laboriosa constitución de la sociedad nueva. Robusto era en demasía, no obstante, el árbol del pensamiento cristiano, y sobrado lozana y copiosa su primera flor, para que la helara del todo la barbarie. Á la sombra bienhechora de árbol tan fecundo se cobijaron juntamente las reliquias de lo pasado y las esperanzas del porvenir : si á los discípulos de Agustín repugnaba la memoria de la metafísica pagana, la escuela catequística de Alejandría inicia la conciliación de la antigua ciencia con el entonces joven Cristianismo, subordinando la razón á la fe, pero concediendo á ésta aptitud para el conocimiento mediato de la verdad (1). Así se anunciaban desde el origen mismo de la filosofía cristiana, las dos tendencias, mística y dogmática, destinadas á compartir su cetro.

Desde la centuria V á la VIII, la tradición filosófica vegeta trabajosa y difícilmente ; mas al cabo, de tiempo en tiempo, da indicios de su vida algún aislado brote. En el VI siglo dos hombres, si por las creencias cristianos, paganos todavía por la cultura que conservan y atesoran, Casiodoro y Boecio, vierten y extractan en lengua latina obras de los dos archifilósofos griegos, Platón y Aristóteles, mostrando cómo el oro que sus sistemas contienen, puede el Cristianismo beneficiarlo, dejando á la idolatría la escoria y los errores. Boecio enlaza la antigüedad con la Edad media; ayúdale Casiodoro; y ambos aplican el principio sentado ya por los Padres de la Iglesia, que en las especulaciones de los pensadores helenos distinguían fragmentos de dispersas verdades, remota participación del Verbo eterno (2). Al amparo de la religión habrá pues de renacer la filosofía, trayéndola de mano los Padres de la Iglesia deseosos de cimentar y corrobo-

rar racionalmente la doctrina revelada, que defendida por vigorosos apologistas, y vencedora, pedía organizarse y adquirir carácter de enseñanza científica. De otra parte, los poderes civiles aspiraban á salvar los flotantes despojos del naufragio de Roma. Teodorico lo intenta ya; pero á Carlomagno pertenece el glorioso título de fundar aquellas *scholæ* que dieron nombre á la filosofía de la Edad media, y de descubrir en Parma á Alcuino, precursor de la cohorte escolástica : por eso no sin razón se atribuye á Carlomagno el renacimiento científico, y se considera que la figura del héroe carlovingio abre la Edad media propiamente dicha, y que su fuerte brazo no sólo establece el orden civil, sino también el progreso intelectual.

Reciente y vacilante aún la luz de los estudios, buscó abrigo en la Iglesia. Las escuelas se acogen á las sedes episcopales, á las abadías y los claustros; sólo allí pudieran hallar regentes, maestros y discípulos. Ni es sólo protección lo que solicita de la Iglesia la ciencia : es base, campo, itinerario, autoridad dogmática, tradiciones, cimientos en que estribe, asuntos en que ejercitar su actividad juvenil. Y ninguno más digno que los dogmas de la fe. Enorgullécese la ciencia de la alta misión que le compete : desenvolver, analizar, sistematizar el Cristianismo, dar forma filosófica á la religión. Tal era en sus comienzos la elevada aspiración, la tendencia de la escolástica, por donde con acierto opina un moderno pensador (3) que su lema se contiene en la siguiente frase de Escoto Erigena : — « No hay dos ciencias, filosófica la una, y religiosa la otra : la verdadera filosofía es religión, la verdadera religión filosofía ».

Extendida y regularizada gradualmente la enseñanza eclesiástica, que al pronto adoleció de falta de medios,

fué á su vez la teología fortificándose y sujetándose á reglas. Á excepción quizá de Escoto Erigena, atienden más los primitivos escolásticos á fijar métodos, que á innovar sistemas. De suerte que la escolástica se anuncia como filosofía metódica, categórica, álgebra intelectual encaminada á probar—hasta donde cabe—la fe, por medio de argumentos racionales: empresa para la cual el genio dialéctico del Estagirita ofreció á los nuevos obreros de la ciencia un instrumento admirable, el silogismo, hacha de tres cortes, que de puro afilada vino, andando el tiempo, á rompérseles en las manos (4). En el *Organum* aristotélico, así como en las especulaciones de san Agustín, se formó la escolástica naciente: y no fué la tradición pagana único elemento extracristiano que entró á componer el cuerpo filosófico: los árabes contribuyeron por su parte con traducciones y comentarios de Aristóteles, nociones de *química, cosmografía, astronomía, libros* de Avicena, Averroes y Algazel; y acaso, entre las aguas de esta fuente semítica vienen algunas gotas de los lejanos manantiales indios, como la idea bramánica del intelecto uno, comunicada por Averroes, y tan influyente en el panteísmo medioeval.

Pero no se contenta la escolástica con ofrecer método lógico más ó menos perfecto: mayores intentos, propósitos más vastos la animan: quiere concertar en armonioso conjunto toda ciencia humana, bajo la ley de suprema unidad, la palabra divina. De conato tan gigantesco dan indicio las obras capitales de los pensadores escolásticos, esas *Sumas* donde se reunen cuantos conocimientos abarca la mente, y se estudia á la vez el mundo sensible y el inteligible, la naturaleza, el hombre y Dios, bien como en las catedrales góticas se hallan comprendidos todos los aspectos de la vida

material y espiritual, desde la fosa que guarda los cadáveres, hasta el sagrario que encierra la Eucaristía. Alejandro de Hales, Alberto el Grande, san Buenaventura, santo Tomás, Dunsio Escoto, emprenden unos tras otros la labor colosal, y ruedan, con sus manos de titanes, el peñasco de la *Suma;* ni aun los cultivadores de ciencias positivas, Rogerio Bacón, Vicente de Beauvais, se eximen de la tendencia enciclopédica y unitaria. El abanderado de la legión escolástica, el *Maestro de las Sentencias*, primer doctor en la célebre Universidad parisiense, es ya un compilador, que pretende condensar en su obra toda la nata y médula de la filosofía pagana. Á pesar de los defectos y omisiones de Pedro Lombardo, pasa por jefe y modelo de la escuela; tal éxito logró, que sus libros eran manual de los teólogos, sus comentadores se contaron por cientos, figurando entre ellos santo Tomás y san Buenaventura, y hasta no faltó quien pusiese en verso sus escritos: valiéndole tan extraordinario favor — sin duda alguna — la tentativa enciclopédica, que le encumbró sobre pensadores que en originalidad le vencen, pero andan menos acordes con su época: Lanfranco, Berengario é Hildeberto de Tours, san Anselmo.

Cuatro períodos pueden considerarse en el desenvolvimiento escolástico: el incipiente, que comienza con Carlomagno, ó mejor con Erigena, para terminar á mediados del siglo XI; el de incremento, en que se discute la cuestión de *universales*, de mediados del XI al XII; el de perfección, que comprende el XIII y parte del XIV hasta Ockam; el de decadencia, que arranca de Ockam y dura hasta mediados del XV (5). Siglo de oro de la escolástica es, pues, el XIII, y la filosofía de la Edad media alcanza en él su apogeo, como lo al-

canzó el arte. En la bienhadada centuria décimotercera, y á principios de la siguiente, santo Tomás concibe su vasto sistema, donde al par de la ciencia teológica se desenvuelven las jurídicas y políticas; san Buenaventura hermosea y ensancha el horizonte místico; Escoto sube la dialéctica y el análisis á sus esferas más altas y sutiles; Alberto Magno cifra y compendia toda erudición; Rogerio Bacón funda el método experimental; Dante expone las más arcanas doctrinas teológicas bajo el velo singular de sus versos. Primer motor de impulso tan glorioso fué la Iglesia. Inocencio III es pensador y elegante escritor ascético; Urbano IV dispone que, de sobremesa, los cardenales se entretengan en debatir cuestiones filosóficas; Clemente IV defiende y promueve los trabajos científicos de Rogerio Bacón; Inocencio III y Juan XXI se distinguen en concepto de metafísicos y lógicos. Período de admirable concordia entre la razón y la fe: al pronto la teología domina á las demás ciencias, y de ellas es respetuosamente servida: luego camina abrazada fraternalmente con la metafísica; tiempo vendrá en que, hallándola fuerte y capaz de andar sola, la deje ir por su pie, mas sin perderla de vista (6).

Con ser la escolástica tan potente y grandiosa manifestación del entendimiento humano, no se libró de verse envuelta en el desprecio general que presuntuosos é inconsiderados críticos atrajeron á la Edad media; desprecio del cual la redimen hoy tantos y tan eruditos estudios, sin conseguir, no obstante, que del todo se disipe el vulgar error y la preocupación en mal hora nacida. De cuantas cosas irreflexivamente se desdeñaron y vilipendiaron en la Edad media, quizás la peor tratada sea la escolástica. Por ignorarla la injuriaron, y con injuriarla, túvose por inútil saberla.

Se falló que sus formas pecaban de pedantescas y bárbaras, su fondo de pueril y vacío, su método de árido y estéril; se juzgó de toda ella por su época decadente y por sus excesos. Mas el descrédito de la escolástica habrá de trocarse en justo loor cuando, mejor conocida, se vea que fué de los períodos filosóficos más varios, ricos y libres que honran á la inteligencia humana. En la escolástica se contienen sistemas diversísimos, sectas más numerosas que todas las griegas, indias y chinas, y raciocinios más osados que los de ningún tiempo (7). Por lo que hace á procedimientos, los escolásticos juntan como nadie el genio analítico y el sintético: hábiles en dividir y distinguir, no lo son menos en organizar; y tocante á originalidad, la escolástica ofrece, no sólo aquellas pepitas de oro de que habló Leibnicio, sino preciosos diamantes. Principal objeción contra la escolástica — sobre todo cuando hubo cundido el espíritu renaciente del siglo XVI — fué la sequedad y rudeza de la forma: como si la lógica de la escuela, tan exacta y matemática, pudiese disolverse en rebuscadas y pomposas frases. Así como el abogado y el retórico no condensan su oración en fórmulas algebraicas, el geómetra no enuncia sus teoremas con arengas ciceronianas, y el que aspira á raciocinar con precisión rigurosa, prescinde de la superfluidades literarias (8). Declara acerca de este punto un testigo de mayor excepción, un escritor á quien podrá negarse todo, menos la galanura y magnificencia del estilo, el águila de Meaux: — « El método, manera didáctica al par que contenciosa de tratar las cuestiones, es bueno siempre que no lo tomemos como fin, sino como medio de progreso. Así opina también santo Tomás » (9). — Y es muy de advertir que alguno de los que más acerbamente increp-

paron á la escolástica, verbigracia Lutero, no se aparta de sus procedimientos, antes los sigue fielmente; y que Alemania, donde se proclamó la Reforma maldiciendo de la barbarie monástica y frailesca, fué justamente el país en que — por natural efecto de su carácter analítico — se perpetuaron hasta nuestros días frases escolásticas, empleadas con doble oscuridad y alambicamiento por los filósofos racionalistas y panteístas de la moderna pléyada. Pasajes hay de Kant que en lo intrincado de la frase se dejan atrás al más laberíntico escrito del siglo XIV : Schopenhauer pudo decir que la filosofía toda de Hegel es *un silogismo cristalizado*.

Y sin embargo, ¡cuánto fortaleció el entendimiento la mañosa gimnasia escolástica! Hasta añadiremos : ¡cuánto enriqueció al idioma! Pobre en terminología filosófica era el latín clásico : la escolástica creó un vocabulario nuevo para la ciencia (10). No hubo filosofía menos estacionaria que la escolástica. Los habitantes del claustro, lejos de sumirse en ociosa apatía, experimentaban fiebre de pensar, ansia de ejercitar su razón : á ruegos de los monjes de su priorato realiza san Anselmo la osada tentativa autodidáctica del *Monologium*. Si la Edad media cultiva los gérmenes sembrados por los padres de la Iglesia, siembra á su vez otros que recogerá la Edad moderna. No son los doctores escolásticos dócil rebaño, como decirse suele; ni en carácter ni en doctrinas se parecen los unos á los otros; todos cuidan de traer elementos propios á la filosofía. Escoto Erigena, notable por su omnisciencia, formula antes que Espinosa la célebre distinción entre *naturaleza naturante* y *naturaleza naturada*, y hace presentir el emanantismo ocasionalista; san Anselmo, el segundo Agustín, da antes

que Cartesio la prueba ontológica de la existencia de Dios, y preludia con más felicidad los arrojos de Fichte, fundando el psicologismo; Abelardo, figura novelesca, genio clásico y culto, temprana aparición de la filosofía laica, anticipa la teoría de la moral independiente y el optimismo leibniciano; Pedro Lombardo fija el método y da forma duradera á la teología; Juan de Salisbury sienta un positivismo intelectual, una especie de doctrina de *lo incognoscible*; Alberto Magno, investigador infatigable, impulsa de modo extraordinario el conocimiento de las cosas sensibles; Godescalco es predestinacionista; nominalistas Roscelino y Ockam; realista Escoto; Bernardo de Chartres y Gilberto Porretano se sumergen en los manantiales platónicos; Guillermo de Conches inicia el criticismo ecléctico; Hugo y Ricardo de San Víctor ilustran el saber con las luces del misticismo ontológico; Amalrico de Chartres formula el panteísmo absoluto; David de Dinanto el materialismo; Enrique Gandavense combate el escepticismo; Egidio Romano profundiza las ciencias político-sociales(11). Si en tan frondosa selva brota maleza de heterodoxia y errores, no olvidemos que la mayor fertilidad, la flor más bella, el más granado fruto de la escolástica se produce en el campo ortodoxo: indicio evidente de su savia cristiana. Pero si la condición general de la escolástica es ortodoxa, no es exclusiva, antes armónica y ecléctica; como que empieza por recoger y enlazar la tradición pagana con la cristiana, aprovechando cuanto aprovecharse merece de la herencia de lo pasado. En el seno de la Iglesia, con su aprobación, viven y especulan genios originales y verdaderamente libres, á la vez que espléndidamente ortodoxos: aquel Durando, obispo de Meaux, pensador tan nuevo para su época,

que pidió la libertad del método; aquel san Anselmo, que usando cual nadie de la razón, nunca llegó al racionalismo; aquel Raimundo Lulio, armonista tan brioso; aquel santo Tomás, que expuso en épocas feudales aun la doctrina del gobierno mixto. Así los escolásticos, unos en la sumisión á la Iglesia, son varios como pensadores y como hombres: ésta es la fecundidad cristiana, el amplio cauce que la supuesta intolerancia de la Edad media abría al pensamiento. Si al mismo tiempo combatió las herejías, pudo gloriarse de no imponer á ningún hereje pena tan afrentosa como la que el sultán de Marruecos hizo sufrir al célebre filósofo Averroes, condenándole á retractarse en el pórtico de la gran mezquita, mientras los creyentes que entraban le escupían al rostro.

Pero así como en los mares todos del globo dominan dos corrientes principales, la del golfo y la polar, en la vasta extensión de la filosofía ortodoxa de la Edad media se señalan dos grandes direcciones, la mística y la dogmática. Direcciones que representan — no estrecha y exclusivamente, sino en general — las órdenes de San Francisco y Santo Domingo. Santo Domingo produce los dogmáticos, San Francisco los místicos: y cuanto pudieran tener de inflexibles y duras las formas escolásticas, que aspiran á convencer el entendimiento, lo compensa con creces la mística, persuadiendo á la voluntad. Sabemos cómo esta abrasada y amante filosofía viene de San Agustín; ya Tertuliano había dicho que la ciencia del Cristianismo consiste en buscar á Dios con corazón sencillo; Lactancio, que el hombre debe aspirar á la verdad y poner su confianza y salvación en la palabra divina, no en la sabiduría humana; no se descuidaron los primeros escolásticos en recoger y atar los hilos de

oro de tan hermosas tradiciones. Alcuino, el precursor de la escuela, declaró que para el cristiano la filosofía verdadera es rectitud de la vida, meditación de la muerte, desprecio y apartamiento del siglo, aspiración á la *patria futura*; *Lanfranco* reprobó las *sutilezas* del silogismo, llamando sabio al que conoce y glorifica á Dios; en Lombardo hay preludios místicos, como son su doctrina del amor, de la bienaventuranza, y del simbolismo de la creación, que refleja á su autor cual un espejo, idea que más tarde desenvolvió tan egregiamente San Buenaventura; Juan de Salisbury profesó que en amar á Dios consiste la esencia de la filosofía; Hugo de San Víctor llegó al misticismo por sendas en cierto modo escépticas, afirmando la inseguridad de la lógica, y que el raciocinio no puede conducir á la certeza incontrovertible. Y es que las vías de la lógica eran *agrias* y *difíciles*, y *muchas almas prefirieron reposar* con San Francisco en los oasis de la contemplación. El cansancio de las inteligencias hartas de disputas, favoreció ocasionalmente el advenimiento de la mística, la cual por ley de su propia naturaleza, había de florecer en la Orden del Santo, que, reprobando la vana ciencia y los sabios presuntuosos, decía á sus discípulos : — « En el día de la tribulación se hallarán esas gentes con las manos vacías. Quisiera yo que trabajasen en confirmarse en la virtud, á fin de que en las horas de prueba tuviesen al Señor consigo. Pues día vendrá en que por inútiles se arrojen los libros de las ventanas, ó á oscuros rincones. No solicito que mis hermanos sean curiosos de ciencia y libros; lo que pido es que se funden en la santa humildad, en la oración y en la pobreza, nuestra reina y señora. Sólo éste es seguro camino para su salvación y edificación del prójimo, porque llamados están á

seguir é imitar á Cristo (12). » — Y como en cierta ocasión le preguntasen si tenía por bueno que los hombres de ciencia ya recibidos en la Orden continuaran estudiando la Santa Escritura, los Padres y la teología — « Pláceme, contestó, con tal que á ejemplo de Cristo, que más se daba á la oración que á la lectura, no descuiden esos frailes el rezar, y estudien, no tanto para saber cómo han de producirse, cuanto para poner en práctica y hacer practicar á los demás lo que han aprendido (13). » — Palabras que formulan claramente la distinción de la dogmática y la mística, y su diferente objeto : aquélla teórica y racional; ésta positiva. Mas no existe entre ambas antagonismo, antes se completan : si la dogmática es la razón pura de la Edad media, la mística es su razón práctica: corresponde la una á la ciencia, la otra á la vida, y no las separa la funesta y mortal antinomia que puso entre la razón especulativa y la práctica el filósofo de Konisberg. Al través de las enseñanzas del Santo de Asís parece como que se ve alborear el incomparable libro, digno de llamarse *Suma* de la mística; libro todo empapado en espíritu franciscano, la *Imitación de Cristo*, donde el fiel asciende, — como Dante por los círculos del mundo suprasensible, — de la vida purgativa á la iluminativa, y de ésta, con poderoso socorro de la gracia, á la unitiva, nombrada por santa Teresa *beso de la boca de Dios*. No es mucho que el autor de la *Imitación* — sea él quien fuere (14) — diga con frecuencia en apoyo de sus máximas : « Así habla el humilde Francisco ».

Nadie deduzca de las doctrinas de san Francisco sobre estudios, que fuese el misticismo escuela de ignorancia. El misticismo, al parecer, sencillo y humilde, es realmente el fin de la sabiduría, el más allá

de la ciencia: cuando Jacopone de Todi, el poeta místico, adopta las formas candorosas ó groseras del pueblo, ya se deja atrás á Platón y á Aristóteles, á los retóricos y á los teólogos: apártase de ellos, no porque no los conozca, no porque no haya dedicado diez años de su vida á profundizarlos, sino porque no le satisfacen, no llenan el vacío incommensurable de su alma. Ni la orden de Menores hizo nunca profesión de despreciar ó proscribir el estudio: al contrario: las dos escuelas más famosas de la Edad media en ciencias filosóficas son París y Oxford: en la primera, alma madre de doctores franciscanos, veremos brillar con claridad vivísima á Alejandro de Hales, Nicolás de Lira, Mairón, san Buenaventura; la segunda, franciscana casi exclusivamente, la ilustran Escoto, Ockam, Rogerio Bacón, por no nombrar á otras lumbreras.

Con todo, es evidente lo que ya queda advertido, á saber: que caracterizan á la filosofía mística miras prácticas y positivas. Acostumbraba san Francisco predicar sin desplegar los labios, haciendo oficio de sermón su aspecto humilde y penitente, las mortificaciones escritas en su rostro. Lo mismo intenta la mística: enseñar y convertir sin echar mano del raciocinio, con sólo el amor, el sentimiento. Un franciscano hubo que singularmente aplicó la filosofía á la vida práctica, san Antonio de Padua, adecuado intérprete del ardiente misticismo popular. Antonio fué el primer lector de teología de la Orden; san Francisco, al conferirle la facultad de enseñar en cátedra, le encargaba encarecidamente no dejase extinguirse en los frailes el espíritu de oración. De tal manera había logrado Antonio al principio ocultar sus conocimientos científicos, que sus compañeros apenas le creían capaz

de leer el breviario : y á no descubrirse por imprevistas circunstancias, que el silencioso fraile portugués era eficacísimo y docto orador, hubiera muerto ignorado; pero apenas se supo, eligiéronle para inaugurar la enseñanza en la Orden (15). Más bien que la cátedra, es el púlpito el lugar en que Antonio desenvolvió las doctrinas morales, tomadas, no de los filósofos paganos caros á su siglo, sino de las Escrituras, en que era tan profundo, que llegaron á llamarle *Arca del Testamento*. Comentando un pasaje del libro de los Reyes, dice, para definir el perfecto orador sagrado: — «El predicador es un Elías, que ha de ascender al monte Carmelo, ó sea á la cima de la santa plática, donde adquiera ciencia y aprenda á cercenar por medio de mística circuncisión todo lo superfluo, todo lo ocioso. » — Con este precepto excluye la retórica, la elocuencia pomposa, y galana, la imitación servil de modelos latinos. — « ¡Ay de aquel, exclama, cuya predicación resplandezca de gloria, mientras las obras le cubren de vergüenza! »

Por tal manera se anticipaba la mística á infundir en las venas del cuerpo escolástico soplo y calor de vida, lo que hoy se llama, con novedad no infeliz, *sentido interno*. Y en verdad que le convenía, pues no faltó entre los escolásticos cierta orgullosa pretensión de resolverlo todo por sus procedimientos científicos; ingenua vanidad, que suele ir con la juventud. Asimismo, — en un movimiento filosófico tan fundamentalmente cristiano como el de la Edad media, — sorprende no poco ver concedida la hegemonía á un pagano, Aristóteles. No obstante, bien considerado el hecho, se explica y cohonesta. Antiguo era ya el elemento aristotélico en la filosofía cristiana : venía de la escuela dogmática y exegética, del tiempo de los

Atanasios y Naciancenos. Y en realidad, ¿qué hacer, si sólo cabía elegir entre Aristóteles y Platón, y éste era tan poco conocido que santo Tomás lamentaba la rareza de sus obras y dificultad de conseguirlas? Aparte de que el método inductivo de Platón no satisfacía el ansia de una edad deseosa de aprender presto y reorganizarse, que veía detrás de sí la devastación causada por el torrente bárbaro, y anhelaba edificar sobre el informe montón de ruinas, reconstruir el desmoronado monumento. Aristóteles, lógico en grado eminente, se le ofrece por maestro y guía, y acéptalo: en él halla realizado su deseo de la distribución y clasificación de los conocimientos humanos: á falta de otras fuentes, la enciclopedia aristotélica presta inmenso servicio: es base y modelo de cuantas han de sucederle. Insensiblemente va la escolástica formándose en Aristóteles y otorgándole la primacía: su dialéctica, su formalismo lógico y regulador, se comunican á la escuela, y sólo las inteligencias nutridas en la tradición agustiniana platonizan. Cuatro siglos dura la victoria peripatética: cuatro siglos en que Aristóteles pasó por autoridad casi inconcusa, andando acordes en este punto los filósofos musulmanes de Córdoba y Bagdad y los pensadores cristianos. Ni pereció con la Edad media la fama extraordinaria del jefe del Liceo: atestigüelo, por no mentar otros sucesos, la trágica muerte de Ramus. ¿Qué mucho, si aun escritores contemporáneos opinan que toda la filosofía griega, de Tales á Platón inclusive, carece de originalidad y espontaneidad, y es mera rapsodia de la mitología de Oriente, hasta que Aristóteles le presta carácter genuino y espíritu científico? (16).

Entre los dos grandes pensadores griegos que con desigual fortuna señorearon la Edad media, la diferen-

cia es más bien formal que real : no se contradicen: ya lo había observado Cicerón, al afirmar que el Liceo y la Academia, distintos en nombre, son análogos en doctrina. Así pudieron repartirse el imperio del pensamiento cristiano; pero éste volaba ya más alto. Los doctores escolásticos, aunque discípulos de Platón y Aristóteles, formaron, alumbrados por la luz de Cristo, superior concepto de la igualdad y dignidad humana. Cuestiones dejó planteadas la antigüedad que elucidaron y resolvieron ellos con alientos mayores. Dígalo la memorable disputa de los *universales*, que fué principio de la decadencia de la escuela, pero también piedra de toque donde probó su valer. En éste y otros problemas no menos importantes, fijaron su atención los escolásticos tan injustamente acusados de emplearse no más que en ergotismos vacíos y sofísticos juegos de palabras. Lanfranco, por ejemplo, corrigiendo y rectificando los textos adulterados por Berengario de Tours, resucitó la crítica : Godescalco y Rábano Mauro, al discutir acerca de la gracia, no apuraron una sutileza teológica, sino el fundamento mismo de la ética; mas la discusión de los universales es tan trascendental de suyo, que para entender algún tanto la labor de las inteligencias en el siglo XIII, es fuerza no ignorarla.

Boecio, rezagado del paganismo, último romano, echó en un pasaje de su versión de Porfirio las simientes de tan empeñada disputa. Recogiólas Roscelino, afirmando que las ideas generales son meras abstracciones formadas en el entendimiento, mediante comparación de cierto número de individuos que reducimos á un concepto común, concepto que no existe fuera del entendimiento que lo concibió; por donde las ideas generales son en el fondo palabras no más,

flatus vocis. ¿Adónde llega Roscelino por tales senderos? Á deducir que siendo vanas palabras las ideas generales, sólo en las particularidades está lo real: corolario : en la Trinidad, lo real son sus tres personas, no la unidad de su esencia : de aquí los errores antitrinitarios de Roscelino, que paran en grosero triteismo. Abrumado por las impugnaciones de san Anselmo, Roscelino se retracta ; y Felipe de Champeaux, dando en el extremo opuesto, sostiene que las ideas generales distan tanto de ser meros nombres, cuanto que son las únicas entidades que existen, y sólo mediante ellas conocemos los individuos : lo real es la humanidad, los hombres son sus fragmentos. Entre Roscelino y Felipe se situó Abelardo, otorgando realidad á los universales y á las particularidades á la vez : ya tenemos fundados los tres sistemas, nominalismo, realismo y conceptualismo, que tanto fragor metieron hasta que santo Tomás esclareció y resolvió el problema.

Para los nominalistas no hay género, ni más universalidad que la de los vocablos; para los conceptualistas, los universales son reales en la mente; para los realistas puros, los universales son objetivamente reales en la naturaleza. El caso era averiguar si las nociones *generales de la razón, las ideas, existen* nominal ó realmente : la idea existe sin duda; pero ¿qué valor objetivo hemos de atribuirle? Delicada y grave cuestión, que de una y otra parte se presenta guarnecida de escollos. Los realistas caen en multiplicar entidades y abstracciones, y van arrastrados al idealismo escéptico : los nominalistas, al más desenfrenado empirismo. Inclinábase la Iglesia á las conclusiones realistas, sin reprobar explícitamente el nominalismo : en ambos sistemas hubo su ortodoxia y su

heterodoxia, sus verdades y sus errores, como veremos : el nominalismo de Roscelino fué condenado por materialista, por panteista el realismo de Amalrico de Chartres. Entre las soluciones más ingeniosas puede contarse la del dominico Vicente de Beauvais, que declara que las ideas generales no están solamente en la inteligencia, sino en la realidad, puesto que la inteligencia las abstrae de individuos reales : ciertamente las nociones que de las cosas adquirimos carecen de modelo sustancial en la naturaleza; pero en la mente divina estaba, antes de la creación, su idea general, sus tipos, así universales como individuales. Atraídos y solicitados por tan hondo problema, todos los atletas de la escolástica quieren probar en él sus fuerzas. Santo Tomás enseña que lo universal no está en los individuos sino en potencia; Dunsio Escoto, que en acto, y que en vez de ser creado por la inteligencia, es dado como realidad : aplicando esta doctrina á la teologia, el Doctor Sutil sostiene la Inmaculada Concepción de la Virgen; Rogerio Bacón se inclina al dictamen ecléctico (17); y un alumno del realista Escoto, de singular talento, Ockam, cuando á principios del siglo XIV yacía vencido el nominalismo, abraza con ardor su causa y renueva la polémica hasta obtener el título de *príncipe de los nominalistas*. Esta vital cuestión de los universales, que comprende al par el mundo de la naturaleza y el del espíritu, es de aquellas que perpetuamente han de dar asunto al discurso y ocupación al entendimiento. Debatida ya entre estoicos, platónicos y peripatéticos, ahincadamente discutida en la Edad media, llegará á renovarse en nuestro dias, con la forma y carácter propio de la edad presente, en la investigación acerca del origen de los seres y en las hipótesis evolucionistas y transformistas, que filo-

sóficamente consideradas, no son sino nominalismo aplicado á las ciencias naturales, bien como la pugna entre nominalistas y realistas es episodio del antiquísimo combate entre idealismo y sensualismo.

Decayó la escolástica; ¿y cómo no? Todo decae, hasta las formas que toma la verdad en nuestro intelecto. La escolástica hubo de eclipsarse al concluir la Edad media, que á su vez termina al romper el protestantismo la unidad cristiana de las sociedades, al declararse el poder civil independiente del eclesiástico: divorcio que imitó la filosofía, apartándose de la teología que la nutriera á sus pechos. Y decayó, además, porque llevaba en su seno el abuso del dogmatismo y aun del criticismo; porque el materialismo averroista la minó, y porque ante los estudios filosóficos se alzó, rival temible, el del Derecho, la invasión de la *jurisprudencia*, antagonismo algo semejante al que hoy se manifiesta entre las ciencias físicas y la metafísica, y en que el Derecho llevaba la mejor parte, siendo camino para llegar á los honores, las prebendas y hasta las dignidades eclesiásticas, mientras los filósofos yacían pobres y olvidados (18). Ni estaba la escolástica limpia de toda culpa: buena parte de su descrédito se debió al tedio ocasionado por la docta palabrería, al escaso atractivo que encerraban argumentos entretejidos como repes, silogismos intrincados como nudos, asuntos frívolos y aun temerarios, si hemos de estar á la opinión de un obispo que escribía á un Papa esta queja de las aulas: — « Hay tantos escándalos como escritos, tantas blasfemias como disputas ». — Dijérase que, á semejanza de la arquitectura gótica, que al declinar carga de hojarascas, flores y adornos sus antes sobrios monumentos, la escolástica en sus últimos instantes se envuelve en preguntas,

respuestas, sutilezas, argucias y proposiciones. Á despecho de lo cual podemos exclamar : ¡gloriosa filosofía la que aun en su fase decadente se honra con nombres como el de Dunsio Escoto, Raimundo Lulio, Ockam!

Antonio de Padua fué el primer lector de teología de la Orden Franciscana; Alejandro de Hales su primer profesor universitario. Alejandro, inglés de nación, se detuvo en el monasterio benedictino de Hales : de allí pasó á estudiar á París. De su vocación á la Orden de Menores se refiere curiosa leyenda : dícese que siendo Alejandro muy devoto de la Virgen, y habiendo ofrecido conceder cuanto le pidiesen en su nombre, si rehusó entrar en las Órdenes benedictinas y dominica, no pudo negarse á la súplica de un lego franciscano que por amor de María le rogó vistiese el hábito, ya que los Menores carecían de un maestro tan sabio como él (19). También se cuenta que corriendo el año de noviciado, la austera vida y el apartamiento del mundo se le hacían muy cuesta arriba, y le dominaba profunda tristeza, cuando una noche se le apareció san Francisco, que ascendía por fragoso monte cargado con pesada cruz; y como Alejandro quisiese ayudarle á llevar el grave peso, el Santo le dijo con severo rostro : — «No tienes valor para soportar una cruz de paja, ¿y vas á aliviarme de ésta de leño?» — Alejandro se sintió desde aquel punto mismo encendido en fervor. Admitido en la Orden que había de alumbrar con su ciencia, dedicó todo el tiempo que penitencias y oraciones le dejaban libre á la enseñanza magistral. Ganó presto celebridad inmensa : su coetáneo el cronista Salimbene atestigua que los dos hombres más famosos del mundo, en sus días, eran el rey Juan de Jerusalén y el maestro Alejandro, — «por

lo cual — escribe — en su loor fué compuesto un cántico, mitad latino y mitad francés, que yo canté muchas veces ». — En otro lugar, el mismo cronista asegura que — « según decían cuantos conocieron bien á Alejandro, no hubo en su época otro semejante á él ». — Llamábanle, en efecto, *Doctor de los doctores, fuente de vida*. De su doctrina afirmaba el canciller Gerson que todo elogio le viene corto, añadiendo que preguntado á santo Tomás cuál fuese el mejor modo de estudiar teología, respondió : — « Ejercitarse asiduamente en conocer un solo Doctor »; — y como le interrogasen qué Doctor había de ser ese, declaró: — « Alejandro de Hales » (20). — Lo cierto es que aquel maestro tan reverenciado de su época parece ilustre filósofo. Distinguió á Alejandro aplicación constante del silogismo á la teología, por donde dió á la ciencia divina forma rigurosa y racional; y le adornó abundantísima erudición profana, conocimiento más exacto y completo de los escritos de Aritóteles : sus predecesores apenas sabían sino de los tratados contenidos en el *Organum;* el Halense estudió y aprovechó toda la enciclopedia aristotélica, y acaso, con Alberto el Grande, fué el más notable traductor y comentador del Estagirita. Citó á Platón, y adaptó al Cristianismo sus teorías; estudió á los árabes, á Avicena; recogió en un haz la dispersa cultura exterior, griega, oriental, hebraica ; y fué el primero que en el estilo escolástico escribió sobre el célebre *Maestro de las sentencias*, que así era llamado Pedro Lombardo cuando cada filósofo tenía su nombre de combate y triunfo. El de Alejandro de Hales fué Doctor *irrefragable*, título que le dió el público, y confirmó Alejandro IV al dirigir al ministro provincial de Francia el diploma *De fontibus Paradisi*, donde, elogiando la Suma de Alejandro, de-

claró que en ella se ordenaba — « larga copia de sentencias irrefragables ». — Y, de hecho — dice el cardenal Manning — la *Summa Universæ Theologiæ* de Alejandro hubiera inaugurado nuevo período, si la amplitud y método más perfecto de la obra de santo Tomás no la eclipsasen. Pero fué gloria del Halense que así santo Tomás como san Buenaventura viniesen á sentarse al pie de su cátedra, y que los puntos del *Espejo Moral* de Vicente de Beauvais que Belarmino halló en los escritos del Ángel de las escuelas, fueseñ inspiración de Alejandro (21).

Tuvo Alejandro de Hales en alto grado el don de fecundidad que caracteriza á los escritores de aquellos siglos, en que, sintiendo la necesidad de levantar el edificio científico, dábanse prisa todos á acarrear materiales, sin detenerse mucho á pulirlos y escogerlos; en que brotaban los libros con premura y vigor, como rudos y potentes renuevos de cortado árbol. Alejandro dejaba una biblioteca (22) cuando su muerte privó á la Universidad de París del magno Doctor, que no sólo la ilustraba, sino que la edificaba bajo un sayal llevado ejemplarmente por espacio de veintitrés años. Expresando el sentimiento causado por la pérdida del Halense, cantó Juan de Galandia :

.....

Enitet ergo senum speculum bonitatis amœnum
exemplar juvenum florenti dogmate plenum,
qui fuit Ecclesiæ directa columna, fenestra
lucida, turibulum, redolens, campana sonora (23).

.....

Alejandro de Hales atrajo en Paris cantidad de letrados á la Orden Franciscana : Adán de París, Juan de Rupela, Odón de Rigaldo. En Oxford se realizó igual movimiento con Adán de Marisco, el cual fué á su vez

impulsado del ejemplo de su compañero y amigo Adán de Oxford, á quien vió en sueños ascender por tan alta escala, que vanamente se esforzaba en seguirle.. Murió, en efecto, Adán de Oxford en opinión de santo, predicando á los sarracenos: de él narra Ecclestón (24) la misma anécdota que trasladamos al hablar de la vocación del Halense: las flores de la leyenda embalsaman la historia de los austeros pensadores escolásticos. Adán de Marisco fué el primer maestro franciscano que en Oxford enseñó: llamábanle *Doctor ilustrado*. De su mérito hay un testigo insigne, Rogerio Bacón, según el cual, sobre el vulgo de imperfectos fillósofos, se alza perfecto Adán de Marisco, á quien compara con Avicena y Aristóteles, elogiando sobre todo su definición de la naturaleza del alma, su conocimiento de las lenguas extranjeras. Vivió Adán de Marisco en íntima familiaridad con eminentes personajes de su época: la mayor parte de sus obras se ha perdido, y quizá por eso el nombre del amigo de Grostete y Simón de Monforte apenas figura hoy en los anales filosóficos.

Enmendando otros olvidos de la posteridad, detengámonos un instante — antes de llevar á las altas cimas, Buenaventura, Escoto, Raimundo Lulio — á recordar la numerosa serie de pensadores franciscanos de Oxford y París, que llenaron las cátedras con su enseñanza y su voz, y hoy duermen para siempre en el silencio del sepulcro, como sus trabajos, el fruto de sus heroicos esfuerzos, yace quizás en oscuros rincones de bibliotecas, ó se dispersó hecho polvo y ceniza por los aires. Interés melancólico se despierta al evocar esos nombres que las generaciones se apresuraron á borrar de su memoria, y que parece no han servido, cual las nebulosas que se pierden en las pro-

fundidades del cielo, sino para hacer resaltar más con su resplandor vago la claridad brillante de los astros de primera magnitud. No obstante, tienen los secundarios su valor, su puesto en el sistema intelectual; y algo debieron valer y significar Juan de Rupela, maestro bajo Alejandro de Hales, que según Bernardo de Besa, lució á su lado como estrella luminosa; Roberto de Bastía, autor de un libro sobre el alma, y uno de los innumerables comentadores de Pedro Lombardo; Odón de Rigaldo, del cual sabemos por el cronista Salimbene que fué tan feo de rostro como gracioso de modales y obras, amigo de san Luis, óptimo disputador y predicador grato, que asistió á san Buenaventura en los graves empeños del Concilio Lugdunense; Guillermo Melitón — uno de los comisionados por Alejandro IV para completar la Suma del Halense — que murió predicando, interrumpiendo el sermón para despedirse sosegadamente del auditorio; Estrabón de Bayona, de quien se refiere un caso parecido al que se cuenta de Dunsio Escoto, á saber: que tanto apretó con sus argumentos al terrible adversario de las Ordenes mendicantes, Guillermo de San Amor, que éste hubo de exclamar: — « Ó eres ángel, ó diablo, ó Estrabón de Bayona; » — Alejandro de Villadei, insigne gramático, filósofo, matemático y astrónomo, que compendió en hexámetros la gramática y las Escrituras, en cármenes leoninos las Actas de los Apóstoles, en versos elegiacos el Ritual y el Calendario; Gilberto de Tournay, escritor moral muy predilecto de Alejandro IV; Juan Wallis, á quien por el valer y copia de sus escritos llamaron *Árbol de vida*, esculpiendo un árbol sobre su losa sepulcral. Desde Alejandro de Hales hasta san Buenaventura se alza tan briosa hueste: después vienen los discípulos del Doc-

tor Seráfico : Alejandro de Alejandría, apodado el *Joven* para distinguirlo del de Hales; Arloto de Prado, concordador de la Biblia, vencedor de todos los dialécticos de su tiempo; Ricardo Mediavilla, Doctor *profundo*, *sólido* y *fundadísimo*, cuyas doctrinas sirvieron para confutar las de Wicleff en Constanza.

No cubrió tan completo olvido la fama de Francisco Mairón. Es Mairón el gladiador infatigable de la disputa escolástica, el introductor de la formidable prueba escolar, el *acto sorbónico*, en el cual había de permanecer el candidato, de cinco de la madrugada á siete de la tarde, sin comer ni moverse, en una misma postura de cuerpo y disposición de ánimo, respondiendo á todos y cada uno de sus opositores. Si durante aquellas mortales catorce horas flaqueaban la carne ó el espíritu, el atleta vencido se retiraba sonrojado de la arena; si por el contrario contestaba á la última objeción con claro discurso y sereno rostro, era llevado en volandas y en triunfo, y aclamado por los estudiantes. Francisco Mairón fué el primero á ensayarse en tan difícil paso de armas; por lo cual, en la Universidad, el primer acto sorbónico era siempre sostenido por un franciscano, el último por un dominico, y decíase proverbialmente: — *Franciscanus aperit, Dominicanus Sorbonam claudit.* — Recuérdase también hoy con respeto el nombre de Nicolás de Lira, el *Doctor útil*, el gran escriturario. Sus comentarios á la Escritura son de los monumentos imperecederos que nos legó la edad escolástica.

Con san Buenaventura dejamos á un lado las arideces de la escuela para descansar en florido oasis. La inteligencia del Seráfico Doctor se manifiesta adornada de aquella gracia y atractivo que distinguen al luminoso genio helénico de su maestro Platón. No

menos amable y noble es la piadosa historia de su vida. En Bagnorea, villita del Estado de Florencia, tuvieron un hijo los humildes esposos Fidanza. Cayó el niño peligrosamente enfermo, y acertando á pasar por allí san Francisco de Asís en el último período de su peregrinación terrestre, la madre desconsolada le presentó el niño moribundo. Francisco lo tomó en brazos, exclamando al devolvérselo sano : — « ¡Buenaventura! » — Desde entonces fué llamado Buenaventura el que los griegos nombraron después *Eustaquio*, á causa de su sabiduría. Del episodio de la portentosa curación dice san Buenaventura en el prólogo de la *Leyenda menor*: — «Por voto hecho al beato Francisco por mi madre, ofreciéndome á mí, que estaba gravísimamente enfermo, cuando era todavía niño, fuí arrancado de las fauces de la muerte y restituído á la robustez y salud de la vida. Recordándolo con viva memoria, lo declaro en sincera confesión, por no merecer la tacha de ingrato callando tamaño beneficio. » — Llegado á la edad de veinte años, cumplió el mancebo el voto de su madre, vistiendo el sayal. Era la hostia pura, digna en todo de Dios. Á columbina sencillez, mente poética, entendimiento soberano, unía Buenaventura gallardo cuerpo y apacible belleza en el semblante, natural alegre y amorosa condición, voz sonora y palabra láctea y facunda : en tal manera, que admirado de sus raras prendas, solía decir su maestro Alejandro de Hales que en aquel mozo parecía no haber pecado Adán (25). Al año séptimo de su ingreso en la Orden leía Buenaventura en París las Sentencias; al décimo, alcanzaba la cátedra magistral. Graduóse de Doctor en compañía de su amigo y condiscípulo Tomás de Aquino, al cual cedió por humildad la precedencia. Cuando Juan de Parma dejó el ge-

neralato, señaló á Buenaventura para sucederle. Quiso el Papa promoverle á la Sede de York, — « porque, decía la Bula, Buenaventura se ha hecho grato á todos en todo. » — Pero no aceptó. Muerto Clemente IV en Viterbo, produjose uno de los interregnos, en aquellas épocas frecuentes, por falta de concordia entre los cardenales para elegir el sucesor. Inútilmente se trajo al cónclave el féretro del Papa difunto, por si la contemplación de la muerte amansaba á los discolos; hasta que desplegando Buenaventura los recursos de su elocuencia, los persuadió á nombrar á Teobaldo Visconti. Venerado de todos, fácilmente pudiera entonces el general de los Menores ceñirse la tiara; pero tan distante andaba de su ánimo la ambición, que cuando, poco después, le envía Gregorio X el capelo cardenalicio, los legados le encuentran fregando la vajilla del convento, y él les ruega que, mientras termina su labor de estropajo, cuelguen el capelo de las ramas de un arbusto que sombrea la puerta de la cocina. Sólo los intereses de la cristiandad pudieran obligarle á desempeñar el papel político y teológico que le cupo en el Concilio Lugdunense, donde unió el Asia á Europa, la Iglesia griega á la latina. Fueron texto de su discurso las palabras del profeta Baruch : — « Sal, Jerusalén, sube á la colina, y mira á tus hijos reunidos del Oriente al Occidente. » — Himno triunfal propio de ocasión tan señalada, cuando el Evangelio y la Epístola se cantaron en griego y latín en una misma misa, y en el Credo se extinguió la memorable y encarnizada disputa de dos mundos, repitiéndose tres veces que — « el espíritu Santo procede del Padre y del Hijo ». — Pintoresca variedad de gentes llenaba la sala del Concilio : reyes, abades, obispos, patriarcas y primados, logotetas bizantinos, embajadores del

Emperador griego y del Kan mogol; y al alzarse en la cuarta sesión solemne el cántico del *Te Deum*, los corazones se estremecieron de júbilo porque ya había un solo pastor para un rebaño solo. Mas el héroe de tan gran victoria no sobrevivió á ella : cumplida su misión, se extingue Buenaventura. Estalló en él, después de aquella gloriosa sesión cuarta, oculta y devastadora dolencia; y abrasado de amor, dícese que al aplicarle al costado la hostia, se rompió su carne, abriendo camino á Cristo para que se aposentase en el corazón. Así pasó, en la hora culminante del triunfo (26) el hombre más hermoso, docto y santo de su época (27) y uno de sus mayores y más geniales filósofos. San Buenaventura es místico, mas no reniega de la razón. En la teoría del ser se adelanta á Cartesio y Malebranche, combinando felizmente intuición y raciocinio : asimismo expresa el célebre concepto que Pascal repitió sin mejorarlo, cuando deduciendo la idea de Dios de la del ser, dice : — « Como el ser purísimo y absoluto es eterno y presente, abraza y penetra toda duración, siendo á la vez centro y circunferencia. Como es simple y grande, está todo entero en todo y fuera de todo, de suerte que es esfera inteligible, cuyo centro se halla en todas partes y la circunferencia en ninguna ». — Mas la originalidad, el carácter propio de la metafísica de san Buenaventura se debe á su tinte poético, que le distingue de otras rígidas inteligencias, parapetadas tras la lógica inflexible del aula. Sin duda el doctor Seráfico había estudiado : dos Biblias escritas todas de su puño, que se conservaban aún en el siglo XVII, atestiguan lo muy versado que fué en las Escrituras. Pero si entendía, era para amar : en cierta ocasión, maravillado santo Tomás de su ciencia, quiso ver los libros de donde la tomaba, y

Buenaventura, después de enseñarle corto número de volúmenes, descorrió una cortina y mostróle una efigie del Crucificado, asegurándole ser aquella la obra que más leía. El gran místico Gerson dice de él: — « Dudo que en tiempo alguno tuviese la universidad de París doctor y maestro tan eminente : y si me preguntasen cuál ha de estudiarse, respondo, sin mengua de la grandeza de otros, que Buenaventura... Ninguna doctrina hay más sublime, divina, saludable y suave... De este doctor afirma hoy con exactitud la Iglesia lo que Cristo del Bautista : *Erat lucerna ardens et lucens*... Cristo dijo : — Vine á arrojar fuego en la tierra : ¿qué pretendo yo, sino que arda? — En la diestra de Dios está la ley de fuego cuyas palabras abrasan vehementemente... Esto sentía y consideraba, al doctrinar y escribir, nuestro maestro Buenaventura. Seráfico y querúbico debemos llamarle, pues inflama voluntades y entendimientos alumbra. Otros doctores distraen la inteligencia : éste con el amor, une la mente á Dios. — *Expandit ignem cum lumine*, declaraba Tritemio de la teología de san Buenaventura : y aludiendo á lo abrasado de su elocuencia — *Non instantia, sed inflammantia verba proferebat.* — Como saetas encendidas se clavaban sus palabras : en aquella época de períodos ampulosos, el estilo de muchas obras suyas es animado, claro, viviente. El que emplea en las dos *Leyendas*, mayor y menor, de san Francisco es tal, que de él sentía Leonardo Aretino — *In illo escribendi genere á nemine Bonaventura superari potest.* — Y, de cierto, más que biografías, son poemas, inspirados, alumbrados por suave aurora mística. Para muestra del incendio de afectos que consume á Buenaventura, de la viveza de las metáforas con que lo declara, baste un pasaje de uno de sus escritos, *Estímulo*

del amor divino. — « Entréme — dice — por las llagas de Cristo con los ojos abiertos, mas llenáronseme de la preciosa sangre; y sin ver ya cosa alguna, empecé á caminar palpando con las manos hasta penetrar en las entrañas de su caridad, donde inflamado y ligado con dulces ligaduras, no pude ya encontrar salida. Por lo cual establecí allí mi habitación y morada, y me alimento de los manjares que él se alimenta, y bebo con abundancia y me embriago del licor que él bebe : y *tanta es la copia de deleites que gozo, que* no hay palabras para significarla... » — Con todo, no se aisla Buenaventura en el egoismo de su contemplación, antes en el mismo *Estímulo* exclama : — « ¿Cómo puede decir que ama á Dios y apetece las delicias de su caridad quien viendo al hombre, imagen suya, envuelto en las inmundicias del pecado, no trata de redimir su miseria? ¿Quién, recordando que el Hijo de Dios murió en una cruz por rescatar las almas, no se resolverá con denuedo á perecer también por ellas? » — Y más adelante añade con zelo sublime : — « Si estuviese certísimo de no ver nunca el rostro de Dios, ni gozar su bienaventuranza, todavía quisiera, para honrarle tan sólo, morir por cualquier hombre». — El poeta penitente de Todi expresa esta misma idea en versos volcánicos.

Para escribir sus *Seis alas de los Serafines*, su admirable *Itinerario de la mente en Dios*, Buenaventura se retiró al monte Albernia, cuyas duras rocas se habian reblandecido al contacto de las candentes lágrimas de Francisco de Asís. El serafin que en aquel mismo lugar traspasó con rayos de amor á Francisco, ofrece á Buenaventura símbolo adecuado con que figurar las vias por donde se asciende á la unión extática. Con el ala primera vuela el alma á contemplar á

Dios en las cosas materiales; con la segunda sube por ellas hasta su autor; con la tercera lo considera en sí misma; con la cuarta ve y oye al esposo, lo adora, lo goza, se hace toda de él; con la quinta alcanza la luz del ser, en su pura simplicidad; con la sexta ya no percibe á Dios en su unidad, sino en su Trinidad inefable, que no se llama el Ser, sino el Bien; y entonces no le resta más que invocar la muerte. Estas obras, que son de lo más bello que produjo san Buenaventura, concebidas en solitaria gruta de áspera montaña, sin libros ni estudios, prueban que el misticismo del Seráfico doctor no nace sólo de las tradiciones agustinianas, sino del ardiente impulso comunicado por san Francisco á sus discípulos.

Donde se revela más original y marcada la personalidad filosófica de san Buenaventura es en su estética, armoniosa corrección del Timeo por el Evangelio. Á causa de ella principalmente, merece Buenaventura ser llamado Platón de la Edad media. Cabalmente por la estética influyó Platón en el pensamiento cristiano. Al contrario de Aristóteles, que es un dialéctico, Platón se presenta poeta y artista: Aristóteles trae de la mano el sensualismo, Platón introduce el idealismo. Si en el fondo concuerdan, según creía Cicerón, en la forma difieren tanto, cuanto difirió el genio de santo Tomás del de san Buenaventura. Comparando á entrambos se advierte el contraste: san Buenaventura, más amante, de más rica y lozana fantasía, se inclina al antologismo, antepone el corazón al entendimiento por facultad superior á todas; y el estilo y método de uno y otro Doctor se diferencian, cual el del jefe de la Academia del del Liceo.

Veamos cómo pudo el Cristianismo contemplar la hermosura por los ojos del alumno de Sócrates. Par-

tiendo de su concepto de las ideas, subordinando constantemente lo particular á lo general, el mundo sensible y perecedero al inteligible, residencia de la eterna verdad, Platón distingue en su estética la aparente hermosura material, de la belleza misma, belleza inalterable que no cae bajo el dominio de los sentidos, sino del intelecto; y mientras los sentidos apetecen lo externo, lo visible de la hermosura, el amor del alma busca la otra belleza suprasensible y perenne. Tal es la renombrada, la importantísima teoría del amor platónico, del bello ideal, con la cual estrechamente se enlazan las manifestaciones artísticas más peregrinas de la Edad media: el estilo gótico, la caballería, la creación de la Beatriz de Dante, frutos delicados y exquisitos del genio ateniense adoptado por el sentimiento cristiano, esmaltes y filigranas que nos admira encontrar bajo la ruda corteza de la barbarie. Oigamos ahora á san Buenaventura desenvolver su estética propia, fundada en Platón. Dos libros contienen, según el Doctor Seráfico, toda ciencia: uno interior, el conjunto de ideas divinas preexistentes, tipos de los seres; otro exterior, el mundo, donde las mismas ideas divinas se manifiestan en imperfectos y perecederos caracteres selladas. Lee el ángel en el primero, la bestia en el segundo; á la perfección del universo, convino una criatura que interpretase á la vez ambos, explicando las páginas del uno con las del otro; y fué esta criatura el hombre, al cual la filosofía va subiendo por todos los grados de la creación, hasta aproximarle á Dios. De tres modos puede lograrlo: el hombre nota los objetos exteriores por la percepción; se fija en ellos por el goce; los conoce por el juicio; mas no percibimos en las cosas sensibles la sustancia, sino los fenómenos ó imágenes que hieren nuestra facultad

sensoría. — Al llegar á este punto viene el Evangelio, y completa las especulaciones platónicas. Tales imágenes nos recuerdan al Verbo divino, imagen del Padre y único que le conoce. Mas sólo la belleza nos causa placer, y la belleza no es sino proporción en el número — aquí recordamos que Platón oyó las enseñanzas pitagóricas. — Y como toda criatura es bella en algún grado, el número se halla en todas, y siendo el número y el cálculo señal eminente de la inteligencia, donde quiera es forzoso advertir las huellas del Artífice Supremo. El juicio por excelencia es la abstracción, que prescindiendo de los pasajeros fenómenos de tiempo, lugar y mudanza, se atiene á las cualidades permanentes, á lo inmutable y absoluto; y siendo Dios el único ser absoluto é inmutable, se sigue que en Él está la norma de nuestros conocimientos, y que existe un arte divino que crea toda belleza y nos ilumina para juzgarla. Así funde la mente de Buenaventura elementos itálicos, socráticos y platónicos, atándolos con el lazo de oro del criterio cristiano. De su consideración de Dios como artista viene el predominio que otorga á dos facultades altamente poéticas: la imaginación y el sentimiento; del desarrollo de ambas, el simbolismo. San Buenaventura es simbolista en sus poesías, en su metafísica, en su estilo. Ya conocemos el símbolo místico de las *Seis alas*, que inspiró quizás al más poeta de nuestros filósofos, á santa Teresa, la idea de sus *Moradas*. En las Leyendas de san Francisco, Buenaventura presenta al Serafín de Asís contemplando la naturaleza con mirada platónica, — « porque — dice — á los ojos del siervo de Dios, eran los seres creados como otros tantos arroyos del manantial de bondad infinita donde anhelaba saciarse, y sus virtudes divinas le parecía

que formaban celeste concierto, cuyos acordes escuchaba con el espíritu. » — Si nos hemos parado en las teorías estéticas de san Buenaventura, es que acaso son lo más característico de su brillante personalidad, y á la vez el punto en que más se identifica con san Francisco, cuyas cualidades apasionadas, artísticas y dramáticas representa en la esfera filosófica.

Enunciada de tal suerte por Buenaventura la metafísica del amor y de la voluntad, aparece un genio harto distinto del suyo — un raciocinador, un lógico — que la sienta sobre bases dialécticas, entronizándola en el aula. Este vigoroso pensador, este atleta de la razón iluminada, no es sino Dunsio Escoto. Al nombrarle, involuntariamente recordamos también á santo Tomás. Todo nos lo trae á la memoria : las escuelas rivales que nacieron en torno de los dos grandes maestros, la semejanza de sus métodos. En la historia del pensamiento de la Edad media, santo Tomás representa una era, un periodo completo. Rico y de esclarecidísima sangre, abandonó todo por dedicarse á pensar. Á los cinco años ya meditaba : en su vida no hay sucesos, no hay más que ideas. Absorto en su vivir interior, ni advertía las tormentas cuando iba embarcado, ni que una vela encendida le abrasaba los dedos. El resumen de su vasto entendimiento fué una obra colosal, la *Suma*, donde á más de profunda metafísica y moral, se contienen teorías políticas que — si es lícito emplear una frase moderna — concierran la libertad y el orden, si bien en la tentativa enciclopédica logró mejor éxito que santo Tomás Alberto el Grande, versadísimo en las ciencias de la naturaleza. Escoto difirió de ambos. Menos erudito que Alberto, fué más sabio, dominó más las materias que

estudiaba: en física presintió no pocos adelantos de nuestros días; en matemáticas fué — al decir de Wadingo — un prodigio; de química y de óptica escribió tratados especiales. Mas la condición propia de su talento consistía en aquella sagacidad, acuidad y firmeza del discurso, que le ganó el dictado de *Sutil*. Tomás y Escoto, el dominico y el franciscano, llenan con su inteligencia el siglo XIII: mirando al ocaso de la Edad media, vemos de una parte al *gran buey mudo de Sicilia* (que así llamaban á santo Tomás sus compañeros de aula por lo reflexivo y taciturno), pesando, distinguiendo, definiendo, clasificando; de otra, al *Doctor Sutil*, esculpiendo en el mármol de su lógica los amorosos transportes de Francisco y Buenaventura; consolidando; cristalizando la mística en el raciocinio, bien como los imagineros de las catedrales entallaban en las piedras, vivificándolas, los símbolos cristianos, y las afinaban y labraban para que penetrase en ellas la idea, cual la escolástica aguzaba la palabra por que manifestase lo abstracto del pensamiento.

¿En qué disentían aquellos dos hombres extraordinarios? Sus tendencias distintas son las que desde un principio, desde los primeros Padres de la Iglesia, advertimos en la filosofía cristiana. El Ángel de las Escuelas, apartándose de san Agustín, otorgaba más importancia al libre arbitrio, menos á la gracia; Escoto seguía á Agustín tan adecuadamente, alcanzando su sentir, que llegó á decirse que si alguien vituperaba al uno, forzosamente había de abatir al otro; Tomás consideraba real la distinción entre el alma y sus potencias, Escoto formal solamente; y mientras aquél enseñaba que en la posesión de la bienaventuranza perfecta, la intuición de la esencia divina es el

acto principal y esencial, éste sostenía que lo es el amor: mostrándose en tal opinión hijo legítimo de san Francisco, sucesor de san Buenaventura, y fundador de lo que llamar pudiéramos mística racional. Con la voluntad, no con el entendimiento, conquistara el mundo san Francisco; Escoto antepone la voluntad al entendimiento, por cuanto, á fuer de potencia libre, guarda el imperio y señorío de sí misma. Como principio soberano de certidumbre establecía la revelación; afirmando que los atributos de la Divina Omnipotencia y la inmortalidad, ó — como entonces se decía — incorruptibilidad del alma, no eran tan perfectamente demostrables con sólo las fuerzas de la razón humana como con ayuda de la verdad revelada, ponía dique al racionalismo, á cierta idolatría tributada en la escuela á los filósofos paganos, cuyas especulaciones pensaban no pocos escolásticos ser suficientes á probar la fe.

Curiosa es la teoría ética de Escoto. — « Nada importa la criatura con tal que no sea ofendido el Criador: antes que ofender á Dios elijamos primero el ser aniquilados; y no por evitar las penas del infierno, que no es fin bastante, sino por puro amor de Dios, porque no se toque á su honra quebrantando su ley. Con tal propósito debe el hombre exponerse, no sólo á los tormentos, no sólo á la muerte corporal, sino al mismo no ser: perezca el alma incorruptible, antes que obre la voluntad contra la ley divina; aniquílese el espíritu criado, antes que el Criador sea ofendido.» — Por boca de Jacopone había expresado la poesía igual sentimiento; la salvación secundaria ante el amor de Dios; el mismo infierno, solicitado si en él cupiese amor (29).

Reconocía Escoto dos ejemplares de las cosas —

los dos libros en que, según san Buenaventura, se contiene toda ciencia — el uno increado, la idea, que descansa eternamente en la razón divina y es causa activa (30); el otro creado, lo universal ó sea la especie inteligible formada en el intelecto humano por los objetos exteriores, y percibida por los sentidos (31). De aquí dos criterios de verdad, falible el uno en cuanto implica la variabilidad del objeto concebido y del intelecto que lo concibe; el otro enteramente cierto, pues la razón lo contempla en su eterno ejemplar, que es Dios; y la idea divina, si bien se nos manifiesta de indirecto modo, es para nuestra inteligencia causa de comprensión. Por lo cual concluye el Doctor Sutil que el hombre no alcanza la fuente de la verdad en las cosas creadas, ni puede tener por criterio absoluto el testimonio de los sentidos: así tocaba sabiamente al sensualismo aristotélico, que insidioso iba deslizándose en las aulas; pero al mismo tiempo, deteníase antes de ascender á las vertiginosas cimas del idealismo trascendental, añadiendo que, cuando la experiencia sensible se deriva lógicamente de un principio, puede ofrecernos tan indudable certeza como el conocimiento racional: con lo cual se establece el deseado vínculo entre el sujeto y el objeto, entre la experiencia sensible y el raciocinio. Sólo esta sólida y profunda teoría basta para redimir á Escoto de la nota de filósofo crítico y disolvente, si ya no lo acreditase de creador y constructor la firme base en que asienta la certeza. Puesto que toda certeza — añade — depende de un principio superior, fuerza es admitir que conocemos las verdades en la luz eterna, que ellas mismas son luz que atestigua inmediatamente su verdad propia, y que la increada luz es juntamente primer principio de toda realidad especulativa y fin-

último de toda verdad práctica. Completa Escoto su sistema místico racional, considerando la voluntad divina fuente del orden universal, ley absoluta y suprema (32).

Es innegable que el genio de Escoto tiene una faz crítica: la maravillosa perspicacia de su entendimiento le llevó á pasar por finísimo tamiz los argumentos de sus adversarios: no hubo impugnador más temible. Ya sabemos cómo combatió la tendencia peligrosa de Aristóteles, filósofo que conocía tan á fondo, que escribió sobre él hasta cuatro volúmenes: analítico en grado sumo, Escoto veía al punto la objeción, el lado flaco de los sistemas. Bien como los físicos contemporáneos emprenden experiencias que les permiten observar hasta sus últimos límites la rarefacción y disociación de la materia, y los fisiólogos estudian en la diminuta célula el origen del organismo, Escoto ahondó y sutilizó los más recónditos y abstrusos conceptos del entendimiento humano. Y no bastándole con definir, distinguir y dividir lo que antes nadie había definido; con describir la naturaleza de Dios—dice el jesuíta Labé — á la manera de quien la viese; con fijar su mirada de águila — afirma Tritemio — en regiones donde nadie la había fijado; con poseer — según declara Cornelio *a Lapide* — aquel sutil espíritu de inteligencia de que habla Salomón, impulsóle su empeño de precisar y dar á la ciencia carácter riguroso y exacto, á enriquecer el tecnicismo escolástico con gran copia de vocablos y aun frases nuevas, por él fabricadas, valiéndose de elementos latinos, según lo requería el caso. Mas no se limita Escoto á impugnar ni á argüir: bríos tiene y aliento para edificar también. No es maravilla que toda la Orden Franciscana recibiese por Doctor y maestro al hombre que sis-

tematizó y dió forma escolástica — la forma científica de la Edad media — á lo que hasta su advenimiento la tuvo principalmente artística, así en san Francisco como en Jacopone de Todi y san Buenaventura. Ni fué únicamente en el terreno de la razón donde los franciscanos pudieron seguir á Escoto sin desmentir las tradiciones de la Orden : en el de la teología le debieron también su mayor triunfo.

Nació Escoto el mismo año de la muerte de san Buenaventura. Inclínanse los antiguos autores á tenerle por irlandés, de Ultonia, aquel misterioso *territorio de la luz* adonde abordó el apóstol de Irlanda san Patricio (33). Sus padres eran pobres : hasta los ocho años de edad vivió apacentando ovejas. Llegaron dos franciscanos pidiendo limosna á las puertas de su alquería; vieron y hablaron al zagalejo, y hallaron que no sabía ni pronunciar una oración : le recitaron la dominical, y él la repitió sin vacilar al pie de la letra : enamorados de tan feliz memoria, pidieron el niño á sus padres, ofreciéndose á costear su educación y enseñanza; y en el convento donde le recogieron tomó á su tiempo el hábito. Dícese que al comenzar sus estudios, le parecían por todo extremo difíciles, y pidió á la Virgen, de quien era ya muy devoto, que ó le relevase del precepto de obediencia que le obligaba á aplicarse, ó abriese su cerrado entendimiento : después de esta plegaria le salteó sueño profundo, y al despertar halló tan clara y fortalecida la inteligencia, que ya ningún obstáculo le vedaba alcanzar lo antes inaccesible. Desde entonces ofreció consagrar su sabiduría á la gloria de la Virgen. Fué á Oxford, donde oyó las lecciones de Guillermo Varron, el *Doctor fundado*; y cuando éste pasó á la universidad de París, Escoto le sucedió en su cátedra. En breve tiempo re-

unió más de tres mil oyentes, y la matrícula de Oxford, bajo su enseñanza, subió de cuatro mil alumnos á treinta mil. La fama del joven profesor volaba por toda Europa. Parece inconcebible cómo en tiempos de comunicaciones tan difíciles podía esparcirse el renombre de los sabios: pero ello es que se esparcía: por oir á un filósofo ó teólogo célebre emprendíanse largos viajes, se cruzaban mares borrascosos ó inhospitalarias comarcas, y no era desusado caso hallar por los caminos de Alemania ó de Francia caravanas de estudiantes que se dirigian á Oxford para ver y escuchar á Duns lo Escoto. Contaba éste á la sazón veinticuatro ó veinticinco años.

En Oxford escribió sobre Aristóteles, y nacieron sus áureos libros, *Primer principio* y *Teoremas*: en aquél, para convencer á los gentiles, concluye cuanto del ser y perfecciones de Dios puede por razón natural percibir el humano entendimiento; en éste reduce la teología á principios generales, y establece reglas para tratar de toda materia discutible. Antes había realizado sus grandes trabajos acerca de ciencias naturales; y al par que exponía la Escritura y adelgazaba la metafísica, ejercía el ministerio de la predicación con eficacia tal, que, dice un autor, sus sermones arrebataban para Dios los ánimos de los oyentes, como el rápido arroyo lleva tras sí las menudas arenas. Atravesando un campo vió á un labrador que, al sembrar, se impacientaba y renegaba de las mulas de la yunta, y reprendióle su exceso. — «Padre — contestó él con el sombrío fatalismo de la ignorancia — ¿por qué te cansas en predicarme? Yo sé que se ha de cumplir forzosamente lo que Dios dispuso; si es que me he de salvar, me salvaré por mal que viva; si condenar, me condenaré por bien que obre.» — «Entonces — dijo

Escoto — ¿á qué labras la tierra? ¿Qué te importa que esos animales la labren bien ó mal?» — Interesante es la anécdota, porque sirve de defensa á Escoto si alguien le acusase de extender en demasía la acción de la gracia.

La constante creencia de los antiguos Padres de la Iglesia en el misterio de la Inmaculada Concepción de María, se había no enturbiado, pero sí oscurecido asaz con las disputas originadas por el heresiarca Pelagio. Negaba Pelagio el pecado original, para no conceder la necesidad de la gracia; y con el fin de oponerse á su error, los Santos Padres insistieron en la universalidad del pecado original, eximiendo sólo á Cristo por haber sido concebido sin obra de varón. Mas como al hablar de la Virgen, lo hiciesen otorgándole la plenitud de gracia y lo demás que el dogma enseña, reinó sin disputa por diez siglos la sentencia de su Concepción Inmaculada. Como en el siglo XI se celebrase en algunas partes su fiesta el día 8 de diciembre, tal novedad despertó dudas, y nació la discusión. San Anselmo defendió lo que se llama sentencia piadosa; impugnóla san Bernardo con ciertas restricciones. Trabóse la cuestión, dificultada por conceptos equivocos, hijos algunos de la atrasada fisiología de la época, y que ni breve ni oportuno sería mentar. En el curso del debate la opinión piadosa tuvo contra sí á teólogos eminentes: los dominicos Alberto Magno y santo Tomás, Enrique Gandavense, el agustiniano Egidio Romano, hasta los franciscanos Alejandro de Hales y san Buenaventura, si bien estos últimos mudaron de parecer más adelante, y Alejandro defendió en su *Mariale Magnum* la pureza de María (34). Reciamente combatida desde mediados del siglo XII hasta fines del XIII, llegó la opinión piadosa á verse abandonada en las

escuelas, y hubo de refugiarse en los claustros, allí donde oración y humildad mantenían viva la fe en las inefables maravillas de la gracia. Pero mientras la Universidad de París abrazaba la opinión menos piadosa, Escoto, aplicando á la teología sus doctrinas metafísicas sobre la voluntad de Dios, defendía en Oxford, con gran aplauso y auditorio, la contraria. San Buenaventura, con sus ardientes himnos de serafín, había suscitado la legión de franciscanos caballeros de la Virgen, y dispuestos á romper lanzas por ella : la dialéctica de Escoto forjaba las armas para el torneo. En París, los franciscanos se alzaban frente á la Universidad predicando y enseñando sin tregua la que desde entonces dió en llamarse *opinión de los Menores*. Acertadamente dice un autor contemporáneo (35) que en aquellas épocas, contrapesada la diversidad nacional por la unidad eclesiástica, las Órdenes eran como vasto pueblo extendido por la superficie de Europa, y animado de unas mismas tendencias y aspiraciones : por lo cual la historia de las Órdenes doctas contiene la del entendimiento humano. Partidarios de la gracia, los franciscanos se declararon donde quiera en pro de la sentencia piadosa, con tanto celo, que les valió ser tratados de herejes por sus antagonistas (36).

Sabedor Benedicto XI de las discordias que ocasionaba la polémica, ordenó una disputa pública en la universidad de París, donde los franciscanos pudiesen defenderse. El gallego Gonzalo de Balboa, general á la sazón de la Orden, envió una patente al joven filósofo inglés, citándole á la lid, y llamándole — « el amado en Cristo Juan Escoto, de cuya loable vida, ciencia excelente, ingenio sutilísimo y otras altas prendas, ya por larga experiencia, y ya por la fama que se

dilata en todas partes, estoy plenamente informado ». — No bien llega Escoto á Paris, pídenle, como ensayo de sus fuerzas, que, sin darse á conocer, argumentase en un acto que se celebraba en cierto colegio : entonces se refiere de él, como de Estrabón de Bayona, que uno de los asistentes exclamó : — « Ó eres ángel del cielo, ó demonio del infierno, ó Escoto de Duno. » — Fijóse el dia de la disputa solemne; se congregó la Sorbona; el canciller introdujo á los legados apostólicos, y llenóse el recinto de immensa concurrencia. Al dirigirse Escoto al palenque, cruzó ante una capilla, sobre cuyo pórtico se destacaba una escultura de la Virgen. Arrodillóse Escoto, y alzando los ojos á la efigie, dijo: — « Permite, Virgen sagrada, que yo te alabe; dame poder contra tus enemigos ». — Al punto se inclinó, prometiendo ayuda, la cabeza de piedra de la estatua (37).

Observemos el espectáculo de la memorable disputa — uno de los más característicos de la Edad media. — Merced al empleo de la lengua latina, que orillaba la dificultad de las distintas hablas, hasta doscientos doctores se reunen para argüir sucesivamente á Escoto, quien, sufrida la nube de saetas escolásticas, se levanta, y repite de memoria todos los argumentos de sus contrarios por el mismo orden en que fueron propuestos. En seguida comienza á distinguir, desenredar, rebatir, pulverizar toda objeción. Bien como la luz polarizada se convierte en un haz de innumerables rayos luminosos, la dialéctica de Escoto se parte, se adelgaza, se sutiliza para atravesar aquella niebla de dificultades; finalmente, pronuncia el argumento decisivo de la voluntad y de la gracia : — *Protuit, decuit, ergo fecit.* — Y cuando se calla, ya descolorido, exánime, pero vencedor, álzase el auditorio de

sus escaños, un clamor inmenso puebla los aires : — « ¡Víctor, Escoto ! » — Se encienden luminarias ; esparcese alborozada la gente ; Escoto sale llevado como en triunfo, aclamado *Doctor Sutil*. Al día siguiente se junta la Universidad, y á claustro pleno aprueba la sentencia piadosa ; confirma á Escoto el nombre de Doctor Sutil, y hace voto de celebrar cada año, solemnemente, la festividad del Misterio de la Inmaculada : tradición mantenida con tanto respeto, que en el año 1383 la misma Universidad decreta no graduar á sujeto alguno si primero no jurase defender la pureza original de María. En nuestros días, Pío IX ha declarado dogma de fe la opinión teológica de Escoto.

Después de la victoria, Escoto se quedó enseñando en la Sorbona, y al pie de su cátedra vinieron á sentarse para oirle dos extranjeros : el mallorquín Raimundo Lulio, el florentino Dante Alighieri. Hallábase cierto día esparciéndose con sus alumnos por el *Prado de los Clérigos*, paseo escolar célebre en París, cuando recibió cartas del general de la Orden, que le mandaban pasar á Colonia de Agripina para fundar la Universidad y combatir á los begardos. Al punto dijo adiós á sus acompañantes, y echó á andar. Los discípulos querían que volviese al convento para despedirse, mas él respondió : — « El Padre general no me ordena volver al convento, sino ir á Colonia. » — Hizo el viaje pidiendo limosna, y cuando entró en la ciudad, el lucido y numeroso concurso que le aguardaba se admiró viendo que el renombrado filósofo, la antorcha de Oxford, el campeón de la Sorbona, era un mendigo, descalzo, con vil y remendada túnica, al hombro la alforja que contenía mendrugos ofrecidos por la caridad popular. En Colonia sostuvo Escoto varias y empeñadas disputas, no sólo con los begardos, gente in-

fima é ignorante en su mayor parte, sino con los dominicos, discípulos de Alberto *Magno*, que impugnaban la sentencia piadosa: en alguna de estas polémicas, inflamado en el fuego de la batalla, rompió en sudor copioso: salió para ir á su convento atravesando la helada atmósfera de la calle, y sobrecogido de mortal pasmo, no pudo sino tenderse en el lecho y rendirse á la muerte. Digno fin del incansable adalid del aula, del *Doctor Mariano*, perecer luchando, y que sus últimas palabras fuesen argumentos. No había cumplido treinta y cuatro años cuando falleció (39). La celebridad de Escoto, la brillante y numerosa escuela filosófica que dejó formada y que creció singularmente en pocos años (40), le *ganó* detractores: caso común en aquellos tiempos en que no era maravilla que una contienda teológica encendiese odios y costase sangre. Como un siglo después del tránsito de Escoto, insinuaron algunos autores que había sido enterrado vivo: corrió otro siglo, y Paulo Jovio, médico italiano, uno de aquellos escritores escépticos y venales que pulularon en el Renacimiento, refirió el suceso, asegurando que Escoto, castigado por Dios con una apoplejía, y aceleradamente enterrado, se había roto la cabeza, en su desesperación, contra la bóveda del sepulcro: el dominico Bzovio, eterno enemigo de los franciscanos, añadió detalles horribles, *describió á Escoto comiéndose* las manos antes de expirar. Ocioso parece decir que la Orden de Menores se dió prisa á vindicar á su doctor y maestro; y á la verdad que no eran rigurosamente necesarios los muchos y convincentes panegíricos de Escoto para desmentir la fábula, constando como consta que no fué enterrado en bóveda, sino en una fosa abierta en la tierra, conforme á su humilde instituto (41). Inspiró gran veneración el sepulcro del

defensor de la Virgen; por algún tiempo el pueblo le rindió culto: la imagen de Escoto fué pintada con aureola en no pocos templos, y la fama de su elocuencia duró tanto, que al trasladar sus huesos dijose que manaba de ellos perfumada leche.

Realista como el Ángel de las escuelas, más todavía, Escoto tuvo sin embargo por discípulo al jefe de la escuela nominalista, Ockam. Á pesar del contraste, la filiación escotista de Ockam se revela claramente en muchos puntos: así como Escoto fundaba la certeza en la revelación y el orden universal en la voluntad divina, Ockam dió esta misma suprema voluntad por base á la ética: reconócesele también por procedente de Escoto cuando renueva la teoría del conocimiento del alma por sus atributos. Es la aparición de Ockam un signo de los tiempos: filósofo de decadencia, pertenece á un siglo decadente y sombrío, el XIV, cuando la escolástica presenta dos síntomas de caducidad: el predominio de los sistemas exclusivos y cerrados sobre los armónicos, el divorcio incipiente de la filosofía y la teología. Ockam nació en el condado de Surrey, á fines del siglo XIII. De inteligencia poco común, enseñó brillantemente en París bajo Felipe el Hermoso En su vida importa distinguir dos períodos, el uno anterior, posterior el otro á 1322. Durante el primero es indudable su ortodoxia: en el segundo, afiliado al partido cismático de Luis de Baviera, escribe sañudamente contra Juan XXII, diciendo al príncipe alemán: — « Defiéndeme tú con la espada, que yo te defenderé con la pluma (42). » — Triste espectáculo el del religioso abrazando la causa del poder temporal contra el espiritual, cuando ni aun le queda la disculpa de que la potestad de la tierra está representada por un Ludovico Pío ó un san Luis, sino por ambiciosos sin

talento como el Bávaro, ó mercaderes sin entrañas como Felipe el Hermoso. Ockam persistió en su separación de la Iglesia hasta 1349, año en que se humilla arrepentido, pide absolución de las censuras, y se declara *pronto á obedecer á* la Santa Sede (43): por donde se ve cuánto yerra Tenneman y los que como él afirman que Ockam murió en Munich perseguido, mas no domado. Si es cierto que Ockam escribió cosas intolerables en sus libelos contra Juan XXII, á quien combatió sin reverencia ni sobriedad; si se mostró cesarista, regalista y cismático, no así que en sus trabajos y obras filosóficas se contenga doctrina alguna condenada por la Iglesia. Podrán los comentarios suyos que se leían en las aulas encerrar opiniones menos probables, pero á las cuales no faltan secuaces, y que corren con pie seguro en las escuelas teológicas, sin tacha de herejía. Bien cabe afirmar que, lejos de ser el nominalismo elemento de heterodoxia para Ockam, fué Ockam el que, con su conducta y actitud, hizo sospechoso el nominalismo. Éste yacía muerto. Santo Tomás y Escoto lo habían sepultado bajo el peso de su dialéctica, cuando Ockam lo renovó, diciendo que, puesto que las ideas generales no tienen existencia independiente sino en las cosas ó en Dios, y en las cosas no caben ideas generales y en Dios tampoco están como esencia independiente, sino como mero objeto de conocimiento, y en el intelecto lo mismo, las ideas generales son vanas entidades escolásticas, sin realidad alguna. Atacada así por cabos sueltos la noción de los universales, Ockam la emprendió con otra teoría célebre, la de las especies sensibles é inteligibles. Afirmaba la escuela que entre los objetos exteriores y el entendimiento humano servían de intermediarios unas imágenes, semejantes á las voladoras,

Ειδωλα de Demócrito. Las especies sensibles é inteligibles de la escuela, la distinción que ésta hace del objeto *quod* y *quo sentimus et intelligimus*, corresponden cabalmente al análisis claro, exacto y profundísimo de las operaciones del alma. Ockam disipó los excesos de esta teoría, declarando que la única realidad es el objeto conocido y el sujeto que conoce, y formulando el axioma razonable: — « No multipliquemos entes sin necesidad; no hagamos con mucho lo que puede hacerse con poco (44). » — El *príncipe de los nominalistas* — que así fué llamado Ockam — tuvo discípulos insignes: Durando de Meaux, *Doctor resueltísimo*; Juan Buridan, gran partidario del libre arbitrio; Enrique de Hesse, matemático y astrónomo; Raimundo de Sabunde; Adán Vodam, Gabriel Biel, que dió el golpe de gracia á las especies volantes, y en fin, Gerson. Caracteriza á la pléyada ockamista el amor de las ciencias físicas, del análisis, la independencia respecto del método y tradiciones de la escuela, y al par señalada tendencia mística. Los hombres más notables del siglo XIV, testigos de la ruina de la exageración abstrusa de la Escolástica, son místicos: Gerson, Taulero, Petrarca. Su melancolía no halla consuelo sino en Dios.

Para defenderse y combatir á Ockam se unieron escotistas y tomistas, todas las fuerzas del realismo. Como teólogo le acusaron de pelagianismo: y no obstante — importa repetirlo — aquel nominalismo no fué formal herejía. En diversas Universidades católicas hubo cátedras de nominalismo ockamista. El año de 1473, habiendo el maestro Juan Boucart y los tomistas de París gestionado que el Rey prohibiese la cátedra nominalista de la universidad, los nominalistas probaron que en Bohemia habían sido sus doctrinas

martillo de herejes. Juan de Hus, Jerónimo de Praga, eran en efecto escolásticos realistas. El primero sostuvo el crédito del realismo en la universidad de Praga : el segundo denunció por heterodoxos á los nominalistas. La condena del concilio de Constanza resolvió la duda : los dos heresiarcas bohemios, en quienes renacía Wicleff, subieron á la hoguera.

San Buenaventura, Escoto, Ockam, se formaron en el claustro : mas no es ciertamente el laico Raimundo Lulio inferior á ninguno de ellos. Con Abelardo, Lulio es el personaje más novelesco de los anales escolásticos; aun añadiremos que sobrepuja la poesía de su historia á la del amante de Eloísa. Mientras Abelardo, vencido y agriado por la mala ventura, arrastra su inútil existencia de asilo en asilo, de convento en convento, la personalidad moral é intelectual de Lulio crece y se acendra y toca en las cumbres más altas y sublimes, al través de los romancescos azares de su vida, coronada por heroica muerte. Atendido su carácter y condiciones, Raimundo Lulio es, mejor que europeo, africano. Arrulló su cuna en Mallorca el himno del azul Mediterráneo : de un lado tiene Mallorca á España, en su parte más oriental, la florida Valencia, las soleadas vegas de Murcia; del otro, á Italia, que envía á las Baleares las auras volcánicas de Cerdeña; enfrente el Magreb, la tierra musulmana, la misteriosa enemiga del Cristianismo. El padre de Lulio, barcelonés, servía al rey de Aragón cuando éste conquistó las islas. En el reparto le tocó un lote considerable; avecindóse entonces en Palma, con su consorte Ana de Heril : Raimundo nació tarde, y fué su nacimiento solicitado con muchas lágrimas por el estéril matrimonio. Enviado ya mancebo á la corte de Jaime I, su destreza, arrojo y gallardía le distinguieron presto, y

desde paje fué subiendo hasta senescal y mayordomo mayor. Fogoso, amigo de caza, de opulencia y de placeres, él mismo nos dice en su poema *Desconort* cómo en la mocedad, olvidado del verdadero Dios, se dió á deleites y carnalidades. Ni bastaron á templar sus ímpetus juveniles las bodas con la noble doncella Catalina de Labats: la esposa, nunca amada, se vió desairada presto, y Raimundo se prendó, con todo el ardor del temperamento meridional, de una dama genovesa llamada Ambrosia de Castelló, tras de la cual, causando gran escándalo, se entró á caballo por la iglesia de Santa Eulalia. Dióle cita entonces la dama, y descubriendo el seno, le mostró, con triste sonrisa, la podredumbre de una úlcera. El efecto fué terrible: Raimundo sintió como si un rayo abrasase sus potencias y lo inmutase todo: desde aquel mismo día comenzó dura penitencia; anduvo en peregrinación, pidiendo limosna, á Santiago de Compostela y á Monserrate; pidió perdón á su mujer, y castigó su propio cuerpo con no vistas austeridades. Quería ir á París á estudiar las ciencias: mas su amigo Raimundo de Peñafort le persuadió á meditar primero en la soledad. Ya germinaban en su mente las tres grandes ideas: cruzada á Tierra Santa, predicación del Evangelio á judíos y sarracenos, demostración racional de las verdades religiosas: dedicóse á aprender de un su esclavo la lengua árabe, y el esclavo, comprendiendo que el propósito de su amo y alumno era combatir el Corán, le asestó alevosa puñalada, dejándole por muerto. Pero curó, y al fallecer su esposa, repartida la hacienda entre sus hijos y los pobres, se retiró, vistiendo grosero saco, al monte Randa, donde hizo vida contemplativa y extática, derramando su corazón como agua en la presencia de Dios. Bajó á Palma

exhortando á convertirse á los pecadores: y refiere la leyenda que después de una noche pasada en oración, un arbusto que crecía á la puerta de su morada apareció dibujado en todas sus hojas de caracteres latinos, arábigos, griegos, como dando á entender á Raimundo su destino cosmopolita (45). Llenos están aquellos lugares de tradiciones relativas á Raimundo: el día de la conversión de san Pablo, la gruta del monte Randa se impregna de fragancia celestial, la fragancia que allí derramó Cristo al curar al penitente gravísima enfermedad. Fuera de sí de amor, Lulio corría por prados y selvas en busca del Amado. Un día encuentra á un ermitaño junto á una fuente, y le pregunta el remedio para salir de prisiones, para dejar de amar en grado tan subido. Sus incendios místicos le llevan á anhelar que la vida se le acabe para reunirse al Amado; los pájaros del verjel le dan lecciones é inteligencia de amor; corre por las calles, pregúntanle las gentes si está loco, y él responde, como san Francisco, que ha perdido voluntad y entendimiento.

Mas el retiro de Randa no fué sino comienzo de la vida activísima de Lulio. ¿De qué modo adquirió su profunda ciencia? El pueblo creyó que por infusión, por inspiración, no explicándose cómo el ignorante y superficial galán de ayer, ascendía hoy á *Doctor iluminado*, á magno inventor. Ello es que maravilla la adquisición de los conocimientos de Raimundo, si consideramos que apenas hay en su vida período sedentario en que pudiese consagrarse á reunirlos. Antes de su conversión, aborrecía las letras. Después, le encontramos recorriendo el mundo, persiguiendo, aventurero filósofo, su ideal. Cuarenta años peregrinó sin tregua. En uno de sus viajes, una excursión á Pa-

ris, para conseguir de Felipe el Hermoso la fundación de un colegio de lenguas semíticas, entró en la Sorbona á la cátedra de Escoto, y oyó atento, ya inclinando en señal de aprobación la cabeza, ya torciendo el rostro como quien disiente. El joven profesor reparó en los ademanes de aquel hombre, pobre en el traje, inteligente y noble en la fisonomía, de ardientes ojos y cana cabellera. Terminada la lección bajó de la cátedra, y llegándose al extranjero, preguntóle : — *¿Domine, quæ pars?* — Y Raimundo contestó, jugando del vocablo, con una definición de Dios : — *Dominus non est pars, sed totum simplicissimum ab omni partium compositione alienum.* — Escoto vió que se las había con un maestro, y empezó á departir con él : de allí resultó la entrada de Raimundo en el aula parisiense. Pero no era la ciencia principal objeto de la peregrinación del Doctor iluminado : sus planes más vastos se referían al Oriente, y á aquella tierra de África, colocada ante las costas de España como amenazador centinela, como alfanje perpetuamente desenvainado. El fracaso militar de las Cruzadas inspiraba á Raimundo Lulio un pensamiento nuevo, la cruzada intelectual, la conversión en masa del Oriente Así es que no cesó de excitar al Papa, á los príncipes cristianos, á las repúblicas de Italia, á que conquisten las naciones sarracenas, no tanto con las armas, cuanto con el entendimiento. En sus excursiones iba juntando limosnas, que remitía al Papa á fin de que allegase tropas y medios de emprender la cruzada. Fué á Roma exclusivamente para lograr de Nicolás III que enviase á Tartaria tres misioneros franciscanos; de Honorio IV obtuvo la creación de un colegio de lenguas orientales; de Jaime II consiguió lo mismo : el colegio se estableció en Miramar, y los Menores, instruí-

dos allí, salían á convertir sarracenos. Raimundo aspiraba á apoderarse del Oriente con la posesión de sus idiomas, con la superioridad científica del Occidente: no es mucho que le encendiese en cólera ver que un doctor sarraceno y español, Averroes, iba infiltrando en las aulas cristianas gérmenes sensualistas y materialistas: de aquí otra cruzada contra Averroes; por donde quiera que pasa Raimundo Lulio, denuncia y refuta al comentador cordobés. En Bona disputa con cincuenta doctores árabes, averroístas, y el populacho le escarnece, golpea y tira de las barbas, acabando por cerrarle con un candado la boca; en Chipre pelea con los cismáticos griegos y los obispos secuaces de Nestorio, con no menor valentía. Lo que parece increíble es que Raimundo, buscando por espacio de cuarenta y cinco años el martirio en África, en Siria, en Palestina, en Egipto, tardase tanto en encontrarlo.

Ya sabemos el mal tratamiento de Bona; en Túnez fué públicamente azotado; corrió peligros sin número, naufragios, enfermedades; arrojáronle de Bujía por loco, y vuelto otra vez á predicar la fe, consiguió al cabo que, sacándole de la ciudad á empellones, lo apedreasen. Y tal es el vigor de su constitución, que cuando á la noche dos mercaderes genoveses van al lugar del suplicio á recoger piadosamente sus reliquias, hallan al octogenario anciano sepultado bajo un túmulo de piedras, nadando en un charco de sangre, pero vivo aún, y pueden transportarlo á su galera, y llevarlo á Mallorca, para que exhale el espíritu ante las costas de la patria. Los franciscanos reclamaron para su iglesia el cuerpo del mártir, que vestía desde el tiempo de su conversión hábito de la Orden Tercera; diéronle culto las Baleares,

y la isla se pobló de imágenes del bienaventurado Raimundo (46).

Hombre fué tan singular. Caballero andante de una idea, enseñó á su país, marcó con su sangre el camino por donde debiera extender su dominación é influjo, la ruta de África : el Quijote místico, el poeta visionario de Mallorca, nos dió lecciones de alta política, que por nuestro mal no hemos aprovechado : culpa cuyo reato pagamos ya, y pagaremos con creces andando el tiempo. La inteligencia, no aparece inferior á la acción en el filósofo insigne que, con Rogerio Bacón, abre el tercer período de la escolástica. Cuando ésta cayó en descrédito, se dijo comunmente que así como Alberto el Grande quiso construir una máquina de andar y hablar, Raimundo Lulio ideó una de pensar (47). Por donde el insigne mallorquín fué contado entre los fautores de la decadencia, y su *Arte Magna* acusada de reducir el entendimiento á un mecanismo : tratábase no más que de aplicar á cualquier materia ciertos predicados, que Lulio reunía por clases, marcadas cada una con su letra del alfabeto; disponíalos después en círculos concéntricos, de suerte que cada letra significase un atributo : así se formaba complicado artificio de predicados relativos y absolutos, preguntas y respuestas, accidentales, proposiciones y modalidades, todo entretejido como metafísica telaraña, dispuesto en casillas y triángulos : con imprimir movimiento de rotación á algunos círculos de la figura, resolvía Lulio cuanta cuestión se ofreciese, y el espíritu obraba con la precisión fatal propia de la materia. Á duras penas hubo quien reconociese que la máquina pensante indicaba una tentativa fecunda, la reducción de toda idea á ciertas ideas madres (48), categorías que, reproducidas en el orden total de las cosas, ofre-

cen en su combinación imagen del sistema del universo; á duras penas hubo quien otorgase al inventor del aparato la aspiración de toda mente elevada: la síntesis, la ciencia concebida, no en sus partes, pero en su indivisible unidad (49). Mas hoy — diremos con un ilustre autor novísimo (50) — comienza á entenderse que era ligereza científica despreciar al Doctor iluminado y tratar de *Arte deceptoria* su Arte magna. Trabajos de muchos y muy eruditos escritores patentizaron, no solamente el valor del sistema filosófico de Raimundo, sino de sus obras literarias. Y así como brilla su fama de pensador, de enciclopedista, de novelista, resplandece su ortodoxia, puesta también en duda por manejos de implacables émulos.

Obtuvo la doctrina de Lulio, enseñada por él mismo en Mompeller y París, cátedras especiales en las universidades de Mallorca, Barcelona y Valencia, y fué profesada en el reino de Aragón; el general de los franciscanos, Gaufredo, ordenó á sus frailes concediesen al maestro Raimundo lugar oportuno donde explicar su método: cuarenta profesores de París firmaron un diploma, en el cual examinado el sistema luliano, lo declaraban bueno, útil, necesario, en nada repugnante á la fe, antes muy conducente á confirmarla; en el siglo XV, el lulismo florece y domina en España, y cuenta en sus filas á Raimundo de Sabunde; espéranle expositores y comentadores como Jordano Bruno, Cornelio Agripa, Pedro Ciruelo, Leibnicio; protectores como Cisneros y Felipe II. Pero al par, tuvo encarnizados enemigos, que llegaron hasta fingir una Bula condenatoria de las doctrinas de Lulio. Otra imputación le fué dirigida, la de alquimista supersticioso, que desmienten diversos pasajes de sus obras: en el *Arbor scientiæ* se ríe de los que trabajan vanamente

queriendo convertir el azogue en plata sólida : en el de *Principiis Medicinæ* moteja con donaire á los dementes alquimistas, enloquecidos por su príncipe Mercurio, y soñando oro con las bolsas vacías y las capas rotas. La acusación de alquimista se explica, no obstante : como Rogerio Bacón, como Escoto, Raimundo pertenece á la época en que los doctores escolásticos se sentían atraídos y solicitados por el estudio y observación de la naturaleza.

Llegaron á atribuirse á Lulio hasta cuatro mil tratados : en realidad no escribió menos de quinientos libros, ya en latín, ya en romance catalán, que constituyen verdadera enciclopedia : hay los de didáctica simbólica, como el *Arbor scientiæ;* de mística, como el *Liber contemplationis;* de teología racional, como el *De Articulis fidei;* de polémica filosófica, como la *Lamentatio* contra los averroístas; novelesco-prácticos, como el *Blanquerna*, el *Orden de la Caballería*, el *Libre de Maravelles:* amén de muchas poesías líricas y morales, y tratados de lógica, retórica, medicina, metafísica, derecho y matemáticas (51). Dos notas se advierten en la doctrina de Lulio : es armónica y es popular : porque el ánima vehemente y generosa del Doctor iluminado toda se vuelve acción, toda se deshace por comunicarse, no ya á su patria sino al mundo entero; cuando no halla otro medio de convencer, recurre á la poesía, á la predicación, á los viajes; propagandista incansable, escribe en verso vulgar altas verdades teológicas, las pruebas de la Encarnación y de la Trinidad. Su anhelo era demostrar racionalmente los dogmas de la fe, á fin de que por los senderos de la razón, fuesen conquistados los infieles, que yacían en tinieblas : á propósito de lo cual dice en el *Desconort* : — « Si el hombre no pudiese since-

rar su fe, ¿podría culpar Dios á los cristianos si nó la mostrasen á los infieles? Los infieles se podrían quejar justamente de Dios, porque no permitía que la mayor verdad fuese probada. » — Y corrigiendo lo atrevido de esta teoría, añade: — « De que nuestra fe se pueda probar, no se sigue que la cosa probada contenga ni abarque al ente increado, sino que entiende de él aquello que le es concedido. » — Al propio empeño de hacer á todos accesibles las verdades supremas, debe atribuirse la invención gráfica y simbólica del arte combinatoria, donde aplicando el principio realista de Escoto, que las ideas tienen dobles ejemplares en la naturaleza y espíritu, una realidad ontológica y otra subjetiva, quiso representarlas por determinado número de fórmulas, y que de la combinación de éstas resultase el conjunto de las verdades complejas. Respecto de la verdadera concepción, filosófica y original de Raimundo, el armonismo, reproduciremos un pasaje del claro autor antes citado (52) : — « Engarza con hilo de oro el mundo de la materia al del espíritu, procediendo alternativamente por síntesis y análisis, tendiendo á reducir las discordancias y resolver las antinomias, para que reducida á unidad la muchedumbre de las diferencias (como dijo el más elegante de los lulianos) venza y triunfe y ponga su silla, no como unidad panteítisca, sino como última razón de todo, aquella generación infinita, aquella aspiración cumplida, eterna é infinitamente pasiva y activa á la vez, en quien la esencia y existencia se compenetran, fuente de luz y foco de sabiduría y de grandeza. »

Del breve estudio que á la escolástica consagramos, resultan dos convicciones : la de su variedad, fertilidad y riqueza, la de su influjo en el vigor del pensamiento occidental. El carácter lógico de la raza euro-

pea, la índole analítica de nuestros idiomas, se deben en gran parte á la educación fortalecedora de la escuela. Mas no limitemos á sistema de pedagogía la varonil filosofía que alcanzó en el siglo XIII su apogeo. Hoy, que el ariete de la crítica arruinó los frágiles monumentos de los sistemas alemanes, el espíritu escolástico se alza otra vez, y sacudiendo el rancio polvo del aula y adoptando formas más compatibles con la Edad moderna, se impone, y afirma el imperecedero papel que á la filosofía metódica corresponde en la historia del entendimiento humano: porque el nombre de escolástica no significa, en su acepción genérica, las teorías de este ó de aquel Maestro; sino un método riguroso y lógico, una manera especial y ajustada de raciocinar. Señaladamente el movimiento intelectual católico tiende á la resurrección de la filosofía de la Edad media. La voz de mayor autoridad en el mundo cristiano, la de León XIII, en la Encíclica *Æterni Patris*, dió impulso á la reacción escolástica, que tan fecunda puede ser si no se concreta exclusivamente á estudiar á un solo Maestro de las aulas, grande, insigne sin duda; mas no el único: santo Tomás.

No se llega por el camino del exclusivismo á la unidad, antes á la pobreza: si al resplandeciente arcoiris de la escolástica despojamos de algún color, menoscabaremos su hermosura. Guardémonos de proscribir á ninguno de los grandes pensadores que erigieron la pirámide gloriosa de la filosofía cristiana. no mutilemos la catedral de la Edad media quitándole sus pilares — san Buenaventura, Lulio, Escoto, Ockam, Bacón, misticismo, armonismo, metafísica de la voluntad, nominalismo, método experimental; — que todo ello encerrado en los límites que señala la fe, es

fruto de un árbol santo, esmalte de la ciencia ortodoxa, patrimonio de Cristo, usufructo de la Iglesia. Si uno de los más distinguidos promovedores de la reacción neo-tomista en nuestro país (53) al establecer con lucidez la distinción entre la filosofía esencialmente cristiana y la que lo es accidentalmente, reconoce que, desde la venida del Redentor, aun las obras de panteístas, materialistas y positivistas están saturadas de la influencia del Cristianismo, ¡cuánto más ancho horizonte podrá hallar el pensamiento cristiano en las de esclarecidos genios que escribieron con aplauso de la Iglesia, y cuyas doctrinas profesaron millares de católicos, en las épocas de mayor esplendor y prosperidad del Catolicismo!

No vayamos más allá que los escolásticos, quienes con santo Tomás á la cabeza, beneficiaron la herencia del pasado, acogieron presurosos la filosofía pagana; no vayamos más allá que el siglo XIII, que siguió á Maestros muy diversos en opiniones; no vayamos más allá que la Iglesia, que reunió en los altares á esos Maestros.

Ni reneguemos del ayer ni del mañana: el tronco que produjo Agustines y Tomases no habrá perdido para siempre su savia generadora; la filosofía y la teología, senos que nutrieron la inteligencia, no se habrán agotado y secado sin esperanza de que vuelvan á manar jamás gota de leche. Triste fuera decirlo, mil veces más triste creerlo. Disculpa el genio del Ángel de las escuelas la predilección que hoy se le otorga: no fuera bastante á disculpar la mano atrevida que en su nombre quisiese extinguir la luz de algún otro astro del firmamento católico. Si sustancialmente los grandes escolásticos quieren lo mismo; si una es la verdad, diversos los modos de buscarla, con-

cebirla y expresarla : diversos, no adversos : unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso. La imparcialidad de un entendimiento escaso, mas no cautivo de ningún maestro ni sistema, nos valga al decir : puesto al sol, lugar en el campo católico para toda filosofía ortodoxa.

NOTAS.

(1) Fr. Ceferino González, *Historia de la filosofía.*

(2) Ozanam, *Dante et la philosophie catholique au XIII^e siècle.*

(3) Cousín, *Cours de l'histoire de la philosophie.*

(4) No falta quien diga que el silogismo se encuentra ya en el sistema de filosofía india conocido por *niaya*, y que de un libro persa, el Dabistán, consta que Calistenes envió á Aristóteles obras sánscritas de donde pudo tomar el artificio silogístico. Pero Barthélemy Saint-Hilaire demuestra ser la lógica niaya grosera é inferior al silogismo en todo.

(5) Fr. Ceferino González, *op. cit.*

(6) Ozanam, *op. cit.*

(7) Cousin, *op. cit.*

(8) Rohrbacher, *Hist. de l'Église catholique.—La scolastique.*

(9) Bossuet, *Défense de la tradition et des Saints Pères.*

(10) Lo reconoce aún el infeliz racionalista Thibergien en su *Generación de los conocimientos humanos*. Se han publicado varios diccionarios de términos escolásticos, sumamente útiles; si bien creemos preferible el estudiarlos en sus propias fuentes por medio de los índices de las obras de santo Tomás, san Buenaventura, Escoto, Suárez, etc.

(11) Ni es sólo en las aulas, sino también entre la multitud, donde puede observarse la grande y á veces desordenada actividad intelectual de la Edad media. En Toscana existía numerosa secta pitagórica; los epicúreos eran lo bastante numerosos en Florencia para formar temible facción y ocasionar sangrientas colisiones: más tarde el materialismo

aparece como doctrina pública de los gibelinos. (Ozanam, *op. cit.*) — Véase el capítulo *La pobreza franciscana y las herejías comunistas.*

(12) *Ventura est enim tribulatio, quando libri ad nihilum utiles in fenestris et latebris projicientur. Nolo fratres meos cupidos esse scientiæ et librorum, sed volo, eos fundari super sanctam humilitatem... et dominam paupertatem.* (S. Franc. *Opúscula.*)

(13) *Nec tantum studeant, ut sciant qualiter debean tloqui, sed ut audita faciant, et cum fecerint aliis facienda proponant.* (S. Bonav.)

(14) Es cuestión debatidísima, y nunca satisfactoriamente resuelta, la del autor de la Imitación, así como del siglo en que fué escrito tan admirable libro. Hubo quien lo atribuyese á san Bernardo, que murió veintinueve años antes del nacimiento de san Francisco de Asís, mencionado en la *Imitación* expresamente. Con mayores visos de verdad fué adjudicado, ya al canónigo Tomás Kempis, ya á Juan Charlier, más conocido por Gerson, que tan importante papel desempeñó en el concilio de Constanza. El tercer candidato, y acaso el más autorizado, es el benedictino Juan Gersen de Cabanaco. De todas suertes, el problema está en pie, no sin que la crítica haya advertido en la Imitación, como en la Iliada, señales de haber sido compuesta por distintos autores. San Francisco de Sales soltaba la dificultad, diciendo que el autor del libro era el Espíritu Santo.

(15) San Francisco había disuelto la primer escuela franciscana, fundada en Bolonia por el ministro provincial Juan de Eustaquia, por haber sido instituida sin su anuencia, con gran lujo y con profesores seglares.

(16) Röth, *Geschichte unserer abendlandischer Philosophie.*

(17) Sin razón suficiente cuenta Thibergien, *op. cit.*, á Rogerio Bacón entre los nominalistas.

(18) Á tal extremo llegó la preponderancia de los juristas, que Inocencio IV hubo de dar una Bula encaminada á favorecer el restablecimiento de los abandonados estudios filosóficos. «Circula, decía, un rumor funesto, que de boca en boca llegó hasta nuestros oídos, causándonos aflicción... Dícese que la multitud de los aspirantes al sacerdocio, abandonando y hasta repudiando los estudios filosóficos, y por consiguiente las enseñanzas de la teología, corre en masa á las escuelas donde se explican las leyes civiles...» — Y, refiriéndose á la

preferencia otorgada á los juristas, añade: — « Los hijos de la filosofía, tan tiernamente acogidos en su seno, tan asiduamente nutridos de sus doctrinas, tan confirmados por su celo en los deberes de la vida, languidecen en miseria, sin poseer ni el pan de cada día, ni la vestidura de su desnudez, obligados á huir donde no los vean, buscando la sombra, como aves nocturnas, mientras los eclesiásticos, hechos leguleyos, montados en soberbios caballos, vestidos de púrpura, cubiertos de seda, oro y pedrerías, reflejando en sus arreos los rayos del escandalizado sol, dan por todas partes el espectáculo de su orgullo y se muestran no como vicarios de Cristo, sino como herederos de Lucifer, provocando la cólera del pueblo, no sólo contra sí mismos, sino contra la sacra autoridad que indignamente representan... Queremos remediar este inusitado desorden, y que vuelvan las inteligencias al estudio de la teología, ó al de la filosofía por lo menos, que si no mueve á dulces y piadosos sentimientos, descubre las primeras luces de la verdad eterna. » — A renglón seguido dicta varias providencias á fin de que no sea el estudio de las leyes único camino para obtener prebendas y dignidades eclesiásticas.

(19) Cree Fr. Pánfilo de Magliano (*Storia di San Francesco e de' Francescani*) que por adulterada tradición se atribuye á Alejandro de Hales esta anécdota, que Eccleston refiere de Adán de Oxford. Más autorizada es la versión de Harpsfeld, que piensa que Alejandro de Hales fué movido por el suceso de su compatriota Juan de San Gil, el cual predicando en cierta ocasión al clero sobre el desprecio del mundo, para añadir el ejemplo á la palabra, descendió del púlpito, vistió el hábito de dominico, y subiendo otra vez á la cátedra terminó su sermón.

(20) *Respondit: exercere se in uno Doctore præcipue. Dum ultra peteretur: quis esset talis Doctor? Alexander, ait, de Ales.*

(21) Entre los muchos testimonios que Fr. Damián Cornejo (*Crónica de la religión de N. P. San Francisco*) aduce para probar que santo Tomás fué discípulo de Alejandro de Hales, parece el más curioso la existencia de una pintura antiquísima, que se hallaba colocada sobre la puerta del Capítulo del Convento grande de S. Francisco en París, donde entre muchos discípulos que estaban oyendo á Alejandro, aparecían santo Tomás y san Buenaventura.

(22) He aquí los títulos de sus obras: *Summa virtutum* escrita por mandato de Inocencio IV y examinada y aprobada

por setenta y dos Maestros de la Universidad de París y por Alejandro IV. — Sobre *los Salmos*. — Sobre *los Profetas Menores*. — Sobre *los libros de los Jueces, Josué, Reyes, Isaías, Jeremías, Daniel y Ezequiel*. — Cuatro tomos sobre *los Evangelios de S. Lucas y S. Marcos y Epístolas de S. Pablo*. — Uno sobre *el Apocalipsis*. — *Concordia del Antiguo y Nuevo Testamento*. — Un tomo sobre *Job*. — Otro sobre *la Epístola de S. Pablo á los Romanos*. — *Postilla sobre toda la Escritura*. — Un tomo de *Mysteriis Ecclesiæ*. — Otro, *Summa Resolutionum*. — Cuatro sobre *los Sentenciarios de Pedro Lombardo*. — Dos del *Fructorum Vitiorum*. — Un tratado de *Sacramento Penitentiæ*. — Un tomo de *Sermones varios*. — Otro de *Legibus*. — Otro de *Negligentia*. — Otro de *Concordantia utriusque juris canonici et civilis*. — Doce libros sobre *la Metafísica de Aristóteles*. — Uno de *Vida de Mahoma y contra sus errores*. — Otro *Vida de S. Tomás Cantuariense*. — Otro *Vida y hechos de Ricardo de Inglaterra*. — Seis libros de *Mariale Magnum*, en alabanza de la Virgen. — Un tratado especial sobre su *Concepción*, comentando el versículo de los Cantares *Tota pulchra es amica mea*.

(23) Dice el epitafio de Alejandro de Hales, grabado en el coro de la Iglesia de su Orden:

GLORIA DOCTORUM, DECUS ET FLOS PHILOSOPHORUM,
AUCTOR SCRIPTORUM, VIR ALEXANDER, VARIORUM,
NORMA MODERNORUM, FONS VERI; LUX ALIORUM,
INILYTUS ANGLORUM; ARCHILEVITA, SED HORUM
PRÆTOR CUNCTORUM, FRATRUM COLLEGA MINORUM
FACTUS EGENORUM, SED PRIMUS DOCTOR EORUM.

(24) *De Adventu Fratrum minorum in Angliam.*

(25) *Septimus a Beato Francisco successit præclarissimus frater Bonaventura de Balneoregio, qui cum juvenis intrasset ordinem, tanta bonæ indolis honestate pollebat, ut magnus ille magister Alexander diceret aliquando de ipso quod in eo videbatur Adam non peccasse.* (Bernard. de Besa.)—A la hermosura corporal de san Buenaventura alude hasta el himno de su oficio, diciendo:

Eloquens, mitis, facilis, modestus,
moribus castus, facie decorus.

(26) *Patres Concilii Lugdunensis Græcorum errores condemnarunt secundum mentem Divi Bonaventuræ, cujus quatuor libros sententiarum præ manibus habebant.* (Miguel Vivien, *Hist. Conc. Lugd.*)

(27) San Buenaventura fué canonizado, por Sixto IV, en la Octava de Pascua de 1482. Se le concedieron los mismos honores que á santo Tomás. Sixto V inscribió á san Buenaventura sexto doctor de la Iglesia; los cinco anteriores son: Ambrosio, Jerónimo, Agustín, Gregorio y Tomás.

(28) *Sphæra intelligibilis, cujus centrum est ubique et circumferentia nusquam. (Itinerarium mentis in Deum.).*

(29) *Dimandai a Dio l' inferno,*
lui amando e me perdendo.
(Jac. de Todi.)

(30) *Idem in ipsa mente divina causans rem.*

(31) *Species, sive conceptus universabilis formatus ex re sensibus percepta ab intellectu creato.*

(32) *Voluntas Dei absoluta summa est lex.*

(33) La patria de Escoto ha sido discutida: Inglaterra, Escocia é Irlanda, se disputaron la gloria de haberle dado la primer luz. Un antiguo epitafio pone en boca de Escoto:

Scotia me genuit, Anglia me suscepit,
Gallia me docuit, Colonia me tenet.

Lo más fundado parece que fué irlandés, nacido cerca de la ciudad de Duno ó Duns, de donde le llamaron *Dunsio*, y *Escoto* de Irlanda, conocida antes por *Scotia*. En los escritos de Escoto se halla algún modismo irlandés.

(34) Requeriría la historia exacta de tan célebre cuestión pormenores que no caben en el espacio de este trabajo. A la imposibilidad de detallarla se debe que algunos juicios parezcan exclusivos, quizás injustos. Como quiera que la cuestión era entonces opinable y libre, sucede que algunos doctores, entre ellos santo Tomás, si en un lugar de sus obras se inclinan á la sentencia menos piadosa, en otro atemperan su juicio; que el dictamen de san Bernardo y san Buenaventura se explica y atenúa mediante ciertas restricciones, etc. Nos es forzoso, sin que otra cosa permita la índole de estas páginas, indicar solamente los rasgos principales de los grandes acontecimientos del siglo XIII. El que quiera conocer á fondo la historia de la opinión sostenida por Escoto, obras hallará abundantes donde se satisfaga. Como biografía

de Escoto, merece recomendarse la eruditísima del elegante escritor español fray José Jiménez de Samaniego, general de los Menores.

(35) Cousín, *op. cit.*

(36) *Religiosi quidam in tantam Conceptionis altercationem prsruperant, ut Ordinis Minorum Fratres hæreticos affirmarent, quia Dei Genitricem sine originali macula conceptam fuisse prædicationibus protestabuntur.* (Bernard de Bust., *Offic. Concept.*)

(37) Refieren el milagro de la imagen de París los autores españoles: Cristóbal Moreno, *De puritate Virginis*, fol. 273, c. IV, Valencia, 1582. — Pineda, jesuita, *In adver. ad privil. Jonn Reg. Aragonia*, Sevilla, 1615. — Lezana, carmelita. *in apolog.*, c. XV, Madrid, 1616. — Miranda, que escribió en últimos del siglo XVI y principios del XVII. — Gregorio Ruiz, *Vida de Escoto.* — En 1599 se imprimieron en Madrid los *Discursos evangélicos* y espirituales del R. P. Alonso de la Cruz. En el sermón de la Concepción dice refiriéndose á Escoto: « Doctor Santo, á quien la imagen de la Virgen Santa se le humilló ». — El P. Fr. Dermicio Tadeo en su *Nitela Franciscana* impresa en Londres, 1627, dice en la pág. 66 hablando de la santidad de Escoto: *Perseverantiæ argumentum est statua virginis Parisiis, quæ ad orationem ejus inflexa cervice perpetuum sanctitatis Scoticæ etiamnum præstat monumentum.* En 1614 publicó el Dr. Gonzalo Sánchez Luzero sus *Discursos teológicos de la Inmaculada Concepción*, y en la aprobación que por orden del cardenal Sandoval, arzobispo de Toledo, hizo el obispo fray Francisco de Sosa se lee: « En la Universidad de París sucedió aquel famoso milagro, que yendo Escoto desde su monasterio de San Francisco al colegio de Sorbona á disputar sobre este misterio, haciendo reverencia á una imagen de Nuestra Señora de bulto, que está sobre la puerta de la capilla Real, dijo de rodillas: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata*, y la imagen inclinó la cabeza, y en testimonio del milagro se quedó así: y aunque no parece se puede poner dolo en tradición tan antigua, y aclamada por una tan gran Ciudad, se confirma mucho la maravilla con la postura misma que la imagen tiene hoy; porque siendo en lo demás muy linda, y de gran escultor, como lo es toda la fábrica de aquella Real Capilla, no parece posible haberla dejado la cabeza en la forma que está, tan inclinada contra toda arquitectura sin mirar al Niño que tiene en los brazos, ni al pueblo ». En términos parecidos narra el hecho Hugo Cavello. El V. P.

Fr. Francisco Gonzaga, por los años de 1579, después de averiguar detenidamente la constante fama y tradición perpetua del suceso, hizo que se dibujase en bronce la imagen que se inclinó al Doctor sutil.

(38) Refieren la disputa Pelbarto Temesuario, *Stellar*, L. IV, p. 2.; Vernuleo, *Paneg. pro Scot.*; Luis Manganelis, *Vida de Escoto;* Pedro Ojeda, jesuita, *Ref. pro Imm. Concep.*, c. XV.; Salazar, id., *De Concep.*; Juan Baconio, Antonio Eucaro, *Eluc. Virg.*; el V. Fr. Juan Meppis, agustino, *Tractat. de Immacul. Virg. Concep.* refiere así el triunfo de Escoto: *Decimus Doctor est Joannes Scotus, super 3 Sententiarum; ubi determinat, Virginem sine peccato originali conceptam, per rationes subtiles: ut quilibet cognoscat qualem devotionem habuit prædictus Doctor circa Virginem, et ejus Conceptionem. Nam existens Parisiis, proposita illa quæstione, utrum B. Virgo esset concepta in peccato originali, pro majori parte concluserunt B. Virginem fore conceptam in peccato originali. Sed prædictus Doctor audiens talia, quamvis esset parva statura inter illos; attamen omnibus altior et subtilior intellectu, accinctus gladio Spiritus S. omnia dicta eorum recitavit, et rationes solvit, et superaddens multas rationes probantes Virginem non esse conceptam in peccato originali. Omnes igitur stupefacti de tan subtilissima intelligentia, decreverunt quod de cætero Scotus, Doctor Subtilis vocaretur. Aliqui vero volentes primam opinionem pertinaciter asserere ibidem, scilicet quod esset concepta in originali, multis dignitatibus fuerunt privati, et expulsi de civitate in civitatem; et aliqui de Regno Franciæ. Hic ibidem coram tota Universitate determinatum fuit, quod B. Virgo non fuit concepta in peccato originali; et obligavit se singulis annis Universitatis prædicta, velle celebrare Festum Conceptionis Virginis, præsente tota Universitate in vesperis et Missa.* — En *Le Defensoire de la Conception de la Glorieuse V. Marie* (Rouen, 1514) se halla este pasaje: *Joannes Scotus proposa la question à Paris devant tous les docteurs en pleine Université, et soulut tous les argumens des arguans, contraires à la Saincte Conception: qui furent estimez plus de deux cens: et de merveilleuse mémoire tous les recita, et soulut, et allegua des auctorités, et raisons innumerables, par les quelles il prouvit qu'elle estoit concevé sans péché originel. Parquoy toute l'Université par grande admiration l'appellèrent le Docteur subtil. Et tous les ans pour la révérence de l'Escot, l'Université célebre la Feste de la Conception, et l'Évesque de Paris est tenu de y assister aux Vespres, et Messe, et fait l'Office, et un Maître fait le sermon au Couvent des Prescheurs quand la Feste vient au*

Dimanche. Et si elle est en outre jour, il se fait au Couvent des Cordeliers. Et quasi tous depuis luy ont ensuivi son opinion.

(39) Considerando la corta vida de Escoto y su continua labor de predicación y cátedra, admira el número y calidad de las obras que dejó. Según la lista de Samaniego, son: *Gramática especulativa*, 1 lib. — Sobre los *Universales de Porfirio*, 1. — Sobre los *Predicamentos de Aristóteles*, 1. — Sobre el libro de *Perihermenias*, 2. — Sobre los *Eleucos*, 1. — Sobre los *Priorísticos*, 2. —Sobre los *Posteriorísticos*, 2. — Sobre los *Físicos*, 8. — Cuest. sob. lib. de *Anima*, 1. — Sobre los *Meteoros*, 4. — *Metafísica sumaria ó textual*, 12. — Id. *cuestionaria*, 12. — *Comp. de la Metaf.*, 1. — *Del principio de las cosas*, 1. — *Del primer principio*, 1. — *Teoremas*, 1. — *Coment. in imperfect.*, 1. — *Tetragrammaton*, 1. — *Sententiar. Oxon.*, 4. — *Reportadas*, 4. — *Quodlibet. schol.*, 1. — *Colac. paris*, 1. — *Del conoc. de Dios*, 1. — *De la perfección de los Estados*, 1. — *De la pobreza de Cristo*, 1. — *Post. Sobre la Escr.*, 1. — *Lect. sob. el Gen.*, 1. — *Coment. sob. los cuatro Evang.*, 4. — *Sob. las Epist. de San Pab.*, 2. — *Sermones de Santos*, 1. — *Serm. de tiempo*, 1. — Sea lícito deplorar que las obras del doctor Sutil, del émulo ilustre de santo Tomás, hayan llegado á ser una rareza bibliográfica, y dificilísimo su hallazgo y lectura. En noviembre de 1880 recorrí las librerías de París en demanda de un ejemplar completo de Escoto, sin encontrarlo; por último los libreros descubrieron uno en el fondo de Alemania, otro en una extraviada aldea de Italia; pero por cada uno de los dos pedían cerca de mil duros. No está pues al alcance de todas las fortunas el capricho de leer al célebre Doctor de la Edad Media, y sería muy de desear una edición moderna, clara, económica, convenientemente ilustrada con introducción, notas y comentarios.

(40) Entre los escotistas de más nombre merecen citarse: — Álvaro Pelagio, gallego, gran canonista; Antonio Andrés, aragonés, *Doctor dulcifluo*; el elegante escritor Diego de Estella; Fr. Alfonso de Castro; Andrés Vega, Francisco Orantes, teólogos de los famosos de Trento; san Bernardino de Sena; san Juan de Capistrano; san Jacome de la Marca; san Pedro de Alcántara; san Francisco Solano; el cardenal Jiménez de Cisneros; Gualtero Barleo, *Doctor claro*; Landolfo Caraccioli, *Doctor colectivo*; Guillermo Ockam, *Doctor singular*; el gran expositor Nicolás de Lira; el analista Wadingo, con otros que fuera interminable nombrar: según Caramuel, la escuela escotista era más numerosa ella sola que

todas las demás juntas. Formóse y se consolidó, así como la opuesta de tomistas, cuando en 1387 Juan de Montesón, dominico, sostuvo en París una tesis contra la Inmaculada Concepción. Hasta el siglo XV, y durante buena parte del XVI se mantuvo resplandeciente el crédito teológico y filosófico de Escoto, llamado por Sixto V *Sol de los doctores*, por Escalígero *lima de la verdad*, comparado por Cardano á Euclides y Aristóteles. Lo que presta mayor interés á estos pormenores es el olvido que hoy envuelve, no tanto el nombre, cuanto las obras y teorías metafísicas de Escoto; al cual no obstante los modernos historiadores de la filosofía otorgan altísimo puesto, como á pensador original y profundo.

(41) *Nulla est apud Franciscanos Agrippinenses vacua tumba, neque antea fuisse, aut est, in mentibus hominum memoria, aut in Ecclesia vel conventu vestigium.* De los muchos epitafios de Escoto trasladaremos aquí el primero, no muy elegante aunque de mucha energía, grabado en la lápida que cubría su fosa, á la entrada de la sacristía de San Francisco de Colonia:

CLAUDITUR HIC VIVUS, FONS ECCLESIÆ VIA, RIVUS;
DOCTOR JUSTITIÆ, STUDII FLOS, ARCA SOPHIÆ;
INGENIA SCANDENS, SCRIPTURÆ ABDITA PANDENS,
IN TENERIS ANNIS FUIT, ERGO MEMENTO JOANNIS;
HUNC DEUS ORNATUM FAC CŒLITUS ESSE BEATUM,
PRO PATRE TRANSLATO MODULEMUR PECTORE GRATO.
DUX FUIT HUIC CLERI, CLAUSTRI DUX, ET TUBA VERI

(42) *Tu me defendas gladio, ego te defendam calamo.*

(43) Según consta de un documento de los archivos vaticanos, transcrito por Wadingo. Es un diploma de Clemente VI al Ministro general de los Menores, concediéndole las facultades necesarias para reconciliar á Guillermo Ockam y otros pocos frailes de su Orden que lo solicitan, por haber seguido á Miguel de Cesena y á Luis de Baviera.

(44) *Entia non sunt multiplicanda præter necesitatem. Frustra fit per plura quod fieri potest per pauciora.*

(45) Trae Fr. Damián Cornejo tan curiosa tradición, añadiendo: « Este espino ó zarza se conserva hoy, y en sus hojas se registra continuado este prodigio. Son testigos oculares los moradores de esta Isla, y como uno de ellos lo escribió el R. padre Fr. Buenaventura Armengol, en la resumta breve que escribió de la vida de Raimundo Lulio, y se hallará

en el principio del libro intitulado *Ars generalis*, que el R. padre Fr. Francisco Marzal, lector jubilado, hijo de la provincia de Mallorca, dió á luz el año de 1643. »

(46) Consérvase en Mallorca tradición de haber concedido León X bula para celebrar Oficio y Misa propia el 16 de junio, día del martirio del beato Ramón Loll. En el convento de los PP. Dominicos se guardaba un libro, cuyo índice cita así: *Officium gloriosissimi et Beatissimi martyris Magistri Raymundi Luli, etc.* En varias ocasiones se ha intentado el proceso de su canonización. Felipe II puso gran empeño en lograrla; y ha pocos años, Pío IX, ratificando su culto, le concedió Misa y rezos propios y los honores de Beato.

(47) Tal es la opinión, v. gr. de Hegel, *Geschichte der Philosophie*.

(48) Thibergien, *op. cit.*

(49) Cousín, *op. cit.*

(50) Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos Españoles*.

(51) Aquí es ocasión de repetir algo de lo dicho de las obras de Escoto: ¿Por qué ha de ser en España problema de difícil solución el hacerse con los escritos del Doctor iluminado? ¿Por qué no tenemos ediciones modernas, con texto y traducción, para los que, no poseyendo la lengua latina ni la catalana, deseen leer á uno de los autores de más preclaro genio y de más variada producción con que se honra la Península?

(52) Menéndez Pelayo.

(53) El Ilmo. obispo de Córdoba, Fr. Ceferino González, *op. cit.*

CAPITULO XVII.

SAN FRANCISCO Y LA POESÍA.

La poesía y la historia. — Transformación del latín. — Nacimiento del romance toscano. — Federico II y los trovadores. — Muere la literatura caballeresca con la casa de Suabia. — Vida intelectual del siglo XIII. — Poesía popular. — San Francisco trovador. — Si fué poeta. — Cántico del *Sol*. — *In foco*. — *Amor di caritate*. — ¿Son obra de san Francisco las tres poesías? — Escuela poética franciscana. — Por qué nos interesan hoy los trovadores. — Fray Pacífico. El autor del *Dies iræ*. — San Buenaventura poeta. — Jacopone de Todi. — Su historia. — Sus primeros cánticos. — Sus transportes. — Carácter humano, al par que místico, de su poesía. — Sus defectos. — Himno de la *Pobreza*. — Los dos *Stabat Mater*. — Las sátiras de Jacopone. — Celestino V y los zelantes. — Bonifacio VIII y Jacopone. — La poesía mística. — Otros poetas franciscanos. — Las *Florecillas*. — Predecesores de Dante. — Difusión de la escuela franciscana.

. . . . . .
Ave, o rima! Con bell' arte
su le carte
te persegue il trovatore;
ma tu brilli, tu scintilli,
su dal popolo da 'l cuore
. . . . . .

(Giosuè Carducci, *A la rima*)

. . . . . .
Salve, ¡oh rima! En el papel busca artificiosamente el trovador, mientras tú brillas, resplandeces, brotas en el corazón del pueblo.
. . . . . .

(Josué Carducci, *A la rima.*)

AQUEL gran genio de la antigüedad helénica, que tanta influencia ejerció en el desenvolvimiento de la metafísica cristiana, Aristóte-

les, opina que la diferencia entre historiador y poeta no consiste en el uso de la rima, puesto que si Herodoto escribiese en verso su historia, no por eso dejaría de serlo, sino en que el historiador narra lo que aconteció, el poeta lo que acontecer pudo lógicamente, por donde viene la poesía á ser más seria y filosófica que la historia, y á referirse más á lo universal, mientras la historia á lo particular se ciñe (1). ¿No parece como si adivinara el Estagirita el advenimiento de tiempos en que para estudiar y conocer una época en espíritu y verdad se acude, mejor que á sus crónicas, á sus monumentos literarios?

Cuando Roma hubo obtenido el imperio del mundo, impuso á las sojuzgadas naciones costumbres, leyes, idioma, y hasta el culto y reverente imitación de los grandes escritores latinos. Así creó un género de unidad, mejor dijera de uniformidad, que si cimentada en la fuerza de las armas, se consolidó mediante la superior cultura y hábil política del vencedor. Vino el Cristianismo á tiempo que la lengua latina por todas partes estaba extendida; circunstancia que ayudó á difundir la nueva fe, facilitando su predicación y propaganda. La parte civilizada de Europa hablaba latín en los siglos IV y V, y apenas si en remotas montañas ó aldehuelas miserables se conservaban reliquias de idiomas autóctonos.

Mas la entrada de los bárbaros en el imperio vino — no de golpe, sino gradualmente — á restablecer la variedad. Comenzó la transformación del latín, tanto más fácil é inevitable, cuanto más correcta, elegante y exacta era aquella clásica lengua, difícil para hablada y para escrita, y tan primorosa y gallarda en su estructura, que aun después de formada, sus eximios gramáticos y maestros disputaban y contendían sobre

hartos puntos de prosodia y sintaxis. Llevan los dialectos literarios — que solemos llamar lenguas clásicas — en su propia perfección, la sentencia de muerte; desde que un idioma no varía, no se enriquece ni aumenta : sucédele lo que á la rama desgajada del árbol, que falta de savia, necesariamente se seca Es cada lengua hablada organismo viviente en labios y pensamiento humano, y anda sujeta á la condición de todo ser organizado : variar. Se reduce la historia de una lengua á la de su natural desarrollo, regulado por dos leyes : alteración fonética, renovación. Por grados la metamorfosis se cumple, y se presenta el fenómeno que vulgarmente denominamos un nuevo idioma, y en rigor no es sino la evolución del antiguo. Claro se ve este hecho en las seis lenguas romances conocidas por neo-latinas. El italiano, por ejemplo, no posee un germen propio vital, toda vez que ni una radical nueva contiene : es latín transformado, latín moderno, si ya no prefiérimos que fuese el latín italiano antiguo (2). Es, pues, imagen llamar al italiano hijo del latín, y metáfora más atrevida aún calificarlo, como Byron, de *dulce latín bastardo*. Ni en tiempos de su mayor apogeo se habló el latín clásico con igual pureza en las provincias del imperio que en el Lacio, y de seguro la plebe romana cometería las faltas de elocución que suelen las plebes todas. Así como es difícil evitar que en bien cultivado jardín nazcan silvestres hierbas, debió serlo que entre el vergel del sermón latino asomasen las expresiones populares, luchando por subir á la superficie y vivir, con su vigorosa espontaneidad de plantas rústicas.

No es dable señalar puntualmente la fecha en que se convierte el latín en lenguas romances; la modificación es lenta, pende de causas complejas, aconteci-

mientos políticos y sociales, que á manera de impetuosas corrientes de agua viva, rompen la lisa y helada superficie de un idioma clásico, arrastran en su raudal los témpanos del habla antigua, y al cabo los funden. Así la Iglesia cristiana, que trajo un elemento de *profunda unidad interna*, contribuyó, no obstante á diversificar las lenguas y transformar el latín, procurando hacerlo llano para las clases ínfimas, simplificando su construcción y escaseando el hipérbaton. Doble fué la metamorfosis; mientras el latín, acomodándose á la inteligencia del pueblo, se rebajaba y plagaba de barbarismos y solecismos, rompían las lenguas vulgares su tosco capullo y adquirían soltura y flexibilidad; trocaban las formas sintéticas del latín por otras analíticas más adecuadas al estado social que se iniciaba, y se diferenciaban tomando carácter propio. En una misma nación surgen del latín varios dialectos, que tienen su hado: mientras los unos, ocultos acaso en erizadas sierras, en hondos valles, en provincias que aisló su situación topográfica, se quedan eternamente rudos é informes y no pasan de jerga villanesca, otros se acrisolan y refinan, dejan precipitarse el sedimento vulgar y plebeyo, y ascienden á *lengua literaria* y á *idioma general de una gran nación*. Nótase que en las comarcas cultas, al par que el dialecto suelta los andadores y camina ya seguro y fuerte — enriqueciéndose con la copia de palabras y *giros* correspondientes á las múltiples necesidades é ideas que sugiere la civilización — se atiende también á conservar el latín á título de lengua docta, restaurándolo en su pristina integridad y cuidando con amor de que no se pierda ninguno de sus tesoros. Mucho tiempo aún sigue siendo el latín habla de los oradores, poetas y retóricos: sufren largo período de gestación los dia-

lectos, y son usados familiarmente en el hogar, en plazas y mercados, antes de que nadie crea posible otorgar á aquel eloquio bajo é imperfecto la dignidad de la poesía. No debió ser un letrado quien por vez primera rimó en romance, sino algún anónimo improvisador popular, algún marinero, que, remendando sus redes, tarareó grosera copla, alguna hilandera que acompañaba el estribillo con el ronquido del torno. De esta suerte se explica que mientras ya en 812 el concilio de Torsi recomienda á los clérigos que pronuncien sus homilias en *lengua romance rústica* para que mejor los entienda el pueblo, hasta más de dos siglos después no encontramos los primitivos monumentos literarios de la lengua italiana, las cantilenas de Ciullo de Alcamo y Folcachiero de Siena, donde el idioma tiene su propio ser y carácter, si bien anda mezclado con hartas voces latinas, provenzales y francesas, que aun faltaban, sin duda, en su caudal.

Comienza el movimiento literario de Italia provocado artificiosamente, cultivado como flor de estufa por Federico II, en Sicilia. La corte brillante de Palermo se convierte en núcleo, donde afluyen los trovadores italianos á ganar la palma del ingenio. Era el suelo volcánico de Sicilia horno en que se caldeaba la fantasía: quedaban en él restos de cultura griega: trajéronle los normandos el elemento caballeresco, y los sarracenos las galas de la poesía oriental, multicolora, rica y pródiga en adornos, como los alicatados de los moriscos camarines. Vivía Federico II entre goces de muy distinta especie: había arrojado de Sicilia á los árabes con las armas, pero convocó una falange de sabios mahometanos que le enseñasen medicina, astrología, filosofía; reunió odaliscas y trovadores, pues le deleitaban las letras como á un griego

de la decadencia: dióse el mismo á trovar, en lo que le imitaron Enzo y Manfredo, sus hijos, porque la raza de Hohenstaufen, de trágicos destinos, tiene en la masa de la sangre el valor guerrero y el amor de la poesía, y á su lengua teutónica prefiere para la rima el joven romance italiano. Mas este florecimiento poético que en Italia determinó la casa de Suabia, llevaba en sí mismo gérmenes del mal que había de acabarle. No porque *fallen en la pléyada siciliana inspirados trovadores*: Reinaldo de Aquino, Odo de Colona, Rugerón de Palermo, Jacobo de Lentino, conocen el arte, poseen sentimiento lírico, hallan rasgos felices, lidian con las asperezas y verdores de la lengua y suelen vencerlos; pero la poesía trovadoresca, erótica y quintesenciada, ampulosa y oriental, estaba del todo fuera de las corrientes de la vida italiana; correspondía á un ideal caballeresco, nunca en Italia aceptado y dominante. Si en la feudal Germania la literatura caballeresca era fruto del estado social y se desarrollaba con vitalidad y pujanza incomparables, produciendo en dos siglos más de doscientos *minnesänger* célebres, no así en una nación como Italia, donde cabe decir que no hubo lo que se llama Edad media.

Harto expresa el nombre de aquellos trovadores germánicos el espíritu que los animaba: *minnesänger*, cantores de amor, pero no del amor natural é impetuoso, de la pasión, del *liebe*, sino del amor sutil, galante, andantesco, *tencionado*, *minne*, que no invoca á la amada, sino á la dama de los pensamientos del trovador, y explica sutil y discretamente, y refina y alambica pasiones, más que sentidas, fantaseadas. Tal género de poesía tiene sus moldes y pautas convencionales dispuestas de antemano, que impiden se manifieste libremente la personalidad del poeta: por lo

cual se nota cierta uniformidad y monotonía en la lírica de los trovadores; de análoga manera dicen y piensan todos, ya en las nebulosas regiones de Alsacia y Suabia, ya bajo el cielo claro de Provenza y Sicilia. De esta nota se eximen los *troveros* del Norte, épicos en su mayor parte. Tres ciclos de fábulas y leyendas dan asunto á sus poemas: aventuras de caudillos godos, francos y borgoñones, contemporáneas de la gran emigración de los pueblos, *sagas* que forman los *Niebelungen* y el *Libro de los Héroes*: gestas carlovingias, Carlomagno, Roldán, Roncesvalles; y por último, ciclo bretón del Santo Grial, de Artús y de la Tabla Redonda, alegórico y elegiaco, genuinamente septentrional (3). No es que entre los troveros no se cultivase también la poesía lírica: ensayáronse en todos los géneros: cantinelas, plantos de amor, tenciones, serventesios, pastorelas, serenatas, alboradas, ovillejos y rondas... Pero lo que en ellos domina, — singularmente en el norte de Francia, — es el carácter narrativo, ejemplar; la epopeya, el cuento, la fábula, el apólogo, la novela. ¡Cuán diversa la lírica elegante y cortesana de Provenza, Cataluña y Sicilia! Solían ser los trovadores en el decir libres, en el amor licenciosos, en el estilo selectos, en la sátira agudos, en religión heterodoxos; de lengua suelta para increpar, así al clero, á los obispos, á Roma, como al cruzado moroso que tardaba en embarcarse para Palestina. Vagabundos, iban de corte en corte, huyendo si los perseguían, quedándose años y años donde los halagaban, sin rumbo, sin ley, unidos no obstante entre sí por los estatutos de una especie de código poético, del cual eran cánones la galantería con las damas, la admiración por el guerrero heroísmo, y cierto frívolo desdén de la virtud, que anticipaba en ellos, con más

risueños matices, el irónico escepticismo de algunos grandes poetas modernos.

En Germania, á fuer de género nacional, la literatura caballeresca vivió vida robusta y larga, y tuvo tradición tan duradera, que á Bürger y á Gœthe y á los ingenios más nutridos de letras y estudios clásicos, inspiró alguna de sus mejores obras el ideal del feudalismo. También se hubiera perpetuado en Provenza, á no ocurrir los sangrientos lances de la guerra albigense; mientras que en Sicilia murió de muerte natural, porque carecía de raíces en el corazón del país. Pedía Italia sus municipios, sus fueros, su independencia, su libre constitución en pequeños Estados, y rechazaba á los Césares alemanes, representantes de la autocracia y el feudalismo. Más que la fuerza de las armas, arrojó á la casa de Suabia la opinión pública. Cuando quiso Federico II tener en Italia un cuerpo de ejército seguro y adicto, hubo de formarlo con los sarracenos que en Sicilia cautivó, y el servirse de tal milicia, le hizo aún más aborrecible. Una mujer, santa Clara, toma el viril en las manos para que retroceda la infiel cohorte: una niña, Rosa de Viterbo, sale por aldeas y ciudades predicando y concitando los ánimos contra el enemigo de la Iglesia y de la libertad. El odio á Federico llega hasta atribuirle una blasfemia célebre, ó un libro no menos impío y famoso que la misma blasfemia: *De tribus impostoribus*, libro que á pesar de su fama nadie había visto, por razones potentísimas (4). Cae prisionero de los boloñeses el hijo del Emperador, Enzo el hermoso, de dorados bucles; ofrece el padre por su rescate tesoros, y la inexorable ciudadanía de Bolonia no responde á las ofertas, y se ríe de las amenazas, y construye un palacio para encerrar al cautivo, y allí lo deja pudrirse veinte años,

regateándole el alimento á veces, y pareciéndole todo chico castigo para aquel retoño de la raza invasora. Una mano oculta abrevia con el veneno los días de Conrado; Sicilia misma, baluarte del poder imperial, no siempre lo sostiene con igual constancia: Lombardía lo desprecia; y el mal hado de la casa alemana en Italia alcanza hasta el adolescente Conradino, su último representante, que halla en vez de la corona el cadalso (5). Así fenece la estirpe de Federico Barbarroja (6), y con ella la poesía caballeresca en Italia, género artificioso, pasatiempo culto, discreteo de gaya ciencia, aristocrático, áulico y nunca sincero. Pero aquella Italia papal y municipal á un tiempo, desgarrada por los bandos, fuerte en la conciencia de su actividad política y su patriotismo urbano, federación de ciudades, semejantes á las repúblicas griegas hasta en ser á veces presa de déspotas como Ezelino ó Can de la Escala, ¿no había de tener su expresión real, su fórmula en literatura? Sí tal: Toscana se la dará.

Á la frustrada tentativa de Sicilia, sucedieron dos grandes direcciones que puede decirse absorbieron á Italia. Fué la una el desarrollo de los estudios, la ciencia enciclopédica del siglo XIII; escolástica, derecho, humanidades, Aristóteles, Justiniano y Virgilio. La segunda es la corriente religiosa, el fervor monástico y popular. Ambas tienen su representación en la tendencia dominante de las dos Órdenes de Predicadores y Menores: los Dominicos poseen al magno atleta de la razón, santo Tomás: entre los Franciscanos se desarrolla un arte nuevo, y surge una falange de poetas — incluso el Fundador — hasta que más tarde, armonizándose en un solo hombre la dirección intelectual y la artística, den por fruto la gran epopeya del catolicismo, *la Divina Comedia*.

Señalóse la vuelta á los estudios clásicos por mayor y más esmerado cultivo de la lengua latina, y escribiéronse bastantes cármenes y poemas que hoy yacen sepultados en el olvido, sin que de esta regla se exceptúen más que las poesías litúrgicas, dictadas por la fe religiosa, no por una fría reacción. Mas la poesía verdadera que despuntaba — arte rudo aún, pero lleno de ingenuidad y frescura — es la vulgar, la que componen *en romance* y para el pueblo poetas que ni son trovadores ni retóricos. Que toda poesía necesita — si aspira á ser algo más que pasatiempo — concordar con algún sentimiento ó creencia poderosa en el espíritu de su época: ser voz social, dar forma á lo que se piensa y quiere en derredor suyo. Poesía sin eco en el corazón humano, es vano sonido que agita estérilmente el aire. ¿Qué significaban á principios del siglo XIII las imitaciones de la lírica pagana? Demandaba el pueblo otros cantos, nuevos, jóvenes y bañados en el fresco rocío del Evangelio. Pudo entonces decirse de la rima lo que hoy dice un poeta neo-clásico (7):

Ave, o rima! Con bell' arte
su le carte
te persegue il trovatore;
ma tu brilli, tu scintilli,
su del popolo da 'l cuore.
.....

De los primeros intérpretes de la naciente poesía fué san Francisco de Asis. En sus mocedades, cuando no convertido aún hacia frecuentes viajes á Francia y dábanle por esto y por su conocimiento del idioma el apodo de *Francesco*, aprendió la ciencia gaya de los provenzales, y trovó entre sus alegres socios de fiestas y banquetes. Que tuviese lozana fantasía y tempera-

ramento artístico en grado sumo, es cosa evidente, sus enseñanzas y sus parábolas, sus dichos y hechos, los actos todos de su vida prodigiosa, ostentan sello de poesía incomparable. No obstante, bien pudiera haberse limitado — al menos desde que vistió el sayal — á poetizar con obras, sin rimar, ni escribir; pero testimonios fidedignos demuestran lo contrario, y se le atribuyen poesías, en especial una, que parece tan ajustada á su condición, y modo de ver y considerar la naturaleza, que no deja cabida al recelo de que pueda ser apócrifa. Á pesar de lo cual, un escritor italiano de erudición y talento (8) negó terminantemente á san Francisco los laureles de poeta: y no ha mucho se alzó entre nosotros una voz autorizadísima, que si no se los niega se los discute (9). Serían decisivos ambos dictámenes, si se fundasen en datos y pruebas sólidas; mientras tal requisito les falte, en esta cuestión y otras que más adelante se tocarán es lícito atenerse á la opinión generalmente admitida, que abonan tantos y tantos historiadores y críticos, alguno de ellos contemporáneo y familiar del Santo (10).

Si presta autenticidad á una obra reflejar exactamente el carácter y espíritu de su presunto autor, personificándolo en cierto modo, el himno de *Frate Sole* pertenece legítimamente á san Francisco de Asís. Respecto de otras dos poesías, *In foco amor mi mise* y *Amor di caritate*, que también se le atribuyen, hacen dudoso el caso las muchas y esenciales diferencias que entre ellas y el himno se advierten. Mientras *Frate Sole* tiene cierto sabor bíblico, *In foco amor mi mise* y *Amor di caritate* se enlazan con la poesía trovadoresca: *In foco* es una *tención*; *Amor di caritate*, un poema psicológico-místico; ambas en su forma elegantes, en su metro correctas, sobre todo la última,

al paso que en el canto del Sol el metro es rudimentario : prosa cortada, ritmo cojo é inexperto : unas veces sustituye la asonancia á la rima, otras se halla sólo al principio y fin de la estrofa. La lengua, bisoña y dura en el himno, es copiosa y brillante en el poema y la tención : particularidades más fáciles de observar en el original italiano que en traducciones como la que sin esperanza de éxito intentamos (11).

CÁNTICO DEL SOL.

Señor alto, poderoso y bueno, tuyas son las alabanzas, la gloria y bendición toda. Á ti sólo se deben, y hombre alguno es digno de nombrarte.

Loado seas, Señor mío, con todas tus criaturas, especialmente mi Señor hermano el Sol, que nos da la luz y l día, y es bello, esplendoroso y radiante, y da testimonio de Ti.

Loado seas, Señor mío, por la hermana luna y las estrellas. Claras, bellas y preciosas las formaste en los cielos.

Loado seas, Señor mío, por mi hermano el viento ; por el aire, las nubes, la calma y los tiempos todos : con ellos sustentas tus criaturas.

Loado seas, Señor mío, por la hermana agua, que es utilísima, preciosa, casta y humilde.

Loado seas, Señor mío, por el hermano fuego; con él alumbras la noche, y es hermoso, alegre, fuerte y robustísimo.

Loado seas, Señor mío, por nuestra hermana la madre tierra, que nos nutre y sostiene, y produce frutos diversos, hierba y pintadas flores.

Escrito llevaba hasta aquí san Francisco, cuando un suceso inesperado le movió á añadir una estrofa más. Fué el caso que se engendraron rencillas entre el obispo y las autoridades de Asís ; llegó á tanto la

discordia, que aquél fulminó el entredicho; sus adversarios se desquitaron declarándole fuera de la ley. San Francisco entonces agregó á su cántico:

Loado seas, Señor mío, por aquellos que por tu amor perdonan y sufren tribulaciones y enfermedades. Bienaventurados los que en paz las sufren, porque Tú los coronarás.

Ordenó en seguida á sus discípulos entrasen en la ciudad, y distribuídos en dos coros, cantasen el nuevo versículo delante del Obispo : es fama que con este arbitrio se ablandaron los ánimos y se apaciguó la contienda. Conducido más tarde Francisco á Foligno con intento de que allí se aliviasen sus achaques, presintió el plazo de su muerte, y compuso la estrofa final:

Loado seas, Señor mío, por nuestra hermana la muerte corporal, de la cual no se libra hombre alguno. Ay de aquellos que en pecado mortal fallecen: bienaventurados los que acatan tu santa voluntad, pues nada podrá contra ellos la muerte segunda.

Load y bendecid á mi Señor, dadle gracias y con gran humildad servidle.

¿No recuerda este bello canto la sencillez arrebatadora de alguno de los libros sagrados? La acción de gracias al principio de cada estrofa es procedimiento primitivo, del cual huirían los expertos en el arte : y sin embargo, ¡qué de religiosa majestad le presta esa nota grave, monótonamente repetida!

Tan marcada semejanza ofrece *Frate Sole* con el himno de Azarías y sus hermanos en el horno de Babilonia, que induce á creer si adrede ó involuntaria-

mente lo tomó san Francisco por modelo. Mas cotéjese ahora el cántico del Sol con la segunda poesía atribuída al penitente de Asís (12).

En una hoguera me puso el amor: el amor me puso en una hoguera, ¡hoguera de amor!

El amante corderillo, mi nuevo esposo, me dió una sortija: prendióme, y después me hirió con un puñal, partiéndome el corazón.

En una hoguera me puso el amor, etc.

Partióme el corazón, y mi cuerpo cayó en tierra. Despide el arco del amor flechas mortales: en guerra se trocó mi paz, y de amor expiro.

En una hoguera, etc.

Enamorado expiro, y no os maraville: el bote fué dado con lanza descomunal: ancha y larga es la moharra: sabed que cien brazas me la introdujeron.

En una hoguera, etc.

Tan espesos llovían dardos sobre mí, que yo agonizaba: embracé una rodela; entonces menudearon los disparos, y sin que me valiese defensa, quebrantaron mis miembros: tal es su poder.

En una hoguera, etc.

Arrojólos con tal vigor, que el edificio se derrumbaba. Yo os diré cómo huí de la muerte. Dando altas voces, apuntó una ballesta y dirigióme nuevos disparos.

En una hoguera, etc.

Sus armas arrojadizas eran emplomadas piedras de mil libras de peso cada cual: lanzábalas tan aprisa, que no las pude contar. Y ni una sola erraba.

En una hoguera, etc.

Ni una erraba, tan diestro era en disparar. Yo yacía en el suelo, exánime, quebrantado todo, insensible como un muerto.

En una hoguera, etc.

Pero no muerto de muerte, sino de exceso de gozo. Luego reviví, y de tal modo me tornaron los ánimos, que

pude seguir las huellas que á la corte del Cielo me enderezeban.

En una hoguera, etc.

Vuelto ya en mí, vestíme presto la armadura, y lidié con Cristo; entré á caballo por sus tierras y encontrándome con Él, prontamente le eché los brazos y de Él me vengué.

En una hoguera, etc.

Y después de vengarme, traté con Él paces; porque muy vivo era el amor primero: enamorado de Cristo, hoy cabe en mí su amor y me consuela.

En una hoguera, etc.

Nos vedan las dimensiones del poema *Amor di caritate* trasladarlo entero, porque consta de nada menos que trescientos sesenta y cuatro versos; basten al intento de darlo á conocer algunas estrofes (13).

Francisco. — Amor de caridad, ¿por qué así me hieres? Traspasado tengo el corazón y de amor ardiendo.

Arde y se consume y no halla sosiego: no puede huir, porque está ligado: como la cera al fuego se derrite; viviendo muere y desfallece: pide descanso, y en un horno se encuentra. ¡Adónde voy! ¡ay de mí! ¡á tal languidez! ¡á morir en vida! ¡tanto es mi ardor!

Antes de conocer el amor, pedíselo á Cristo, soñando dulzuras, deleitosas paces y fin de mis penas; mas llegado ya á esta alteza, sufro tormentos que nunca imaginé; el corazón se me hiende y raja de calor: ni sé lo que soy, ni á qué me parezco: muero de deleite, y sin corazón vivo.

He perdido corazón, juicio, voluntad, placer, todo sentimiento: torpe fango me parece la hermosura, perdición las riquezas y delicias. Un árbol de amor, cargado de frutos y en mi corazón plantado, me nutre. ¡Quién así me transformó, tan presto, robándome todo, juicio, vigor, voluntad?

En pago del amor, dí el mundo entero: sin nada me quedé: á ser la creación mía, sin vacilar la diera por el amor. Pero me llamo á engaño: todo lo di, y no sé adónde este amor me arrastra: estoy anonadado: paso por loco: vendíme, y ya nada valgo.

Pensaba el mundo atraerme de nuevo: llamábanme los amigos que siguen otro rumbo. Mas quien se entregó no puede volver á entregarse, ni el siervo librarse de la servidumbre: antes se ablandaría el risco que en mí se extinguiese el amor. Mi alma toda en él se abrasa: unida transformada, ¿quién puede arrebatarle su amor?

Ni hierro ni fuego la apartarán de él: no se separa lo que en tal manera se unió: ni dolor ni muerte llegan á las alturas en que el alma vive: debajo de sí ve todo, y sobre todas las cosas se eleva. Pues, alma, ¿cómo alcanzaste á poseer tanto bien? Diótelo Cristo: abrázate con él amorosamente.

.....

Oye, dulce dueño, mis penas. No puedo resistir tal ardor; apoderóse el amor de mí, y ni sé por dónde ando, ni lo que hago, ni lo que digo, voy como fuera de mí; á veces desfallezco; no acierto á llevar este martirio, que con mortales ansias me roba el corazón.

Robado me han el corazón: no sé cómo haga: los que me ven, preguntan si place á Cristo amor sin obras; mas ¿qué culpa tengo yo si no te place? Que el amor me aprieta y ciñe hasta quitarme habla, voluntad y acción; perdí la facultad de sentir.

Hablar supe, pero me he vuelto mudo: veía, y cegué: no hay más hondo abismo. Callando hablo, huyendo me prenden; cayendo subo, poseyendo me poseen. ¡Amor sin límites, por qué me enloqueces y matas en tan ardiente horno!

CRISTO. — Ya que me amas, regula tu amor: sin orden no hay virtud, quiero que me ames con ordenado afecto: por sus frutos se conoce el árbol: por sus resultados las cosas todas.

Cuanto he criado, con número y peso lo crié, y ordenélo á su fin. Mediante el orden se conserva todo: y la caridad, más aún es por su naturaleza ordenada. Alma, si por tu ardor enloqueciste, fuera de orden estás.

FRANCISCO. — ¡Oh, Cristo! ¡El corazón me robaste, y pídesme que ordene mi mente su amor! Pero si en Ti me transformé, ¿cómo he de mandar en mis afectos? Como el hierro se inflama al fuego, y al sol se ilumina el aire, y pierden y mudan forma, así la mente vestida de Ti es amor.

.....

Ni tú te libraste del amor: hízote bajar del cielo á la tierra. por amor descendiste á bajeza tal: despreciado anduviste por el mundo; ni casa ni heredad poseíste, sino pobreza que nos enriqueció; ¡en vida y en muerte mostraste el amor sin límites que en tu corazón ardía!

.....

No te contuvo la cordura cuando derramaste tu amor: no naciste de la carne, sino del amor, amor encarnado para salvarnos: por abrazarnos deseaste la Cruz; y hasta pienso que aquel silencio tuyo y aquel no defenderte ante Pilatos, fué por lograr tal premio en la Cruz amorosa.

Allí se retiró la cordura y vióse el amor solamente; allí no sirvió el poder, ni la virtud aprovechó. Allí se derramaba el amor grande, y en rostro y voluntad sólo se veía amor, amor que desde la Cruz tan amorosamente abrazaba al hombre.

Si estoy, pues, enamorado, embriagado con tal dureza, quién me zaherirá por ello, ¡oh Jesucristo! ¿Qué mucho que haya enloquecido y perdido fortaleza y vigor, si á Ti el amor te dominó de tal suerte que casi abatió tu grandeza toda? ¿Cómo pretendes que yo resista? ¿Quién no querrá enloquecer de ti, amor?

Bien se ve cuán distintas son entre sí las tres poesías atribuidas á san Francisco. *In foco* es una *tenzon*, no sólo por su forma, sino por su carácter caba-

lleresco y apasionado ; abunda en imágenes atrevidas y brillantes que subyugan la fantasía y encienden la mente : escrita parece en verdad con caracteres de llama. Hasta la lanza, el broquel, los dardos, el caballero que se arma para cabalgar por los dominios de Cristo, son reminiscencias trovadorescas; y la arrebatadora energía, el brillo y abundancia de la vena poética que fluye en *In foco*, contrastan con la sobria concisión de *Frate Sole. Amor di caritate*, con carecer del ímpetu y colorido extraordinario de *In foco*, es más perfecta, rica y acabada obra de arte ; al par que corrección de forma, atesora profundidad y elevación de pensamiento : no es posible análisis más detenido, ahincado y hondo de un alma apasionada, ni exposición más hermosa de los conceptos de la mística, ni diálogo más elocuente entre el alma y Dios. No es la tranquilidad extática de la unión : es el ansia insaciable de la posesión y del goce, un alboroto de afectos que sujeta la rienda de oro de la rima : son las frases vehementes y persuasivas del amor humano, sublimadas á declarar los más arcanos anhelos del divino. En tan largo poema no se abate jamás la inspiración. Divídese en estrofas de diez versos, de artificio métrico primoroso; mas el corazón que siente y la mente que rige aun son superiores en este caso al arte que aliña. Con razón aplica un biógrafo de san Francisco (14) á *Amor de caritate* lo que san Bernardino de Sena dijo del *Cantar de los cantares*: « Es el amor quien canta en este cántico, y si alguno quisiese comprenderle, fuerza será que ame. El que no ame, en balde oirá este cántico de amor : no puede un alma fría entender sus cláusulas ardientes : bárbaro y extraño es su idioma para los que no aman : hiéreles el oído como vano y estéril son » (15).

Ahora bien : ¿es admisible, sin incurrir en ligereza crítica, que poesías tan diversas entre sí como las que quedan trasladadas ó extractadas, sean obra de un mismo autor? Y puesto que á un solo autor se adjudiquen, ¿será san Francisco de Asís?

Respecto de la primera, *Cántico del Sol*, parecen tan convincentes los testimonios, — en particular el desinteresado y coetáneo de Tomás de Celano, — que la dan por obra de san Francisco, que no es lícito albergar la duda más leve. Importa poco que la primer mención expresa de tal poesía la haga Bartolomé de Pisa en un libro escrito en 1385, ciento sesenta años después de la muerte del Santo; pues las palabras y señas de Celano se refieren claramente al himno, en términos de no poderse aplicar sino á él. Por lo que hace á *In foco* y *Amor di caritate*, considero que la opinión de Ozanam suelta las dificultades que ofrece el aceptarlas como de san Francisco. Piensa el autor de los *Poetas Franciscanos* que ambas poesías revelan en su factura labor de mano más experta que las retocó : el tema es de san Francisco, pero dispuesto, ordenado y quizás parafraseado por algún discípulo competente en literatura. Á este dictamen del elegante crítico puede agregarse la observación de que el retoque y y arreglo de las poesías debió ser bastante posterior á san Francisco, en vida del cual, no habiendo alcanzado la lengua tal perfección, balbucía sus primeras ingenuas rimas. Prueba de que el romance no ostentaba en tiempo de san Francisco mayor pulimento del que le dió en *Frate Sole*, y por consiguiente, no debe imputarse al escritor la rudeza y tosquedad del habla, es el hallar aún más imperfecta y escabrosa que la suya la elocución de otro canto contemporáneo, compuesto nada menos que por el poeta laureado del César,

Guillermo de Lisciano, más adelante fray Pacífico (16).

Se demuestra, pues, que de tres poesías atribuídas á san Francisco, sólo una puede (al menos en su forma actual) haber sido escrita por él. Es dable que se presente en algún monumento de literatura arcaica un fenómeno como el de la lamentación de Jorge Manrique, donde estrofas enteras parecen escritas ayer; pero son azares inverosímiles en un idioma que, literariamente hablando, está en mantillas y es aun informe é incierto. Para inducirnos á creer que *In foco* y *Amor di caritate* sean de san Francisco, se aduce la autoridad, ciertamente poderosa, de san Bernardino de Sena, que se las atribuye de un modo terminante. Si damos por buena la solución de Ozanam, no hay reparo en que, en efecto, los materiales del edificio de ambas composiciones pertenezcan á san Francisco; pero la construcción, á algún fraile poeta que por humildad ocultó su nombre tras el del maestro; con lo cual pudo san Bernardino de Sena, sin ofensa de la verdad, atribuir sus cantos á su primer dueño, callando lo demás, ó por sabido, ó por deferir á la voluntad del arquitecto mismo. Indicio moral vehementísimo, en apoyo de este parecer, es la viveza y color con que *In foco* expresa lo que san Francisco debió experimentar al recibir los estigmas en la cumbre del Sinaí franciscano, el monte Alvernia, al momento que vió descender sobre él un serafín con seis alas, fijo en una cruz, que con rayos de fuego le atravesó manos, pies y costado. No cabe significar con más fuerza la visita inefable y terrible del espíritu divino en la transverberación misteriosa, que en la imagen de aquel hombre agobiado, anonadado, falleciendo de deleite, caído en tierra, sin aliento y sin vida, partido el corazón con el

cuchillo de un placer más intenso que todos los dolores imaginables, abrumado y fuera de sí á puros goces que no le caben ya en el alma. Aparte de este eco de tan importante circunstancia en la vida de san Francisco, se percibe en *In foco* el carácter del aventurero mancebo que sólo renunció á militar con Gualtero de Briena para hacerse caballero andante del divino amor, y que llama á sus éxtasis un paso de armas y á sus deseos del cielo una cabalgata por los dominios de Cristo. *Amor di caritate* no refleja ninguna época señalada en la existencia de san Francisco ; la idea fundamental, un amoroso pugilato entre Cristo y el alma, es propia de la mística franciscana ; pero la profundidad con que se ventila el punto de la recta ordenación del amor, parece que indica pensamiento analítico y reflexivo, fijo en sucesos posteriores á san Francisco : disensiones de mitigados y zelantes, controversias sobre la pobreza, herejías quietistas. Falta la sencillez propia del Santo, y hay amplificaciones, hermosas y diestramente introducidas, y que, no obstante, semejan postizas en el estilo del penitente de Asís. En suma, *Amor di caritate* es la poesía donde menos se destaca la personalidad de san Francisco, lo cual esfuerza la sospecha de que la parafraseó otro poeta verdadero, mas de distinta índole, incapaz de encerrar su vena copiosa en los límites del tema propuesto.

De todas suertes, resulta que san Francisco de Asís fué, no solamente poeta, sino señalador de un nuevo rumbo poético, fundador de una escuela fecunda, lozana, destinada á brotar innumerables y floridos retoños. No consideraron la poesía los frailes como los trovadores ; donde éstos veían un arte, aquéllos encontraron vehículo para llegar al corazón del pueblo ;

el trovador versifica sediento de conquistar gloria y aplauso; el fraile, de expresar sus temores y esperanzas, sus aspiraciones y creencias, de conmover y corregir : rima sus devotas ternezas, sus altas contemplaciones, sus regalados arrobos, las dramáticas escenas de la Pasión, los terrores del infierno, los premios del paraíso : moraliza, enseña, satiriza, ahonda problemas teológicos, suelta la rienda á sus afectos, y, sin saberlo, funda é impulsa las mejores direcciones de la nueva poesía italiana, desde el realismo dantesco hasta el melancólico lirismo de Petrarca, no exento de sabor místico á despecho de su filiación provenzal.

En dos ramas se dividen los poetas franciscanos : latinistas y escritores en dialecto vulgar. Descuento de la pléyada á fray Pacífico, el laureado cantor, á pesar de haberlo incluído Ozanam, y á imitación de Ozanam, cuantos tocaron este asunto, pero sin razón plausible, en mi concepto, como no sea la de enriquecer con un nombre más el catálogo. Guillermo de Lisciano no sigue la dirección poética que comienza con san Francisco : es un trovador de la escuela de Sicilia; entra en el claustro, y desde entonces no se sabe que haya rimado cosa alguna; á lo sumo se cree que dividió en estrofas el cántico de *Frate Sole*, y que compuso la música de ciertos himnos piadosos que á coro entonaba el pueblo. Por lo demás, es probable que el nombre de Guillermo de Lisciano yaciese hoy sepulto en el olvido, á no haber tomado él justamente la resolución de enterrarse en una celda. Gran fama gozó, sin embargo, en el siglo : llamábanle *Rey de los versos*, y dícese que nadie le aventajó en canciones eróticas y en poesías galantes y libres (17), por lo cual el Emperador le coronó con gran pompa, honor á ningún otro otorgado. Acontece

al *Rey de los versos* lo que suele á los trovadores : célebres en vida por trovas, lo son en la posteridad por su vida. ¿Quién lee hoy á ninguno de aquellos cantores tan encomiados, sino el erudito, al inquirir los orígenes de la literatura moderna? Lo que nos interesa é interesará siempre es Guillén de Cabestany con el corazón arrancado por el celoso marido de Margarita; Rudel navegando hacia Tierra Santa en busca de la condesa de Trípoli, á quien ama sin conocerla, contrayendo en la travesía una enfermedad mortal, y expirando en el júbilo de la primer caricia y del anillo que su amada le pone en el dedo; Bernardo de Ventadour, expiando penitente en el Cister sus devaneos mundanos y su demasiada fortuna con las damas; Guillermo de Lisciano desciñéndose la corona de laurel para calarse la capilla de san Francisco. Inmortalidad, no en literatura, pero sí en la leyenda y en la historia. La verdadera poesía que hoy nos resta del que después fué fray Pacífico, son sus visiones, cuando casualmente oye predicar á Francisco de Asís en San Severino, y ve el cuerpo del predicador atravesado por dos espadas resplandecientes en figura de cruz, y escrita en su frente la letra Tau, signo misterioso con que el ángel de la profecía de Ezequiel señala á los que no serán exterminados, porque gimen; y en el cielo divisa el sitial de oro que perdió Satanás por su soberbia, reservado para el humildísimo mendicante, y echándose á los pies de san Francisco, le pide la cuerda y el sayal y un nombre de paz que encubriese la profana gloria del suyo. Amén de maestro en gaya ciencia, debió Pacífico ser docto en otras materias, cuando Blanca de Castilla le eligió para educador del gran príncipe con razón llamado el Marco Aurelio del Cristianismo.

Entre los latinistas franciscanos descuella Tomás de Celano, autor del *Dies iræ* : inspiración tan grandiosa, que aun hoy, que no aterra á las multitudes el miedo á los castigos de ultratumba, infunde religioso pavor al resonar en las misas de difuntos. Su imponente y vaga sublimidad es perceptible hasta para los que no saben latín, merced á especial combinación eufónica, á una relación musical del sonido de las palabras y el asunto de la poesía, por lo cual acertadamente nota un crítico ilustre (18) que en tan magnífica secuencia las asonancias y consonantes reiteradas adquieren singular majestad.

Dies iræ, dies illa
solvet sæclum in favilla,
teste David cum sybilla (19).

« No hay duda, añade, en que cuando la frecuente repetición de estas sílabas uniformes se apoyaba en la majestuosa lentitud del canto gregoriano, debía ejercer gran imperio en las almas. Y al emplear un poeta moderno, Gœthe, este mismo canto como recurso dramático, instrumento de terror y remordimiento, que conturba la imaginación de una jóven, muestra haber comprendido lo mucho que aumenta la emoción religiosa el sonido de aquellas finales terribles. »

Tomás de Celano fué uno de los sabios que corrieron atraídos al foco de la naciente Orden Franciscana cuando ésta se hubo arraigado y constituído. En el claustro no olvidó las letras, antes escribió lo que había de ganarle duradero nombre : la vida de san Francisco, y las secuencias *Sanctitatis nova signa* y *Dies iræ*; la propiedad de esta última se le disputa, sin argumentos que basten á negársela (20).

Tal vez debiera preceder á Tomás de Celano, san Buenaventura. El gran metafísico, Platón de la Edad Media, es insigne poeta en verso, en prosa, y hasta cuando especula racionalmente. Su temperamento poético se revela en todo y siempre; condiciona su filosofía, informada por ardiente misticismo, empeñada en ir más allá que la flaca razón, y remontarse á esferas de luz y serenidad y amor, ayudándose de la fantasia para representar con emblemas y signos y figurar en las cosas sensibles la belleza suprasensible que no concibe el intelecto : á cuyo fin hemos de apelar « á la gracia y no á la ciencia, al deseo y no al discurso, al gemir de las oraciones y no al estudio de los libros, al Esposo y no al pedagogo, á Dios y no al hombre (21). » Á san Buenaventura debemos los tiernos é interesantes pormenores de la familiaridad de san Francisco con las aves y comercio afectuoso con la naturaleza toda, consignados en su hermosa Leyenda : él nos pintó las alondras revoloteando sobre el techo de la casa en que san Francisco yace cadáver, y celebrando con alegre piar su glorioso tránsito; que en éstos y otros ingenuos detalles se complace y detiene el pensador de magna inteligencia. Por san Buenaventura fué establecida la devoción del *Angelus*, oración poética de la tarde, que tiene algo de la apacible tristeza crepuscular (22). Apasionado amador de la Virgen, consagróle buena parte de sus poemas y cantó sus loores en floridos y galanos cármenes :

Ave, cœleste lilium !
Ave, rosa speciosa !
Ave, mater humilium,
superis imperiosa !
Deitatis triclinium !

Hac in valle lacrymarum,
da robur, fer auxilium,
o excusatrix culparum! (23).

Digno de estudio entre todos los poetas de la Orden, más aún que ambos cronistas de san Francisco, el sabio Celano y el filósofo idealista de Bagnorea, es Jacopone de Todi; porque significa á la vez como hombre y como poeta, como político y como penitente; porque comprende y domina ambos géneros, el latín litúrgico y la poesía en romance; porque descubre recónditos manantiales de poesía en el inculto campo popular, y porque son sus poemas trasunto fiel del espíritu de su edad y de la vida de su tiempo, considerada desde uno de sus puntos de vista más característicos.

En Jacopone, para entender al poeta, importa estar al corriente de la vida y vicisitudes del hombre, que dan la clave de cuanto escribió; porque, á diferencia de los trovadores, Jacopone no compuso estrofa que no traduzca exactamente el estado de su ánimo, ó desahogue algún sentimiento profundo, ó se relacione con los sucesos de su agitada existencia: sin que, á pesar de este que hoy llamaríamos subjetivismo, haya poesía más objetiva que la suya, en cuanto á reflejar lo que siente el corazón y piensa el cerebro de su época y de su siglo. Narremos, pues, la historia de Jacopone, sin los escrúpulos que asaltaron al docto Ozanam cuando tuvo que hablar de un Beato, reverenciado en los altares, y adversario acérrimo de un Papa. Lejos de ser piedra de escándalo, Jacopone y su vida representan exactamente la Edad media, aquella era en que la Iglesia de Cristo fué amada con delirio, y por ende, zelada con rabia; en que todos querían cus-

todiar la pureza de la mística Esposa, y la sospecha de la profanación encendia furor inextinguible; en que los intereses de la Cristiandad eran el interés de cada cristiano, y en que tan alto rayaba la espiritual libertad, que nadie extrañó que los Papas autorizasen el culto del poeta que eligió á un Papa por blanco de sus quemantes sátiras.

Nada encierran digno de mención los primeros años y mocedad de Jacopone. Fué nacido en Todi, villa de origen etrusco, muy importante á fines del siglo XIII, que hoy sólo atrae al viajero por sus fuertes murallas antiguas y curioso templo de Marte. Era Jacopone de la familia de los Benedetti, ciudadanos pudientes y respetados en la villa: siguió con lucimiento el curso de Derecho en la Universidad de Bolonia, y terminados los estudios y graduado, volvióse á su país natal, ejerció la profesión y fué presto el jurisconsulto de más nombre en Todi. Rico, y esperando aún mayores ganancias, tomó esposa joven, bella é ilustre, y duraban aún las amorosas finezas entre los consortes, cuando acertó á llevarla un día á presenciar los públicos regocijos que en la villa se celebraban. Era uso erigir para las damas un palco elevado desde donde viesen cómodamente los populares festejos: subió á él la esposa de Jacobo Benedetti, y de pronto, en mitad de la función, desplomóse el tablado con estrépito espantoso, y las infelices que lo ocupaban cayeron de él revueltas en montón informe. Corrió Jacobo; de entre los palpitantes cuerpos sacó en vilo el de su mujer, y como respirase aún, quiso desabrocharle el jubón: resistíase ella con todo el resto de sus fuerzas; condújola entonces á lugar más apartado, y al descubrir el blanco seno, vió, bajo el traje de gala de la moribunda, áspero cilicio. Al punto mismo

conoció que lo que estrechaban sus brazos era ya un cadáver.

Apenas es dado concebir en la actualidad el efecto de situación semejante en el alma de un hombre de la Edad media : catástrofes presencian hoy los individuos y los pueblos, mas de ordinario las olvidan presto, y ni influyen en su conducta, ni estremecen su conciencia, ni sugieren la idea de la eternidad y de la vida futura, que presta tan dramático interés á los monumentos artísticos de los siglos XII y XIII. Desde el instante en que Jacobo vió expirar á su gentil compañera, dióse á extravagancias tales, que parecía sin seso; y en breve Jacobo Benedetti, el renombrado jurisconsulto, el influyente ciudadano, fué señalado con el dedo por los granujas de la calle, que convirtieron su nombre en el despectivo de *Jacopone*, Jacobo el loco, el insensato. Vendió bienes y casa, y según costumbre de entonces, repartió á los pobres el precio: pasábase dia y noche en las calles, vestido de andrajos, siendo objeto de mofa y desdén. Convidanle á la boda de su rica sobrina, y asiste untado de miel y emplumado : le reprende su familia por tan peregrino arreo, y contesta : — « Piensa mi hermano ilustrar nuestro nombre con su cordura, y lo he de ilustrar yo con mi demencia. » — En otra fiesta se presenta andando en cuatro pies, cinchado y aparejado como asno, entristeciendo con tal vista á los espectadores, que recordaban su clara inteligencia y su ciencia forense. Le entrega un pariente suyo un par de pollos, y le dice : « Llévalos á mi casa. » Jacopone los deposita en el mausoleo de familia : enójase el dueño de las aves, y él responde : — « Pues, ¿cuál es tu casa sino esa que has de habitar por toda la eternidad? » — Entre burlas y veras, causaba ya Jacopone cuándo

risa y cuándo respeto, y á algunos parecía ejemplar penitencia su locura : la multitud se congregaba á oirle, si en plazas y calles, con estilo fogoso y apasionado, reprendía los vicios. Diez años corrieron de esta suerte, y Jacopone, terciario ya, quiso ingresar en la Orden de los Menores. Recelaban los frailes admitirle, por su extraño proceder y por la sospecha de enajenación mental; con tal ocasión se reveló por vez primera el poeta, y Jacopone escribió dos poemas, que le abrieron las puertas del convento. Está el uno en prosa rimada latina, en italiano vulgar el otro : titúlase el primero *De contemptu mundi*, no rebasa del límite de tantas declamaciones como siempre se pronunciaron acerca de la vanidad de las cosas humanas y los goces perecederos de la tierra, asunto manoseado en todas las literaturas desde la hebrea hasta la contemporánea; pero en el segundo despunta ya el poeta genial, y se inaugura su manera propia, aquella rusticidad semi-plebeya, aquella pujanza y franqueza en el sentir, aquellos destellos felices, aquella originalidad ardiente y sin freno.

Udite nova pazzia
che mi viene in fantasia...

Escuchad, escuchad una nueva locura que á las mientes se me vino. Quisiera estar muerto, porque viví mal. Dejo los goces del mundo y tomo mejor camino. Quiero probar si soy ó no soy hombre : negarme á mí mismo y llevar la cruz para hacer locura duradera. Yo diré cómo ha de ser esta locura : confundiréme y mezclaréme con hombres indoctos, que desbarran con santa insensatez.

Cristo, tú conoces lo que pienso y sabes cuán grandemente desprecio el mundo, donde permanecí por empe-

ño de aprender filosofía. Pretendí, empapándome en la metafísica, llegar á ahondar la teología, saber cómo puede el alma gozar de Dios, pasando por todos los grados de jerarquía celeste, cómo la Trinidad hace un Dios único, y cómo el Verbo hubo de encarnar en María. Divina cosa es la ciencia : crisol donde se refina el oro de ley. Pero ¡á cuántos perdieron los sofismas teológicos! Oid, pues, lo que he resuelto : he resuelto pasar por estúpido, ignorante y mentecato, por hombre extravagante y risible. Vayan noramala silogismos, retruécanos y sofismas, aforismos é insolubles cuestiones y arte sutil del cálculo. Gritad cuando os plazca, tú, Sócrates, y tú, Platón; os dejo sofocaros, argüiros mútuamente y atollaros en el pantano al fin. Quédese allá el arte maravilloso cuyos secretos reveló Aristóteles y las platónicas doctrinas, heterodoxas á veces. El entendimiento sencillo y puro se eleva solo, y sin auxilios de la filosofía, sube á presencia de Dios. Os dejo los rancios libros que amé tanto, y las rúbricas de Cicerón á mi oído tan gratas. Os dejo el tañer de instrumentos, las cancioncillas, las damas y damiselas hermosas, sus artificios, sus mortales flechas y sus sutilezas y ardides. Sean vuestros, florines, ducados y carlinos, nobles y escudos genoveses, y toda mercancía semejante. Á ensayarme voy en religión estrecha y poderosa : ya dirán las pruebas si soy latón ó bronce. Voy á gran combate, á dura labor, á terrible esfuerzo. ¡Oh Cristo, asístame tu fortaleza y salga yo victorioso! Voy á amar con amor la Cruz cuyo fuego ya me consume, y pedirle humilde que se me pegue su locura. Voy á innovar en mi alma contemplativa que venza al mundo; voy á buscar paz y gozo en dulce agonía. Voy á intentar entrar en el paraíso por sendas que conozco; Señor, dame que entienda y cumpla tu voluntad aquí, que después no me cuidaré de si es resolución tuya perderme ó salvarme.

Expresa este poema todas las aspiraciones del mis-

ticismo, hasta tocar al borde del quietismo, donde, sin embargo, no llega á precipitarse el poeta. Á un lado, filósofos, teólogos, sempiternos disputadores, ergotistas vacíos; dejemos la ciencia deficiente que intenta apagar con huecas frases y pomposas definiciones la sed inextinguible de verdad que abrasa el alma; pongamos el labio en la fuente eterna de vivas aguas, el amor; hagámonos párvulos, fatuos, más ínfimos que el lodo de la tierra, para poder entrar en el reino de los cielos.

En la primer época de su ingreso en el claustro, ofreció Jacopone el curioso ejemplo de imitación de los actos del Fundador, tan frecuente en las Órdenes fervorosas. Como san Francisco, no quiso pasar de lego, y rehusó el sacerdocio; como él, vagaba por el campo, abrazaba los árboles y las rocas, derramaba copioso llanto, y si le preguntaban el por qué, respondía: — « Lloro porque el amor no es amado. » — En la exaltación de su espíritu, en sus encendidos transportes de caridad deseaba bajar al purgatorio y al infierno y sufrir él solo los tormentos de todos los réprobos y hasta de los mismos ángeles malos, por aliviarlos; y por refinamiento de tortura anhelaba que, sin agradecérselo, le volviesen despreciativos la espalda y entrasen en el cielo antes que él y á vista suya, dejándole en los negros abismos: gigantesco sueño de un martirio indefinido, de una crucifixión universal, la hiel de todas las amarguras derramada sobre un hombre solo, y bebida con ansia, como si fuese divina ambrosía. Comía Jacopone pan duro y escaso; ajenjos echaba en el jarro del agua: en cierta ocasión deseó un trozo de carne, y por castigo del deseo, colgó la vianda en su celda, hasta que, corrompiéndose, infestó el aire, y el guardián del convento encerró á

Jacopone en un lugar vil, donde entró diciendo alegremente :

O giubilo del core
che fai cantar d'amore!

Era la deseada meta de la humillación, el desdén apetecido, la negación de sí propio llevada hasta el paroxismo. De tal raptura del ánima en Dios, nacen aquellas poesías que, según un historiador reciente de la literatura italiana (24), son poesías de un santo, animado del divino amor. « Ni sabe Jacopone de provenzales, ni de trovadores, ni de códigos de gaya ciencia : tales esferas le son ignotas. No cuida del arte, no solicita prez de lengua ni de estilo : antes afecta plebeyo hablar, con tanto placer como hallaban los santos en vestir harapos de mendigos. Una cosa pretende, desahogar su alma que rebosa afectos, exaltada por el sentimiento religioso. Ignora asimismo teología y filosofía : nada tiene de escolástico. Se comprende que poeta tan desusado fuese puesto en olvido del público culto : de suerte, que sus poesías se conservaron, más que como obra literaria, como libro de devoción. Y sin embargo, hay en Jacopone una vena de inspiración límpida, popular y espontánea, que no encontramos en los poetas cultos que le precedieron. Si los mil trovadores italianos hubiesen sentido con el calor y eficacia que de tal suerte inflama el alma religiosa de Jacopone, tendríamos una poesía menos docta y artística, pero más popular y sincera. »

No ignoraba, por cierto, Jacopone filosofía, ni menos teología, pues con tal ahinco la estudió en sus diez primeros años de penitencia : ni cabe tanta luz mística sin otra gran claridad intelectual, ni el rigor

y exactitud de las doctrinas que en algunos poemas desarrolla, dan á entender sino que fuese muy versado en metafísica y ciencia teológica. Él mismo nos dice, en su canción « Udite nova pazzia », el afán con que se consagró á profundizarla, y como no satisfecho ni convencido, pasó de la dogmática á la mística, encontrando rápidamente, por vía intuitiva, lo que el raciocinio no acierta á dar al cansado entendimiento. Resolución que le sugirió un método propio, y franqueóle caminos desconocidos hasta entonces; mas para seguirlos no necesitó pie menos firme y vista menos perspicaz que para orientarse en los laberintos dialécticos.

Desembarazado ya Jacopone del incómodo peso de los preceptos, libre de los grillos de la tradición artística, dueño de entregarse á su inspiración personal, hízolo con sobrado descuido á veces, pero otras en cambio, con naturalidad embelesadora. Apenas hay ternura y suavidad que á la suya iguale al describir escenas domésticas y sencillas, como el sueño del niño Jesús. « Vamos todos, dice, á ver á Jesús dormido : tal dulzura y gracia brota de su semblante, que hace florecer y reir tierra, aire y cielo » (25).—En otro poema supone el júbilo de la Virgen madre después de su alumbramiento feliz; y exclama interpelándola familiarmente:

Dime, dulce María, dime con cuánto afán mirabas á tu hijuelo, Cristo mi Dios.. Pienso que, tan luego como sin dolor lo pariste, lo primero que harías, fué adorarle : lo pusiste sobre el heno del pesebre, envolviéndole en pañales pobres y escasos, toda llena de pasmo y regocijo.. ¡Oh cuánto gozo, cuánto bien te hacía tenerle en tus brazos! ¡Dímelo, María, por compasión!... Supongo que entonces le besaste el rostro, y dijiste : ¡Ah, hijo mío!

Ya le llamabas hijuelo, ya padre y señor; ya Jesús, ya mi Dios. ¡Cuán dulce amor sintió tu corazón al lactarle en tu regazo! ¡Cuántos actos dulcísimos de suave ternura!

Si á veces, de día, se quedaba dormido, ibas quedito, muy quedo, y apoyabas tu boca en su rostro y decíasle con maternal sonrisa : No duermas más : basta de sueño (26).

No hay poesía más humana y real que estos versos sagrados : la naturaleza misma debe haber dictado á Jacopone el rasgo delicioso de la madre despertando al niño, estorbándole el sueño diurno á fin de reservarle el de la noche, ó más bien, para que la vea y sienta sus caricias, para *destar il paradiso*, según declara el poeta. Así en Jacopone las cosas divinas nos conmueven, no sólo por medio de los sentidos, sino principalmente del corazón. Los loores de san Buenaventura, que envuelve á la Virgen en rosas, lirios y azucenas, y la ciñe de astros, parecen artificiosos y tibios al lado de la elocuencia de Jacopone, cuando exclama : « Recibe ¡oh mujer! en tu hermoso regazo mis amargas lágrimas; bien sabes que soy prójimo y hermano tuyo, y negarlo no puedes (27) ».

El que canta con tal delicadeza las alegrías maternales, no es menos afortunado al describir el día pavoroso y tremendo que inspiró la oda de Tomás de Celano. « No hallo lugar donde ocultarme, monte, llanura, gruta ni selva : la mirada de Dios me circunda é infunde terror en todas partes... Sonará entonces la trompeta celeste, resucitados serán todos los muertos y llamados ante el Tribunal de Cristo; el fuego ardiente cruzará veloz por los aires (28) ». ¡Cuán enérgicamente traduce la primera estrofa el temor de la conciencia culpable que siente en torno la mirada di-

vina! Pues al lado de estas bellezas que tocan en sublimes, tiene Jacopone caprichosos prosaismos, como el del cántico 48, en que pide á Dios que *por cortesía* se sirva mandarle «cuartanas, tercianas, dolor de muelas, de cabeza y vientre (29)». — Con razón opina el historiador ya citado, que la mezcla de trivialidad y grandeza, la tosquedad vulgar y el ardiente idealismo de Jacopone, hacen comparable el conjunto de sus poesías á las catedrales góticas. Así como en éstas se hallan, al lado de sus agujas que ascienden á lo infinito, las gárgolas cubiertas de grotescos relieves y caricaturas; y sobre las naves sombrías el rosetón flameante de luz y los vidrios encendidos con los matices todos del cielo, en Jacopone hay alta poesía y bajo realismo, claridades y tinieblas. Mas si puede negarse á Jacopone la armonía del arte, no así la del pensamiento. No hay poeta más consecuente y acorde consigo mismo. Es siempre el santo, que desdeñando las cosas terrenas, habla de ellas con humorismo satírico, con aquel desenfadado naturalismo que no evitará tampoco el autor de la *Divina Comedia:* pero cuando Jacopone canta el mundo del espíritu, se depura su lenguaje y la poesía se ennoblece sin perder su carácter de espontaneidad. No hay sino ver cuán discreta es la verdad anatómica de la canción *Anima benedetta*, que es fama entonó momentos antes de morir; cuán majestuoso y nítido el *Cántico á María*; qué gallardía y frescura de imaginación en el simbolismo de *Chi Gesù vuole amare.*

Hasta doscientos once cantos se incluyen en la colección de Jacopone; uno de ellos, de cuatrocientos cuarenta versos, es especie de poema teológico, y su asunto la regeneración de la humana naturaleza. Otro, un dramita titulado la *Compasión de la Virgen*, donde

parece que despunta toda la inspiración del *Stabat Mater dolorosa* : no es, en efecto, menos patética, y si muy semejante, la pintura del desconsuelo de la Madre al pie de la Cruz. De las poesías líricas más bellas y originales de Jacopone, es la que celebra la pobreza sin impasibilidad estoica ni soberbia cínica, con sincero y risueño desasimiento (30).

Dulce amor de la pobreza, ¡cuánto debemos amarte!

Pobreza pobrecilla, tu hermana es la humildad: una escudilla te basta para comer y beber.

Esto quiere la pobreza: pan, agua y hierbas solamente si llega convidado, se añaden unos granos de sal.

La pobreza va segura; rencor no conoce, ni ladrones que robarla puedan.

La pobreza llama á la puerta : ni alforja ni bolsa tiene. nada lleva consigo, sino lo poco que ha de comer.....

La pobreza muere en paz sin hacer testamento: ni cuñados ni parientes se disputan sus bienes.....

.....

La pobreza que se angustia y desea riquezas, siempre vive afligida: para ella no hay consuelo.

La pobreza anda ligera: vive alegre y sin ceño : en todas partes es peregrina : no quiere llevar nada á cuestas.

....

La pobreza, gran monarquía, domina el mundo todo: señorea altamente cuantas cosas despreció.

La pobreza, alta ciencia de poseer despreciando : cuanto más baja sus aspiraciones, más gana en libertad.

Al verdadero pobre de profesión está prometido el supremo reino: esto dice el mismo Cristo que no puede engañar.

....

La pobreza es no tener nada, no poseer nada, conceptuarse vil y reinar con Cristo después.

Entre todos los poemas de Jacopone, hay uno de-

tinado por excelencia á la inmortalidad : grito de dolor que atraviesa los siglos, inspirando á grandes pintores y músicos, arrancando lágrimas á las generaciones que fueron y son, porque nunca aparece la musa de Jacopone más humana que en la divina elegía del *Stabat Mater* de la Cruz (31). Pues bien : la misma mano que diseñó la trágica figura de la madre viendo con sus ojos el suplicio de su unigénito, la retrató en el primer instante de maternal ventura.

« Esta obra incomparable, — dice el tantas veces citado Ozanam, refiriéndose al *Stabat de la Cruz*, — bastaría á la gloria de Jacopone; mas al par que el *Stabat* del Calvario, quiso componer el *Stabat* del pesebre, donde aparece la Virgen madre en todo el júbilo del alumbramiento. Escribiólo en igual metro y cantidad de rimas : de suerte que cabe dudar un instante cuál fué el primero, si el canto de dolor ó el de alegría. Con todo, la posteridad escogió entre estas dos perlas semejantes, y conservando amorosamente una, dejó enterrada la otra. Creo inédito aún el *Stabat Mater speciosa* (32), y cuando pruebo á traducir alguna estrofa, siento evaporarse el encanto del idioma, de la melodía y del antiguo candor (33). » Con harto más motivo que el docto escritor, tememos al trasladar del *latín al castellano las siguientes:*

Estaba la hermosa Madre, llena de gozo, al lado de heno, donde yacía el niño.

Henchida el alma de ferviente alegría y regocijo penetróla el júbilo.

¡Oh cuán contenta y venturosa se halló la inmaculada Madre del Unigénito!

¡Quién no se alegraría de ver á la Madre de Cristo en tal recreo!

¿Quién no compartirá su gozo, si contempla á la Madre de Cristo jugar con el Hijo?

Por los pecados de su raza, vió á Cristo en compañía del jumento y sujeto al frío riguroso.

.....

En pie estaban anciano y Virgen, mudos y sin voz, atónito el corazón.

Ea, Madre, fuente de amor, haz que sienta contigo, que pruebe tus ardientes afectos.....

.....

Al morir mi cuerpo, haz que goce el alma la visión de tu Hijo.

Cotejando ambos *Stabat*, ocurre la idea de que, sin género de duda, el del pesebre es el segundo, y el de la Cruz le sirvió de modelo. Nótase en el de la Cruz inspiración más sostenida; el raudal de poesía brota de una vez, el pensamiento, entero, firme y brioso, se remonta con soberano empujo hasta las más eminentes cimas de la sublimidad trágica. Si bien en el del pesebre hay toques y pinceladas gratas y tiernas, no deja de advertirse cierta presión impuesta por la necesidad de ajustarse á giros y combinaciones propuestas de antemano. Compárese el apóstrofe desgarrador en el *Stabat de la Cruz*: « ¿Qué hombre habrá que no llore, si ve en tal tormento á la madre de Cristo? » — Casi pierde todo su vigor en el del pesebre, cuando invirtiendo el sentimiento exclama: « ¿Quién no se alegra de ver á la madre de Cristo en tal recreo? » — Mas no por esto es indigno de estimación el segundo *Stabat*, ni hay causa para negar que sea Jacopone autor de ambos (34). Es frecuente en el arte medioeval la tendencia á *duplicar*, á hacer pares las obras artísticas: limitado el artista á cierto número de temas, escasos los medios técnicos de que dispone,

exaltada poderosamente su fantasía por una forma particular, simbolista por religión, filósofo por lo que contempla, sujeta sus creaciones á expresar el desarrollo lógico de un asunto. Lo cual puede comprobarse en las pinturas, en los vidrios de las catedrales, en los retablos, en la imaginería de las portadas; rara vez dejan en el tríptico de hacer juego la pintura de las hojas izquierda y derecha; y se nota el hecho de que, por lo regular, haya siempre un lado muy superior en mérito al otro, como acontece con las perlas gemelas de Jacopone.

Consideremos ahora uno de los aspectos más interesantes del singular poeta tudertano; conozcámosle satírico, flagelando los vicios de su época, advirtiendo con rudo celo á un pontífice, luchando con otro, vencido al fin, y humillándose penitente. Vacante se hallaba la silla apostólica por muerte de Nicolás IV, primer papa que dió de su seno la Orden de Menores, y que bajó al sepulcro agobiado de dolor por el desastre de Tolemaida y mal suceso de las Cruzadas; y duraba dos años el largo interregno, no sin daño y peligro grande de los intereses de la Cristiandad. Desde su celda seguía Jacopone con ansioso cuidado las vicisitudes de la Iglesia. No bastaba á su espíritu ardiente, á su temperamento enérgico, la serenidad de la contemplación; hombre templado para la lucha, compuesto de hierro y llama, podía domar sus sentidos, pero no sujetar los arranques de su alma fogosa. El dolor de ver á la Iglesia sola y viuda, le inspiró la célebre lamentación, primer poesía suya que tuvo influencia en los acontecimientos históricos, y que su popularidad de poeta y su ejemplaridad de penitente ayudaron á difundir:

Piange la Ecclesia, piange e dolura... (35)

« ¿Por qué lloras, noble madre? » — pregunta el poeta á la Iglesia. — « ¿Por qué tan gran dolor? » — «Hijo, — responde ella, — tanto lloro, que no puedo más : muertos veo á mi padre, á mi esposo; hijos, hermanos y parientes perdí, y presos en cadenas están todos mis amigos. »

Si parecen recargados los colores del cuadro, acordémonos de que en Roma ardía la discordia y la anarquía reinaba, y entre los cardenales se anunciaba el cisma ya. Escondíase por entonces en la gruta de áspera montaña de los Abruzzos ulteriores un solitario, un pobre clérigo, hijo de familia oscura, en torno del cual se agrupaba un puñado de hombres deseosos de imitar su vida : él la pasaba en estrechísima celda : ayudábanle á misa por un ventanillo : comía mendrugos de negro pan : usaba cilicio, y gruesa cadena á la cintura : guardaba silencio perpetuo, y entrado en el año setenta y cuatro de su edad, preparábase á morir santamente. Un día llegó á oídos de los cardenales cómo había sido revelado á un varón justo que si no se concertaban presto para elegir papa, serían castigados por Dios en el plazo de cuatro meses. Vinieron á recordar entonces al autor de la profecía, que no era sino el emparedado solitario, Pedro de Morón, y deshechos en lágrimas pensando en sus austeridades y virtudes, unánimes le eligieron para la silla vacante. Cuando la comisión de prelados y cardenales fué á notificar la elección al nuevo Papa, vieron asomarse á la reja un anciano amojamado, pálido, erizada la barba, húmedos de llanto los ojos, hecho un espectro. Poco después aquel espectro entraba en Áquila, caballero en un asno, que otra montura no quiso; llevaban el asno del diestro, de un lado el rey de Sicilia, del otro el de Hungría.

Pesóle á aquel viejo la tiara en la venerable cabeza. Gobernó con rigidez y rectitud; pero agobiado de temores, espantándole las responsabilidades de su cargo. Decíase continuamente á sí propio lo que Jacopone le advertía en verso:

Che farai, Pier da Morrone?

¿Qué harás Pedro de Morón? á prueba estás ahora, veremos de qué te sirvieron las contemplaciones de tu retiro. Si burlas las esperanzas del mundo, será anatema. Cual la flecha mira al blanco, así se vuelve hacia ti el mundo entero: si no mantienes recta la balanza, á Dios apelarán de tus juicios. Gran pena me dió de ti cuando pronunciaron tus labios la palabra *acepto:* palabra que puso á tu cuello yugo tan pesado, que acaso sea ocasión de condenarte. Desconfía de los beneficiados, siempre hambrientos de prebendas: tal es su sed, que no hay beber que la aplaque. Guárdate de los concusionarios, que te harán ver lo blanco negro. Si no sabes defenderte, mal año para tí.

Andaba á la sazón dividida la Orden de Menores en los dos bandos: de *zelantes* ó *espirituales*, que pretendian mantener en toda su estrechez y rigor la observancia de la pobreza franciscana; y de *conventuales*, que pedían regla más mitigada y conforme á la humana condición. En algunos puntos, — la Marca por ejemplo, — habían sido tratados los primeros por los últimos como rebeldes y facciosos, y castigados con encierro: mas al subir al Pontificado Pedro de Morón, acudieron á él en queja, y el austero asceta los protegió y autorizó para apartarse de los conventuales y vivir como deseaban, observando los últimos ápices de la regla. Poco les duró la buena ventura, porque

muy en breve Pedro Celestino, atemorizado, ansioso de paz, bajó voluntariamente de la Silla, y entró á ocuparla el cardenal Benito Cayetano, electo papa con nombre de Bonifacio VIII. Sabía Bonifacio que los zelantes no simpatizaban con él, y recordaban y amaban mucho á Pedro Celestino : por lo cual ordenó su disolución y reincorporación en las comunidades de conventuales, removiendo al ministro general Gaufredo, jefe del zelantismo. El descontento y dolor de los perseguidos comenzó entonces á revelarse en la acogida que dieron á los siniestros rumores que acerca de Bonifacio VIII circulaban. Era Bonifacio hombre de altas prendas de inteligencia y carácter, gran canonista y jurisconsulto, puro en sus costumbres; pero acusábanle de intrigante y ambicioso : decíase que había arrancado violentamente la abdicación de Pedro Celestino, negábase por ende la legitimidad de la elección de su sucesor, y la indignación creció al saberse que el santo Pedro de Morón había expirado prisionero en un castillo de Campania, en malsano calabozo, declarando los carceleros que á la hora de su muerte vieron una cruz de oro suspendida en el aire. Celestino pasó plaza de mártir, Bonifacio de verdugo (36). Acaeció que, cierto día, el Papa llamó á Jacopone de Todi para que le interpretase una visión : en sueños se le apareciera una campana sin badajo, cuya circunferencia abrazaba el mundo todo. Jacopone, que en cuerpo y alma pertenecía á lo que podemos llamar partido radical, la explicó así : — « Sepa Vuestra Santidad que el tamaño de la campana significa el poder pontificio, que abarca el universo. ¡Cuenta con que el badajo que le falta no sea el buen ejemplo que estáis obligado á darle! »

Entre tanto la hostilidad contra Bonifacio, — insti-

gada por los manejos de Felipe el Hermoso, — crecía en Italia, y Jacopone vino al fin á tomar parte en ella con el brazo y con la voz, con sátiras y con actos. Dos Colonnas, dos cardenales adversos al Papa, protestaron pública y solemnemente de su elección, y lo citaron por usurpador ante el próximo Concilio Ecuménico; Jacopone firmó el acta en calidad de testigo. Al mismo tiempo su musa satírica, la que con tan vivos tonos pintaba los pecados y vicios sociales, las mujeres perdiendo el alma por galas fútiles, los prelados reposando en cómodas sillas, las monjas y los religiosos arrojando á palos del claustro á la mendiga Pobreza, se desbordó en aquellos versos célebres:

O papa Bonifacio,
molto hai jocato al mondo...

¡Oh papa Bonifacio, cuánto has jugado el juego mundanal! Me temo que al cabo habrás de salir perdidoso. Así como la salamandra vive en el fuego, tú hallas en el escándalo gusto y deleite. Tu lengua se desata contra toda regla religiosa, y blasfemas, despreciando toda ley. Ni monarca ni emperador se acercan á ti sin recibir cruel herida. ¡Oh avaricia criminal! ¡Sed prodigiosa, capaz de beber tanto oro sin saciarse!

Dos alusiones que en esta sátira se encuentran á la violencia de Anagni y á la muerte de Bonifacio VIII, dan á entender que habiendo sido compuesta estando Bonifacio en el apogeo de su poder, antes de la excomunión y prisión de Jacopone, hay en ella addendas de mano extraña, y no todas sus invectivas pueden imputarse al poeta de Todi. Sea como quiera, es lo cierto que el autor de la sátira hubo de refugiarse en Palestrina, villa donde se hicieron fuertes los Colonnas sediciosos: Bonifacio la tomó, hízola arrasar y edificar

de nuevo, y Jacopone fué encerrado en lóbrega mazmorra, donde, aunque cargado de cadenas, bebiendo el agua corrompida de una cloaca, temblando de fiebre, sólo la excomunión fué parte á abatirle. Poseído ya del convencimiento de que la elección de Bonifacio era perfectamente legal y canónica; sabedor de que los dos cardenales cismáticos se habían arrojado á los pies del Papa, vestidos de negro, la soga al cuello, exclamando : — « ¡Padre, pequé contra el cielo y contra ti; no merezco llamarme hijo tuyo; por nuestros crímenes nos afliges! » — herido por el rayo espiritual, Jacopone dobló la frente. — « Absuélveme, suplicaba á Bonifacio, y tenme en prisión y castigado hasta la hora de mi muerte. » Para colmo de dolor, llega el año 1300, anúnciase el Jubileo universal, ve Jacopone pasar olas de gente que acude á Roma á ganarlo, y no puede unirse á ellas. Entonces canta su arrepentimiento.

Il pastor, per mio peccato,
posto m' ha fuor dell' ovile.

Por mi culpa me echó el pastor del redil, y mis balidos no logran abrirme la puerta. ¡Oh pastor! ¿Cómo no te despierta mi gemido? Largo tiempo llamé y no me escucharon.

Soy el siervo del centurión, indigno de que entres en mi pobre morada. Basta que por escrito me absuelvas. Una palabra tuya me sacará del muladar.

Mucho ha que yazgo bajo el pórtico de Salomón, al borde de la Piscina. Gran movimiento se produjo en las aguas estos días de perdón. El tiempo corre, y aun espero me digas que me levante, tome mi lecho y me vuelva á mi hogar.

Yacía muerta la doncella en casa del jefe de la sinagoga. De peor condición es mi alma, tanto le pesa el yugo de la muerte. Ruégote me tiendas la mano y me restituyas

á san Francisco para que con mis hermanos me siente á la mesa.

Sentenciado al infierno, toco ya á sus dinteles. La Orden que fué mi madre viste de luto, y con ella su séquito. Ella quiere que tu vóz poderosa me diga: — Levántate, viejo. — Entonces trocaránse las lágrimas derramadas en cántico de gozo.

El implorado perdón no vino. Un día el Papa cruzó ante la prisión de Jacopone, y hablando al través de la reja, — « Jacobo, le dijo ¿cuándo saldrás de la cárcel? » — « Padre Santo, cuando tú entres », contestó el zelante. Tres años después del Jubileo, Guillermo de Nogaret, emisario del perpetuo enemigo de Bonifacio, el rey de Francia, llega secretamente á Anagni y con ayuda de Sciarra Colonna, amotina al pueblo, allana el palacio pontificio y atropella y encarcela al Papa, que muere á poco abrumado, en su avanzadísima edad, por tratamientos que siempre serán crueles, aunque descontemos el famoso bofetón, negado por graves historiadores. El sucesor de Bonifacio VIII, san Benito XI, absolvió de las censuras á los cismáticos, y el poeta, dejando su calabozo, fué á morir en paz al convento de Collazone. Embelleció los tres últimos años de su vida terrestre la amistad de fray Juan de Albernia, á quien, agonizando, quiso ver y estrechar en sus brazos. Jacopone pasó de este mundo la noche de Navidad, cantando cánticos. El pueblo, que le amaba, le veneró en los altares (37).

Sobre tantas y tan varias aptitudes; sobre el satírico y el moralista; sobre cuanto fué Jacopone, descuella el poeta místico. Eslo por el mismo desdén de la forma y por la impetuosidad y ardor del sentimiento. Está en Jacopone la grosería popular al exterior, cual el burdo y remendado hábito en los frailes de Ribera.

Y así como el rostro, ojos y expresión de éstos respiran idealidad, lo interno de la poesía de Jacopone es ansia insaciable y sublime, incendios amorosos tan vivos, que toda la clarifican y vuelven oro puro. Este propio encendimiento roba á la mistica la serenidad y sosiego, la conciencia reflexiva que pide el arte. Si cabe una comparación profana, pero expresiva, recordaremos á Apeles, que, retratando á la hermosa concubina de Alejandro, guió diestramente el pincel mientras sólo admiraba su hermosura sin llegar á desearla, mas tan pronto como se hubo inflamado de amor por ella, la mano turbada no supo terminar la obra. El alma que apetece la divina hermosura, anda como arrebatada y fuera de sí, y aun con la posesión no puede satisfacerse, porque no es dada en la tierra; y así vive inquieta y sedienta de unirse al objeto de sus ansias, que con su grandeza la confunde, con su regalo la embriaga, con su belleza la suspende y con su majestad la abisma. Por eso falta en la poesía mística la armoniosa perfección del arte clásico; y siendo cierto que nadie como el habitante del claustro reune aquellas condiciones exigidas por Hégel (38) al poeta, de vivir exento de toda preocupación práctica, de contemplar el mundo con mirada serena y libre y de ver como centro de las existencias, — por cima de la diversidad de intereses humanos, — al Ser único ante el cual todo parece mezquino y pasajero, y la pasión y el deseo se extinguen, en cambio, contemplación tan exaltada da á la poesía carácter más expresivo que técnico.

Puédese contar entre los poetas franciscanos á fray Hugo de Panciera, cuyas poesías se incluyeron en algún manuscrito de las de Jacopone, y á fray Salimbene, autor de un libro de versos festivos. No conociendo las obras del uno ni del otro, ignoramos hasta qué punto

se enlazan á la escuela que nace con san Francisco. Un poeta anónimo hay, que no es menos poeta por haber escrito en prosa; á saber, el autor de las deliciosas é ingenuas narraciones llamadas *Florecillas de San Francisco* (39). Junta este libro popular gracia y movimiento dramático á unción y suavidad penetrantísimas que embelesan aun al que las lee sin propósito piadoso. Es una serie de tablas del beato Angélico, un misal cubierto de viñetas iluminadas y de místicos arabescos; pero circula al través de su estilo hagiográfico el soplo humano que distingue las obras inspiradas por el penitente de Umbria; la naturaleza sonríe en sus páginas con san Francisco predicando á las aves, ungiendo de aceite la piedra, pactando con el lobo; el corazón se alegra también con las donosas sencilleces de Junípero y los fraternales extremos de santa Clara. Otro poeta digno de mención y desconocido hasta que mano piadosa (40) lo desenterró de entre el polvo de la biblioteca Marciana, es Giacomino de Verona, el indudable predecesor de Dante. Sus ignorados poemas contienen no pocos rasgos fundamentales de la *Divina Comedia*, y prueban una vez más que el genio no nace por generación espontánea, sino retoñando de antiguas raíces (41). Claramente se sabe hoy de cuántos y distintos manantiales y arroyuelos se formó aquel caudaloso río de la epopeya dantesca, y el fraile veronés no es de los que menos ayudaron á engrosarla. Á la verdad, no declara Dante haber bebido en fuentes franciscanas, mientras cita continuamente los clásicos antiguos y se confiesa deudor de los trovadores: circunstancia que puede achacarse á la impersonalidad de la poesía claustral, á su carácter menos literario que devoto, á la falta de pretensiones artísticas y científicas de sus cultivadores. El tesoro poético de los frailes, co-

mo el del pueblo, estaba abierto á todo el mundo, y no era patrimonio de nadie. Mas no porque Dante tomase de él á manos llenas, se le ha de inscribir en el catálogo de los poetas exclusivamente franciscanos. Así como reune Dante toda la ciencia enciclopédica de su siglo, armoniza las dos direcciones que dominan en él : la científico-dogmática y la místico-poética; Aristóteles y Platón, los Predicadores y los Menores, santo Tomás y san Buenaventura. Por eso es el sumo cantor de la Edad media.

Decir hasta dónde llegaron los efectos del espíritu franciscano en la literatura mística; señalar la dirección de aquella aura amorosa en que se propagó, como en el aire el sonido, la antigua voz platónica concertada armoniosamente con la cristiana; descubrir sus indudables huellas en la *Imitación de Cristo*, en los teósofos alemanes, en los incomparables místicos españoles, fuera empresa que pediría largas investigaciones y un grueso volumen. Limitándonos á nuestra patria, baste recordar cómo se trasluce la filiación franciscana en las obras del iluminado doctor y mártir Raimundo Lulio (42), y cómo más tarde la advertimos en el *Cancionero* de fray Ambrosio Montesinos (43), que aun cuando no es poeta místico, sino sagrado y moral, parece á veces espejo donde se refleja — en más elegante y atildada forma — la sátira franca y el ejemplarismo humorista de Jacopone; porque á imitación del siglo XIII, el predicador poeta del XVI no recela describir á los eclesiásticos, que cargados de transitorios oficios, vanse

desde la flor deste mundo
al infierno más profundo
como plomo;

y á los prelados vestidos de seda y grana, olvidándose de la Cruz, y de que

no tienen guantes ni anillos
las manos que nos formaron,
mas clavos, que con martillo
que es lástima de decillo
en ti, árbol, se enclavaron;

y á las monjas,

lisonjeras
de intrincados apetitos;

ni avisar á los reyes que las holandas, los vanos placeres, los regalos y sensualidades de su vida, son aderezar su carne y manirla para que más gustosos la coman los gusanos del sepulcro, naturales herederos de su cuerpo; y apelando, como también apelaba el cantor de Todi, á la medicina de la burla, pinta á

las doncellas ventaneras,
trotahuertos y negocios,

huyendo del encerramiento y de la cuerda esquivez, y parando en perdición segura; á las viudas llenas de arrebol y afeite, cuyos carrillos

parecen perros asados,
bermejuelos y amarillos;

y á las damas cortesanas, enredadas en liviandades, de quienes con frase enérgica asegura que

no tienen las honras sanas
y tienen las almas muertas;

y por último, siguiendo paso á paso la musa austera y ardiente de su modelo, llama á la riqueza mar de peligros, minero de males, y exclama casi con las mismas frases de Jacopone:

La pobreza voluntaria,
desnuda de toda renta,
es victoria tan plenaria
que de la carne contraria
al fraile menor exenta,

Rey lo hace y heredero
del cielo, que no de cobre,
y seguidor verdadero
de la vida y alto fuero
de Dios pobre.

Ni es el predicador de los Reyes Católicos el único ejemplo del influjo de Jacopone en nuestra literatura devota, ascética y mística : la idea trascendental y profunda del celebrado soneto castellano, generalmente atribuído á san Francisco Javier, « No me mueve, mi Dios, para quererte », está tomada de un pareado de Jacopone :

Dell' inferno non temere,
nè del cielo speme avere ;

así como en la conocida letrilla de la doctora de Ávila

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
que muero porque no muero,

no hay sino el tema, no menos famoso, de un sermón de san Francisco, que la poetisa alambicó :

Tanto è il bene che io aspetto
che ogni pena m' è diletto.

Pocos hombres habrán tenido mayor irradiación poética que san Francisco. ¿Qué mucho, si el espíritu del trovador milagroso y la poesía se reducen á una palabra melodiosa y dulce, bella en la lengua humana como en la seráfica : *amor ?*

NOTAS.

(1) Aristóteles, *Poética* (versión francesa de J. Barthélemy Saint-Hilaire). El traductor combate esta opinión del autor en el *Prefacio*, esforzándose en demostrar y probar la superioridad de la Historia sobre la Poesía. — Añade Aristóteles al pasaje citado: « Lo universal, generalmente hablando, es el *conjunto de palabras* y acciones que á determinado personaje convienen, verosímil ó necesariamente: y *éste es el* fin á que se ordena la poesía »

(2) Max Müller, *Science du langage.*

(3) Schlégel, *Histoire de littérature ancienne et moderne: Traduction française.* — Ménzel, *Geschichte der Deutschen Dichtung.* — Darmesteter, *Langue et littéraire française au moyen âge.*

(4) V. Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos españoles*, t. I. Después de enumerar los muchos personajes que fueron tenidos por autores del libro *De tribus impostoribus*, entre los *cuales* suenan dos ó tres españoles, demuestra el Sr. Menéndez Pelayo no haberse podido encontrar jamás ejemplar alguno de tal obra, hasta que en el siglo XVIII, y excitada la codicia de libreros y eruditos, comenzaron á correr los que hoy se conocen y son apócrifos y *forjados* para la venta. « En resumen — añade — el *De tribus impostoribus*, como obra de la Edad media, es un *mito* ».

(5) He aquí cómo pinta *su muerte* un insigne poeta de nuestros días, que por singular anacronismo resucitó la inspiración, las miras políticas y la personalidad artística de los trovadores del siglo XIII.

. . . . . .

¡Él era, él mismo,
él era, Conradino! Nunca tuvo
más gallardo doncel gentil doncella,
ni mejor paladín causa más noble.

Entonces, del patíbulo las gradas
subió tranquilo el novio de la muerte.
Sonreía feliz...
. . . . . .

VÍCTOR BALAGUER, *El Guante del Degollado.*

(6) Raümer, *Geschichte der Hohenstaufen.*

(7) Giosué Carducci, *Odi barbare.*

(8) El P. Ireneo Affó.

(9) El Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, *Discurso de recepción en la Academia Española.* Éstas son sus palabras: « La inspiración mística, ya adulta y capaz de informar un arte, centelleaba y resplandecía en los áureos tercetos del *Paradiso*, sobre todo en la visión de la divina esencia que llena el canto XXVIII, y llegaba á purificar é idealizar los amores profanos en algunas canciones del mismo Dante, y corría por el mundo de gente en gente llevada por los mendicantes franciscanos, desde el Santo fundador, *que si no es seguro que hiciese versos (sea ó no suyo el himno de Frate Sole)* fué á lo menos soberano poeta en todos los actos de su vida, y en aquel simpático y penetrante amor suyo á la naturaleza. »

(10) He aquí lo que cita el P. Palomes, *Storia di S. Francesco d'Assisi.* — S. Bernardino de Sena, *Sermones.* — El P. de la Haye, *Op. S. Francisci.* — Wadingo, *Annales.* — Crescimbeni, *Storia della vulgare poesia.* — Quadrio, *Storia e ragionamento d'ogni poesia.* — Tiraboschi, *Storia della letteratura italiana.* — Cantù, *Nuove fonti e schiarimenti al vol. XI: Primordi della lingua italiana.* — Göerres, S. *François d'Assise, troubadour.* — Vogt, *Der heilige Franciscus von Assisi.* — Chavin de Malán, *Histoire de St. François d'Assise.* — Ozánam, *Les poètes franciscains et les sources de la Divine Comédie.* — A los cuales añado: Pánfilo de Magliano, *Storia di S. Francesco e de' Francescani.* — Castelar, *San Francisco y su convento en Asís.* — Francesco Paoli, *I cantici di S. Francesco, illustrati;* y para contrapeso de alguna de estas autoridades que pudiese por cualquier motivo ser recusada, agregaré la más valedera y firme, Tomás de Celano, testigo ocular, que cuenta el nacimiento del himno de *Frate Sole*, y no en son apologético, sino con la sencillez del que refiere un suceso que presenció y no imagina que nadie pueda poner en duda. Dice así: *Paucos dies, qui usque ad transitum ejus restabant, expendit in*

laudem, socios valde dilectos secum Christum laudare instituens: invitabat creaturas ad laudem Dei, et per verba quædam, quæ olim composuerat, ipse eas ad divinum hortabatur amorem, nam et mortem ipsam cunctis terribilem et exosam hortabatur ad laudem. (*Vita*, II, pág. 270.) — El pasaje, corroborado á mayor abundamiento y explicado por otros inequívocos, es terminante: poco antes de su última enfermedad había compuesto san Francisco ciertas loas cantables en que «convidaba á las criaturas á alabar á Dios, y las exhortaba al amor divino, hasta á la misma terrible y odiosa muerte persuadiendo á que tributase loores».

De los *Fioretti di S. Francesco* entresacamos algún párrafo que en sustancia conforma con el relato de Tomás de Celano. «Estando el Padre Seráfico, pocos días antes de su muerte, enfermo en Asís, frecuentemente cantaba loores de Cristo: por lo cual, algunos de sus compañeros más sencillos, que del todo no comprendían el espíritu del Santo, temieron no se escandalizasen los vecinos, que teniendo gran fe en él y reputándole santo, podían figurarse que debiera pensar en la muerte, y antes llorar que cantar. Entonces el Padre respondió: — Dios me ha revelado que de ahora en breves días se concluiría mi vida, y al revelármelo me prometió la remisión de todos mis pecados y el goce del paraíso: y si antes lloré mi muerte y mis culpas, ahora estoy lleno de júbilo y no puedo llorar más, y por esto canto y cantaré á Dios.» (*Fioretti, Consid. sulle Stimm.*)

«Sintiendo fray León una tentación del demonio... deseó tener cualquiera cosa *escrita de mano* de san Francisco, pensando que si la tuviese, la tentación se acabaría... y deseándolo, por vergüenza ó respeto no osaba decirlo á san Francisco... pero éste lo supo por revelación, con lo cual le llamó, pidió tintero, pluma y papel, y escribió de su puño unos *Loores de Cristo*, según deseaba el fraile; y al final hizo la letra *Tau*, encargándole los guardase. (Ibídem.)

(11) He aquí el texto italiano de *Frate Sole*, según lo restableció el profesor Boehmer, después de minuciosas investigaciones y cotejo de cuatro antiquísimos códices donde se contiene: uno de ellos (el del Sacro Convento), anterior á 1233.

Altissimu onnipotente bon Signore
tue son le laude, la gloria e l' onore
e onne benedictione.
A te solu se confano,
e nulo omo è dignu te mentovare.
Laudatu sii, mi Signore, con tutte le tue creature
specialmente miser lu frate Sole

lu quali jorna, e allumini noi per lui;
et illu è bellu e radiante cun grande splendore,
de Te, Altissimu, porta significazione.
Laudatu sii, mi Signore, per sora luna e le stelle
In cielo le hai formate clarite e preziose e belle.
Laudatu sii, mi Signore, per frate ventu
e per aere, e nubilu, e serenu, e onne tempu,
per le quale a le tue creature dai sustentamentu.
Laudatu sii, mi Signore, per sor' aqua,
la quale é multu utile, e umile, e pretiosa e casta.
Laudatu sii, mi Signore, per frate focu,
per lo quale inallumini la nocte
et illu è bellu, et jucundo, et robustissimu e forte.
Laudatu sii, mi Signore, per sora nostra matre terra,
la quale ne sustenta e guverna,
e produce diversi fructi, e coloriti fiori, et erba.
Laudatu sii, mi Signore, per quilli che perdonan per lo (tu amore,
e susteneno infirmitate e tribulatione.
Beati quilli che le sustenerono in pace,
ca da Te, Altissimu, serano incoronati,
Laudatu sii, mi Signore, per sora nostra morte corpo- (rale
da la quale nulu omo vivente po' scampare.
Guai a quilli che morrano in le peccata mortali.
Beati quilli che si trovarano in le tue santissime volun- (tati,
ca la morte secunda non li poterà far mal.
Laudate et benedicite mio Signore, e regratiate,
e servite a Lui con grande umilitate.

(12)

In foco amor mi mise,
in foco amor mi mise,
in foco amor mi mise,

Il mio sposo novello
quando l' anel si mise
l' agnello amorosello,
poichè in prigion mi mise,
ferimmi d' un coltello.
tutto il cor mi divise, etc.
In foco amor mi mise, etc.

Divisemi lo core
e 'l corpo cadè in terra,
quel quadrello d'amore,
che balestra disserra,
percosse con ardore,
di pace fece guerra,
moromi del suo amore.
In foco amor mi mise, etc.

S' io moro innamorato,
non ve 'n maravigliate,
che 'l colpo mi fu dato.
da lancie smisurate
di ferro lungo e lato,
cento braccia, sappiate,
che m' ha tutto passato.
In foco amor mi mise, etc.

Poi si fer le lancie spesse,
che tutto m' agonizzaro,
allor presi un pavese,
e i colpi più spessaro,
chè niente mi difese,
tutto mi fracassaro,
con forza le stese.
In foco amor mi mise, etc.

Distesele sì forte,
che 'l edificio sconciò.
Ed io scampai da morte
come vi contarò.
Gridando molto forte
un trabocco rizzò,
che mi diè nuove sorte.
In foco amor mi mise, etc.

Le sorte, che mandava,
eran pietre piombate
che ciascuna gravava
mille libre pesate:
sì spesse le gittava,
non le arei numerate,
nulla mai mi fallava.
In foco amor mi mise, etc.

« Non ni » arebbe fallato,
sì ben tirar sapeva.
In terra era io sternato,
aitar non mi poteva.
Tutto era fracassato;
niente più mi sentiva
com' uom ch' era passato.
In foco amor mi mise, etc.

Passato non per morte,
ma di gioia adescato.
Poi rivissi sì forte
dentro del cor tornato,

che seguii quelle scorte
che m' aviano guidato
nella superna corte.
In foco amor mi mise, etc.

Poi che tornato fui,
a Cristo feci guerra,
tosto armato mi fui,
cavalcai in sua terra,
scontrandome con Lui.
Tostamente l' afferro,
mi vendico di Lui.
In foco amor mi mise, etc.

Poichè fui vindicato,
io feci con Lui pace,
perchè prima era stato
l' amor molto verace.
Di Cristo inamorato
or son fatto capace
di Cristo consolato.
In foco amor mi mise, etc.

(13) FRANCISCO.

Amor di caritate,
perchè m' hai sì ferito?
Lo cor tutto ho partito,
ed arde per amore.
Arde ed incende, nullo trova loco,
non può fuggir però chè è ligato,
si si consuma come cera al foco,
vivendo muor, languisce stemperato,
domanda di poter fuggire un poco,
ed in fornace trovasi locato.
Ohime! dò son menato?
A sì forte languire!
Vivendo sì morire,
tanto monta l' ardore!
Inanzi ch' io provassi, domandava
amor a Cristo, pensando dolzura,
in pace di dolcezza star pensava.
for d' ogni pena, e possedendo altura
provo tormento qual non cogitava;
che 'l core mi si fende per calura.
Non posso dar figura
di chi tengo sembianza,
ch' io moro in dolcetanza

e vivo senza core.
Agio perduto il core e senno tutto,
voglia, piacere e tutto sentimento;
ogni belleza mi par fango brutto,
delizie e richezze perdimento.
Un arbore d'amore con gran frutto.
in cor piantato, mi da pascimento.
Chi fe' tal mutamento
in mi senza dimora,
gettando tutto fora,
voglia, senso e vigore?
Per comperar l'amore tutto ho dato
lo mondo; e mi ho tutto barattato;
se tutto fosse mio quel ch'é creato,
darialo per amor senza ogni patto.
E trovomi d'amor tutto inganatto,
che tutto ho dato, e non so do' son tratto.
Per amor son disfatto,
pazzo si son creduto,
ma perch' io son venduto
di me non ho valore.
Credevami la gente revocare,
amici che son for di questa via,
ma chi è dato più non si può dare,
nè servo far chi fugga signoria.
Nanzi la pietra porriasi mollare,
che l'amor che mi tiene in sua balia:
tutta la voglia mia
d'amore si è infocata:
unita, trasformata,
chi le torrà l'amore?
Foco, nè ferro non la può partire:
non si divide cosa tanto unita;
pena, nè morte già non può salire
a quell'altezza, dove sta rapita.
Sotto si vede tutte cose gire,
ed ella sopra tutte sta aggrandita.
Alma com' sei salita
a posseder tal bene?
Cristo, da cui il ti viene,
abbraccial' con dolzore.
....
Risguarda, dolce amor, la pena mia,
tanto calor no posso sofferire,
l'amor mi ha preso, non so ov' io mi sia,
che faccia, o dica, non posso sentire;

come smarrito si vo per la via,
spesso strangoscio per forte languire.
Non so come soffrire
io possa tal tormento,
lo cual con passamento
da me fura lo core.
Cor m' é furato: no posso vedere
che debba fare, e che spesso mi faccia,
e chi mi vede, dice o vuol sapere,
se amor senz' atto a te, Cristo, piaccia.
Se nol ti piace, che poss' io valere?
Di tal misura la mente m' allaccia
l' amore, e si m' abraccia,
che tolmi lo parlare,
volere ed operare,
perdo tutto sentore.
Sapea parlare, ed or son fatto muto,
vedeva, é mo son cieco diventato.
Si grande abisso non fu mai veduto,
tacendo parlo, fuggo e son legato,
scendendo salga, tengo e son tenuto,
di fuor son dentro, caccio e son cacciato.
Oh amore smisurato!
Perchè mi fai impazzire,
ed in fornace morire
di si forte calore?

CRISTO.

Ordina questo amore tu che m' ami.
Non è virtù senz' ordine trovata
e poichè di trovar tanto me brami,
sia con virtù la mente rinnovata.
Ad amar me io voglio che tu chiami
la caritate, quale sia ordinata.
L' arbore si è provata
per l'ordine del frutto,
lo qual dimostra tutto
d' ogni cosa il valore.
Tutte le cose, che aggio create,
con numero son fatte e con misura,
ed al lor fine son tutte ordinate:
conservasi per ordin tal valura:
e molto più ancora caritate
e ordinata in la sua natura
Or come per calura,

anima, se' impazzita?
Fuor d' ordine se' uscita,
non te infrenò il fervore.

FRANCISCO.

Cristo, lo core tu mi hai furato
e dice, che ad amare ordin' la mente!
Come dappoi che sono in te mutato
pommi nulla restar di conveniente?
Si come ferro che tutto è infocato,
ed aere che dal sol fatto è lucente,
di lor forma perdenti
son per altra figura,
così la mente pura
di Te vestita è amore.

.....

Tu dall' amore non ti difendesti,
di cielo in terra ello ti fe' venire:
amore, a tal bassezza discendesti?
Com' uon dispetto per lo mondo gire,
nè casa, nè terra non volesti.
Tal povertade per nui arricchire
in vita ed in morire,
mostrati per certanza
amor di smisuranza,
che ardeva in lo tuo core!

.....

Con sapienza non ti contenesti
che lo tuo amore spesso non versassi.
D' amore, non di carne, tu nascesti
si che umanato amore ne salvassi:
per abbracciarne in croce si corresti:
io credo che però tu non parlassi,
ne te, amor, scusassi
davanti a Pilato
per compir tal mercato
in croce dell' amore.
Là veggo che sapienza si celava,
e solo amore si poteva vedere
e la potenza già non si mostrava
che egli era sua virtute in dispiacere.
Grande era quell' amor, che si versava,
altro che amore non potendo avere
nel viso e nel volere;
amor sempre legando,

et in croce abbracciando
l'uomo con tanto amore.
Dunque, Gesù, s' io son innamorato
inebriato per sì gran dolcezza,
chè mi riprendi? s' io vo impazzato
et in me perdo senno e ogni fortezza?
Poichè l'amore t' ha così legato
quasi privato d' ogni tua grandezza,
come saria fortezza
in me di contradire?
Ch' io non voglia impazzire
per abbracciar te, Amore?
.....

(14) Chavin de Malán.

(15) San Bernardo, *in Cant. Serm. 79.*

(16) He aquí un trozo del canto á que me refiero, dedicado á celebrar la entrada de Enrique VI, emperador de Germania y rey de Sicilia, en Ascoli:

In laude de Augusto Sennor Enrico sexto, Rege de Romani, figlio de Domene... Friderico Imperatore, qui sta in ista civitate de Esculo con multo suo placere et con multa gloria et triumpho de Civitate.

Tu es illo valente Imperatore
qui porte ad Esculan gloria et triumpho.
Renove tu, sennor illu splendore
qui come tanti sole...
Multi Rege in ista a nui venenti
civitate... prima de Piceno... etc.

(Lancetti, *Memorie intorno ai Poeti laureati.*)

(17) *Erat in Marchia Anconitana secularis quidam sui oblitus et Dei nescius, qui se totum prostituerat vanitati. Vocabatur nomem ejus Rex Versuum, eo quod princeps foret lasciva cantantium et inventor secularium cantionum* »... (Cf. Wadding., *ad. ann.* 1212 *et* 1225.)

(18) Villemain, *Tableau du moyen âge.*

(19) El ser tan conocida la secuencia *Dies iræ* me persuade á no trasladarla aquí.

(20) Dice Fr. Pánfilo de Magliano en su *Storia di San Francesco:* « En la Laurenciana de Florencia existe un misal fran-

ciscano manuscrito que ciertamente es del siglo décimotercio, porque falta en él la fiesta y misa de Santa María *ad Nives*, mandada celebrar á toda la Orden en el capítulo general de Génova, en 1302. En dicho Misal no está señalada secuencia para ninguna misa; pero al final, y á guisa de apéndice, se encuentran las secuencias *Victimæ Paschalis* y *Dies iræ*. Al 2 de noviembre no marca la Commemoración de todos los difuntos; pero en la última parte del Misal hay varias misas de muertos, de las cuales una tiene la rúbrica: *Missa pro anima de cujus salute dubitatur*. En ella está el *Dies iræ* tal cual se recita en la actualidad, con sólo las leves variantes: *Tuba mirum* SPARGET *sonum; Judex ergo cum* CENSEBIT; QUIA *sum causa tuæ viæ; culpa* JUBET *vultus meus; Sed tu* BONAS *fac benigne:* » y el último verso es: « *Dona* EI *requiem. . Amen*» Confírmase con esto lo que notó Sbaraglia, de ser vanos los argumentos aducidos para probar que dicha secuencia de difuntos no fuese usada en los siglos XIII, XIV y XV; á lo sumo concederemos que no era de uso general, pero ello es que existía, y *ad libitum* la usaban algunos, hasta que universalmente la adoptó la Iglesia, como sucedió con la secuencia *Stabat Mater dolorosa* del beato Jacopone, y con otras secuencias é himnos. Y el hallarse la secuencia *Dies iræ* en el citado misal franciscano del siglo XIII, y el haberse atribuído constantemente en el XIV no á otro sino á Tomás de Celano, debiera persuadir á los escritores de los siglos XV y siguientes á buscar mejores argumentos para probar que no fuése él, sino otro el autor. » Sin fundamento adjudican algunos al papa Inocencio III el *Dies iræ;* y el Sr. Menéndez Pelayo, en el ya citado discurso de recepción en la Academia, deja iguales á Inocencio y á Celano, y á alguien más, diciendo: anónimas son, hasta la fecha, la mayor oda y la mayor elegía del cristianismo: el *Dies iræ* y el *Stabat Mater;* y ni en uno ni en otro creemos escuchar la voz aislada de un poeta, por grande que él sea, sino que en los versos bárbaros del primero viven y palpitan todos los terrores de la Edad media, agitada por las visiones del milenario, y en el segundo todas las dulzuras y regalos que pudo inspirar, no á un hombre, no á una generación, sino á edades enteras, la devoción de la Madre del Verbo. » Sobre que esto está muy bien dicho, es acertadísima la observación referente á la impersonalidad que distingue á la poesía cuando acierta á contener el espíritu de una época; pero la poesía más impersonal tiene poetas ó poeta, y no atino por qué el *Dies iræ* no ha de ser de Tomás de Celano, literato y sabio que dejó el siglo embargado quizás del terror que tan soberanamente expresa en su oda. El erudito alemán que estudió los himnos eclesiásticos de la Edad media atribuye también

á Tomás de Celano el *Dies iræ*, pero advirtiendo que los seis versos últimos (desde *Lacrymosa dies illa*) son tomados de un responsorio más antiguo (Möne, *Hymni latini medii ævi e codd. mss. edidit et adnotationibus illustravit.*)

(21) *Si autem quæris quomodo hæc fiant, interroga gratiam, non doctrinam; desiderium, non itellectum; gemitum orationis, non studium lectionis; sponsum, non magistrum; Deum, non hominem.* (*Itinerarium mentis in Deum.*)

(22) *Idem enim piissimus cultor gloriosæ Virginis Matris Jesu instituit ut fratres populum hortarentur ad salutandam eamdem, signo campanæ quod post Completorium datur, quod creditum sit eamdem ea hora ab angelo salutatam.* » (*Acta canonizationis S. Bonaventuræ.*)

(23) El poema en que se hallan estas estrofas fué traducido al francés por el gran dramático Corneille, y algunos críticos no lo admiten por obra de san Buenaventura. Suyos son el Oficio de Pasión, *Recordare sancta Crucis, Jesu salutis hostia*, el cántico *Salve Virgo virginum, Stella matutina*: los cármenes leoninos, *Laus honor, o Christe;* y otra composición mixta de prosa y verso, titulada *Corona B. Mariæ Virginis.* Cuéntase que Urbano IV encomendó á la vez á santo Tomás y san Buenaventura la composición del oficio del *Corpus Domini*, y que habiendo san Buenaventura leído lo escrito por santo Tomás, rasgó su propia obra.

(24) F. de Sanctis (*Storia della letteratura italiana;* Nápoles, 1873.)

(25) *Andiam tutti a vedere*
Gesù quando dormia:
la terra, l'aria, il cielo
fiorir, rider facia;
tanta dolcezza e grazia
dalla sua faccia uscia.

(26) *Di, Maria dolce, con quanto disio*
miravi il tuo figliuol Cristo mio Dio.
Quando tu il patoristi senza pena
la prima cosa, credo, che facesti,
si l'adorasti, o di grazia piena,
poi sopra in fien nel presepio il ponesti.
con pochi e pover panni l'involgesti,
maravigliando o godendo, cred' io,
O quanto gaudio avevi e quanto bene

quando tu lo tenevi fra le braccia!
Dillo, Maria, che forse si conviene
che un poco per pietà mi satisfaccia.
Baciavil tu allora nella faccia,
se ben credo, e dicevi : ó figliuol mio!
Quando figliuol, quando padre e signore,
quando Dio, e quando Gesù lo chiamavi;
o quanto dolce amor sentivi al core
quando in grembo il tenevi ed'allattavi
Quati dolci atti é d'amore soavi
vedevi essendo col tuo figliuol pio!

Quando un poco talora il dì dormiva,
e tu destar volendo il paradiso
pian piano andavi, che non ti sentiva
e la tua bocca ponevi al suo viso,
e poi dicevi con materno riso:
non dormir più che ti sarebbe rio.»
.....

(27) *Ricevi, ó donna, nel tuo grembo bello*
le mie lacrime amare:
tu sai che ti son prossimo e fratello,
e tu no 'l poi negare.
.....

(28) *Non trovo loco dove mi nasconda,*
monte nè piano, nè grotta ó foresta:
chè la veduta di Dio mi circonda
é in ogni loco paura mi desta
.....
Allor vedrai del Ciel tromba sonare,
e tutti morti vedrai suscitare,
avanti al Tribunal di Cristo andare,
e il foco ardente per l' aria volare
con gran velocitate.»
.....

(29) *O Signor, per cortesia*
mandami la malsania;
a me la febre quartana,
la continua e la terzana,
e me venga mal di dente,
mal di capo e mal di ventre.
.....

(30) *Dolce amor di povertade,*
quanto ti deggiamo amare!
Povertade poverella
umiltade è tua sorella:
ben ti basta una scodella
et al bere et al mangiare.
Povertade questo vole
pan e acqua e erbe sole,
se le vien alcun di fore,
se vi aggiunge un po' di sale.
Povertà vatte alla porta
e non ha sacca, nè borsa,
nulla cosa seco porta
se non quanto ha da mangiare.
....
Povertade in pace,
nullo testamento face:
nè parenti, nè cognate
non si senton ligitare.
....
Povertade, che va trista,
che desidera ricchezza,
sempre mai ne vive afflitta,
non si può mai consolare.
.....
Povertade va leggera;
vive allegra e non altera;
è per tutto forastera;
nulla cosa vuol portare.
.....
Povertà; gran monarchia,
tutto 'l mondo hai 'n tua balia.
Quant' hai alta signoria
d' ogni cosa ch' hai sprezzata!
Povertà, alto sapere,
disprezzando possedere,
quanto avvilia il suo volere
tanto sale in libertade.
Al ver povero professo
l' alto regno vien promesso.
Questo dice Cristo istesso,
che già mai non può fallare.
.....
Povertade è nulla avere,
nulla cosa possedere;
se medesmo vil tenere
e con Cristo poi regnare.

(31) Por las mismas razones que el *Dies iræ*, se omite insertar aquí el *Stabat Mater dolorosa*, que nadie desconoce.

(32) En las dos ediciones de las poesías de Jacopone hechas en Venecia en los años de 1515 y 1556, se hallan ambos *Stabat*. No acertaba, pues, Ozanam al creer inédito (aunque sí poco conocido) el *Stabat* del pesebre. Las frases que emplea Ozanam para hablar de los dos *Stabat* son las mismas de Chavin de Malán, de quien Ozanam tomó párrafos enteros, sin poner ni quitar una letra.

(33) He aquí el *Stabat* del pesebre, que como tan nuevo para el público en general, merece incluirse íntegro:

Stabat Mater speciosa
juxta fœnum gaudiosa
dum jacebat parvulus.
Cujus animam gaudentem,
lætabundam et ferventem
pertransivit jubilus.
O quam læta e beata
fuit illa immaculata
Mater Unigeniti!
Quæ gaudebat et ridebat,
exultabat, cum videbat
nati partum inclyti.
Ecquis est qui non gauderet
Christi matrem si videret
in tanto solatio?
Quis non posset collætari,
Christi Matrem contemplari
ludentem cum filio?
Pro peccatis suæ gentis
Christum vidit cum jumentis
et algori subditum.
Vidit suum dulcem natum
vagientem, adoratum
vili diversorio.
Nato Christo in præsepe,
cœli cives canunt læte
cum immenso gaudio.
Stabat senex cum puella
non cum verbo, nec loquela,
stupescentes cordibus.
Ela, Mater, fons amoris,

me sentire vim ardoris,
fac ut tecum sentiam!
Fac ut ardeat cor meum
in amando Christum Deum,
ut sibi complaceam.
Sancta Mater, istud agas;
prone introducas plagas
cordi fixas valide.
Tui nati cœlo lapsi,
jam dignati fœno nasci
pœnas mecum divide.
Fac me vere congaudere,
Jesulino cohærere,
donec ego vixero.
In me sistat ardor tui,
puerino fac me frui,
dum sum in exilio.
Hunc ardorem fac communem
ne facias me immunem
ab hoc desiderio.
Virgo virginum præclara,
mihi jam non sis amara;
fac me parvum rapere.
Fac ut portem pulchrum fantem,
qui nascendo vicit mortem,
volens vitam tradere.
Fac me tecum satiari,
nato tuo inebriari
stans inter tripudia.
Inflammatus et accens
obstupescit omnis sensus
tali de commercio.
Fac me nato custodiri
verbo Dei præmuniri,
conservari gratia.
Quando corpus morietur,
fac ut animæ donetur
tui nati visio.

Hay todavía dos tercetos más, que no se tienen por obra de Jacopone, sino añadidos posteriormente.

Omnes stabulum amantes
et pastores vigilantes
pernoctantes sociant.
Per virtutem nati tui,

fac, ut electi sui
ad patriam veniant.

Amen.

(33) Ya queda citado un trozo del *Discurso* del señor Menéndez Pelayo, donde niega á Tomás de Celano la propiedad del *Dies iræ* y á Jacopone la del *Stabat Mater dolorosa*. La razón en que en otro lugar funda esta última negación es la siguiente : — « El beato Jacopone de Todi... no compuso el *Stabat*, digase lo que se quiera, porque nadie se parodia á sí mismo. » Suponiendo que esta frase se referirá al *Stabat* del pesebre, hallo : 1.° Que el *Stabat* del pesebre no es parodia; á lo sumo parece imitación inferior al modelo, aún cuando Ozanam lo considera digna pareja del de la Cruz. 2.° Que este hecho de copiarse y y repetirse un autor á sí mismo, con más ó menos éxito, es frecuente en el arte de la Edad media, y no desusado en el de época alguna. 3.° Que dado y no concedido que el *Stabat* del pesebre sea parodia, todavía no hay causa para atribuir la parodia á Jacopone y quitarle la propiedad de la cosa parodiada : porque, bien mirado, si Jacopone no pudo ser autor de ambos *Stabat*, el mismo derecho hay para negarle uno que otro : y aun será justo — supuestas sus grandes facultades y rica vena poética — atribuirle el más bello. Como suyos corrieron los dos : como suyos figuran en el códice manuscrito de la Biblioteca de París señalado con el número 7783 y citado por Ozanam, donde se halla el *Stabat Mater dolorosa* al folio 111, el *Stabat Mater speciosa* al 109; hallánse también en las dos ediciones de Venecia del siglo XVI. No obstante es tan profundo el respeto que me inspira la vasta ciencia, talento extraordinario y erudición incomparable de mi caro amigo el Sr. Menéndez Pelayo, que aun cuando en su Discurso no aduce datos justificados de la tala de poetas franciscanos que despiadamente realiza, su opinión sola hace fuerza; y es además tan extraño caso el de que el joven é ilustre autor de los *Heterodoxos españoles* aventure aserciones, y aserciones contrarias á la opinión admitida, sin apoyarlas siquiera en dos docenas de citas y en pruebas y testimonios inéditos descubiertos por su celosa diligencia, que llego á pensar que también respecto de este asunto ha de guardar documentos importantes y novísimos el precioso archivo de su memoria, por más que en el Discurso los haya omitido, por no hacer enfadosa la lectura pública. De suerte que en las observaciones que dejo expuestas entra aún más anhelo de recibir luz, — y nadie como el Sr. Menéndez Pelayo puede derramarla en tales oscuridades, — que deseo de

mantener las glorias de un poeta favorito. Cumple que lo declare, porque no quisiera que nadie me supusiese conatos polémicos tan ajenos á mi voluntad como inaccesibles á mis fuerzas.

(35) *Piange la Eclesia, piange é dulora*
sente tortura de pessimo stato.
O nobilissima mamma, che piangi?
Mostri che senti dolor molto magni:
narrame 'l modo perchè tanto lagni
che si duro pianto fai smisurato.
Figlio, io si piango, che m'aggio anoito.
veggiomi morto padre e marito:
figli, fratelli e nepoti ho smarrito:
ogni mio amico è preso e legato.

(36) Röhrbacher (*Histoire de l'Église.*)

(37) Su epitafio dice así: « Ossa B. *Jacoponi de Benedictis, Tudertini, Fr. Ordinis Minorum, qui stultus propter Christum nova mundum arte delusit et cœlum rapuit.* En la catedral de Prato, en Toscana, se ha descubierto un fresco antiguo que representa á Jacopone de tamaño natural, con hábito franciscano gris, la cabeza cercada de una aureola de dorados rayos; al pie dice: *Beato Jacopo da Todi.* Ante el pecho sostiene con la siniestra y señala con la diestra un libro, en que se lee:

Ke farai frate Jacopone
hor se' giunto al paraone. »

La pintura es de la escuela de Giotto y se cree del año 1400. El fresco se ha trasladado á tela, y se enseña en la sala capitular, contigua á la catedral » y — dice el autor de donde tomo estas noticias: — « Es maravilla verla en tan buen estado y tan concorde con la idea que tenemos de Jacopone, austero y exhalando de sus ojos fuego de amor divino. » La edición *princeps* de las obras de Jacopone es de Florencia, 1490: Wadingo cita otras varias que siguieron. La Academia de la Crusca las declaró *testo di lingua.*

(38) Hégel, *Poética*, t. I.

(29) No es seguro que las *Florecillas* sean obra de fray Juan Marignolli, escritor fecundo, autor de diversos libros que en 1354 ocupó la silla episcopal de Bisignano.

(40) Ozanam. Nunca podrá tocarse este asunto de la poesía franciscana sin citar al ilustre escritor que lo trató en un libro definitivo.

(41) Fué ayer, y sin embargo, ¡cuánto camino anduvo la crítica desde que un tan ilustre y sagaz erudito como Villemain, podía decir en pública cátedra que «nada anuncia ni precede al Dante,» y negar, en otra ocasión, que el Dante debiese inspiraciones á la poesía frailesca! Con todo, ya no faltó entonces quien, más avisado, advirtiese á Villemain que en algo Dante procedía de Jacopone; en lo cual él no quiso convenir, y aun se escandalizó del supuesto.

(42) En su tantas veces mencionado *Discurso*, el Sr. Menéndez Pelayo ha considerado al B. Raimundo como poeta místico, por una obra escrita en prosa, aunque poética en la sustancia: el *Cántico del Amigo y del Amado*, que forma parte del libro V de su novela *Blanquerna*.

(43) Fr. Ambrosio de Montesinos, franciscano, fué ilustre predicador de los Reyes Católicos y obispo de Cerdeña. Escribió en lengua vulgar: *Epístolas y Evangelios para todo el año con sus doctrinas y sermones: 1512. — Cancionero de diversas obras de nuevo trovadas: 1508. — Sermones varios:* publicados en Medina, 1586. — Tradujo al castellano por orden de la reina Isabel la *Vita Christi* de Cartujano, impresa en Alcalá, 1502. — La *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra, en el tomo que lleva por título *Romancero y Cancionero Sagrados*, publicó el *Cancionero de diversas obras de nuevo trovadas*.

LA DIVINA COMMEDIA

DI DANTE ALIGHIERI.

PARADISO. — CANTO DECIMOPRIMO.

Dalle parole dette da san Tommaso sorgono dubbj nell' animo di Dante; ed il Santo, prendendo a dichiarargli il primo, tratteggia divinamente la vita di san Francesco.

O insensata cura de' mortali,
Quanto son difettivi sillogismi
Quei che ti fanno in basso batter l' ali!

Chi dietra a jura, e chi ad aforismi
Sen giva, e chi seguendo sacerdozio,
E chi regnar per forza o per sofismi,

E chi rubare, e chi civil negozio,
Chi, nel diletto della carne involto,
S' affaticava, e chi si dava all' ozio;

Quando, da tutte queste cose sciolto
Con Beatrice m' era suso in cielo
Cotanto gloriosamente accolto.

Poi che ciascuno fu tornato ne lo
Punto del cerchio in che avanti s' era,
Fermo sì come a candelier candelo.

Ed io sentì dentro a quella lumiera,
Che pria m' avea parlato, sorridendo,
Incominciar, facendosi più mera :

Così com' io del suo raggio m' accendo,
Sì, riguardando nella luce eterna,
Li tuo' pensieri, onde cagioni, apprendo.

Tu dubbi, ed hai voler che si ricerna
In sì aperta e sì distesa lingua
Lo dicer mio, ch' al tuo sentir si sterna,

Ove dinanzi dissi : U' ben s' impingua,
E là u' dissi : Non surse il secondo,
E quì è uopo che ben si distingua.

La provvidenza, che governa 'l mondo
Con quel consiglio, nel quale ogni aspetto
Creato è vinto pria che vada al fondo,

Perocchè andasse vêr lo suo diletto
La sposa di Colui, ch' ad alte grida
Disposò lei col sangue benedetto,

In sè sicura e anche a lui più fida,
Duo Principi ordinò in suo favore,
Che quinci e quindi le fosser per guida.

L' un fu tutto serafico in ardore,
L' altro per sapïenza in terra fue
Di cherubica luce uno splendore.

Dell' un dirò, perocchè d' ambedue
Si dice, l' un pregiando, qual ch' uomo prende,
Perchè ad un fine fur l'opere sue.

Intra Tupino, e l'acqua che discende
Del colle eletto dal beato Ubaldo,
Fertile costa d' alto monte pende,

Onde Perugia sente freddo e caldo
Da porta Sole, e dirietro le piange
Per greve giogo Nocera con Gualdo.

Di quella costa, là dov' ella frange
Più sua rattezza, nacque al mondo un sole,
Come questo tal volta di Gange.

Però chi d' esso loco fa parole
Non dica Ascesi, chè direbbe corto,
Ma oriente, se proprio dir vuole.

Non era ancor molto lontan dall' orto,
Ch' e' cominciò a far sentir la terra
Della sua gran virtute alcun conforto;

Chè per tal donna giovinetto in guerra
Del padre corse, a cui, com' alla morte,
La porta del piacer nessun disserra;

E dinanzi alla sua spiritual corte,
Et coram patre *le si fece unito,*
Poscia di dì in dì l' amò più forte.

Questa, privata del primo marito,
Mille e cent' anni e più dispetta e scura
Fino a costui si stette senza invito;

Nè valse udir che la trovò sicura
Con Amiclate, al suon della sua voce,
Colui ch' a tutto 'l mondo fe' paura;

Nè valse esser costante, nè feroce,
Sì che, dove Maria rimase giuso,
Ella con Cristo salse in sulla croce.

Ma perch' io non proceda troppo chiuso,
Francesco e Povertà per questi amanti
Prendi oramai nel mio parlar diffuso.

La lor concordia e i lor lieti sembianti,
Amore e maravilla e dolce sguardo
Facean esser cagion de' pensier santi;

Tanto che il venerabile Bernardo
Si scalzò prima, e dietro a tanta pace
Corse, e correndo gli parv' esser tardo.

O ignota ricchezza, o ben verace!
Scalzasi Egidio e scalzasi Silvestro
Dietro allo sposo; sì la sposa piace.

Indi sen va quel padre e quel maestro
Con la sua donna, e con quella famiglia
Che già legava l' umile capestro;

Nè gli gravò viltà di cuor le ciglia,
Per esser fi' di Pietro Bernardone,
Nè per parer dispetto a maraviglia.

Ma regalmente sua dura intenzione
Ad Innocenzio aperse, e da lui ebbe
Primo sigillo a sua religione.

Poi che la gente poverella crebbe
Dietro a costui, la cui mirabil vita
Meglio in gloria del ciel si canterebbe,

Di seconda corona redimita
Tu per Onorio dall' eterno spiro
La santa voglia d' esto archimandrita:

E poi che, per la sete del martiro,
Nella presenza del soldan superba
PredicCristo e gli altri che il seguiro;

E per trovare a conversione acerba
Troppo la gente, e per non stare indarno,
Reddissi al frutto dell' italica erba;

Nel crudo sasso, intra Tevere ed Arno,
Da Cristo prese l' ultimo sigillo,
Che le sue membra du' anni portarno.

Quando a colui ch' a tanto ben sortillo,
Piacque di trarlo suso alla mercede,
Ch' egli acquistò nel suo farsi pusillo;

Ai frati suoi, sì com' a giust' erede
Raccomandò la sua donna più cara,
E comandò che l' amassero a fede;

E del suo grembo l' anima preclara
Muover si volle, tornando al suo regno,
Ed al suo corpo non volle altra bara.

Pensa oramai qual fu colui, che degno
Collega fu a mantener la barca
Di Pietro in alto mar per dritto segno!

E questi fu il nostro patriarca,
Perchè qual segue lui, com' ei comanda,
Discerner puoi che buona merce carca.

Ma il suo peculio di nuova vivanda
È fatto ghiotto sì, ch' esser non puote
Che per diversi salti non si spanda;

E quanto le sue pecore rimote
E vagabonde più da esso vanno,
Più tornano all' ovil di latte vote.

Ben son di quelle che temono 'l danno,
E stringonsi al pastor; ma sì son poche,
Chè le cappe fornisce poco panno.

Or, se le mie parole non son fioche,
Se la tua audïenza é stata attenta,
Se ciò che ho detto alla mente rivoche, 135

In parte fia la tua voglia contenta,
Perchè vedrai la pianta onde si scheggia,
E vedrà il Correggier che s' argomenta

U' ben s' impingua, se non si vaneggia.

LA DIVINA COMEDIA

DE DANTE ALIGHIERI.

PARAÍSO. — CANTO UNDÉCIMO.

Algunas expresiones que usa santo Tomás en el precedente razonamiento, dan ocasión á dudas en el ánimo del Poeta; y el Santo, que ve lo que en su interior pasa, para desvanecércelas, le habla de las dos grandes columnas que puso Dios á su zozobrante Iglesia en Francisco y en Domingo, refiriéndole con ternísimo afecto la angelical vida del primero.

¡Oh insensatos afanes de los mortales! ¡Qué débiles son las razones que os inducen á no levantar vuestro vuelo de la tierra! Quién se encaminaba tras el derecho, quién tras los aforismos; quién pretendía medrar con el sacerdocio, quién reinar por la fuerza ó por el sofisma, ó robando, ó administrando los intereses civiles, mientras otros se enervaban encenagados en el amor de la carne, ó consumidos en la ociosidad; al paso que yo, libre de todos

estos cuidados, me remontaba con Beatriz al cielo, donde tan gloriosamente se me acogía.

Así que cada cual se volvió al punto de la esfera en que antes estaba, quedó allí inmóvil como una vela en su candelero; y dentro de aquella luz que había acabado de hablarme, oí una voz que empezó á decir sonriendo y cada vez más brillante: «Así como yo me abraso en los rayos de la luz eterna con sólo contemplarla, descubro la causa de que nacen tus pensamientos. Tú estás dudando, y deseas que te explique con palabras tan clara y comprensibles, que estén al alcance de tu inteligencia, aquellas que antes dije del *camino en que se halla nutritivo pasto*, y las otras de que *no tuvo segundo*; y en cuanto á éstas, menester es distinguir bien de personas (1).

»La Providencia, que gobierna el mundo con aquella sabiduría en que se pierde toda vista humana antes de penetrar en sus profundos designios, para que llegase hasta su amado la esposa (2) de Aquel que exhalando un alto grito se desposó con ella vertiendo su bendita sangre, y para que se le uniese más confiada en sí y más constante respecto á él, eligió por auxiliares dos campeones que le sirviesen de guías: uno por su ferviente caridad fué un serafín (3); el otro por su sabiduría fué en la tierra un destello de la luz de los querubines (4). Hablaré del uno, porque á los dos se alaba, cualquiera de ambos que sea objeto de alabanza, dado que sus obras se encaminaron á un mismo fin.

»Entre el Tupino y la corriente que desciende de la colina que eligió por albergue el bienaventurado Ubaldo, pende una fértil ladera de aquella alta montaña, de donde recibe Perusa por medio de la puerta del Sol (5) el calor y el frío, mientras por detrás de la montaña gimen bajo pesado yugo Nocera y Gualdo. En aquella

ladera, y donde la pendiente es menos rápida, nació para el mundo un sol, como éste en que nos hallamos, que en cierto tiempo parece salir del Ganges. Por eso, los que quieran hablar de aquel lugar no deben llamarle Asís, que nada significa, sino Oriente, si tratan de darle su propio nombre. No estaba aún muy lejano este astro de su cuna, cuando empezó á hacer sentir á la tierra los efectos de su gran virtud, pues en tan tierna edad tuvo contiendas con su padre por amar ya á la beldad (6), á quien, como á la muerte, nadie ve entrar placentero por sus puertas; y ante su juez espiritual (7), y *coram patre*, se unió á ella: y cada día la amó más ardientemente (8). Viuda ella de su primer marido (9), hacia más de mil y cien años, menospreciada y oscurecida, permaneció, hasta que llegó él, sin que nadie la solicitase. De nada sirvió se dijese de ella que el que puso espanto en todo el mundo la halló tranquila en la cabaña de Amiclas cuando solicitaba á voces el auxilio de éste (10). Ni sirvió tampoco que mientras María estaba al pie de la Cruz, ella subiese con Cristo constante y animosa hasta su altura. Mas para no parecer por demás oscuro, diré que Francisco y la pobreza son los amantes á quienes seguiré aludiendo en mi difusa plática. Su íntima unión, sus regocijados semblantes, su amor, la admiración que producían y sus dulces miradas, imprimían santos pensamientos en los demás; tanto, que el venerable Bernado (11) fué el primero que se descalzó para correr tras tanta aventura, y corriendo y todo creía andar con tardío paso. ¡Oh desconocida riqueza! ¡oh verdadero bien! Descalzáronse en seguida Gil y Silvestre (12), y fueron en pos del esposo, que tanto la esposa los enamoraba: y desde entonces vivió aquel padre y maestro con su señora, y con la familia que ceñía ya el cordón humilde. Y no por ba-

jeza de alma llevaba inclinada la frente, aun siendo hijo de Pedro Bernardone y pareciendo en extremo despreciable, pues con la más noble llaneza presentó su austera regla al pontífice Inocencio, y obtuvo de él la primera aprobación de su Orden. Aumentóse el pobre rebaño de aquel pastor, cuya admirable vida se cantaría mejor en la gloria celestial, y el Eterno Espíritu coronó segunda vez por medio del papa Honorio el santo propósito de este archifundalor. Y luego que ansioso de conquistar la palma del martirio, predicó en presencia del soberbio Soldán la doctrina de Cristo y de sus apóstoles, hallando sobrado rebeldes á su conversión aquellas gentes, y no pudiendo subsistir ocioso, regresó á recoger en Italia el fruto de su cosecha. En un duro peñasco, entre el Tíber y el Arno, recibió de Cristo el postrer estigma (13) que llevaron sus miembros por espacio de dos años; y cuando plugo al que para tanto bien le había elegido, elevarle al premio de que se había hecho digno, haciéndose tan humilde, recomendó á sus hermanos, como á sus legítimos herederos, su más querida prenda, encargándoles que fuesen fieles á su amor; y á poco se desprendió del mortal seno su ilustre alma, para volver á su reino, sin querer para su corpo otro féretro que su mísera mortaja.

»Considera ahora quién sería el compañero digno de regir la barca de Pedro en alta mar con seguro rumbo. Fué nuestro patriarca (14); y desde luego comprenderás que el que le sigue, observando lo que él manda, llevará buena mercancía. Pero su rebaño se ha hecho tan codicioso de nuevos pastos; que no puede menos de diseminarse por varios puntos; y cuanto más se apartan de él sus ovejas vagabundas, más exhaustas de leche vuelven á su redil. Algunas hay que, temerosas

del riesgo, se acogen á su pastor, pero en tan corto número que con poco paño tienen de sobra para abrigarse. Ahora bien: si mis palabras no son ininteligibles, si tu atención ha sido constante, y retienes bien en tu mente cuanto he dicho, debe estar satisfecho en parte tu deseo, porque verás de qué planta he sacado jugo, y entenderás la advertencia que te dirigia al decir que *se halla nutritivo pasto, si ne se extravía uno en vanidades.*

NOTAS.

(1) La segunda duda se resuelve en el canto XIII.

(2) La Iglesia y su amado Jesucristo, como ya se ha dicho.

(3) San Francisco, cuya patria Asís se describe á continuación.

(4) Santo Domingo.

(5) Nombre de una puerta de Perusa. Pinta aquí el poeta a situación topográfica de la ciudad de Asís.

(6) La virtud de la pobreza.

(7) El obispo de Asís, ante quien renunció á todos los bienes mundanos.

(8) *Coram patre*, en presencia de su padre.

(9) Jesucristo. Entiéndase esta metáfora en sentido muy lato y puramente alusivo á la muerte del Salvador, quien espiró en la cruz abrazado con la pobreza. En ningún tiempo ha dejado de suscitar el Señor en su Iglesia almas enamoradas de pobreza evangélica; pero al poeta se le permite tomar la perfección extraordinaria de lo visible y aparente por única y propia de san Francisco de Asís.

(10) Amiclas, pobre pescador, á cuya cabaña llegó César una noche, para pedirle que le trasladase en su barca desde Durazo á Italia.

(11) Bernardo de Quintaval fué el primero que siguió á san Francisco.

(12) Otros dos compañeros del mismo santo.

(13) No necesitamos justificar el empleo que aquí hacemos de esta voz, por más que se use en sentido de imprimir afrenta. En el de marca de esclavitud, bien pueden tomarse en este caso las llagas á que alude el texto.

(14) Santo Domingo, de cuyo orden era santo Tomás. Pero el decir *nuestro patriarca* ¿confirmará la aseveración de que Dante vistió hábito religioso?

OFICIO PARVO

DE SAN FRANCISCO.

Por ser este bellísimo Oficio tan desconocido que ni aun en los BREVIARIOS SERÁFICOS *se incluye, lo trasladamos aquí.*

AD MATUTINUM.

Invitat. — Jesum Christum mortem passum venite adoremus. Et Franciscum huic compassum devote collaudemus. — Venite exultemus.

HYMNUS.

Jesu, puer dulcissime,
O amans amantissime,
Qui natus in præsepio,
Mundum replesti gaudio.
Franciscus post te clamitat
Bethleem puer ingeminat
Liquore mellis dulcius
Sonat Mariæ filius.
A quorum pari stabulo
Carnis in hoc ergastulo,
Tam santum mater filium
Parit de spinis filium.
Gloria tibi, Domine, etc. Amen.

Antiphona. — Quasi stelia matutina, quam de-

cora lux divina perfusus novo lumine, mundi, carnis et serpentis, pro salute nostræ gentis, victor superno numine.

Psalm. — Misericordias Domini in æternum cantabo, etc.

℣ Iste puer magnus coram Domino,
℟ Nam et manus ejus cum ipso est. Pater noster.

Absolutio. — Precibus et meritis B. Francisci, et omnium sanctorum perducat nos Dominus ad regna cœlorum. Amen.

Jube domine benedicere.

Francisci sacra lectio hæc nostra sit profectio.

Lectio I. — Sancte Francisce pater dulcissime, nostræ militiæ ductor fidelissime, ora pro nobis Mariæ Filium, ut per te det nobis refrigerium, qui te nobis misit in sœculum. Tu autem, Domine, miserere nostri.

℟ Candida sidereum speculantur corda tonantem; indicium candor virginitatis habet. — ℣ Dum tua seraphico signantur, lumine membra. — Indicium.

Lectio II. — Sol oriens mundo in tenebris, amator castitatis, perfectus evangelicæ relator paupertatis, purus angelicæ obedientiæ sectator, qui gregis es seraphici dux, Pastor, Christo gratus, Minorum splendor gloriæ, cum seraphim beatus, ora pro nobis æterni Filium Patris, ut nos ducat ad gaudia supernæ civitatis.

℟ Inclyta Seraphici resonent miracula patris; cujus in extincto corpore frondet amor. — ℣ Clarus Evangelicæ semper novitatis amator. — Cujus.

Lectio. III. — O martyr desiderio seraphici ardoris, Francisce, cultor gloriæ angelici deco-

ris, in passione Domini aquas rigans mœroris, cum Christo passo gladio confixus es doloris; conversus cor in speciem tu cerei liquoris, impressam fers imaginem sic nostri redemptoris.

℟. Sanguine adhuc tepido (quis credere posset?) Odore nectaris etherei stigmata quinque virent. — ℣. Santaque sacrati pia vulnera corporis undas, gurgite adhur vivo sanguinis eliciunt. — Odore. — *Te Deum laudamos*, etc.

AD LAUDES.

Ant. — Hoc tibi seraphico signavit lumine corpus; tempore que doluit Jesus amantis amans.

Psalm.—Deus Deus meus, ad te de luce vigilo.

Capit.—Quasi terebinthus extendi ramos meos, et quasi vitis fructificavi flores odoris et honestatis.

HYMNUS.

Aurea cœli sidera micant,
Lucifer alto lumine fulget,
Aëris atræ fugite nubes,
Falsaque mundi gaudia cessent.
Ferrei luxus spernite sæcli,
Callidus ipse fugiat hostis.
Lumine claro cernite verum
Seraphim senis clarior alis
Imprimit sacro stigmata viro.
Inclita summo gloria regi. Amen.

℣. Signatus cum signo Dei vivi,
℟. In domo eorum qui me diligebant.

ORATIO.

Omnipotens sempiterne Deus, qui unigeniti Filii tui gloriosa nativitate mundum visitans humano genesi remedia contulisti, quique hunc iterum à via veritatis er-

rantem per Beatum Franciscum confessorem tuum ad lumen justitiæ revocare dignatus es, da quæsumus ut qui ex iniquitate nostra relabimur, pietatis tuæ gratia sublevemur. Per...

AD PRIMAM.

DE VOCATIONE ET CONVERSIONE SANCTI FRANCISCI PRO SALUTE MUNDI.

HYMNUS.

Ab ortu solio volitat
Ascendens alter angelus,
Tam clara voce clamitat
Splendore miro fulgidus.
Franciscus orbis speculum
Luce perfundens sæculum
Signo fulgens mirifico
Decoreque seraphico. Amen.

Ant.—Bina repercussis jam lucent sidera flammis.

Sidera divina juncta calore simul,
Ignibus in mediis liquido cum corpore corpus
Empyreum fixi signa gerens Domini.

Psalm. — Benedicam Dominum in omni tempore.

Capit. —Beatus vir qui legit, et audit verba prophetiæ hujus, et servat ea quæ in ea scripta sunt : tempus enim prope est.

℣ Luz orta est justo,
℟ Rectis corde lætitia.

ORATIO.

Deus, qui per Beatum Franciscum confessorem tuum, labentem Ecclesiam reparare disponens, seraphicam religionem plantare voluisti ; da ut per ejus exempla ad te gradientes liberis tibi mentibus servire mereamur. Per...

AD TERTIAM.

DE INSTITUTIONE ORDINIS ET REGULA B. FRANCISCI.

HYMNUS.

O civis cœli curiæ,
Supernæ pater patriæ,
Ad laudem Jesu nominis
Confer medelam languidis.
Vas plenum bonis omnibus,
Cunctis olens virtutibus
Odoris miri lilium
Dei sequendo Filium.
Post Patrem tantæ gloriæ
Tantæ ducem victoriæ
Post hanc columnam luminis
Crucem portemus humeris. Amen.

Ant. — Tres ordines hic ordinat, primumque fratrum nominat Minorum, pauperumque fit Dominarum medius, sed Pœnitentiam tertius sexum capit utrumque.

Psalm. — Cœli enarrant gloriam Dei.

Capit. — Et quicumque hanc regulam secuti fuerint, pax super illos, et misericordia, et super Israel Dei.

℣ Justus ut palma florebit,
℟ Sicut cedrus Libani multiplicabitur.

ORATIO.

Deus, qui populum tuum per Moysem ducem de manu Pharaonis, ac Ægypti ergastulo liberare dignatus es, da nobis famulis tuis, ut quem in terris militiæ nostræ ducem cognovimus, ipsum quoque ad celestem gloriam sequi mereatur. Per...

AD SEXTAM.

DE STUDIO ORATIONIS SANCTI FRANCISCI, AC SPIRITU PROFETIÆ

HYMNUS.

Summa Deus Trinitas,
O mera Christi charitas,
Francisci contemplatio,
Sit nostra meditatio.
Seraphicis ardoribus
Solvamur in mœroribus
Mixtumque fletu gaudium
Sit nobis refrigerium.
Devotæ mentis oculo
Ploremus in hoc sæculo
Amara Christi passio
Hæc nostra sit compassio. Amen

Ant. — Multum amat quem inflammat amor ille seraphicus : in quo duplex requievit spiritus propheticus.

Psalm. — Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, etc.

Capit. — De omni corde suo laudavit Deum, et dilexit eum qui fecit illum, et exaudita est oratio ejus.

℣ Esto fidelis usque ad mortem,
℟ Et dabo tibi coronam vitæ.

ORATIO.

Adsit nobis, quæsumus, Domine Jesu Christe, beatissimi Patris nostri pia, humilis et devota supplicatio, in cujus carne prærogativa mirabili, passionis tuæ sacra stigmata renovasti, et præsta ut passionis tuæ circa nos beneficia jugiter sentiamos. Per...

AD NONAM.

DE OBEDIENTIA CREATURARUM AD BEATUM FRANCISCUM.

HYMNUS.

Septem diurnis laudibus
Colatur vir seraphicus,
Supernæ civis patriæ
Sanctæque dux militiæ.
Ferarum cadit feritas
Et avium velocitas ;
Qui creaturis imperat,
Se totum Christo consecrat,
Æterno regi gloria,
Per quam reguntur omnia
Francisci piis precibus,
Fruamur nos cœlestibus. Amen.

Ant. — Quidquid in rebus reperit delectamenti, regerit in gloriam factoris.

Psalm. — Quid est homo quod menor es ejus? — Etc.

Capit. — Posuit Dominus timorem illius super omnem carnem, et dominatus est bestiis terræ, et volatilibus cœli.

℣ Gloria et honori coronasti eum, Domine,
℟ Et constituisti eum super operam manuum tuarum.

ORATIO.

Ecclesiam tuam, quæsumus Domine, benignus illustra, quam beati Francisci meritis et doctrinis illuminare voluisti, ut ac dona perveniat sempiterna. Per...

AD VESPERAS.

DE IMPRESSIONE SACRORUM STIGMATUM B. FRANCISCI.

Ant. — Crucis magnum mysterium super Fran-

cisco claruit, dum signatus apparuit cruce duorum ensium.

Psalm. — Laudate Dominum omnes gentes. — Etc.

Capit. — Ecce ego Joannes vidi alterum angelum, ascendentem ab ortu solis, habentem signum Dei vivi.

HYMNUS.

O lux de luce pròdiens,
Francisci corpus feriens,
Cœlumque replens gaudio
In majestatis solio.
Paternæ splendor gloriæ
Signum gerens victoriæ
Spes, amor et protectio,
Jesu nostra redemptio.
Iloc novæ lucis radio
Confixus est ut gladio
Honore fulgens regio,
In cœlesti collegio.
In volis, plantis, latere
Signatur hoc charactere,
Quo felix jam per sæcula
Plaude turba paupercula.
Uni trinoque Domino
Sit gloria sine termino,
Te nostra laudent carmina,
O gloriosa Dominia. Amen.

℣ Signasti, Domine, servum tuum Franciscum.
℟ Signis redemptionis nostræ.

AD MAGNIFICAT.

Ant. — O cui sacratas licuit contingere plagas, Cæsaris empyrei dulcis amator, ave.

ORATIO.

Omnipotens sempiterne Deus, qui frigescente mundo, etc.

AD COMPLETORIUM.

DE TRANSITU S. FRANCISCI, ET DE PORTATIONE AD CŒLUM.

Ant. — O decus angelicum, pater ingens ordinis almi.

Seraphici semper gloria nostra, vale.

Fer, pater, auxilium nobis faveasque precamur:

Qui tua nobiscum stigmata sacra colunt.

Me quoque mendicum solita pietate guberna.

Qui tibi pro meritis munera parva fero.

Psalm. — Voce mea ad Dominum clamavi, etc.

HYMNUS.

Supernæ vocis jubilo
Sanctorumque tripudio,
Seraphicis clamoribus
Exultet cœlum laudibus.
Cœlorum portas pandite,
Minorum decus canite:
Vexilla regis gloriæ
Portat miles victoriæ.
Supernæ sedis præmia
Francisci tenet gloria,
Triumphum post mirificum
Chorum scandit mirificum.
Ad laudem régis gloriæ,
Franciscique memoriæ
Hos finis post principium
Convertat ad initium. Amen.

Capit. — Valde speciosus es in splendore tuo, gyrasti cœlum in circuitu gloriæ tuæ, dextera Excelsi coronavit te.

℣ Gloriosus apparuisti in conspectu Domini.
℟ Propterea decorem induit te Dominus.

ORATIO.

Deus, qui sanctissimam animam beatissimi patris nostri Francisci, confessoris tui, fracto sacri corporis alabastro seraphicis spiritibus sociare dignatus es; da nobis famulis tuis, ut ejus meritis et intercessione, ad æterna polorum regna, te adjuvante, pervenire mereamur. Per...

(*Ex thesauro precum et litaniarum Guilielmi Gazet.* — Arras, 1602.)

FIN.

ÍNDICE.

Página.

CAP. X. — LA INDULGENCIA DE LAS ROSAS.

San Francisco pide á Dios la indulgencia. — La obtiene de Honorio III. — El zarzal florido. — Visión gloriosa. — Promulgación. — Qué cosas son indulgencias y jubileos. — Su importancia social en la Edad media. — El jubileo magno del siglo XIV. — El de la Porciúncula. — Alegoría de la penitencia en el purgatorio de Dante..... 1

CAP. XI. — SAN FRANCISCO Y LA MUJER.

La mujer en la Edad media. — Influencia de la idea religiosa en el sexo femenino. — La hermana espiritual de san Francisco. — Inés. — Las Clarisas. — La arrepentida de Rímini. — Filósofas y escritoras. — Las Terciarias — La enemiga del César. — La arrepentida de Cortona. — Isabel de Hungría. — Libertad de la mujer en la fe. — Las mujeres y san Francisco..... 17

CAP. XII. — SAN FRANCISCO Y LA NATURALEZA.

Sentimiento de la naturaleza en el Paganismo y en el Cristianismo. — Los monjes. — La Edad media y el Renacimiento. — Los solitarios del yermo. — Plenitud de amor en san Francisco. — Los corderos y las aves. — El hermano lobo. — El misterio del pesebre. — El himno. — Las alondras..... 65

CAP. XIII. — LA POBREZA FRANCISCANA Y LAS HEREJÍAS COMUNISTAS.

Actividad intelectual del siglo XIII. — Monjes y frailes. — Tendencia comunista. — Relación histórica de la Or-

Página

den Franciscana y las herejías del siglo XIII. — División de las sectas. — Valdenses. — Maniqueos: su origen. — Saber gnóstico del maniqueísmo. — Su difusión y creencias. — Pedro Parente. — Cruzada contra el mediodía de Francia. — Papel de la Orden Franciscana en el territorio albigense. — Fray Elías. — Su historia y carácter. — Indicios de zelantismo. — Joaquín de Cosenza. — Amalrico de Chartres. — El Evangelio eterno. — La Universidad de París. — Libelo de Guillermo de San Amor. — Juan de Parma. — Zelantes y fratricelos. — Juan de Oliva — Celestino V. — Bonifacio VIII. — Espirituales y mitigados. — Relajación. — Hubertino de Casal. — Segarello. — Las turbas de apostólicos. — Dulcino y Margarita. — Begardos y beguinas. — Distinción de zelantes, fratricelos y dulcinistas. — Orígenes del panteísmo místico. — El budismo, religión pesimista, ascética y mendicante. — Enlace del budismo con las herejías comunistas — Carácter pesimista del moderno nihilismo. — La controversia sobre la pobreza de Cristo: espíritu social de la Iglesia. — Puntos de contacto de las herejías del siglo XIII y el socialismo y comunismo actuales. — Esperanza en la palingenesia final. — Hasta dónde llega la condición democrática de la Orden Franciscana..... 89

CAP. XIV. — LA INSPIRACIÓN FRANCISCANA EN LAS ARTES.

Constantino traslada el arte á Bizancio. — Estilo bizantino. — Los mosaístas. — San Marcos. — La ojiva. — Simbolismo. — Renacimiento franciscano. — La basílica de Asís. — Falange de artistas congregados en torno del sepulcro de san Francisco. — Cimabúe. — Giotto. — Los giotistas. — El último bizantino. — Los artistas frailes. — Decadencia. — Iglesia de la Porciúncula. — Basílica de San Antonio. — Santa Croce. — Murillo, y el Cristo abrazando á san Francisco..... 149

CAP. XV. — LA INSPIRACIÓN FRANCISCANA EN LA CIENCIA.

Carácter práctico de la obra de san Francisco. — Importancia científica de las misiones. — Escoto. — Rogerio Bacón. — Hombres de ciencia del siglo XIII: Alberto el Grande. — Vicente de Beauvais. — Superioridad de Bacón. — Su historia. — Sus obras. — El ayudante de laboratorio de Bacón. — Consejas. — Si fué perseguido Rogerio Bacón. — Sus descubrimientos é invenciones admirables. — Funda el método experimental. — Su idea del progreso. — Fuentes de la ciencia de Bacón. — Comparación con Bacón de Verulamio. — Condición de ambos. — Escritos de Rogerio Bacón. — La filosofía inglesa. — Rogerio Bacón y el moderno positivismo. — Escuela baconiana: los frailes hombres de ciencia. — Grandeza de Bacón..... 167

Página.

CAP. XVI. — LOS FILÓSOFOS FRANCISCANOS.

Origen de la filosofía cristiana. — *Fusión con la pagana.* — Tentativas enciclopédicas : las Sumas. — Período de la escolástica. — Siglo de oro. — Papel que desempeñó la Iglesia en el renacimiento filosofico. — Vindicación de la escolástica : su riqueza, variedad, originalidad y amplitud. — Principales direcciones de la escolástica. — Fórmase la filosofía mística en la Orden Franciscana. — Condición práctica de la mística. — San Antonio de Padua. — Aristóteles y Platón en la Edad media. — Los universales. — Decadencia escolástica. — Alejandro de Hales. — Adán de Marisco. — Filósofos franciscanos secundarios de Oxford y París. — El acto sorbónico. — El Seráfico Doctor san Buenaventura. — Su historia. — Sus teorías místicas y estéticas. — Dunsio Escoto. — Comparación con santo Tomás. — Doctrinas de Escoto. — De cómo Escoto completa á san Buenaventura. — La Inmaculada Concepción. — Ockam y el nominalismo. — El mártir Raimundo Lulio. — Sus aventuras, escritos y trabajos. — Estado *presente de la escolástica.* — Breves reflexiones. 195

CAP. XVII. — SAN FRANCISCO Y LA POESÍA

La poesía y la historia. — Transformación del *latín.* — Nacimiento del romance toscano. — Federico II y los trovadores. — Muere la literatura caballeresca con la casa de Suabia. — Vida intelectual del siglo XIII. — Poesía popular. — San Francisco trovador. — Si fué poeta. — Cántico del *Sol.* — *In foco.* — *Amor di caritate.* — ¿Son obra de san Francisco las tres poesías? — Escuela poética franciscana. — Por qué nos interesan hoy los trovadores. — Fray Pacífico. El autor del *Dies iræ.* — San Buenaventura poeta. — Jacopone de Todi. — Su historia. — Sus primeros cánticos. — Sus *transportes.* — Carácter humano, al par que místico, de su poesía. — Sus defectos. — Himno de la *Pobreza.* — Los dos *Stabat Mater.* — Las sátiras de Jacopone. — Celestino V y los zelantes. — Bonifacio VIII y Jacopone. — La *poesía mística.* — Otros poetas franciscanos. — Las *Florecillas.* — Predecesores de Dante. — Difusión de la escuela franciscana 265

La Divina Comedia de Dante Alighieri..... 335

Oficio parvo de San Francisco..... 347

ÍNDICE..... 357

Saint-Denis. — Imp. Rincheval et Fils. — 5-21.